

FIDEL
CONSENTO PARA AL

Este cuaderno de trabajo es para el uso personal del alumno y no debe ser prestado a otros. El alumno es responsable de su cuidado y de devolverlo en las condiciones en que lo recibió.

ENSEÑAR EL ESTUDIO BÍBLICO

1

2

CONSEJOS PARA EL MAESTRO

OBJETIVOS
Necesidades
para niños con
discapacidad

CONOCER (5 MINUTOS)

LA
IGLESIA
DE
NUESTROS
PADRES

ROLAND H. BANTON

6-219



EDITORIAL LA AURORA • BUENOS AIRES

Título de la obra en inglés:

THE CHURCH OF OUR FATHERS

The Westminster Press, Philadelphia, EE.UU.

Traducción de Laura Jorquera y Adam F. Sosa.

Segunda Edición.

© 1969 — Editorial y Librería "La Aurora"
Doblas 1753 — Buenos Aires — Argentina.
Printed in Argentina — Impreso en la Argentina.
Hecho el depósito que previene la ley 11.723.

CONTENIDO

I	Los Comienzos de la Iglesia	7
II	La Prueba de Fuego	16
III	Progreso y Lucha	26
IV	Roma Acepta la Cruz	38
V	La Huida al Desierto	48
VI	Mientras Roma Caía	56
VII	Las Iglesias de Oriente	65
VIII	La Sumisión de los Bárbaros	74
IX	La Conquista del Norte	81
X	Los Reyes Ayudan y También Ponen Obstáculos	91
XI	Grandes Hechos	101
XII	Enseñanza y Fe	115
XIII	Pecados Mortales Invaden a la Iglesia	130
XIV	Lutero se Rebeló	142
XV	Los Reformadores Reformados	157
XVI	Un Pueblo Escogido	166
XVII	La Biblia Abierta	175
XVIII	Los Soldados del Papa	183
XIX	Vuelta a la Biblia	191
XX	La Edad de la Razón	205
XXI	Hombres Nacidos de Nuevo	213
XXII	Un Nuevo Mundo	222
XXIII	La Santa Luz de la Libertad	235



Los Comienzos de la Iglesia



LA GUJA esbelta o cuadrada torre, su silueta se recorta sobre el cielo de toda ciudad o aldea. Es la Iglesia nuestro hogar espiritual. En Europa y América la Iglesia ha constituido el elemento más poderoso en la construcción de nuestro mundo. Obra de la Iglesia han sido, casi exclusivamente, las universidades, colegios y escuelas, hospitales y asilos, mejores cárceles, leyes más benignas, la cesación de la esclavitud y el duelo, y el empeño en poner término a las guerras y constituir en una sola hermandad a todos los hombres.

La Iglesia se asemeja a un árbol que se extiende en ramas pequeñas, cortas o largas, derechas o torcidas, y cuyas hojas en otoño pueden ser casi enteramente verdes, con manchas, aquí y allá, de oro, y de color de fuego. Así también la Iglesia está compuesta por muchas ramas y hojas, muy diversas en cuanto a la forma arquitectónica de sus edificios, el vestuario del clero, el ritual del culto y las creencias. Algunos de sus capiteles lucen en su cima cruces o veletas. Se observa en algunas iglesias que el altar se encuentra en la nave central y al frente y, en otras, en esa ubicación se halla el púlpito. El que oficia en los servicios

divinos de algunas de éstas, lleva túnica de muchos colores, y en otras sólo el sencillo vestuario diario de todos los hombres. Los cuáqueros no tienen ministros, altares ni púlpitos. No obstante, todos tienen un Dios, un Señor y una fuerza directiva, el Espíritu.

Este libro tiene por objeto narrar brevemente la historia de la Iglesia cristiana; cómo llegó a constituirse en los días de Jesús y cómo, en muchas formas distintas, ha continuado hasta el día de hoy. La historia será relatada en parte con la ayuda de ilustraciones tomadas de dibujos muy primitivos, los más cercanos a los acontecimientos mismos, que se han descubierto. En algunos casos los más cercanos a los acontecimientos datan de cien o más años después. No hay, por ejemplo, ningún retrato fidedigno de Jesús, o de Pablo o de Pedro. Señalaremos los errores que haya en los dibujos. A veces se han escogido dibujos muy crudos, porque sirven mejor que las grandes obras de arte para mostrar la mentalidad del cristiano común. Si los originales estaban débiles o dañados, han sido retocados.

Las ilustraciones de la Biblia a veces son de gran utilidad, porque los artistas han representado a los personajes bíblicos como hombres de su propia época. En la página de enfrente aparecen seis representaciones de David y Goliat, que muestran cómo vistieron los soldados a través de dieciséis siglos. La primera pertenece a un grabado en piedra, y muestra a Goliat como un soldado romano. Le falta un brazo, como se ve. Luego aparece como un soldado de Carlomagno, después como un sajón, y después como un cruzado con cota de mallas. En época muy cercana al descubrimiento de América, aparece revestido de armadura. El último grabado fue hecho después de la invención de la pólvora, cuando la armadura resultó inútil. Este Goliat, tiene el estómago completamente sin protección.

Nuestra historia comienza en los días de Jesús. Nació en Palestina, hace unos dos mil años, y fue criado en la religión judaica, según se encuentra en el Antiguo Testamento. Su padre era carpintero, y Jesús cuando niño, le ayudaba en el taller. Cuando tenía treinta años, apareció en el desierto un maestro religioso, a semejanza de los antiguos profetas



judíos, que decía a los hombres que se arrepintiesen de sus pecados porque Dios iba a iniciar una nueva era. Este predicador era Juan el Bautista. Se le dio el apelativo de bautista porque bautizaba. Jesús fue bautizado por él y luego llegó a ser un maestro en Galilea, que es la región norte de la Palestina.

El pueblo escuchaba con gozo a Jesús porque le hacía más fácil la práctica de su religión al dejar a un lado las leyes e imposiciones sin importancia de los fariseos, que estudiaban la ley judaica. No consentían ellos, por ejemplo, que los que estuviesen padeciendo hambre al pasar un campo de trigo mondaran con sus manos la semilla, si ese día era sábado. Jesús dijo: "El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado." Hizo que la religión fuese más sencilla y sensata, pero no más fácil de practicar, porque enseñaba a los hombres a perdonar las injurias y a amar hasta a sus enemigos. Curaba a la gente de sus dolencias. Grandes multitudes le seguían y escuchaban con gozo las palabras que decía. Algunos aun deseaban proclamarle rey.

Jesús reunió un pequeño grupo de acompañantes, a quienes llamó para ser "pescadores de hombres". Ellos fueron los que fundaron la Iglesia Cristiana. La palabra *iglesia* significa "aquellos que son llamados". Viene del vocablo griego *ecclesia*; en italiano se convierte en *chiesa*; en francés en *église*. La palabra inglesa *church*, como la escocesa, *kirk* y la alemana, *Kirche*, proceden de otro vocablo griego, *kyriakon*, que significa del Señor, es decir, "la casa del Señor".

Podría creerse que una persona tan santa, bondadosa y grande como Jesús no hubiera tenido sino adeptos a su causa, pero no fue así. Desde un comienzo los fariseos le profesaron animadversión porque él quebrantaba sus leyes. A su vez el pueblo lo dejó, desilusionado, porque no quiso valerse de su poder para expulsar a los conquistadores romanos que mantenían a Judea en dura servidumbre. Los judíos creían que Dios enviaría a un Mesías —palabra que quiere decir el "ungido"— para libertarlos. ¿No podría ser Jesús este Mesías? ¿No podía él reunir y dirigir al pueblo

y expulsar a los romanos? Era verdad que Jesús era un Mesías enviado por Dios, pero no para empuñar una espada en contra del enemigo. Debía, en cambio, constituir un reino en los corazones de los hombres. Cuando el pueblo se dio cuenta de que él no sería quien los dirigiese en una guerra de rebelión, se convirtió en su enemigo.



Los ricos llegaron a temerle por otra causa. No les preocupaba que alterase las prácticas que regían el sábado. Tampoco deseaban que estallara una guerra contra los romanos, porque bajo el dominio extranjero ellos acrecentaban sus riquezas. Jesús les encendió en cólera porque quiso abolir una costumbre que había brotado y crecido en el templo de Jerusalén. Se elevaba allí un altar grande, es decir, una piedra sobre la que se sacrificaban animales como ofrenda a Dios. Los judíos que llegaban hasta el templo desde todos los puntos de la faz del globo, no podían traer consigo bueyes, corderos y palomas para sacrificarlos, y tenían que comprar esos animales en ese sitio. El dinero que traían desde otros puntos no podía circular allí, y debía cambiarse por equivalente en la moneda del templo. Los que vendían animales y los que cambiaban monedas realizaban grandes ganancias que iban a acrecentar los caudales de los ricos. Este negocio se hacía dentro del recinto del mismo templo. Jesús arrojó de allí a los hombres y animales y volcó las mesas con el dinero.

Le odiaron entonces tres colectividades: los observantes estrictos de la ley, parte del pueblo que ansiaba alzarse en rebelión y los ricos. Todos ellos aguardaban la ocasión para prenderlo. Como Jesús sabía que no le era posible permanecer oculto por mucho tiempo, celebró una Última Cena con sus discípulos, y llamó la atención de ellos hacia el pan y el vino que estaban en la mesa manifestándoles que eran como un símbolo de su cuerpo y sangre que sería quebrantado y derramada al día siguiente. Predijo que to-

dos le abandonarían, mas Padre afirmó rotundamente que cualquiera fuese la actitud de los otros, él le sería fiel. “Antes que cante el gallo —dijo Jesús—, declararás tres veces que no me conoces.”



Después de la cena se dirigieron al Jardín de Getsemaní, donde Jesús fue arrestado por los soldados romanos. Los discípulos huyeron. Pedro le siguió a cierta distancia. Una criada le señaló como uno de los discípulos de Jesús. Juró él que no le conocía. Juró tres veces. El gallo cantó. Pedro salió de allí y lloró.

Llevaron a Jesús delante del gobernador romano Pilato, acusándolo de iniciar una sedición en contra de Roma. Esto era

precisamente lo que él nunca quiso hacer, pero los romanos temían cualquier indicio de rebelión, y no se preocuparon de imponerse bien de lo que realmente sucedía. Jesús fue condenado y murió en una cruz. En medio de sus sufrimientos imploraba por sus enemigos así: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Colocaron el cuerpo de Jesús en una tumba. Los discípulos habían huido, esperando no ver ya más al maestro.

A Pedro, uno de sus discípulos, fue a quien Jesús primero se le apareció resucitado. Otros también lo vieron. Algunos otros no lo vieron, pero ellos también creyeron, en parte porque confiaban en la palabra de aquellos que lo habían visto, y en parte porque veían por sí mismos que el Cristo resucitado estaba obrando en la Iglesia, transformando las vidas de los hombres.

Los primeros dibujos hechos por los cristianos nos muestran cuáles eran sus creencias. Muchos de ellos se encuen-

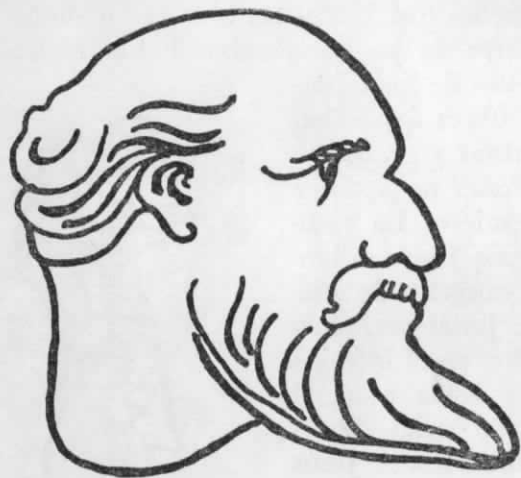
tran en las catacumbas —pasajes subterráneos de aproximadamente noventa centímetros de ancho que se desarrollan como una intrincada red bajo la superficie de los suburbios de la ciudad de Roma. Las catacumbas eran los cementerios de los cristianos. La palabra “catacumba” significa “un lugar subterráneo donde se duerme”, y la palabra “cementerio” también significa “un sitio donde se duerme”, porque los cristianos creían que la muerte sólo es un sueño. A lo largo de los muros de las catacumbas había nichos para colocar allí los restos de los muertos, y en los espacios libres aparecían tallados nombres, palabras y grabados.

En esas representaciones no aparece Jesús saliendo del sepulcro. La resurrección era sugerida por Jonás saliendo de la ballena. El evangelio de Mateo decía que así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el interior de una ballena, Jesús debía estar el mismo tiempo sepultado antes de levantarse de entre los muertos. A Jesús se le representaba como al Buen Pastor que cuida sus ovejas. El rostro del pastor no aparece con la barba con que se le representa a Jesús. No sabemos cuál era su aspecto físico. También se le representaba simbólicamente con las dos primeras letras de su nombre en el idioma griego: le letra *chi*, que tiene la forma de nuestra X, y la R griega que tiene la forma de nuestra P. Estas dos letras se combinaban en un monograma. También la primera y la última letra del alfabeto griego —llamadas alfa y omega, respectivamente— representan a Jesús porque él es el primero también el último. La paloma representa el espíritu de Dios y también es el símbolo de la paz. El pez era un símbolo del cristianismo usado con mucha frecuencia porque Jesús había alimentado a las multitudes con peces y panes y porque las letras de la palabra “pez” en griego contenían



las primeras letras de las palabras griegas que dicen: "Jesús, Hijo de Dios Salvador."

Pedro, corroborado por el perdón de su Maestro resucitado, reunió a los discípulos y empezó a predicar que Jesús, que había sido crucificado, vivía. Debían, pues, arrepentirse de su mala acción y volverse y seguirle. Los dirigentes



judíos ordenaron a Pedro que cesara en su prédica. Pero él les contestó: "Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios." Entre aquellos dirigentes judíos que estaban enfurecidos contra los cristianos, había uno que llegaría a ser el apóstol Pablo. Este obtuvo permiso de los sacerdotes de Jerusa-

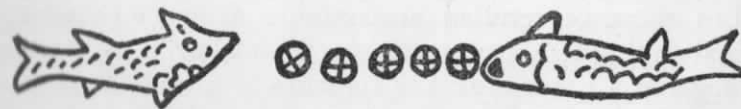
lén para ir a Damasco en persecución de los cristianos. En el camino fue alcanzado por una luz del cielo y respondió al llamado de Cristo, haciéndose cristiano. He aquí una primitiva representación de Saulo. En épocas posteriores se le representaba por lo general con una espada y un libro.

Lo que irritaba a Pablo contra los cristianos era que no guardaban la Ley judía. Pero cuando él se convirtió al cristianismo, comprendió que las leyes sobre alimentos, ayunos y ceremonias no eran obligatorias. Los judíos cristianos podían guardarlas, si querían, pero no exigir a los cristianos gentiles que las guardaran. Otros discípulos no estaban de acuerdo con él porque, si bien Jesús había quebrantado la ley sobre el *sabat* o día de reposo, él observaba las fechas sagradas de los judíos. Pablo contestó que no era algo obligatorio. En el debate sobre esta cuestión, ganó Pablo. Así se convirtió en el gran predicador del evangelio a los gentiles.

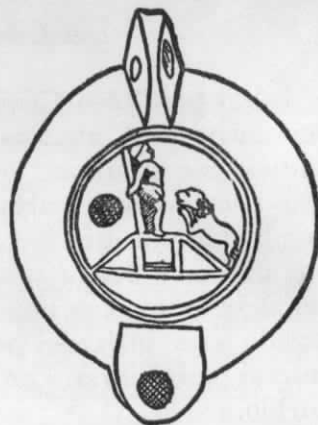
Pablo predicó a Cristo crucificado y resucitado de entre los muertos en algunas ciudades griegas y en Roma. Los judíos, por supuesto, eran sus enemigos y le rebatían porque ellos no sustentaban sus ideas. Los gentiles también lo combatían porque ellos adoraban a los ídolos o imágenes de sus dioses, y Pablo sostenía que no eran dioses y debían ser destruidos. Los hombres que se ganaban el sustento tallando esas imágenes no querían que se difundieran las nuevas enseñanzas. En Efeso promovieron un serio disturbio.

Los gobernadores romanos no podían tolerar que hubiera movimientos populares de esta clase. No les importaba cuál fuera el origen de ellos. Los romanos no se interesaban en debates sobre la ley judaica y tampoco en los ídolos de los griegos, pero no debían tolerarse los tumultos. Como parecía que el causante de esos disturbios era Pablo, con frecuencia se le tomaba preso y se le azotaba. Después de estar preso un largo tiempo en Roma fue condenado a muerte.

Al principio los romanos no comprendieron que el cristianismo era una religión distinta de la que practicaban los judíos. Jesús era judío. Pablo era judío. Su religión, por lo tanto, debía ser una forma de judaísmo. Pero con el transcurso del tiempo los romanos llegaron a descubrir que el cristianismo era una nueva religión, una religión que tenía más adeptos cada día, una religión que daría por tierra con muchas creencias y prácticas del Imperio Romano, una religión, en fin, que no podía ser mirada con menosprecio.



IXΘΥΣ
S.B.A.



La Prueba de Fuego



RUEBAS TERRIBLES les estaban reservadas a los cristianos. El Imperio Romano era inmenso y poderoso y en aquella época abarcaba una gran parte del mundo conocido entonces. El imperio estaba regido por un emperador que era considerado un dios por los romanos. En la ilustración que ofrecemos, el emperador

Marco Aurelio y su mujer, Faustina, son elevados hacia el cielo por águilas y también por un ser alado como un ángel. A la mano derecha del cuadro aparece la diosa de Roma. En su escudo aparecen los gemelos, Rómulo y Remo, fundadores de Roma, con la loba que los crió.

Los romanos rendían acatamiento a su emperador, lo adoraban y quemaban incienso en su altar. Los cristianos se negaron a hacer esto. Los romanos se alistaban como soldados y defendían al imperio en contra de las tribus bárbaras. Los cristianos habían sido enseñados por Cristo a amar a sus enemigos, y por esta causa no querían servir en el ejército. Muchas otras cosas que eran práctica corriente en Roma tampoco eran aceptadas por los cristianos. Así fue cómo los romanos descubrieron que el cristianismo era una religión nueva y, según el parecer de ellos, una reli-



gión realmente peligrosa. Las autoridades comenzaron a castigar a los cristianos.

Podemos saber algo del porqué y cómo dando lectura a una carta de uno de los gobernadores de provincia. Está dirigida al emperador Trajano. La carta fue escrita alrededor de cien años después de Cristo. Dice el gobernador: "No sé precisamente qué hacer con los cristianos, porque nunca he estado presente durante uno de sus juicios. ¿Castigaré con igual severidad que a los adultos, a las niñas y muchachos? ¿Merece pena el solo hecho de ser cristiano, o, en realidad, debe haberse cometido un hecho delictuoso? Si un acusado de ser cristiano declara no serlo, ¿le dejaré ir entonces? Lo que he hecho hasta ahora —en el caso de los acusados que confesaron ser cristianos—, es enviarlos a Roma si gozaban de la ciudadanía; de otra manera, les hago dar muerte. He tenido la certeza de que merecían ser castigados porque eran tan obstinados. Les he presentado tres oportunidades para quedar libres si queman incienso en vuestro altar y maldicen de Cristo. He oído que un verdadero cristiano jamás hará esto. Los cristianos declaran que no hacen otra cosa que reunirse antes del despuntar del alba en cierto día y cantar himnos a Cristo. Prometen no robar ni mentir. También se reúnen para una comida (la Cena del Señor), aunque han abandonado esta práctica desde que he prohibido las reuniones secretas. Hice apli-

car tormentos a ciertas esclavas llamadas diaconisas, pero no pude descubrir nada más que algunas ideas tontas. Muchas personas han sido contagiadas por esta clase de insanía, y los templos llegaron a estar casi vacíos, pero ahora la gente vuelve a ellos otra vez."

A nosotros nos parece una cosa muy cruel el que los tratasen de esta manera. Pero debemos procurar ser justos y darnos real cuenta de cómo los veían los romanos. Los cristianos se negaban a hacer muchas cosas que otros hacían. Cosas que a menudo no eran malas de por sí, pero resultaban pecaminosas para ellos, por estar vinculadas con la religión pagana.

Sería de suponer que un cristiano no vería ningún peligro en ir a un hospital. Y así sería, si no fuera porque los hospitales paganos estaban bajo la protección del dios pagano Esculapio, y mientras el enfermo yacía en su lecho, el sacerdote recorría el pasillo entonando preces a su dios. Se podría suponer que el cristiano no tendría dificultad en asistir a la escuela. Y así sería, si no fuera que en los textos escolares se relataban historias de los dioses paganos —no como simples tradiciones, sino como la verdad.

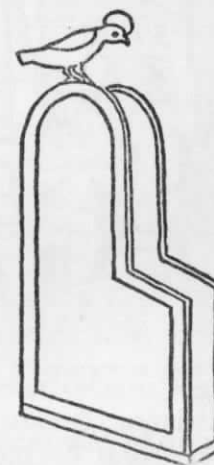


Hasta un escultor cristiano veía surgir los problemas a su paso porque con seguridad se solicitarían sus servicios para hacer ídolos para los paganos. Aparece aquí una ilustración de una lápida funeraria erigida por un escultor cristiano en homenaje a su padre, quien está en la actitud que se adoptaba entonces para hacer una plegaria. Las palabras que aparecen en griego dicen: "Bendito Eutropio, adorador de Dios. Descansa en paz. Hecho por su hijo. Sepultado diez días antes del primero de setiembre." El escultor aparece ejecutando un trabajo, que son cabezas de leones. En otra piedra ha tallado ballenas. Por supuesto que un cristiano

podía dedicarse a hacer este trabajo, pero no era cosa fácil vender leones ni ballenas. Los paganos querían además imágenes de sus dioses. Cuando solicitaban un trabajo de esta naturaleza, el escultor cristiano tenía que negarse a hacerlo.

Había otras cosas que el cristiano no hacía porque en sí eran malas. No concurría a los combates de los gladiadores en los que los romanos, nada más que para entretenimiento del pueblo, obligaban a los prisioneros de guerra y a los esclavos a luchar a muerte entre ellos. El cristiano no iba al teatro porque las representaciones eran de un carácter cruel y grosero. El cristiano no concurría a los tribunales de justicia para resolver una querrela porque el apóstol Pablo había declarado que cuando surgían dificultades entre cristianos, debían resolver el caso entre ellos. Se hizo costumbre que el obispo diera su veredicto cuando surgía una disputa. Tomaba asiento en una silla llamada *cátedra*. Más tarde, cuando se colocó una silla semejante en el recinto de la iglesia, se llamó a esta iglesia catedral. En la ilustración del párrafo siguiente se puede ver una *cátedra* con una paloma posada en el respaldo. La paloma representa el espíritu de Dios indicando al obispo lo que es equitativo y justo.

También durante mucho tiempo los cristianos se negaron a ir a la guerra. Tenían esclavos, pero los trataban con bondad y les permitían que en la iglesia gozaran de los mismos derechos que las demás personas. Un esclavo llegó a ser obispo de Roma. Los cristianos —a diferencia de los paganos— no llevaban a los niños débiles o indeseados a los bosques, para que allí perecieran o fuesen recogidos por salteadores. Si una mujer cristiana estaba unida en matrimonio con un pagano y nacía una niña, el padre podía decir: "Echala de la casa", pero la madre se negaba a hacerlo. Si moría una mujer casada que era cristiana, los cristianos le



daban sepultura en sus catacumbas, aparte de la sepultura de su marido.

Estas cosas permiten ver por qué los paganos pensaban que los cristianos eran muy obstinados y raros en sus ideas, y, aún, "enemigos de la humanidad". Muy pronto empezaron a circular calumnias sobre los cristianos, que hicieron aumentar el odio de los paganos. El emperador Nerón acusó a los cristianos de incendiar la ciudad de Roma. En realidad fue él el inspirador, pero echó la culpa a los cristianos. Ordenó que se les clavara en cruces, se untaran sus cuerpos



con brea y se les quemara a manera de antorcha durante la noche en sus jardines.

Las multitudes comenzaron a hacer circular la torpe historia de que los cristianos adoraban la cabeza de un burro. Algún pagano hizo este dibujo en un muro de Roma. "Alexamenos adora a su dios." El idioma en que está escrito es griego, porque los griegos se habían radicado en Roma en gran cantidad.

Cargos mucho más terribles se levantaron en contra de los cristianos. Decíase que eran caníbales y que devoraban a las criaturas de meses. Esta historia surgió porque celebraban en secreto la Santa Cena. Los paganos no sabían qué ocurría en estas reuniones secretas, pero oían que comían a alguien. Jesús había declarado en la Última Cena: "Este pan es mi cuerpo. Este vino es mi sangre." Entonces, decían los paganos, los cristianos deben comer y beber carne y sangre humanas.

El vulgo era de opinión que si se permitía que viviesen gentes que mantenían tan horribles costumbres, caerían so-

bre ese pueblo un sinnúmero de males. Delitos tan enormes irritarían a los dioses que castigarían no sólo a los cristianos, sino también a los que les permitían que existieran. Cuando moría el ganado o el río Tíber se desbordaba, los paganos decían: "Ved lo que ocurre. Será mejor que arrojemos a los cristianos a los leones para que estas fieras se los coman."

Un caso de esta índole ocurrió en Esmirna, en la actual Turquía, como ciento cincuenta años después de Cristo. La turba comenzó a gritar: "¡Afuera con los ateos!" (Para los paganos, los cristianos eran ateos porque no creían en sus dioses.) "¡Prended a Policarpo." Policarpo, que era el anciano obispo de Esmirna, quería entregarse, pero sus amigos le persuadieron a huir al campo. Allí fue apresado y llevado de vuelta a la ciudad. El alguacil mayor, cuya propia hermana era cristiana, habló a Policarpo mientras volvían juntos a la ciudad. "¿Qué hay de malo —le preguntó— en decir: el César es Señor, y colocar incienso sobre su altar, con lo cual te salvarías?"

Policarpo se negó a hacer esto y fue llevado a la arena para ser devorado por los leones. El encargado de que se ejecutara este castigo le dio tres oportunidades para salvar su vida. Primero se le ordenó que declarara: "¡Abajo los ateos!" Policarpo señaló a los paganos que llenaban las galerías y exclamó: "¡Abajo los ateos!" El gobernador le dio otra oportunidad, diciéndole: "Maldice a Cristo." Respondió Policarpo: "Ochenta y seis años le he servido y ningún mal me ha hecho, ¿cómo puedo ultrajar a mi Rey, que me ha salvado?"

Por tercera vez le presentó una oportunidad el gobernador ordenándole: "Jura por el César." Respondió Policarpo: "Yo soy cristiano. Si deseas saber qué es esto, indícame un día y escúchame."

"Persuade al pueblo" —replicó el gobernador. Policarpo respondió: "Te explicaré esto a ti, pero no a ellos."

"Entonces te arrojaré a las fieras." (En la ilustración se ve un fragmento de un vaso romano en el que aparecen dos hombres amarrados a postes para ser así devorados por las fieras. Pudiera ser que en este caso las víctimas no fue-



sen cristianos, pero de esta suerte se trataba a los cristianos. Una ilustración semejante aparece en la lámpara que aparece al comienzo del presente capítulo.)

“Trae tus fieras” —dijo Policarpo.

“Si desprecias a las fieras, te haré quemar.”

“Procuras causarme espanto con un fuego que arderá por una hora, y te olvidas de las llamas del infierno que nunca se apagan.”

El gobernador dijo al pueblo: “Policarpo confiesa ser un cristiano.” Era la oportunidad para la plebe. “¡Este es el maestro de Asia —clamó—, el padre de los cristianos, el que destruye a nuestros dioses!”

Policarpo fue quemado vivo amarrado a una estaca. Su oración de moribundo fue ésta: “Señor Dios Topodeoros, Padre de Jesucristo, te bendigo porque me has considerado digno de pasar por este trance para que yo sea uno de esa congregación de mártires que bebe de la copa de Cristo para elevarse después con el Espíritu Santo. Que sea yo un sacrificio aceptable. Te alabo, te bendigo y te glorifico mediante Jesucristo.”

Hasta aquí hemos dedicado nuestra atención especialmente a estudiar la lucha del cristianismo con el gobierno y el pueblo. Ahora veremos el problema en cuanto a las

otras religiones con las que el cristianismo estaba en conflicto. Los dioses de Grecia y Roma que conocemos mejor son los que estaban en la cumbre bañada de sol del monte Olimpo. Algunos de éstos eran Júpiter y Juno, Mercurio, Venus, Marte, Saturno y Minerva. Cinco de estos dieron sus nombres a planetas y uno a un día de la semana. Sábado significa “día de Saturno”.)

Otros dioses también gozaban de popularidad en el Imperio Romano; dioses de la tierra y del mundo subterráneo, tales como Atis, Dionisio, Isis y Osiris. Las historias sobre la existencia de estos dioses eran mitos por medio de los que se explicaba la extinción y el nuevo nacer de los vegetales y el curso de las estaciones como invierno y verano. Uno de estos mitos es bien conocido hasta ahora, y es la historia de Perséfone o Proserpina. Fue raptada de la tierra por Plutón, el dios del mundo subterráneo. Su madre, Demeter o Ceres (de este nombre se deriva la palabra *cereal*), era la diosa de la lluvia. Mientras su hija permaneció lejos, la madre no permitió que los granos crecieran. Procuró que Perséfone regresara a su lado, pero Plutón dio su consentimiento sólo con la condición que ella no comiera nada durante su permanencia subterránea. Ocurrió que Perséfone había comido una granada. En vista de esto Plutón le hizo la concesión de que retornase a la tierra por seis meses del año. Esto es lo que corresponde al período del verano. Cuando permanece al lado de Plutón es invierno.

Este relato constituía algo más que la mera explicación del fenómeno de las estaciones. Era también una religión, porque en ella había una promesa: que los hombres podían compartir no sólo la muerte sino también el renacimiento de la diosa. Procuraban, por medio de ritos secretos ante su altar, compartir su muerte y retornar a la vida. Sollozaban y gemían a la luz de la luna por la diosa que había sido raptada. A media noche penetraban en una cueva y eran espectadores de una representación de su historia. Presenciándola alcanzaban la virtud de vencer a la muerte, a semejanza de la diosa.

Otras de estas religiones era la de Mitra, el dios de la



luz. Según la leyenda, Mitra dio muerte a un toro clavándole un cuchillo en uno de sus flancos. De la herida salieron granos de trigo. Había aquí, entonces, otra explicación del fenómeno del crecimiento de la vegetación, que podía vivir y crecer porque recibía luz y calor de Mitra, el dios-sol. Su cumpleaños correspondía al 25 de diciem-

bre, cuando el sol comienza su carrera ascendente. Y así como el sol mismo vuelve a la vida, también debían poder hacerlo los que creían en Mitra. Los que creían en él eran los hombres y, con frecuencia, los soldados.

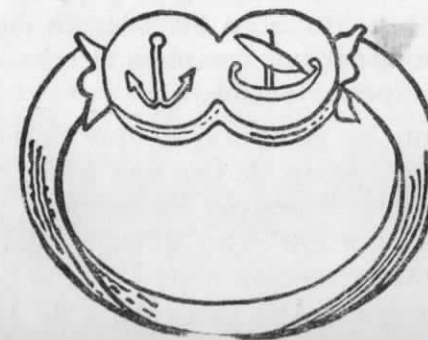
Un seguidor de las religiones de misterios que se hiciera cristiano, bien podía imaginar que Jesús era simplemente otros dios que moría cada otoño y resucitaba en cada primavera. Tenía que aprender que Jesús no era un simple mito de las estaciones, sino alguien que, de acuerdo con el propósito de Dios, se entregó a sí mismo una vez por todas, a muerte cruel por nosotros y resucitó y reina eternamente.

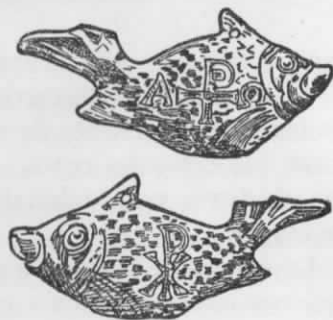
Había en el Imperio romano otra clase de religión enteramente diversa y que no quería ver nada de la mano de Dios en los sucesos de la naturaleza. El mundo, decía esta religión, es malo. En él hay moscas, pulgas y fiebres. Ningún Dios bueno puede haber creado esto. Nuestros cuerpos también son malos y lo que nos corresponde hacer es fatigarlos y mortificarlos hasta que nos veamos libres de ellos. Cuando algunas de las personas que sustentaban estas ideas se convertían al cristianismo seguían manteniendo estos antiguos conceptos y declaraban que, ya que el cuerpo es malo, y Jesús bueno, nunca pudo haber tenido un cuerpo, es decir, uno real y verdadero. Jesús —decían— nunca nació verdaderamente, no sufrió, murió y resucitó. A los que profesaban tales ideas se les llamaba “docetistas”, de una palabra griega que significa parecer, porque sostenían que sólo pa-

recía que Jesús tenía cuerpo. También se les llamaba *gnósticos*, de otra palabra griega que significa “saber”, porque creían que la manera de elevarse sobre el cuerpo es profundizar los conocimientos, o saber más. Se enorgullecían de su sabiduría y se deleitaban en la filosofía, la astrología y la magia.

La Iglesia se fortalecía y pudo sobreponerse a las otras religiones debido a una cantidad de razones: por lo que los cristianos creían acerca de Cristo y los apóstoles y escribieron en el Nuevo Testamento; por la forma en que los cristianos exhibían el poder de Cristo en su medio. Los que antes habían abandonado a sus esposas habían vuelto a su lado y les eran fieles. Aquellos que pensaban que los bienes materiales y la riqueza era lo más importante de la vida, compartían ahora con otros lo que poseían. Los que asesinaban y no querían vivir junto a hombres de otra tribu o casta, rogaban ahora por sus enemigos. Lo que se ganaba pasaba a una caja común para dar sustento y alivio a las viudas, los huérfanos, los ancianos y los náufragos. Sobre todo los paganos se sentían impresionados por el valor con que los cristianos morían.

“Entre nosotros —decía uno de los primitivos cristianos— encontraréis personas sin educación, trabajadores, mujeres ancianas que no son capaces de explicar con palabras los beneficios de nuestra enseñanza, pero lo revelan de manera clara por medio de sus hechos. Cuando alguien les da un golpe no responden con otro. Cuando se les roba no acuden a la justicia. Dan a quienes les piden y aman a sus semejantes como a sí mismos.”





Progreso y Lucha



OR DURAS que fueran, las pruebas no detuvieron el crecimiento y progreso de la Iglesia. Y, por otra parte, los cristianos no eran perseguidos continuamente, y a menudo tampoco simultáneamente en todos los lugares. Podían ser perseguidos en la Galia (ahora Francia) y no serlo en el Africa o en Grecia. Durante el siglo segundo, es decir, desde los años 100 a 200 después de Cristo, con frecuencia sufrían persecuciones aquí o allá, pero no en todas partes a la vez. Durante el siglo tercero se presentaron dos períodos como de cincuenta años cada uno en los que la Iglesia pudo disfrutar de completa paz en todo el Imperio. Pero al comienzo del siglo, en 202, y a mediados de 250, y justamente después del término de la centuria en 303-304, los emperadores se empeñaron en extirpar por completo el cristianismo de sobre la faz del Imperio romano.

Particularmente en las épocas en que florecía la paz los cristianos se preocupaban de dar una forma más definida a sus ideas. Las discusiones con los gnósticos plantearon el problema de llegar a establecer quiénes estaban en la razón. Los gnósticos pretendían tener la razón porque tenían bajo su custodia enseñanzas particulares de Jesús, Pedro y

Pablo. Los cristianos católicos (la palabra "católico" significa "universal") respondían preguntando a quiénes con mayor probabilidad, Jesús, Pedro y Pablo habrían confiado cualquier enseñanza secreta. ¿No habrían depositado tales tesoros en manos de los obispos elegidos por ellos para atender las iglesias? La palabra "obispo" en el Nuevo Testamento significa un sobreveedor, uno que vigila una iglesia, un pastor. Y entre esos obispos, decían los católicos a los gnósticos, ninguno tan capaz de interpretar el pensamiento de los apóstoles como el obispo de Roma, iglesia que había sido fundada por dos apóstoles: Pedro y Pablo.

Hacia el siglo segundo, era corriente la creencia de que Pedro había colaborado en la fundación de la iglesia de Roma, pero sólo en el siglo cuarto se empezó a afirmar que él mismo había sido su primer obispo. Sin embargo, ya en el siglo tercero un obispo de Roma manifestó que cuando Jesús dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré



mi iglesia; ...y a ti daré las llaves del reino de los cielos" (Mat. 16:18, 19), el Maestro estaba dando a Pedro un poder que éste había transmitido a los obispos de Roma. Hasta la Edad Media no se usó la palabra "papa", solamente para el obispo de Roma. La palabra significaba solamente "padre" y en el período primitivo se aplicaba a cual-

quier obispo. Esta medalla muestra las ideas de una época posterior, donde el papa sostiene su iglesia ante Pedro, a quien la debe. La Iglesia estaba aún lejos de este concepto en los días en que combatía a los gnósticos diciendo que el lugar en que mejor se conservaba el pensamiento de los apóstoles era la Iglesia fundada por dos apóstoles, la iglesia de Roma.

Los gnósticos escribieron libros que pretendían contener

las enseñanzas secretas de nuestro Señor y sus apóstoles. La Iglesia entonces se vio forzada a declarar qué libros podían ser aceptados y cuáles rechazados. Hasta entonces no existía un Nuevo Testamento. Los libros del Nuevo Testamento ya habían sido escritos, pero la Iglesia no había declarado que estos, y estos únicamente, debían ser aceptados como los que impartían las verdaderas enseñanzas. Poco a poco la Iglesia católica llegó a resolver qué libros debían ser incluidos en el canon y cuáles dejados afuera. La palabra "canon" significa una regla para mantener las cosas derechas y cuando un libro se incluía en el canon era como si hubiese hecho una marca en la regla.

Primero fueron aceptadas las cartas de Pablo, los cuatro evangelios y el libro de los Hechos. Los otros escritos de nuestro Nuevo Testamento tardaron más en encontrar ca-

bida, y aun el evangelio de Juan fue muy discutido. También lo fue el libro del Apocalipsis, Hebreos, II Pedro, Judas, Santiago y la segunda y tercera cartas de Juan sólo gradualmente fueron marcadas en la regla. Hasta el siglo cuarto no quedó terminado el canon.

El arte cristiano representó los cuatro evangelios por los seres celestiales vistos en una visión por el profeta Ezequiel del Antiguo Testamento. Uno de éstos tenía

cara de león, otro de águila, otro de ternero, y el cuarto, de hombre. El león es el símbolo de Marcos, el águila de Juan, el ternero de Lucas y el hombre de Mateo.

Los libros que se dejaron fuera del canon son llamados apócrifos. En ellos aparecen historias producto de la imaginación de quienes quisieron completar la historia de la vida de Jesús y los apóstoles con datos que no se presentaron o que sólo se sugirieron en el Nuevo Testamento. Los



apócrifos traen relatos sobre la madre y aun la abuela de Jesús; su niñez; cómo hacía pajarillos en arcilla y dando unas palmadas con sus manos, les daba vida y los echaba a volar; cómo, cuando en el taller de José un tablón resultaba demasiado corto, el niño Jesús lo estiraba hasta darle la longitud necesaria; o cómo Pablo hizo un viaje a España y Pedro a Roma donde hizo que las sardinas nadaran. La Iglesia resolvió que tales cosas ni eran verídicas ni tenían valor suficiente para figurar en el Nuevo Testamento.

Luego para poner término a las discusiones con los gnósticos, la Iglesia estableció que los obispos, y especialmente el obispo de Roma, fuesen la fuente de la verdad no escrita, y el Nuevo Testamento de la escrita. La verdad misma se estableció en un credo, de latín *credo*, que significa "yo creo". El Credo de los Apóstoles comienza en latín así: *Credo in deum omnipotentem*. Estas mismas palabras y el resto del credo son como sigue:

Creo en Dios Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra, [Los gnósticos decían que la tierra era mala y Dios el Padre no la había hecho.];
Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro,
Que fue concebido del Espíritu Santo,
Nació de la Virgen María,
Padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
Fue crucificado, muerto y sepultado. [Los gnósticos pensaban que no había sufrido y muerto de verdad.];
Al tercer día resucitó de entre los muertos,
Subió al cielo,
Y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso;
Desde donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. [Los vivos son aquellos que lo estarán cuando él venga.].
Creo en el Espíritu Santo,
La Santa Iglesia Universal, [Esto es, la Iglesia a través de todo el mundo.].
La comunión de los santos;
El perdón de los pecados;
La resurrección del cuerpo; [No precisamente el mismo cuerpo, sin embargo. El Apóstol Pablo declaró que serían cuerpos espirituales.];
Y la vida perdurable.

Aunque a este credo se le llama el Credo de los Apóstoles, no fue formulado por los apóstoles mismos, aunque desde fecha muy temprana se le empleó en la Iglesia como una confesión de fe para los que recibían el bautismo.

El rito del bautismo constituye la iniciación del hombre en la vida cristiana. Se le llama un sacramento. Esta palabra viene del latín, *sacramentum*, o sea el voto formulado por el soldado. Así como el soldado juraba servir al emperador, de igual manera el cristiano en el rito del bautismo prometía servir al Rey de reyes. Vestidos de blanco y llevando una luz se presentaban los iniciados ante el agua purificadora. Se prefería una corriente de agua, pero cuando el agua era escasa se permitía volcarla en una vasija. A veces se bautizaba a los niños de pecho, pero como se suponía que el bautismo lavaba los pecados pasados, a menudo era postergado hasta haber cometido todos los pecados. A veces algunos esperaban aun hasta hallarse en su lecho de muerte.



Por lo general en los primeros tiempos el bautismo se celebraba al aire libre. Las iglesias no tenían bautisterios, esto es, un tazón o pila de bautismo en sus recintos. La verdad era que las iglesias mismas no eran sino habitaciones en los hogares de los cristianos. Durante un largo período

de paz y tranquilidad se inició la construcción de iglesias. La iglesia cristiana más antigua que ha sido posible preservar fue desenterrada de las ruinas de la ciudad de Dura, junto al río Eufrates y data del año 232 D.C. Los restos de la edificación han sido llevados a los Estados Unidos y se han reconstruido en el museo de arte de la Universidad de Yale. Aparece al frente un bautisterio. En el muro detrás de él y bajo el arco hay cuadros: uno representa al Buen Pastor y sus ovejas, y otro a Adán y Eva.

A otro de los sacramentos se le llamó la Santa Cena, la continuación de la Última Cena del Señor con sus discípulos. El nombre griego que le corresponde es Eucaristía, que significa "dar gracias". La Santa Cena constituía una acción de gracias. En un principio era una verdadera cena. El apóstol Pablo reprochó a los habitantes de Corinto que comían y bebían en exceso, y les aconsejó que se sirviesen algo de alimento en sus propias casas antes de concurrir a este acto. Con el pasar de los años se abandonó esta costumbre de comer y, en cambio, se puso en práctica lo que hasta ahora hacemos; para el acto se emplea algo de pan y vino. Los cristianos creían que este pan y vino constituían un símbolo muy especial. He aquí una oración de los primeros tiempos para ser repetida durante el servicio de comunión:

Primero por la copa: Te agradecemos, Padre nuestro, por el santo vino de David, Tu siervo, que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. Alabado seas Tú para siempre. Y por el pan que se ha partido: Te agradecemos, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos diste mediante Jesús, Tu siervo. Gloria sea a Ti para siempre. Así como este pan que se ha cortado fue esparcido como semilla por sobre las montañas y reunido después para convertirse en uno solo, permite así también que Tu iglesia se reúna desde los confines del mundo para constituir Tu reino, porque Tuya es la gloria y el poder mediante Jesucristo por toda la eternidad.

La lámpara de terracota que aparece en la página siguiente está decorada con uvas de las que se hizo vino para la

Eucaristía, y con la figura de un pescador porque Jesús dijo a sus discípulos que fuesen pescadores de hombres.

Se prefería en los primitivos tiempos de la Iglesia que los servicios que efectuaran el día domingo y no el sábado judío que empezaba a la puesta del sol del viernes y terminaba a la puesta del sol del sábado. Los cristianos hicieron esta alteración porque el domingo fue el día en que Cristo fue visto por primera vez después de su muerte, por sus discípulos. Los cristianos que vivían en la ciudades y campos se reunían este día. Entonces el que dirigía les leía pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Después de un sermón la congregación se ponía de pie y oraba. El que dirigía daba gracias y toda la concurrencia repetía "Amén". Este es un vocablo hebreo que significa: "Así sea." La palabra pasó del lenguaje de Jesús,



sin cambio alguno, al griego, al latín y después al inglés, al español y muchos otros idiomas. Entonces los diáconos servían la comunión. Los primeros cristianos celebraban la Eucaristía o Acción de Gracias todos los domingos.

Los predicadores hablaban a la congregación sobre las grandes verdades de la fe y también sobre materias de muchísimo menor importancia, tales como la urbanidad. Del segundo siglo data este ejemplo de instrucción cristiana:

"No echéis demasiado alimento en vuestras bocas —dijo el predicador—, como si estuviéseis empacando para un viaje. No habléis con la comida en la boca, y no bebáis y comáis a la vez. Guardad moderación en vuestras carcajadas. El hombre no debe reír a toda hora porque sea un animal dotado de la facultad de reír, así como el caballo tampoco relincha todo el tiempo por ser un animal dotado de esa facultad. El mucho reír se llama risita en la mujer y risotada en el hombre. Es mucho más aceptable una sonrisa, pero no es preciso ser melancólico. Si os sobreviene un

estornudo, no espantéis a la concurrencia con su estrépito. Las mujeres que lucen joyas y ornamentos parecen temer que, sin ellos, puedan confundírselas con sus siervas. Las mujeres no deben untar sus rostros con pinturas. La belleza es la flor que aparece lozana mediante la buena salud. No es preciso emplear utensilios costosos. Un cuchillo presta la misma utilidad sin tener el mango enjovado. Y, ¿qué importa que un cuenco sea de barro? ¿No servirá para asear nuestras manos? ¿Es preciso que una mesa tenga patas de marfil para que pueda sostener un pan? ¿Es que la lámpara no dará luz si la fabrica un alfarero en vez de un orfebre? ¿No es una piel de cabra una frazada tan buena como un cobertor de púrpura? Jesús comía de una escudilla común y les decía a sus discípulos que se sentasen sobre el césped. El limpió los pies de ellos con un lienzo de lino. No trajo desde el cielo un lebrillo de plata, y le pidió a la mujer samaritana que le diese de beber en un cuenco de barro."

Probablemente se impartían tales consejos cuando había paz para la Iglesia, pero durante el siglo tercero, más o menos cada cincuenta años esa paz era quebrantada. Esta aflicción fue particularmente severa en el año 250 después de Cristo. El emperador Decio provenía del norte, de la región alrededor del río Danubio, donde el cristianismo apenas se había extendido. Pensaba él que el cristianismo debilitaba el Imperio, y que el retorno a las religiones de antes haría a Roma grande y poderosa otra vez. Con el fin de extirpar hasta sus raíces la nueva religión ordenó que cada habitante en el Imperio debía proveerse de un certificado expedido por un funcionario en el cual declarara que aquel había hecho sacrificios por el emperador. Algunos de estos testimonios han sido conservados hasta ahora en Egipto, propicio por su clima. Uno de ellos dice así:

Presentado a la comisión que controla los sacrificios en la aldea de la Isla de Alejandro, por Aurelio Diógenes, hijo de Satabus, de la aldea de la Isla de Alejandro, de unos 72 años de edad, aproximadamente, y con una cicatriz sobre la ceja derecha.

Yo he hecho siempre sacrificio a los dioses, así como también lo hago ahora en presencia de estas personas, y, de acuerdo con las reglas, he ofrecido, sacrificado y comido de las especies sacrificadas; y ruego de vosotros deis testimonio de esto. Adiós. Yo, Aurelio

Diógenes, he presentado esto. [Luego el funcionario encargado de controlar los sacrificios escribió]: Yo, Aurelio Siro, testifico que estuve presente mientras Diógenes sacrificaba con nosotros. [Diógenes añadió a continuación]: Año primero del emperador César, Cayo, Meso, Quinto, Trajano, Decio [El emperador llevaba muchos nombres. Se le conoce en la historia por Decio], piadoso, feliz, Augusto, 2º día de Epifo. [25 de junio del año 250].

Se imponía la pena de muerte al que se negase a obtener un certificado como éste.

Sobre la Iglesia se desencadenó una persecución que la tomó completamente de sorpresa. Durante los cincuenta precedentes años de paz se habían relajado algo las cosas. Los cristianos se habían mostrado más amistosos con los paganos, y aun había matrimonios mixtos. Ni corazones ni mentes estaban preparados para esta prueba. Muchos fallaron. Algunos se precipitaron a realizar sacrificios. Hubo obispos que arrastraron a los fieles hasta los altares paganos. Algunos cristianos sufrieron la cárcel antes que ceder. Otros soportaron por un tiempo las torturas. Otros hicieron algo que resulta penoso referir. No realizaron los sacrificios, pero obtuvieron los certificados que declaraban que habían sacrificado. Ocurría a menudo que los representantes del Emperador eran amigos de los cristianos, y no querían darles muerte. Les decían algo más o menos así: "Sé que eres cristiano. No te verás obligado a sacrificar. Dame algún dinero y te extenderé un certificado sin que sacrifiques."

El cristiano pensaba para sí, "El obispo dijo que no debíamos hacer sacrificios. No lo haré. El obispo nos ordenó que no aceptásemos los testimonios. Este acto no equivaldría a negar a Cristo. Este empleado sabe que yo soy cristiano. El permitirá que yo pague una multa en vez de proceder a hacerme cortar la cabeza. Siempre que yo no niegue a Cristo, ¿por qué me ha de estar vedado proceder así?" Por supuesto, la dificultad estaba en que el certificado decía que la persona en cuestión había sacrificado.

Esta persecución no fue de mucha duración. Una vez terminada, muchos de los que no habían podido soportar la prueba quisieron retornar a la Iglesia. Amaban a Jesús

en lo íntimo de sus corazones y pensaban que la Iglesia se asemejaba al Arca de Noé, fuera de la cual perecía todo lo que tenía aliento de vida. Esas personas entonces querían volver al arca, y como este hombre del grabado, apelaban al obispo.

¿Cómo procedía la Iglesia? ¿Podía otorgárseles el perdón a los que así habían ofendido? Por supuesto, Dios poseía la facultad de perdonar, pero, ¿qué podía hacer la Iglesia? La respuesta de los obispos en el siglo tercero fue que Cristo había dado a Pedro y a sus sucesores, particularmente al obispo de Roma, las llaves del cielo, y que lo que ellos perdonaran en la tierra sería perdonado en el cielo. Los obispos entonces comenzaron a perdonar a los réprobos, con tal que probaran su arrepentimiento, presentándose delante de la congregación con cilicio y cenizas sobre sus cabezas. Esto se llama confesión y penitencia. En sus principios



la confesión era pública, es decir, se hacía delante de la congregación. Más tarde asumió un carácter privado, y se realizaba delante del ministro o sacerdote.

Algunos cristianos se sentían muy enfadados porque los hijos pródigos recibían el perdón. Semejante indulgencia induciría a cometer faltas otra vez y la Iglesia quedaría constituida por personas débiles y faltas de carácter. El bando que exigía una mayor severidad se separó y fundó una iglesia propia que gozó de larga existencia. Tres cuartos de siglos después el emperador Constantino, que por en-

tonces se había convertido al cristianismo, quiso unir a este grupo con la Iglesia católica. Inquirió cuál era el motivo de desacuerdo. ¿Diferencias en cuanto al credo? No; ¿qué ocurría entonces? Sencillamente esto, fue la respuesta: los nietos de aquellos que fueron fieles ante las pruebas a que se les sometió no podían tener contacto o relación con los nietos de los que habían sido débiles y habían caído. El emperador, disgustado, respondió al obispo del bando estricto que tomara una escala y ascendiera por ella solo al cielo.

La persecución del emperador Decio fue seguida por un período de paz por otro medio siglo, y entonces las mismas cosas se repitieron cuando el emperador Diocleciano comenzó a perseguir a los cristianos. El monarca se empeñó en destruir las iglesias y todas las copias de la Biblia. Sucedió que hasta algunos que pertenecían al clero entregaron las Escrituras, y, una vez que hubo terminado la crisis, quisieron regresar a la grey. Ya se había resuelto este punto: los laicos, o sea el común del pueblo, podrían ser recibidos otra vez dentro de la Iglesia; pero, ¿qué se haría en cuanto a los ministros, el clero? Ellos también fueron perdonados. Pero esta vez otro bando de protestadores se formó en el Africa del norte. Bajo el nombre de donatistas. Hacia allí fueron los más pobres y descontentos de esa tierra, algunos de ellos individuos tan turbulentos que comenzaron a destruir los templos y a arrojar ácidos a los ojos de los obispos del lado contrario. Aun después que a través de todo el Imperio romano dominaba la religión cristiana, los donatistas fueron causa de tantos hechos enojosos que se decretó para ellos la pena de muerte.

Muchos se mostraron débiles ante la prueba, pero no todos. Si algunos de los que se creía proclamarían su fe, la negaron, otros, en cambio, que se presumía no eran fieles, la confesaron. Se representó ante el emperador Diocleciano una pieza teatral en la que se ponía en ridículo a los cristianos. Uno de los actores aparecía vestido de blanco para ser en seguida bautizado. “¡Me siento tan pesado!” —exclamaba echándose sobre el tablado del proscenio como si estuviese enfermo—, y “quiero llegar a ser más liviano”.

“¿Qué haremos en este caso? —le preguntaba su acompañante—. Te rasuraremos como es costumbre hacerlo con los carpinteros?”

“¡Idiotas! Quiero ser cristiano y volar hacia Dios.”

En seguida hicieron venir otro actor, quien hacía el papel de ministro, quien comenzó a emplear algunas de las expresiones en uso entre los cristianos. Pero sucedió que este actor había sido criado en un hogar cristiano en Galia (Francia). Cuando hubo dicho esas palabras a manera de chanza y cuando habían provocado las risas de todo el público, él recordó a su padre y su madre y lo que le habían enseñado cuando niño, y comenzó a decir a voces: “Quiero recibir la gracia de Cristo. Quiero nacer otra vez.” Las risas del público aumentaron, pero el actor dijo al emperador: “Ilustre emperador y vosotros, público que reís alborotadamente, creedme que Cristo es el Señor.” Cuando Diocleciano se dio cuenta de que decía estas palabras con toda sinceridad, ordenó que se torturara al hombre. Sus costados fueron destrozados con garras y quemados con teas, pero continuó proclamando esto: “No hay más Rey que Cristo a quien yo he visto y a quien adoro. Por él moriré mil veces. Me arrepiento de mi pecado y por haber llegado a ser tan tardíamente un soldado del verdadero Rey.”



Roma Acepta la Cruz



CONSTANTINO puso fin a las persecuciones a los cristianos. Fue el sucesor de Diocleciano, pero llegó a ser emperador sólo después de una prolongada lucha y tampoco fue cristiano al principio. Diocleciano había pensado que el imperio era demasiado grande para ser gobernado por un hombre solo, y por este motivo lo dividió en partes que otros emperadores ayudantes gobernasen. Cuando llegó a una edad evanzada y dejó el poder, los emperadores que le secundaban en su tarea comenzaron a luchar entre ellos y así también los hijos de estos emperadores. Constantino era el hijo de uno de ellos. Majencio era el hijo de otro. Constantino tenía bajo su poder a Britania (Inglaterra) y Galia (Francia). Majencio conservaba a Roma e Italia. Se cuenta que mientras Constantino marchaba hacia Roma vio, al morir el día, una cruz sobre el sol, con estas palabras: "*Hoc Signo Vinctes*", que significan: "Con este signo vencerás." En todo caso, la Iglesia constituía un elemento tan poderoso dentro del Imperio, que Constantino llegó a la persuasión de que el Dios de los cristianos era un Dios muy poderoso. A este Dios serviría él con la esperanza de alcanzar la victoria, y la victoria fue suya. Las tropas de Majencio abandonaron precipitadamente el campo

haciendo uso en su retirada de pontones que atravesaban el río Tiber. Los pontones cedieron. Majencio mismo pereció ahogado. A ésta se la llamaba la batalla de Puente Milviano y ocurrió en el año 312 D.C. Constantino había conquistado Italia. Tuvo que luchar por más de diez años para vencer a otros rivales y llegar a convertirse en el único emperador. Dondequiera que él reinaba cesaban las persecuciones y cuando alcanzó la victoria definitiva el cristianismo se convirtió en la religión que gozaba de más favor dentro del imperio. Jesús de Nazaret, crucificado por orden de un gobernador romano, llegó a ser reverenciado como el salvador del Imperio Romano.

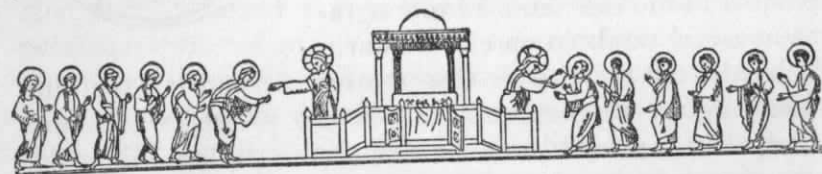
Las monedas de esa época atestiguan el cambio que se efectuó. Algunas de las monedas del imperio pagano llevaban el símbolo de la loba y los gemelos, Rómulo y Remo. Las monedas nuevas llevaban, además, el monograma de Cristo. La loba se había hecho cristiana. En otra moneda la diosa protectora de Roma aparece sosteniendo en su mano un orbe que luce encima el mismo monograma. Roma se había hecho cristiana. En otras, Mitra, el dios-sol, sostiene una esfera; a un lado de ella hay una estrella, y la cruz al otro lado. Mitra se había hecho cristiano. El monograma apareció también en el estandarte de batalla del ejército de Constantino. Se podría preguntar cómo llegó a suceder esto, ya que los primeros cristianos se negaban a ser soldados. La respuesta es que también habían cambiado las ideas. Ya que Constantino prometía que, si triunfaba, protegería a los cristianos, estos no podían menos que anhelar que triunfara, y algunos estaban dispues-



tos hasta a dar su ayuda para que saliese victorioso. Cuando por fin todos los enemigos fueron vencidos, los cristianos saludaron a Constantino como un libertador enviado por Dios.

Directa e indirectamente él hizo mucho por la Iglesia. Una de las manifestaciones de esta protección directa fue que dio a los ministros cristianos los privilegios que antes gozaban los sacerdotes paganos. Las iglesias tuvieron los mismos derechos que los templos paganos. El domingo cristiano se convirtió oficialmente en día feriado. Los obispos cristianos disfrutaron de grandes honores y se les permitía viajar como si tuviesen la calidad de senadores del imperio, en vehículos del gobierno. Las iglesias destruidas durante las persecuciones fueron reconstruidas a expensas de los paganos y Constantino mismo construyó muchas iglesias nuevas, incluyendo la de Santa Sofía (Santa Sabiduría), de Constantinopla.

A las iglesias se les daba el nombre de basílicas. Aquí aparece un plano que representa la base de la basílica de San Pedro en Roma. C es el ábside donde se sentaban el obispo y el clero detrás de la mesa de la comunión, la que llegó a ser conocida más tarde como el altar, debido a la creencia, cada vez más extendida, de que en el pan y el vino de la comunión se ofrecía en sacrificio al Padre



el cuerpo y la sangre de Cristo. F es el crucero que se amplía un poco a los lados queriendo recordar la forma de la cruz. A es la nave. Esta era para el coro. Los feligreses

estaban en las alas que llevan por señal la letra B. Las mujeres estaban a un lado y los hombres al otro. Para participar de la comunión se adelantaban desde los lados opuestos. La ilustración que aparece en seguida y que se supondría fuera de la Última Cena, muestra en realidad cómo la gente, en una fecha posterior, venía desde lados opuestos al altar. D es un patio cubierto llamado nartex y E un patio abierto llamado atrio. En estos atrios y de acuerdo con el estado del tiempo se reunían los catecúmenos, esto es cristianos que comenzaban su iniciación y aun no suficientemente instruidos para ser admitidos a la comunión y dentro del seno de la iglesia. Las basílicas llegaron a convertirse en edificios de gran belleza. De esto se quejaba San Jerónimo así: "Las basílicas se construyen con el dinero que da el estado. Los techos están adornados de oro entremezclado con mármol.

Los libros santos de los cristianos que antes se arrojaban a las llamas ahora están encuadernados de púrpura e incrustados con oro y joyas."

Indirectamente, Constantino ayudó a la Iglesia al cambiar la capital del imperio, de Roma a Constantinopla.

Esta ciudad estaba mejor situada para gobernar el imperio entero porque se encontraba en la intersección de las líneas que conectan Europa con Asia por tierra y el mar Egeo y el mar Negro por agua. Esta ciudad se había llamado antes Bizancio. Constantino le dio su propio nombre, Constantinopla, nombre que los turcos han cambiado en Estambul. Se le llamó también Nueva Roma. La Vieja Roma dejó de ser la capital. El emperador ya no estaba allí. En consecuencia, el papa de Roma llegó a ser considerado, en cierta forma, el sucesor del emperador y la leyenda dice que Constantino



concedió el gobierno de la parte occidental del imperio a Silvestre I, obispo de Roma. Aunque esta historia no es verdad, contiene una verdad. La Iglesia comenzaba a crecer y a suplantar al imperio.

Constantino escogió la religión cristiana no tanto por aquella visión de la cruz —si es verdad que alguna vez tuvo tal visión—, como porque el imperio necesitaba una religión que fuese un vínculo para unir a todos esos pueblos. El cristianismo, que se había extendido con tanta rapidez y había llegado a ser tan poderoso, se presentaba como la mejor religión para servir de cemento en el mundo romano. ¡Cuál no fue la desesperación de Constantino al descubrir que ese cemento comenzaba a partirse!



Estalló una controversia entre los mismos cristianos sobre las relaciones de Cristo, Dios y el Espíritu Santo. Todos los cristianos estaban de acuerdo que Dios era uno. No podía haber disputa sobre esto. Pero, ¿cuál era la relación de Cristo para con Dios? Aunque Cristo vivió en la tierra en un cuerpo verdadero, sufrió y murió verdaderamente, también se elevó verdaderamente de entre los muertos

y trajo vida nueva a los que confiaban en él. No había duda, entonces, que era mucho más que un hombre de orden común. Pero, si es que era Dios, ¿podían existir así dos dioses? Y el Espíritu de Dios, que obra en nuestros corazones, ¿no es también dios? En tal caso ¿no tenemos tres dioses?

La discusión se hizo muy acalorada en la ciudad de Alejandría donde un sacerdote anciano llamado Arrio declaraba que Cristo era más que hombre pero menos que Dios. Un joven diácono de la misma iglesia, llamado Atanasio —que llegó a ser obispo y aparece en la ilustración que an-

tecede con la túnica que lo inviste de ese carácter— decía que las ideas de Arrio no podían ser aceptadas. Si Cristo era más que un hombre y menos que un dios, no sería ni lo uno ni lo otro. Atanasio decía que había un Dios. Cristo compartía el ser de Dios. Y también el cristiano, a través de Cristo, quien lo compartió plenamente y nos ayuda a nos-

otros a compartirla en mayor grado. El Espíritu también lo comparte plenamente. Dios es uno. Pero en el Uno hay tres que comparten su ser: el Padre que es el Señor de todo el universo, el Hijo que vivió en la tierra y que por nosotros murió y resucitó, y el Espíritu que se infunde en nuestros espíritus y nos enseña las cosas de Dios.

Los tres que así comparten la



existencia de Dios reciben el nombre de Trinidad; en una fecha posterior la Iglesia presentó la relación que los unía por medio de este diagrama. La Trinidad aparece con una cabeza y tres caras. Los seres alados de las esquinas simbolizan a Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La ilustración es demasiado sencilla para poder representar adecuadamente el misterio de Dios, e ilustraciones como ésta no eran bien vistas por dirigentes de la Iglesia, pero eran del agrado del vulgo.

En medio de esta disputa sobre la relación entre Cristo y el Padre quedó olvidado el amor de Cristo. Las discusiones terminaban en tumultos. Constantino estaba horrorizado de que los cristianos llegaran a pelear alguna vez. Entendía poca cosa sobre el motivo del debate, pero envió a un mensajero que reconviniera a los dos partidos en contienda. "Toda esta discusión —dijo— es el resultado del ánimo querrelloso de gentes que no tienen bastante que hacer. Por una absurda diferencia respecto del sentido de las palabras; ¿habrían de tratarse los hermanos como si fuesen enemigos?"

Estas palabras no dieron resultado. Además, surgieron otras discusiones. La Pascua de Resurrección se celebraba en diversos lugares en diferentes fechas. Algunos la recordaban de acuerdo con la luna llena de la primavera, como los judíos y su pascua hebrea. Otros el primer día de la primavera cuando los paganos celebraban el resurgir de los dioses de la naturaleza. En este caso variaba el día de la semana. Otros insistían en que debía celebrarse siempre en día domingo, el día de la resurrección.

Para resolver todas estas cuestiones Constantino ordenó que se celebrase un concilio en la ciudad de Nicea, cerca de Constantinopla, en el año 325 después de Cristo. Esta reunión es conocida como el Concilio de Nicea y fue la primera reunión de los dirigentes de la Iglesia entera. De todas partes del mundo acudieron los obispos. Del Africa, Siria, Mesopotamia, Persia, Ponto, Galacia, Panfilia, Cilicia y Frigia, Tracia, Macedonia, Acaya y la lejana España. De Roma llegaron sacerdotes. Nunca, dijo el historiador de este suceso, había reunido un príncipe tal guirnalda en honor de su Salvador, como lo hizo Constantino.

Los obispos y sacerdotes se reunieron en un gran salón y esperaron la llegada del emperador. Al aparecer éste todos se pusieron de pie. Parecía un mensajero celestial vestido en túnicas que brillaban como con rayos de luz, refulgentes con el esplendor del oro y las piedras preciosas. El emperador invitó a todos a comer. Al dirigirse al comedor aparecían a cada lado de la sala soldados de la guardia imperial en actitud de atención y con sus espadas desenvaina-

das, pero ya nunca más para castigar a los cristianos sino para rendirles honor. Entre los obispos había uno a quien le habían arrancado un ojo durante una persecución. Constantino besó la cuenca vacía.

El concilio de Nicea resolvió que la Pascua de Resurrección debía celebrarse, como en la actualidad, el primer domingo posterior a la primera luna llena, después del equinoccio vernal, que es el primer día de primavera. De esta manera se combinaron las festividades que celebraban judíos, paganos y cristianos.

La divergencia en cuanto a la relación entre Cristo y Dios se resolvió de acuerdo con las ideas de Atanasio. El credo que ahora se llama de Nicea no fue escrito hasta unos años después, pero es justo que lleve el nombre de Nicea porque contiene lo que se aceptó en ese concilio. Dice así:

"Creo en un Dios el Padre Todopoderoso,
Hacedor del cielo y tierra,
Y de todas las cosas visibles e invisibles;
Y en un Señor Jesucristo,
Engendrado por su Padre antes de todos los mundos:
Dios de Dios, Luz de Luz,
Verdadero Dios, de verdadero Dios,
Engendrado, no hecho,
Siendo de una substancia [o ser] con el Padre,
Por quien todas las cosas fueron hechas;
Quien por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación,
Bajó de los cielos,
Y fue encarnado por el Espíritu Santo en la Virgen María,
[vino a vivir en carne humana mediante el Espíritu
de Dios],
Y fue hecho hombre,
Y fue crucificado también por nosotros bajo Poncio Pilato.
Sufrió y fue enterrado;
Y al tercer día se levantó otra vez de acuerdo con las
Escrituras;
Y ascendió al cielo,
Y se sienta a la diestra del Padre.
Y vendrá otra vez con gloria
Para juzgar a los vivos y a los muertos;
Cuyo reinado no tendrá término.
Y creo en el Espíritu Santo,
El Señor y Dador de la Vida,

Quien procede del Padre y del Hijo,
 [el Espíritu de Dios viene a nosotros directamente de
 Dios, pero también mediante Cristo].
 Quien con el Padre y el Hijo juntos es adorado y glorificado;
 Quien habló por los Profetas,
 [el Espíritu de Dios estaba hablando por los profetas
 del Antiguo Testamento].
 Y yo creo en una Iglesia Católica Apostólica.
 Reconozco que hay un Bautismo para la remisión de los
 pecados,
 Y espero la Resurrección de los muertos,
 Y la Vida del mundo que ha de venir. Amén."

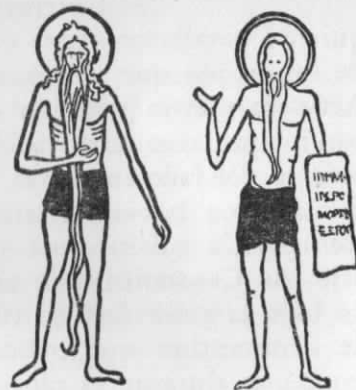
Los miembros del concilio presentaron entonces el resultado de su trabajo a Constantino. Esta ilustración los presenta en este acto. Cinco miembros, Arrio entre ellos, se negaron a firmar el documento y fueron condenados al exilio.



Esta decisión no resolvió en manera alguna todas las dificultades. La discusión sobre la relación de Cristo con el Padre, y los elementos divinos y humanos en Cristo prosiguió durante largos años. Los obispos condenados al destierro regresaron y entonces Atanasio fue expatriado. Falleció Constantino y luego le sobrevivieron sus tres hijos,

quienes batallaron entre ellos por el trono, y las creencias de los grupos que se adherían a Nicea o a las doctrinas de Arrio se vieron también envueltas en estas querellas. El bando que resultaba victorioso procedía a desterrar a los obispos del lado contrario. Hasta el anciano mensajero que Constantino había enviado a Alejandría para detener la controversia sufrió igual suerte. Protestó ante uno de los hijos de Constantino en estos términos: "Yo fui perseguido bajo la autoridad de vuestro abuelo [es decir, el padre de Constantino que había sido uno de los emperadores ayudantes durante el reinado de Diocleciano] y si vos vais a perseguirme ahora, soportaré esta prueba antes de negar la verdad, pero recordad que Dios os ha dado a vos el imperio y a nosotros la Iglesia. Si nosotros os usurpamos el gobierno, nos oponemos a los designios de Dios, y si vos os entrometéis en los asuntos de la Iglesia, hacéis mal."

Debía llegar el día cuando el partido niceno triunfara totalmente. Entonces se dictó una ley para el Imperio Romano por la cual se declaraba que el que no creyera en la Trinidad sufriría la pena de muerte. Esta ley trata de ser aplicada tiempo después en contra de los unitarios.



La Huida al Desierto



AL hacerse cristiano el mundo, los dirigentes eclesiásticos actúan con la altivez de un senador y los emperadores expatrían a los obispos, ¿qué actitud debe adoptar entonces el cristiano sensato? “Apartarse del mundo”, respondieron algunos. “Huir al desierto. Huir del mundo, huir de las ciudades. Volver a los campos donde el labrador entona salmos mientras conduce el arado. Huir de emperadores asesinos y de ministros adulones. Huir de todos y vivir en completa soledad.” Los individuos que vivían de acuerdo con estas ideas recibieron el nombre de ermitaños y monjes. Ermitaño significa el que vive en el desierto. Los primeros monjes fueron ermitaños. Pero posteriormente se llamó ermitaño al que vivía enteramente solo, y monje al que abandonaba los vínculos del mundo, las ciudades y las familias para vivir aparte con un grupo de otros monjes. Este movimiento comenzó en Egipto.

Ermitaños y monjes estaban persuadidos de que el mundo era malo y que el cuerpo era malo también. Respecto de esto llegaban a sustentar entonces los mismos conceptos que los gnósticos. Si el cuerpo es malo, reflexionaban, entonces debe ser castigado y abatido. Por esta razón habitaban en

cuevas y dormían sobre rocas y sólo comían lo indispensable para vivir, con frecuencia nada más que coles y dátiles. Algunos procuraban no dormir en absoluto hasta que el sueño les vencía en tal manera que durante las comidas el alimento se les caía de la boca. Se entablaban competencias para establecer quién podía soportar más penurias. Un monje se mantuvo parado en un solo pie hasta que cayó desmayado. Otros pasaban su existencia en la cima de altos pilares y los alimentos eran elevados hasta ellos por medio de un sistema de poleas.

Los primeros monjes fueron tan estrictos en sus costumbres que ni aun querían mirar a las mujeres. Esta ilustración nos presenta a un monje en el momento que recibe la visita de su propia madre y algunas de las amigas de ésta. Se ve en él la necesidad de cubrir con una mano sus ojos durante todo el curso de la conversación, aunque podría creerse que estuviera tratando de mirar disimuladamente.



No es bueno que las personas vivan de esta suerte sin amigos ni trabajo alguno. Como los ermitaños no tenían a nadie con quien hablar y muy poca cosa que hacer, se imaginaban que eran perseguidos por demonios. San Antonio pasó la mayor parte de su tiempo luchando con demonios que eran creación de su mente. Los pintores han tenido así muchos motivos de inspiración para representar estos demonios. La ilustración que sigue se ha obtenido del trabajo de un artista francés, Jacques Callot, intitulado “Las Tentaciones de San Antonio”. Los ermitaños pudieron luego darse cuenta que esta práctica de vivir completamente solos conduce a la insanía, de modo que resolvieron vivir en comunidades conocidas con el nombre de monasterios. Pero esto no

quiere decir que vivían como familias. Los hombres tenían sus monasterios y las mujeres conventos. Aunque en esta forma se habían segregado del mundo, los monjes no estaban perfectamente seguros de que esa retirada del mundo era lo más apropiado. El mundo existía siempre y la



gente continuaba en él. A veces los monjes meditaban sobre lo que estaría ocurriendo en el mundo. Una antigua leyenda nos dice que cierto individuo que vivía en el mundo fue a visitar a una ermitaño que habitaba la cumbre elevada

de una montaña. Preguntó el ermitaño: "¿Cómo siguen las cosas por allá en el mundo? ¿Tiene la gente suficiente fe como para decir a esta montaña: 'Elévate y échate al mar'?" Mientras pronunciaba estas palabras la montaña sobre la que estaban el ermitaño y su visitante comenzó a elevarse rápidamente. "¡Oh, montaña —exclamó el ermitaño—, yo no daba órdenes sino que simplemente repetía un pasaje de la Biblia. Asíéntate otra vez." Y la montaña se asentó. Esta historieta revela, por lo menos, que el monje estaba pensando en las cosas que conciernen al mundo.

Pero cuando el mundo padecía serias perturbaciones los monjes volvían al mundo. En épocas de hambre persuadían a los ricos que compartiesen su alimento con los pobres. Otra historia nos dice que un monje de Alejandría, en Egipto, iba con frecuencia a la ciudad. Conocía a una mujer joven que era muy codiciosa. Se dirigió a ella y le dijo: "Yo sé cómo conseguir un juego de joyas valiosas a muy bajo precio. Si me das cien piezas de plata yo os las podré obtener." Le entregó ella el dinero, pero el monje nunca volvió con las joyas prometidas. Inquirió la razón de esto. "Os mostraré las joyas —dijo el monje—, y si no estáis con-

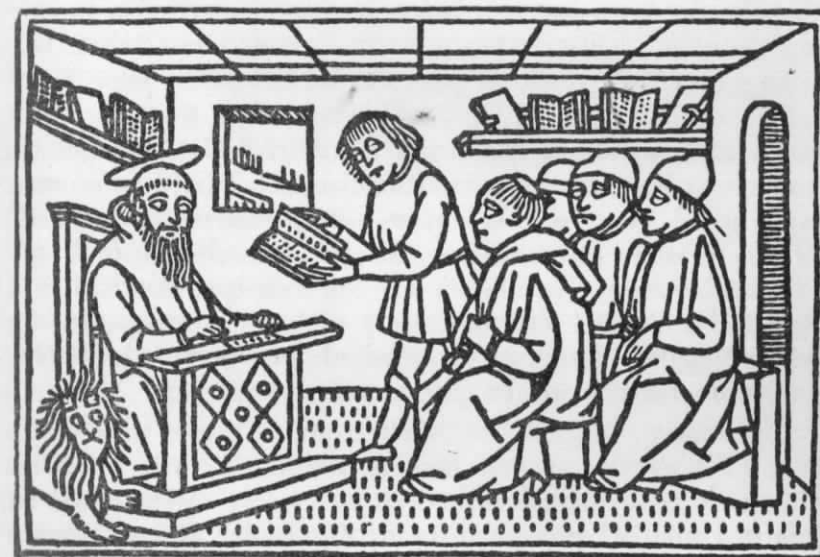
tenta os devolveré vuestro dinero." Luego llevó a la joven a una casa.

"¿Qué deseáis ver primero; las esmeraldas o las otras piedras preciosas?"

"Me es indiferente."

Primero la condujo a su hospital para leprosos. "Aquí están mis esmeraldas." En seguida le mostró los lisiados. "Aquí están mis otras gemas. ¿Queréis que os devuelva vuestro dinero?"

"No; esto vale lo que esas joyas."



Uno de los más célebres monjes fue San Jerónimo. Se inició como un ermitaño, pero el desierto no contribuía a la elevación y pureza de sus pensamientos. No había un solo ser humano con él; pero ello no le impedía soñar con danzarinas de Roma. Aunque castigaba su pecho con una dura piedra, estas ilusiones le perseguían. Después de algunos años desistió de vivir solo y volvió junto a sus semejantes y en medio del mundo. Se dice que lo siguió un león, y si hemos de fiarnos de las ilustraciones, este animal iba a todas partes con él.

Jerónimo se entregó al estudio. Aprendió el hebreo y

tradujo el Antiguo Testamento escrito en esta lengua, al latín; y el Nuevo Testamento, del griego al latín. La traducción de San Jerónimo se llama la Vulgata. Esta es la Biblia de la Iglesia Católica. Del latín se han hecho varias traducciones.

San Jerónimo no fue tan severo como los primeros monjes en cuanto a no tener nada que ver con las mujeres. Su monasterio se encontraba en Belén. De Roma acudieron algunas mujeres nobles, que establecieron en su proximidad un convento y le ayudaron en las traducciones que hacía. Una de ellas tenía una hermana casada en Roma que acababa de dar a luz una niña. Jerónimo escribió a la madre: "Enviad a la criatura a su tía que está en Belén. Dejadla que crezca junto al pesebre del Salvador. Aquí nunca aprenderá a mentir. Crecerá asemejándose a un ángel. O enviádmela a mí. Yo mismo la instruiré." [Los monjes tenían por costumbre enseñar a los niños.] "Viejo como soy, la ayudaré cuando comiencen sus primeros balbuceos." (Tenía más de sesenta años.) La pequeñuela nunca llegó. Los bárbaros ya dominaban los caminos que conducían a Roma. La Ciudad Eterna cayó, y pronto los refugiados estaban llegando en gran cantidad al monasterio de Belén. Jerónimo no descansaba por atenderlos.

Otro monje notable fue Crisóstomo. En sus mocedades tuvo el deseo de reunirse con sus hermanos en la fe en las colinas que se elevan sobre Antioquía, en Siria, pero su madre viuda le retuvo a su lado. "Tu padre falleció a poco de tú nacer —le recordó a su hijo—, y no sabes cuán duro y difícil me fue a mí cuidarte y proveer a tus necesidades. Nada sabía yo en cuanto al manejo del dinero y contribuciones, la bellaquería de los sirvientes y la ruindad de los parientes, ansiosos de despojarme de mi dinero. Soporté todo esto nada más que por ti, y me sentía feliz. No pienses que quiero despojarte a ti de tu felicidad; lo único que deseo es que permanezcas a mi lado hasta el día de mi muerte." Crisóstomo se quedó con su madre.

Cuando ella murió, él se hizo monje, pero poco a poco llegó a la convicción de que la vida más sublime y heroica es la de un obispo que ayuda, en medio del mundo, al

común de los mortales. La de él es una tarea más difícil que la de un monje. Un obispo tiene que instruir a su grey. Debe atender a los extranjeros. Cuidar de las mujeres, reconvenirlas cuando son dadas a la pereza y consolarlas ante sus penas. Debe poseer la cualidad de entenderse bien con toda clase de hombres. Debe dar solución a los desacuerdos y enemistades de su congregación, rebatir a los arrianos y aconsejar a personas habituadas a la excitación de las pistas de carreras. También debe el obispo dar la comunión a los que son merecedoras de ella, negarla a los indignos y vivir en armonía con ellos. Todo esto resulta más difícil que dormir sobre un lecho duro y privarse de un baño. No tardaría Crisóstomo en escoger la vida más heroica de un sacerdote en Antioquía.

Su congregación había olvidado la generosidad de los tiempos de los apóstoles. Crisóstomo procuró volverles a esa costumbre. "Recordad —les decía— que el dinero es como el agua: se corrompe si no está en movimiento. No penséis que ya habéis hecho porque castigáis vuestros cuerpos con ayuno. No me opongo a que ayunéis, pero más importante que esto es que ayudéis a otros. Y no pidáis nunca cosas hermosas si éstas son obtenidas al precio de la sangre. No olvidéis: es preciso preparar un bajel; se contratan remeros y un hombre para que se coloque a la proa y otro al timón. Se despliegan las velas y se surca el océano. Mujeres y niños quedan atrás, desamparados. El mercader se confía a la merced de las olas, y va a tierras que habitan los bárbaros y sobrelleva un sinnúmero de peligros. ¿Con qué fin? Para que tengáis algunos hilos de colores a fin de entretejerlos en vuestras pantuflas.

"Mejor sería que empleaseis vuestro dinero dándolo a los pobres. ¿Cuántos hay en Antioquía? Diría yo que cincuenta mil. ¿Y cuántos cristianos? Me atrevería a afirmar que ascienden a cien mil y el resto son judíos y paganos. Ved entonces que si los cristianos trajesen sus bienes y los compartiesen como los apóstoles lo hacían, ¿no podríamos entonces preocuparnos del bienestar de los pobres, especialmente si procediésemos como lo hacen en los monasterios? Ahí se cocina de una vez para el grupo entero y así re-

sulta más barato. Aprendamos entonces de los monasterios. ¿Alguna vez ha perecido alguien de hambre allí?" Vemos entonces que de esta manera el monasterio comenzaba a dar sus enseñanzas al mundo.

El monje también podía dar buenos consejos a la casa: "Una mujer nunca debe decir a su marido: ¡Holgacán, perezoso e inútil! Fíjate en aquel otro hombre. Se ha levantado de la nada. Pero él es diligente. Se atreve a afrontar peligros. Hace largos viajes. Ha hecho ya una fortuna. Su mujer luce joyas y sale a paseo con un par de mulas blancas como la leche."

"Si ella habla al marido de esta manera, el hombre le replicará: 'Pude haberme casado con otra mujer, dueña de mayores bienes y de noble familia, pero te escogí a ti porque te amaba. ¡Eres tan hermosa, apacible y modesta!' Luego le explicará cuál es la verdadera sabiduría y le hablará también sobre la vanidad y necedad de las riquezas."

Crisóstomo tenía que hablar con severidad y en forma que no agradaba a su auditorio, pero la gente le escuchaba porque lo conocía bien y también lo quería. A través de todo el imperio se propagó su fama de orador. El nombre Crisóstomo quiere decir "Pico de oro". Su verdadero nombre era Juan.

Ocurrió que quedó vacante el patriarcado de Constantinopla. Los obispos de las ciudades más importantes recibían el nombre de "patriarcas". Constantinopla era la ciudad más importante después de Roma. Se necesitaba un patriarca en Constantinopla. Grande era la fama de Crisóstomo. El primer ministro del emperador deseaba que él llenara esa vacante, pero sabía bien que Crisóstomo amaba a Antioquía y Antioquía a su vez le amaba a él y nunca lo dejaría ir. Raptaron entonces a Crisóstomo, le llevaron a Constantinopla y le hicieron patriarca.

Este fue un día fatal para él. La gente de Constantinopla no le conocía, y cuando predicó allí, como lo había hecho antes en Antioquía, contra los ricos, éstos se enojaron. Cuando criticó los vestidos suntuosos, las mujeres y la misma emperatriz se encolerizaron. Ella aparece aquí en una moneda luciendo sus costosos atavíos. Cuando Crisóstomo

procuró que el clero fuera tan estricto como él, se encontró con una enconada resistencia. El patriarca de Alejandría estaba enojado también porque ansiaba ocupar el lugar de patriarca de Constantinopla. Todas estas personas entonces se unieron para expulsar a Crisóstomo. Se le expatrió y murió desterrado. Siempre fue difícil para la Iglesia actuar en Constantinopla. El emperador se encontraba demasiado cerca e insistía en gobernar la Iglesia. Las cosas eran más fáciles para el papa de Roma porque el emperador se encontraba a mayor distancia.

Fue durante los días de Crisóstomo cuando se fijó el 25 de diciembre como Navidad, y Crisóstomo prestó su ayuda para que se realizase este cambio. Antes se celebraba el 6 de enero. La razón de este cambio fue que los paganos del imperio celebraban el 25 de diciembre como el día del nacimiento del dios-sol, Mitra, porque en el calendario que ellos empleaban el 25 (en el nuestro es el 21) era el día más corto del año cuando el sol iniciaba su carrera ascendente otra vez. En este día había grandes celebraciones y los cristianos participaban de ellas con tanta alegría y entusiasmo que se reunían así con sus amigos paganos y se apartaban de la Iglesia. Por esta razón los obispos resolvieron celebrar una fiesta cristiana en el mismo día y trasladaron la Natividad de modo que el nacimiento de Cristo desplazara el nacimiento de Mitra.

El primer cuadro que se conoce del niño Jesús en el pesebre data de esta época. Aparecen los magos dos veces en él: a la izquierda cuando por la primera vez divisan la estrella, y a la derecha cuando traen sus presentes.





Mientras Roma Caía



MIENTRAS TANTO la Iglesia pasa en occidente por duros trances a causa de los bárbaros que invadían el imperio. Para darnos más cabal cuenta de la situación, debemos retroceder al tiempo anterior a la caída de Roma cuando los romanos luchaban por proteger sus fronteras. La misma capital se encontraba tan lejos de los límites del imperio que el gobierno resolvió trasladarse a Milán, ciudad situada en la parte norte de Italia. El gobernador que estaba a cargo de esta región era Ambrosio. Había nacido en el seno de una familia cristiana, pero nunca había sido bautizado. Falleció el obispo de Milán y era preciso escoger a otro. Había gran excitación porque la disputa con los arrianos no se había extinguido aún, y ambos bandos, el arriano y el niceno, querían que triunfara su elegido. Ambrosio temió que estallara una sedición y fue a la iglesia misma para mantener la tranquilidad. Mientras avanzaba por la nave de la iglesia un niño clamó: "¡Que Ambrosio sea nuestro obispo!" De nada valieron los argumentos del favorecido en contra de esta idea. No había siquiera recibido el bautismo, pero sus partidarios resolvieron pronto el problema. En el curso de una semana se le impartió el bautismo y le fueron otor-

gando los grados inferiores de la Iglesia hasta elevarlo a la dignidad de obispo.

Nunca había sido monje como San Jerónimo o San Crisóstomo, pero sentía grande admiración por los monjes y después de haber sido designado obispo pasaba largas horas a su lado. Tenía el mismo coraje de Crisóstomo para oponerse a los gobernantes que procuraban intervenir en los asuntos de la iglesia o que procedían mal, y tuvo más éxito en su empeño, quizá por haber actuado antes como funcionario del estado, y no como monje.

Su primer choque de importancia fue con la emperatriz Justina, quien apoyaba a los arrianos y exigía que se les diera una basílica en la ciudad de Milán. Ambrosio, que estaba por la fe de Nicea, se negó a hacer tal concesión. No simplemente porque considerase erróneas las creencias de los arrianos, sino porque el arrianismo había llegado a ser la fe de los godos, pueblo que había sido convertido al cristianismo por misioneros del Imperio romano, en una época en que los arrianos predominaban. En los años que siguieron, la mayor parte del imperio aceptó la posición de Nicea, mientras que la doctrina arriana se extendía entre los bárbaros con el resultado de que arriano vino a ser equivalente de bárbaro, y niceano de romano. La emperatriz estaba contratando soldados bárbaros para defender al imperio de otros bárbaros. Aquí aparece la representación de uno de ellos en un rudimentario dibujo hecho por ellos mismos. Ella deseaba que se erigiera una iglesia en Milán para estos soldados adictos a las doctrinas arrianas.



Ambrosio se negó y junto con los que eran fieles a su causa ocupó la iglesia que ella deseaba. Ordenó la emperatriz que tropas bárbaras rodeasen la iglesia. Mientras Am-

ambrosio esperaba para descubrir qué harían los soldados, enseñó a sus fieles a cantar algunos de los himnos que él había escrito. Se le llama el padre del canto sagrado en lengua latina. La emperatriz no se atrevió a ordenar un ataque contra una congregación que cantaba. Ambrosio triunfó.

Un conflicto de más gravedad fue el que estalló con el emperador Teodosio. Este era un notable general y que había tenido destacado éxito en detener a los bárbaros. No se trataba en este caso del arrianismo. Había otra cosa, su carácter era irascible y violento. Vivía en Tesalónica (la Salónica de hoy), un conocido auriga. A causa de un delito cometido por él fue arrestado por un funcionario del emperador. Se iniciaron los juegos. El pueblo quería al auriga y dio muerte al funcionario del emperador. "Muy bien", dijo el emperador, "gozarán de espectáculos". Siete mil personas se agolparon en el inmenso anfiteatro. También entraron soldados. Se cerraron las puertas y los siete mil espectadores fueron muertos.

Poco más tarde el emperador fue a Milán y se dirigió a la iglesia de San Ambrosio para recibir la comunión. En la puerta lo esperaba el obispo. "No podéis entrar aquí con las manos manchadas de sangre humana." El emperador tuvo entonces que prometer que nunca haría ejecutar una sentencia de muerte, hasta después de cuarenta días de haber sido dictada, para no proceder impulsado por la ira del momento, y tuvo que hacer penitencia antes que se le recibiera a la comunión. Crisóstomo, en el Oriente, no pudo contravenir así a la emperatriz. Ambrosio en el Occidente triunfó frente a los dos, el emperador y la emperatriz. Esto era un signo de la forma en que las cosas se iban a desarrollar en el Oriente y Occidente. El emperador dominaría sobre la iglesia en el Oriente; en el Occidente los papas darían órdenes a los reyes.

Ese día, no obstante, estaba muy lejano. Primeramente el mismo Imperio Romano debía desvanecerse en el occidente. En este período cuando el viejo mundo se derrumbaba y el nuevo aún no nacía, vivió un hombre cuyas ideas contribuyeron en gran manera a dar forma a ese nuevo mundo que él no alcanzó a conocer. Este hombre recibió

el nombre más tarde de San Agustín de Hipona. Esta era una pequeña ciudad de la parte norte del Africa. Sabemos más de él que de otros hombres de esa época porque escribió la historia de su propia vida y dio a conocer su vida interior como nadie lo había hecho hasta entonces.

Dice él que, cuando niño, pertenecía a un grupo de muchachos que jugaban hasta bien entrada la noche y en una oportunidad realizaron una incursión hasta un peral cargado de fruta y de propiedad de un vecino. La fruta estaba verde, así que no era apetitosa ni en color ni en sabor. "Tomamos grandes cantidades", dice San Agustín, "pero no las comimos; apenas les dábamos unos pequeños mordiscos y las echábamos en seguida a los puercos. ¿Por qué procedimos así? Un asesino no da muerte más que para matar. Quiere satisfacer una venganza o apoderarse de algo del hombre al que ha dado muerte; pero nosotros despojamos a ese árbol sin objeto alguno. Estoy bien cierto de que no hubiese procedido así si hubiera estado solo. El espíritu de solidaridad dentro del grupo fue lo que nos indujo a esto. Cuando alguien propuso: '¡Vamos. Hagamos esto!', cada uno de los presentes tuvo vergüenza de colocarse frente de los otros y decir que tendría vergüenza de cometer un acto así. Reíamos entre nosotros al pensar en la jugarreta que le hacíamos al dueño del árbol, en aquel momento profundamente dormido, sin sospechar que dejábamos desnudo al árbol. Fue un hecho bajo y censurable. Detesto ahora acordarme de este episodio."

El padre de Agustín fue un pagano hasta casi los últimos días de su vida. Su madre, Mónica, era cristiana, y se preocupaba grandemente por la salud espiritual de su hijo. Deseaba que llegara a ser cristiano y habló al obispo sobre este particular: "No os aflijáis", le contestó el sacerdote, "el hijo que es motivo de tantas lágrimas no se perderá."

Cuando Agustín fue mayor llegó a ser padre de un niño y entonces le fue indispensable el dinero para atender a su hijo y a la madre de éste. Por esta razón llegó a ser maestro en una escuela en Cartago, una ciudad no lejos de la localidad en que vivía. Pero los niños eran tan

brobio esperaba para descubrir qué harían los soldados, enseñó a sus fieles a cantar algunos de los himnos que él había escrito. Se le llama el padre del canto sagrado en lengua latina. La emperatriz no se atrevió a ordenar un ataque contra una congregación que cantaba. Ambrosio triunfó.

Un conflicto de más gravedad fue el que estalló con el emperador Teodosio. Este era un notable general y que había tenido destacado éxito en detener a los bárbaros. No se trataba en este caso del arrianismo. Había otra cosa, su carácter era irascible y violento. Vivía en Tesalónica (la Salónica de hoy), un conocido auriga. A causa de un delito cometido por él fue arrestado por un funcionario del emperador. Se iniciaron los juegos. El pueblo quería al auriga y dio muerte al funcionario del emperador. "Muy bien", dijo el emperador, "gozarán de espectáculos". Siete mil personas se agolparon en el inmenso anfiteatro. También entraron soldados. Se cerraron las puertas y los siete mil espectadores fueron muertos.

Poco más tarde el emperador fue a Milán y se dirigió a la iglesia de San Ambrosio para recibir la comunión. En la puerta lo esperaba el obispo. "No podéis entrar aquí con las manos manchadas de sangre humana." El emperador tuvo entonces que prometer que nunca haría ejecutar una sentencia de muerte, hasta después de cuarenta días de haber sido dictada, para no proceder impulsado por la ira del momento, y tuvo que hacer penitencia antes que se le recibiera a la comunión. Crisóstomo, en el Oriente, no pudo contravenir así a la emperatriz. Ambrosio en el Occidente triunfó frente a los dos, el emperador y la emperatriz. Esto era un signo de la forma en que las cosas se iban a desarrollar en el Oriente y Occidente. El emperador dominaría sobre la iglesia en el Oriente; en el Occidente los papas darían órdenes a los reyes.

Ese día, no obstante, estaba muy lejano. Primeramente el mismo Imperio Romano debía desvanecerse en el occidente. En este período cuando el viejo mundo se derrumbaba y el nuevo aún no nacía, vivió un hombre cuyas ideas contribuyeron en gran manera a dar forma a ese nuevo mundo que él no alcanzó a conocer. Este hombre recibió

el nombre más tarde de San Agustín de Hipona. Esta era una pequeña ciudad de la parte norte del Africa. Sabemos más de él que de otros hombres de esa época porque escribió la historia de su propia vida y dio a conocer su vida interior como nadie lo había hecho hasta entonces.

Dice él que, cuando niño, pertenecía a un grupo de muchachos que jugaban hasta bien entrada la noche y en una oportunidad realizaron una incursión hasta un peral cargado de fruta y de propiedad de un vecino. La fruta estaba verde, así que no era apetitosa ni en color ni en sabor. "Tomamos grandes cantidades", dice San Agustín, "pero no las comimos; apenas les dábamos unos pequeños mordiscos y las echábamos en seguida a los puercos. ¿Por qué procedimos así? Un asesino no da muerte más que para matar. Quiere satisfacer una venganza o apoderarse de algo del hombre al que ha dado muerte; pero nosotros despojamos a ese árbol sin objeto alguno. Estoy bien cierto de que no hubiese procedido así si hubiera estado solo. El espíritu de solidaridad dentro del grupo fue lo que nos indujo a esto. Cuando alguien propuso: '¡Vamos. Hagamos esto!', cada uno de los presentes tuvo vergüenza de colocarse frente de los otros y decir que tendría vergüenza de cometer un acto así. Reíamos entre nosotros al pensar en la jugarreta que le hacíamos al dueño del árbol, en aquel momento profundamente dormido, sin sospechar que dejábamos desnudo al árbol. Fue un hecho bajo y censurable. Detesto ahora acordarme de este episodio."

El padre de Agustín fue un pagano hasta casi los últimos días de su vida. Su madre, Mónica, era cristiana, y se preocupaba grandemente por la salud espiritual de su hijo. Deseaba que llegara a ser cristiano y habló al obispo sobre este particular: "No os aflijáis", le contestó el sacerdote, "el hijo que es motivo de tantas lágrimas no se perderá."

Cuando Agustín fue mayor llegó a ser padre de un niño y entonces le fue indispensable el dinero para atender a su hijo y a la madre de éste. Por esta razón llegó a ser maestro en una escuela en Cartago, una ciudad no lejos de la localidad en que vivía. Pero los niños eran tan



ingobernables como él mismo lo había sido antes. Tuvo noticias que era más fácil la tarea de maestro en Roma y, sin decir nada de sus proyectos a su propia madre, se escurrió llevando consigo al niño y a la madre de éste. Menos difícil era enseñar en Roma. Los niños se conducían bien, pero faltaban a clase justamente antes del día en que de-

bían pagar los honorarios de maestro. Agustín experimentó viva alegría al presentársele una mejor oportunidad en Milán. Su madre llegó a saber que se encontraba en esa ciudad y allí se reunió con él.

Milán era la ciudad de San Ambrosio. Agustín fue a escucharle predicar. Como maestro que era, le interesaba ver cómo empleaba las manos; cómo era su voz y cuál su manera de decir. Pronto descubrió algo más que unas manos expresivas y pulidas y un lenguaje fluido. Allí estaba un hombre que sabía del poder de Dios. Allí estaba un hombre valiente, un hombre de carácter. Agustín deseó asemejarsele. Siempre que él se había encontrado ante una dificultad la había eludido, en vez de afrontarla. ¡Si pudiera ser como Ambrosio! Pero el caso era que Agustín no estaba preparado todavía para cambiar.

Como no estaba casado con la mujer que era madre de su hijo, su propia madre quiso que la devolviese al Africa y se casara cuanto antes con otra mujer. Para complacer a su madre envió al Africa a la mujer y tomó otra, pero también sin matrimonio. Durante este período de su vida oyó de los monjes de Egipto que vivían completamente apartados de las mujeres. Se asombró de que aquellos hombres humildes y sencillos pudiesen someterse de esa manera a una existencia dura de llevar. Además, ahí estaba Ambrosio, que llevaba la existencia de un verdadero monje aunque era obispo.

Lleno de angustia y pesadumbre Agustín se encaminó solo a un jardín, golpeándose el pecho y mesándose los cabellos. "Cosa rara es", reflexionó, "que cuando le ordeno a mi mano que castigue mi pecho y arranque mis cabellos, obedece, pero cuando le ordeno a mi mente que haga algo, ésta se niega." Oyó entonces Agustín la voz de una criatura que jugaba en una casa próxima. Decía: "Toma y lee, toma y lee." Se dirigió hacia un banco y ahí encontró un ejemplar del Nuevo Testamento. Al tomar el libro entre sus manos las páginas se abrieron en aquella parte donde están las palabras de Pablo en la epístola a los Romanos: "No en riñas y borracheras, sino revestíos del Señor Jesucristo y no pongáis vuestro cuidado en satisfacer las concu-

piscencias de la carne." Agustín se rindió entonces: "Inclino mi cabeza ante el yugo que es fácil y mis hombros a la carga que es leve, Señor Jesús, mi sostén y mi Redentor."

Sintió que en todo esto había estado guiándolo un poder superior al suyo. Sea uno mejor o peor, la forma en que su vida se desarrolla depende de Dios y de su gracia. La palabra "gracia" significa don gratuito. El perdón de Dios, el amor de Dios y el poder de Dios no están a nuestras órdenes, sino que él los da, cuándo y dónde y a quién quiere. Agustín sabía también que Dios emplea instrumentos humanos, y que en su caso el instrumento había sido su madre. Entró del jardín y le dijo a ella que el Señor Jesús se había convertido en su fortaleza y su redentor. Poco después Agustín, junto con su hijo, eran bautizados por Ambrosio de Milán.

La familia regresó al Africa. Durante el viaje Mónica cayó enferma y murió. En el primer momento Agustín se encontró de tal manera embargado por el dolor que no pudo derramar una lágrima. Pero cantó algunos himnos de Ambrosio y comenzó a llorar incontinentemente. Retornó al Africa con su hijo. Allí murió el niño. Solo ya, Agustín se hizo monje deseando que sus días se deslizaran en paz, pero se le llamó para que fuese obispo de Hipona. En la ilustración de la página 60 se ve su mitra de obispo sobre la mesa. Pero la verdad es que él no usaba una mitra así. Esa ilustración se hizo en una época muy posterior y nos muestra cómo era la mitra en la Edad Media. El bastón que se asemeja a un cayado de pastor —ángulo superior izquierdo del dibujo— se llama báculo. Es el símbolo propio de un obispo. Este tampoco estuvo en uso sino un tiempo después.

¡Dura tarea es la de ser obispo! Los bárbaros invadían el imperio. ¿Por qué permitía esto Dios? Algunos eran de parecer que su ira se había desatado contra los arrianos. Esta era la explicación de Ambrosio. Pero, ¿por qué padecía a su vez el bando de los nicenos? San Agustín buscaba una respuesta más profunda. La lucha que se entablaba ahora, decía, es únicamente una faz de la batalla que no tiene fin, no sólo en la tierra sino también en el cielo entre las

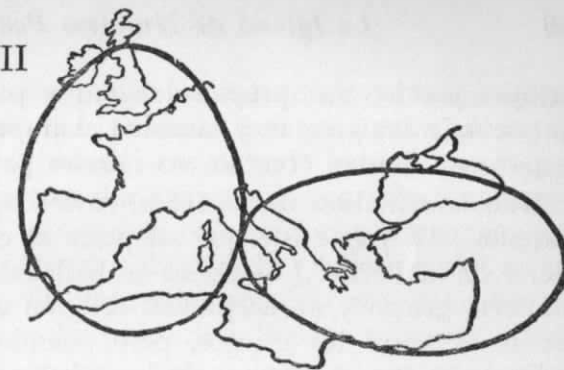
fuerzas del bien y del mal. Estas fuerzas estallan en la tierra y entonces resulta que un Caín mata a un Abel. En su mayor parte el imperio romano era como Caín y se constituyó y creció arrancándole sus tierras a otros pueblos. Fue esta una lucha resultante de la codicia del hombre. Los bárbaros están ahora haciendo a Roma lo que ella en otra época hiciera a los demás pueblos. Se derrumbará el imperio romano. Algo distinto vendrá en seguida y está comenzando a llegar. La Iglesia Cristiana, aunque no es perfecta, es una manifestación de las fuerzas que luchan por el bien. No debemos angustiarnos demasiado si cae Roma, siempre que la Iglesia permanezca en pie. Agustín no quería decir con esto que la Iglesia debía venir a reemplazar al imperio romano. Deseaba él que existiese un gobierno y a la vez una Iglesia, pero el gobierno debería ser conducido por la Iglesia. Más tarde los papas procuraron llegar a realizar este sueño.

No obstante, nada es perdurable en el mundo, nada, excepto el amor. San Agustín establece una comparación interesante entre el amor y el dinero. "El dinero", decía él, "disminuye si lo dais, pero el amor crece. Revelamos una mayor bondad a un ser si le damos dinero sin pedirle nos lo devuelva, pero no damos amor sin solicitar que sea retribuido. Cuando se recibe dinero este permanece con el que lo recibe y abandona al que lo da, pero el amor no deja al hombre que lo da y, si no es retribuido, siempre permanece a su lado, y aquel que lo recibe no lo posee a no ser que lo devuelva."

[San Agustín es notable como predicador, pero es más notable aún por sus oraciones.] "Tardíamente he llegado a amarte a Ti que posees una rectitud tan antigua y no obstante tan nueva. Tardíamente te he amado. Y he aquí que Tú estabas dentro y yo fuera y allí te busqué. Desprovisto de amor irrumpí bruscamente en el amor que Tú habías creado. Tú eres conmigo y yo no era contigo. Largo tiempo estuve yo lejos de Ti por cercarme aquellas cosas que, sin Ti, nada son. Tú llamaste e imploraste y venciste mi sordera. Tú brillaste y refulgiste y disipaste mi ceguera. Tú exhalaste tu fragancia. De ahí tomé yo aliento de vida y des-

fallezco sin Ti. Ya he saboreado esto y padezco ahora hambre y sed. Tú me has tocado y todo yo soy una llama que ansía tu paz. Tú nos has hecho para Ti, y nuestros corazones no conocen el reposo hasta no hallar descanso en Ti."

CAPITULO VII

*Las Iglesias de Oriente*

ROMA estaba en el centro del mundo antiguo. Pero con las invasiones de los bárbaros que vinieron del norte, se produjo el desmembramiento del imperio romano, en el cual había tenido origen el cristianismo. Roma entonces vino a quedar como en el linde de dos mundos: el oriental y el occidental. Ambos tenían, más o menos, la forma de un huevo. La región oriental siempre siguió denominándose el imperio romano y los pueblos que lo componían por largo tiempo se decían romanos, aunque en realidad, el idioma que usaban era el griego. Aunque el viejo imperio romano ya se había dividido, la Iglesia continuó aún por bastante tiempo unida, pero, con el paso de los siglos, la misma división del imperio separó a la Iglesia en una rama latina y otra griega. La parte latina se llamó Iglesia Católica, y la griega, Ortodoxa. En nuestros días tenemos la Iglesia Católica Romana y la inglesa o Anglicana, y también la Ortodoxa Griega y la Ortodoxa Rusa.

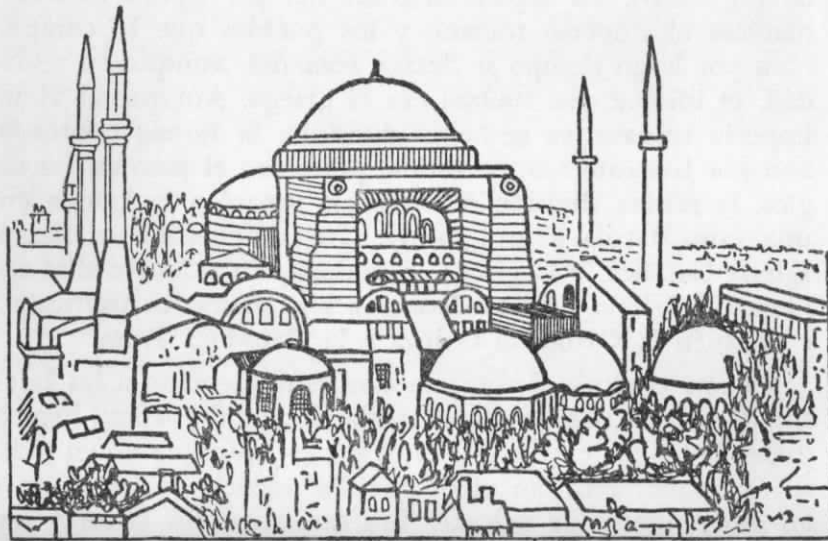
En este capítulo dedicaremos nuestra atención a las Iglesias de oriente. Constantinopla era la capital y, como hemos dicho, la lengua empleada era el griego, aunque no en toda su extensión. Existían otros pueblos además de los griegos en este imperio de oriente. Los armenios, los sirios y los

etíopes poseían sus propias lenguas y profesaban animadversión a los griegos, y también al imperio y a la Iglesia, y por este motivo crearon sus iglesias propias.

Tan lamentables desacuerdos, tuvieron, en parte, un resultado feliz y éste fue que así pudo el cristianismo extenderse hasta Persia. Los persas se hallaban en lucha con el imperio griego y no aceptaban religión alguna que gozara de favor entre los griegos, pero cuando el imperio hizo salir de su seno a algunos de los cristianos sirios conocidos en occidente como "nestorianos", fueron bien recibidos en Persia y allí pudieron convertir a mucha gente. Más tarde algunos de los nestorianos penetraron en China.

Los emperadores griegos procuraron varias veces reunir a las iglesias que se habían desunido, conquistar a los bárbaros en el oeste y recuperar Roma. En el siglo sexto el emperador Justiniano fue el que alcanzó un éxito más resonante a este respecto y por un breve espacio de tiempo recuperó mucho de lo que había sido el antiguo imperio romano. Dos son las razones sobresalientes por las que se recuerda mejor su reinado, y ambas tienen relación con la Iglesia.

La primera de ellas fue la reconstrucción de la hermosa



iglesia de Santa Sofía que hasta el día de hoy se ve en Constantinopla. La primera iglesia de Santa Sofía fue construida por Constantino. Durante el reinado de Justiniano esta iglesia se quemó. Cuarenta días después de ocurrido el incendio, Justiniano inició la reconstrucción. Se emplearon para este trabajo diez mil obreros y diariamente se les pagaba su jornal en plata fina. El emperador aparecía ante ellos con sus paramentos reales y los estimulaba con su presencia. Como resultado de ese enorme trabajo la iglesia quedó reconstruida en cinco años, once meses y diez días después de haber sido colocada la primera piedra, y fue dedicada el día de Navidad del año 537. El estilo arquitectónico que se adoptó para construir la iglesia no fue el de basílica. En vez de la forma rectangular se erigió una cúpula central rodeada de otras cúpulas más pequeñas. Este estilo de arquitectura se llama bizantino, derivado de Bizancio, el nombre que antiguamente llevaba Constantinopla. Las esbeltas torrecillas a los lados se denominaban minaretes y fueron erigidas posteriormente por los mahometanos cuando capturaron la ciudad y convirtieron la iglesia en una mezquita. Recientemente los turcos la han transformado en museo.

Otros de los hechos altamente notorios del emperador Justiniano fue el de ordenar que se reunieran y clasificaran las leyes del imperio romano formando un conjunto que se llamó el Código de Justiniano. Algunas de estas leyes tenían que ver con la religión cristiana y la Iglesia. El código declaraba que el que se negase a creer en la Trinidad y el que repitiera el bautismo recibiría como castigo la pena de muerte. La primera cláusula tenía por fin atacar a los adherentes al arrianismo, la segunda a los donatistas, rebeldes de la región norte del Africa que se habían apartado de la Iglesia Católica y habían sido los causantes de tantas turbulencias después de la persecución de Diocleciano. Ni aun un gobierno cristiano podría tolerar la violencia de ellos, pero por desgracia la ley que les infligía el castigo no tomaba en cuenta su conducta sino sus creencias. Como ellos pensaban que constituían la única y verdadera Iglesia no aceptaban el bautismo católico, y rebautizaban a todos los que se unían a ellos habiendo sido bautizados antes por los

católicos. La ley del imperio romano consideraba esta acción como delito, y siglos después, esa misma ley fue aplicada contra los bautistas.

Desaparecido Justiniano, las partes del imperio romano que habían sido recuperadas en el oeste, así como otras partes del este, se perdieron de Arabia. El símbolo de estos nuevos invasores era la media luna y su grito de batalla: "Hay un solo Dios, Alá, y Mahoma es su profeta." Estos eran los mahometanos, cuyo fundador enseñaba, lo mismo que los judíos y los cristianos, que hay un solo Dios, y que no debe adorarse a los ídolos. Consideraba a Moisés y Jesús como profetas, pero él, Mahoma, era *el* profeta.

Ordenó a sus adeptos romper todos los ídolos y que nunca hiciesen un cuadro o tallado que representara la forma humana dentro de las mezquitas, esto es, los templos mahometanos. Los mahometanos tienen la obligación de orar cinco veces al día volviendo sus rostros hacia la Meca, ciudad donde está el altar sagrado de su fe. Mahoma incitaba a sus fieles que luchasen en nombre de Alá, quien los recompensaría en el cielo con ríos de agua fresca, leche, miel y vino. No obstante, en la tierra no debían beber vino. Las enseñanzas de Mahoma aparecen en un libro que se llama el Corán. Los guerreros de Alá obligaban a los pueblos conquistados a aceptar el Corán, o pagar tributos, o recibir la muerte.

El movimiento de conquista mahometano se inició en 622 d. de J.C., y pudo extenderse mucho más rápidamente de lo que hubiera sido posible en otras circunstancias porque los armenios, sirios y etíopes sufrían el yugo del emperador griego y preferían ser gobernados por los mahometanos que no se preocupaban de la religión de los sometidos con tal que pagaran los tributos. Las huestes de Alá pasaron por Palestina, Egipto, Africa del norte y España hasta llegar a los lindes mismos de Francia. Aquí fueron detenidas precisamente cien años después de iniciado el movimiento. Cosa bien extraña es que las tierras conquistadas por los mahometanos tienen, más o menos, la forma de una media luna que, con el curso de los años, fue decreciendo hacia atrás (pág. 76). Uno de los extremos experimentó una trans-

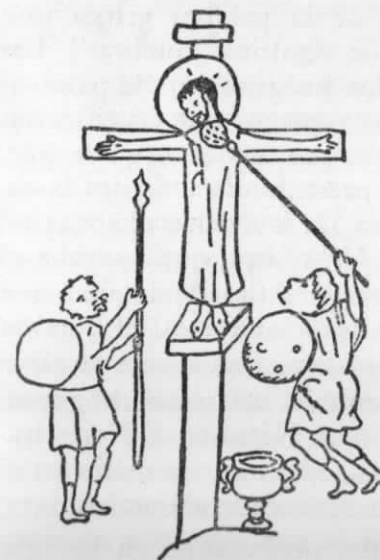
formación desde el sur de Francia hacia el sur de España, y el otro extremo se movió a través de Constantinopla, hasta las puertas de Viena. El imperio romano no oriental de-

creció cada vez más, hasta que en el año 1453 los turcos invadieron y conquistaron Constantinopla.

La invasión mahometana tuvo otras influencias sobre el cristianismo, además de la reducción de su territorio. La costumbre de los mahometanos de no permitir imágenes de lo divino bajo la forma humana puede haber sido la

razón por la cual algunos cristianos comenzaron a objetar las numerosas imágenes religiosas con que se habían llenado las iglesias. La cruz había sido reemplazada por el crucifijo con el cuerpo de Cristo totalmente tallado sobre el madero. La Virgen María, llamada la Madre de Dios, tenía muchas imágenes. El nombre griego de imagen es *ícono*.

Algunos de los santos a su vez tenían íconos. La palabra "santo" significa simplemente uno que es muy bueno. Hay santos que alcanzan esta categoría en una forma oficial y a



quienes, por haber sido muy buenos, la iglesia otorga el título de santos, así como San Pablo, San Pedro, San Jerónimo, San Agustín. Porque estos santos han sido tan buenos se su supone que sus oraciones pueden alcanzar con mayor facilidad la gracia de ser oídas por Dios. Se supone que los santos, fuera ya de este mundo, viven en el cielo y también se presume que elevan sus preces por aquellos que honran a sus íconos. Un santo que se preocupa en especial por ciertas personas o países se llama el santo patrono. San Cristóbal es el santo patrono de los viajeros. El santo patrono de Inglaterra es San Jorge, y el de Escocia, San Andrés. Dentro del imperio griego la gente humilde del pueblo tenía por costumbre besar los íconos, colocarlos dentro de pozos secos para que hicieran surgir el agua nuevamente, y confiaba en que eran capaces de realizar otros hechos mágicos.

El emperador León, apodado el Isauriano, quiso poner término a tan crudas prácticas y, por esto, en cierta ocasión ordenó a sus soldados que con hachas destrozaran un crucifijo en la puerta de Constantinopla. Cuando los soldados subieron una escala y comenzaron a dar golpes, unas mujeres, salidas de la multitud, derribaron la escala que sostenía a los hombres, ocasionando así su muerte. Estalló una controversia agitadaísima que se llamó la Controversia Iconoclasta. La palabra "iconoclasta" viene de la palabra griega que significa "imagen", y de otra que significa "quebrar". Las mujeres y los monjes querían las imágenes y comparaban a los iconoclastas con los soldados romanos que crucificaron a Cristo. En uno de los grabados que aparecen en la pág. 69 se ve a un soldado que está presentando a Cristo la esponja con el vinagre, y, en el otro, un iconoclasta hace igual cosa con una imagen de Cristo. Un obispo que apoyaba el uso de las imágenes defendió esta práctica de la siguiente manera: "Estos son los libros de los analfabetos; el hombre que no sabe leer contempla la imagen, y su mente se eleva entonces desde la imagen hacia aquella otra cosa que representa." Un concilio que se reunió en Nicea en 787 restituyó el uso de las imágenes. Este fue el último concilio en el que las iglesias griega y romana estuvieron de acuerdo.

Los iconoclastas dejaron huellas perdurables en las igle-

sias de oriente ya que se abandonó la escultura por los bajos relieves, porque este estilo escultural se aproxima más a un dibujo o cuadro y menos a un ídolo pagano. Los íconos griegos y rusos aparecen sin relieve casi sobre los muros. En cambio la Iglesia Católica Romana permite estatuas que representan íntegramente la figura humana, y así vemos imágenes de Nuestro Señor, la Virgen María, y los santos.

Esta no fue la única diferencia entre las iglesias griega y romana. Desde largo tiempo atrás se habían estado apartando una de otra cada vez más. La causa básica de todo esto era que el imperio romano se había derrumbado. El idioma griego, que antes se hablaba en Roma, caía en desuso. Cosa extraordinaria es que las iglesias no se separasen antes. A pesar de las diferencias se mantuvieron unidas hasta el 1054 d. de J.C.

Las razones que se adujeron en favor de esta separación no eran en sí muy importantes, aunque continuaban siendo materias de diferencia entre las iglesias Ortodoxa griega y Católica romana. El clero católico por lo común se rasura la cara por completo. El clero de oriente lleva luengas barbas. Cuando ocurrió la separación, estaba llegando a dominar en Occidente la regla de que ningún individuo del clero podía contraer matrimonio. La iglesia de oriente permite el casamiento de sus sacerdotes, salvo los obispos. Otro punto en discusión tenía relación con una creencia. Las dos iglesias están de acuerdo que recibimos el Espíritu Santo de Dios. Pero los occidentales señalan que el Espíritu de Dios realmente sólo viene a los que están en Cristo. Por consiguiente sostienen que el Espíritu de Dios viene del Padre



y del Hijo. Los griegos se niegan a aceptar las palabras "y del Hijo", como verdadera parte del credo.

El cristianismo se extendió desde la iglesia griega entre los pueblos eslavos, tales como serbios, búlgaros y rusos. Hubo una época en que todos estos pueblos empleaban el mismo idioma. Se tradujo el ritual de la iglesia a esa lengua. Después que lenguas diferentes se desarrollaron en distintos países eslavos, el ritual de la iglesia continuó siendo el mismo para todos. La liturgia o ritual ha contribuido a mantener unidos a todos estos pueblos eslavos.

Rusia se convirtió al cristianismo bajo el reinado de Vladimiro I en el año 988. Su abuela Olga había sido cristiana, pero ella no procuró convertir a su pueblo. La leyenda dice que Vladimiro tenía dudas sobre la religión que debería aceptar para su país. Existían muchas religiones y por aquella época la religión cristiana estaba verdaderamente dividida en dos ramas: la católica romana y la ortodoxa griega. Dice la leyenda que los representantes de varias religiones e iglesias fueron a la corte de Vladimiro para hacerle ver las excelencias de cada una de las religiones que representaban. En primer lugar los mahometanos presentaron todos los placeres del paraíso. Vladimiro se mostró encantado, hasta el momento que supo que no podría beber vino aquí en la tierra. "Eso es inaceptable", declaró, "el beber vino es lo que causa mayor placer a los rusos." En seguida hablaron los judíos, pero Vladimiro objetó que no podía aceptar la religión de un pueblo que no tenía patria. La católica romana fue rechazada porque Olga, la abuela de Vladimiro, no había recibido su enseñanza religiosa de Roma. Los griegos pintaron un cuadro terrible del Juicio Final y todos los tormentos que se tendrían que soportar después si el hombre no aceptaba la fe ortodoxa.

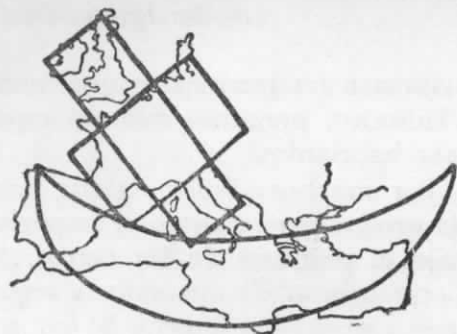
Vladimiro resolvió indagar algo más sobre la religión griega y envió a algunos de sus súbditos a Constantinopla con el objeto de estudiarla. Los llevaron a la iglesia de Santa Sofía. La magnificencia de su construcción, el gran número de clérigos, los suntuosos paramentos, la bellísima música coral, el suave olor a incienso, la procesión de los diáconos que llevaba antorchas, todo eso maravilló de tal

manera a los mensajeros que, cuando dieron su opinión a Vladimiro, preguntó éste sin esperar más: "¿Dónde seremos bautizados?"

Por muchos años la iglesia rusa fue la hija de la iglesia griega, pero cuando el imperio romano de oriente cayó bajo el dominio de los turcos, los rusos declararon que Constantinopla había sido la segunda Roma, y que Moscú sería entonces la tercera. El zar se constituyó en cabeza de la Iglesia Ortodoxa rusa. La arquitectura de las iglesias rusas se distingue por sus cúpulas en espiral, cúpulas como "cabezas de cebolla".

Al llegar el siglo veinte la iglesia rusa era inmensamente rica y muchos, aunque no ciertamente todos, sus sacerdotes, eran indignos y dados a la pereza. Los revolucionarios bolcheviques odiaban a la iglesia por sus riquezas, y cuando se apoderaron del poder saquearon muchas iglesias y mataron a numerosos sacerdotes. Pero el cristianismo no ha muerto en Rusia, donde millones conservan aún la fe en el Señor resucitado y viviente.





La Sumisión de los Bárbaros



RECUENTES acometidas de nuevas hordas de bárbaros pusieron término al imperio romano de Occidente. Varios pueblos del norte, algunos cristianos arrianos y otros paganos, hicieron irrupción y establecieron reinos independientes constituyendo las que son, ahora, naciones separadas de Europa. Los vándalos arribaron a la parte norte del Africa; los suevos y los visigodos se establecieron en España (más tarde fueron, a su vez, vencidos por los mahometanos), los godos y los francos en Francia, los godos y los lombardos en Italia, los anglos y los sajones en Inglaterra. Algunos de estos nombres perduran hasta nuestros días. La región del norte de Italia se llama Lombardía, e Inglaterra es abreviatura de "tierra de los anglos". Los invasores no exterminaron, ni mucho menos a los pueblos del imperio romano. A veces los primitivos dueños se convertían en siervos, en las que habían sido sus propias tierras, y otras veces sólo eran despojados de una parte de su propiedad. Con el tiempo se comenzó a contraer matrimonios entre los antiguos y los nuevos pobladores, y se formó un solo pueblo. Al sur del río Rhin siempre floreció la lengua de Roma pero en una forma algo alterada. El español, el francés y el italiano se asemejan mucho al latín, y el idioma inglés ha tomado del latín muchas de las palabras más importantes.

Al terminar todas las invasiones el mapa había cambiado otra vez. Como hemos visto, los mahometanos dominaban un territorio que podría decirse, sin mucho espíritu crítico, que presentaba la forma de su emblema, la media luna. Y cosa curiosa es que las tierras tomadas por los invasores del norte tenían también la forma del emblema cristiano, la cruz. El madero que debe aparecer en forma vertical se extendía desde Italia hasta Escocia, y el crucero desde los límites de España hasta Alemania. Los brazos de la cruz se extenderían después haciendo que la media luna menguara.

La iglesia tuvo entonces ante sí la tarea de enseñar a estos pueblos del norte la civilización romana y, la religión de Cristo. Puede decirse que en cierta forma la Iglesia Católica Romana llegó a ser la sucesora del imperio romano, y los papas de Roma se vieron investidos de gran parte del poder e influencia de los emperadores. En esta tarea colosal de conquistar —digámoslo así— el Occidente, los papas tuvieron la cooperación valiosísima de los monjes. Los primeros monjes se habían sentido de tal manera desilusionados y tristes por lo que le ocurriera al cristianismo después que el mundo se hizo cristiano, que huyeron sin demora al desierto para apartarse del mundo por completo. Pero cuando el mundo se vio en tan duro trance, los monjes de occidente tomaron sobre sí la responsabilidad de ayudar a formar un mundo nuevo. Lograron esto por dos medios. En primer lugar, construyeron monasterios en lugares seguros como las cimas de montañas y las islas del mar donde los antiguos romanos podían escapar al rudo contacto de los bárbaros; en segundo lugar, elevaron, entre los mismos bárbaros, monasterios desde los que la luz del cristianismo podía irradiar en medio de la oscuridad que todo lo dominaba.

Nos detendremos algo sobre el primer gran papa del nuevo occidente: Gregorio I. Se le llama Gregorio el Grande. Llegó a ser papa en el año 590, poco después de pasada la época del emperador Justiniano. Todo lo que el emperador había ganado en el occidente se había perdido, y los bárbaros dominaban nuevamente en la mayor parte de Italia. El gobierno de Constantinopla era incapaz de habérselas con los intrusos, y el gobierno de Roma era casi tan

impotente como aquél. El único que estaba en condiciones de hacer algo era el papa y él tenía este poder porque contaba con dinero. No podemos entrar en detalles acerca de cómo llegó la Iglesia a poseer tanto dinero. Sabemos que desde largos años antes la gente había estado dando tierras a la Iglesia. Ha llegado hasta nosotros la historia de un



labrador que legó a la Iglesia su tierra y sus cerdos, para obtener así el perdón de sus pecados. Debe haber habido mucha gente muy pecadora, porque la Iglesia llegó a ser dueña de muchas tierras y muchos cerdos; unos cuarenta mil kilómetros cuadrados o más, en total, por suerte casi todas en la parte sur de Italia o en las islas donde los bárbaros no dominaban por entonces. La Iglesia poseía ingresos como de un millón y medio de dólares al año producidos por estas tierras.

El papa tenía que ocuparse del cultivo de esas tierras. Había empleados que llevaban la contabilidad. El trabajo manual estaba a cargo de esclavos. Los esclavos habían sido donados junto con la tierra misma. La iglesia no les dio la libertad pero procuraba darle buen trato. El papa Gregorio a veces gastaba en ayudas para la Iglesia. Se enviaron túnicas bautismales a judíos convertidos, frazadas a los monjes de Siná, y madera para una iglesia en Egipto. En cuanto a esto último, se informó que los tirantes eran demasiado cortos. "Lo lamento", escribió Gregorio, "pero el barco era corto a su vez. Cuando navegue uno más grande, mandaré tirantes más largos." A veces el papa mandaba obsequios a personas sin recursos. A una de ellas escribió en cierta oportunidad: "Os envío un pato y un patito para que cada vez que los veáis os acordéis de mí."

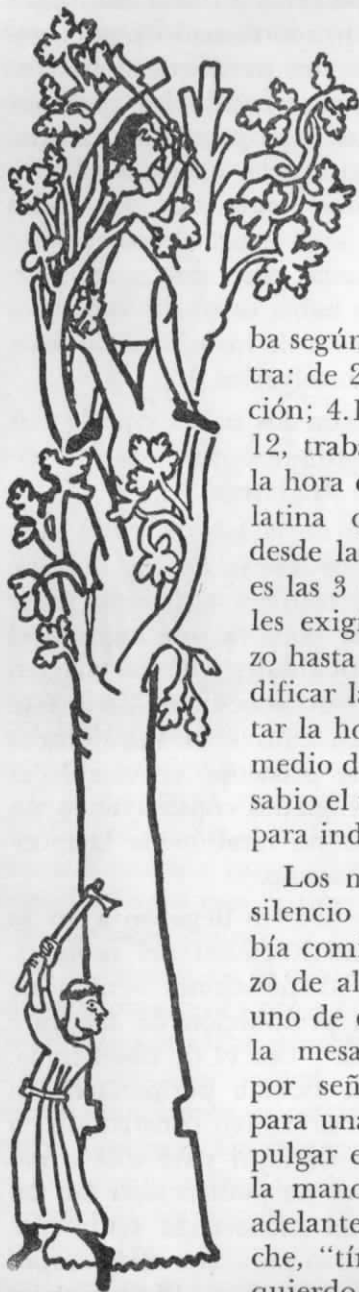
Pero Gregorio también invertía su dinero en cosas que

antes habían estado a cargo del gobierno. El alimento para la población de Roma había sido proporcionado por el gobierno. Ahora el papa poseía las tierras productoras de granos y también los buques. Asimismo cuando los romanos eran capturados por los bárbaros, el papa pagaba el rescate. El era el único que contaba con el dinero necesario. También hizo tratados con los bárbaros lombardos. En todos estos casos procedía como si fuese en verdad el gobernante de un estado. Tomó a su cargo todas estas tareas, no porque así lo deseara, sino porque no había otro que estuviera en condiciones de hacerlo. La Iglesia veía los problemas que se presentaban y se adelantaba a resolverlos.

El papa tenía tratos y negocios con los países que le circundaban, con el emperador de Constantinopla, con los reinos bárbaros de España, Francia e Inglaterra.

En todos estos esfuerzos en bien de la Iglesia y del pueblo el papa recibió una ayuda muy eficaz de los monjes. El mismo había sido monje y le hubiera agradado pasar su existencia en un monasterio. El hombre que cambió el monasticismo para resolver las dificultades que surgían en el nuevo mundo de occidente fue San Benedicto. Vivió éste en Italia. Cuando los bárbaros eran motivo de inquietudes y perturbaciones dentro del país, se preocupó en establecer un lugar de seguridad para los refugiados construyendo un monasterio en la parte más alta de un farallón de la montaña. Este lugar se llama Monte Cassino.

Las reglas que estableció San Benedicto llegaron a ser lo que podríamos llamar la carta constitucional del monasticismo occidental. Algunas de las disposiciones venían de tiempo atrás como ocurría con la prohibición de contraer matrimonio, con el voto de pobreza y con el de obediencia. Una de las reglas nuevas era que debían permanecer en casa. Los monjes ermitaños a veces se habían constituido en una molestia para los demás al ir de aquí para allá como vagos. Los monjes de San Benedicto no podían salir sin un permiso especial. Por esta razón el monasterio tenía que proveerse de todo lo que es necesario para la vida: campos y ríos, un pozo, una panadería y una cocina. Los monjes tenían que cumplir con las faenas de labranza, cortar árbo-



les, cocinar y servir. El día se dividía entre trabajos manuales, oración y meditación individuales, canto y lectura en conjunto, estudio, comidas y sueño. La campana para levantarse sonaba a las dos de la mañana, pero esto no era tan malo, porque la hora de acostarse era las seis de la tarde. La división del día variaba según las estaciones. He aquí una muestra: de 2 a 4, oración; de 4 a 4.15, meditación; 4.15 a 6, oración; 6 a 9, estudio; 9 a 12, trabajo en los campos; el almuerzo a la hora de "nona". "Nona" es una palabra latina que significa novena. Contando desde las 6 de la mañana, la hora novena es las 3 de la tarde. Como a los monjes se les exigía que esperasen para el almuerzo hasta la hora "nona", no pudiendo modificar la regla, se ingeniaron para adelantar la hora. Así llegó a llamarse "nona" al medio día. [En inglés ha quedado como *resabio* el término "noon", derivado de *nona*, para indicar el medio día.]

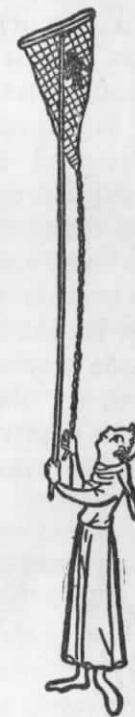
Los monjes comían en el más perfecto silencio mientras uno de ellos, que ya había comido, les leía un trozo de algún buen libro. Si uno de ellos quería algo de la mesa, debía solicitarlo por señas. Por ejemplo: para una manzana, "pon el pulgar en el puño, y cierra la mano y muévela hacia adelante y atrás"; para leche, "tírate el meñique izquierdo como si estuvieras ordeñando"; para la mos-



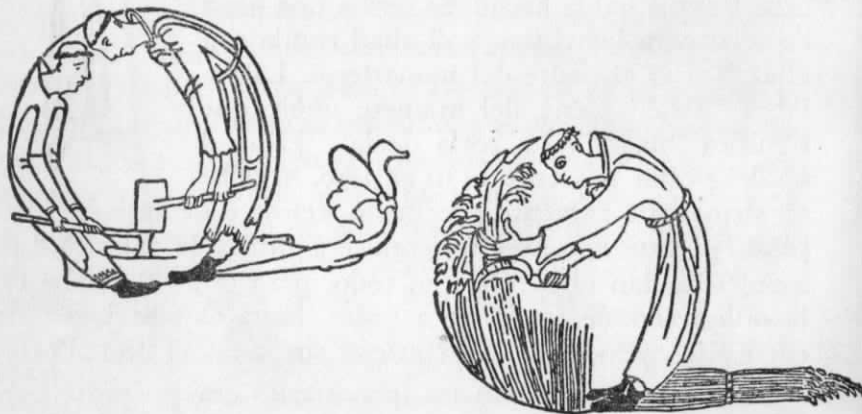
taza, "pon la nariz en la parte superior del puño derecho y restrégala"; para la sal, "da un capirotazo con el pulgar y el índice derechos sobre el pulgar izquierdo". Después del almuerzo venía la siesta; luego, trabajo en el campo nuevamente; a la puesta del sol, vísperas, y a la cama. En las camas se iban intercalando jóvenes con viejos para evitar así riñas entre los jóvenes.

Los monjes no tenían bienes propios, pero se les proporcionaba camas, cobertores, ropa interior y exterior. Cada monje tenía un cuchillo, una aguja y un estilo para escribir. Los cuchillos no podían guardarse debajo de las almohadas para evitar que alguien quedase herido en caso que se produjera alguna riña. La comida que se servía nos parecería a nosotros demasiado sencilla. No se servían cosas delicadas, pero el alimento no escaseaba. Nadie padecía hambre. La preparación de las comidas y el servicio a la mesa se hacía en turno por los hermanos. El que a principios de semana tenía que hacer de cocinero, oraba porque durante su trabajo no cometiera errores, y, al fin de semana, rectificaba los que había hecho. Se servía una mesa especial para las visitas, y el abad comía con ellas. Era él el padre del monasterio. La palabra "abad" viene del arameo, *abba*, que significa "padre". La regla decía: "El abad no debe estar preocupado ni ansioso, ni debe ser demasiado exigente, obstinado, celoso o demasiado perspicaz, porque entonces no conocerá nunca la calma." Los monjes debían obedecerle en todo, pero el abad estaba en la obligación de consultar a todos, hasta al más joven de entre ellos, y todos debían confesar sus faltas, el uno al otro.

El fin que perseguían los monasterios era, en parte, servir de asilo en medio de un mundo agitado y turbulento, donde los hombres pudiesen vivir en quietud y alcanzar así el cielo. Pero eran más que refugios o asilos. Podían ir visitas y se las agasajaba espléndidamente. Los monjes servían



al mundo también en otras formas: con sus oraciones y con sus manos. Con el tiempo los monasterios no se edificaron ya en islas seguras o sobre las montañas, sino precisamente en medio de los bárbaros, a quienes los monjes les enseñaron a arar la tierra y construir puentes y abrir caminos. Los monjes también tomaban bajo su cuidado a los niños, les enseñaban como en las escuelas, y copiaban libros. Esto tenía que hacerse a mano, antes de la invención de la imprenta. Los monjes ponían el mayor cuidado y prolijidad en su trabajo y hacían letras con tintas de color con exquisita finura. Con frecuencia la primera letra de una página contenía un dibujo. Se llamaba a esto una inicial iluminada. Algunas de ellas, en blanco y negro, han sido empleadas al principio de los capítulos de este libro. He aquí la letra Q que muestra a los monjes ocupados en partir leña y en cosechar.



CAPITULO IX

*La Conquista del Norte*

RDUA ERA la tarea que papas y monjes tenían ante sí al empeñarse en la conversión de Occidente. Los bárbaros que llegaban al imperio estaban ya, en su mayoría, convertidos, aunque habían sido ganados por los arrianos y no por las creencias nicenas. Las ideas que separaban a estos dos grupos habían sido casi olvidadas, pero la diferencia misma constituía un factor importante porque los cristianos arrianos no reconocían al papa como su jefe. Otros bárbaros eran paganos. Todos estos constituían pueblos guerreros que se sentían atraídos por el cristianismo principalmente porque era la religión del poderoso imperio romano y pensaban que para llegar a ser tan poderosos como Roma les era preciso hacerse cristianos.

Pensaban que algunas de las cosas que enseñaba el cristianismo eran por demás extrañas. Eran gente guerrera y no podían aceptar entre las enseñanzas de Jesús el que se fuese humilde y que se presentara la otra mejilla. Su héroe era el apóstol Pedro porque cuando su Maestro fue arrestado en el jardín de Getsemaní él tomó su terrible espada y cortó la oreja a uno de los servidores del Sumo Sacerdote. Tampoco podían comprender los bárbaros que alguien se comprometiese a no contraer nunca matrimonio o dejar al

mundo para siempre. El monje aparecía a ellos como alguien que si no era completamente loco, al menos era demasiado bueno para esta vida.

Estas eran las gentes a quienes la Iglesia debía atraer y conquistar para sí. Había también paganos que podrían clasificarse mejor como bárbaros antiguos en vez de nuevos. Algunos ya habían estado dentro de los límites del imperio romano. No eran invasores. Los celtas eran un pueblo que vivía en la parte norte de Francia y en las Islas Británicas. Los de Francia e Inglaterra habían sido convertidos en los tiempos de Roma, pero no así los habitantes de Escocia e Irlanda. Los anglos y los sajones eran bárbaros nuevos que obligaron a los celtas a retirarse a Gales. Los galeses eran, pues, los únicos cristianos que quedaban en las Islas Británicas. Los restantes debían ser ganados para Cristo.

Los papas y los monjes comenzaron esta tarea y a la vez trabajaron en el resto de Europa. Veremos cómo ganaron a su causa país tras país. Primero aparece Irlanda. El santo patrono de este pueblo es San Patricio. El se esforzó más que ningún otro porque esta isla llegase a profesar la fe cristiana. Su trabajo en Irlanda es un caso de retribución del mal con el bien, porque allí antes le habían hecho esclavo. En la época en que las legiones romanas fueron retiradas de Inglaterra para defender a Roma, Patricio vivía en un punto cerca del límite de la región de Gales. Los irlandeses descendieron por la costa inglesa y se llevaron a Patricio. Le obligaron a cuidar manadas de cerdos.

Patricio había sido educado en la religión cristiana. Su padre era diácono. Cuando el muchacho vivía junto a los suyos siempre había manifestado tibieza por la religión. Ahora, en su tribulación oró que le diese una oportunidad para escapar, y ésta se presentó. Logró llegar hasta la costa y se las arregló para embarcarse en un barco ofreciéndose para cuidar una partida de perros que se estaba embarcando para Francia. Una vez en este país se fue a un monasterio, construido, para mayor seguridad, en una isla del mar Mediterráneo. Aquí pudo haberse quedado pero estaba ansioso por ver nuevamente a su familia y, después de muchas penalidades, llegó una vez más a su hogar.

Con suma alegría se hubiese quedado aquí, pero ocurrió que una noche tuvo un sueño y en medio de él niños pequeños de Irlanda le suplicaban que regresara a la isla para hablarles de Cristo y sus enseñanzas. Patricio tomó la resolución de volver, pero antes debía aprender más sobre la religión cristiana. Por esta razón se fue a Fracia y en un monasterio estudió durante algunos años. Por fin se le envió, con la aprobación del papa, como misionero entre aquellos que antes le habían tenido como esclavo.

Poco sabemos de la verdadera obra que pudo realizar allí, porque en la actualidad sólo se conservan leyendas. Una de ellas refiere que cierto rey envió a Patricio sus mensajeros para presentarle como obsequio un caldero de bronce. Al volver estos el rey les preguntó :“¿Qué dijo?”

“*Grazacham*”, respondieron. Esta era una contracción de la locución latina *gratiam agimus* que significa gracias.

“¿Eso fue todo lo que dijo?”, preguntó el rey. “Entonces vuelvan y se la quitan.”

Así lo hicieron. “¿Qué dijo esta vez?”

“*Grazacham*.”

“¿Cómo es esto? Da las gracias porque le dan y da las gracias porque le quitan. Entonces llévenle esto otra vez y, además, denle tierras.”

Dos puntos de esta historia corresponden a la verdad. Uno es que Patricio hablaba el latín y enseñó a los irlandeses la lengua de Roma. En el momento mismo en que el imperio de Roma se desplomaba, la iglesia de Roma estaba saliendo al mundo. Los ejércitos del imperio romano nunca llegaron hasta la isla. El misionero llevó a ese lugar los usos y costumbres de Roma. Más tarde Irlanda había de enviar muchos hombres ilustrados para enseñar a los europeos.

La otra parte verídica es que el rey dio tierras a Patricio. Toda la vida de los pueblos bárbaros giraba alrededor de la tierra. No poseían ciudades grandes. Vivían en el medio que les era propio, la tierra, y la forma en que manifestaban su agradecimiento a la Iglesia era dándole tierras. La Iglesia levantó la cruz en la tierra.

Otra historia de Patricio es que un día volvió a la montaña donde antes había cuidado cerdos. Se sentó en la cumbre de la montaña y comenzó a meditar sobre los raros designios de Dios que había permitido que fuese un esclavo para que así conociera y amara a ese pueblo y en seguida volviese a ellos para contarles la historia de Jesús. Mientras meditaba sobre estas cosas, sintió Patricio, que se unían a su alrededor los espíritus de aquellos que antes habían trabajado por Cristo, y los espíritus de los que vendrían después. Estaba solo, pero no en soledad.

Y fueron otros. Irlanda se hizo cristiana y, desde la isla, salieron misioneros para otras partes. Llegaron a Escocia. Columba fundó un monasterio en la isla de Jona. Esta fue como una base estratégica y militar, y, partiendo de ese punto, los monjes convirtieron a Escocia. Desde Escocia comenzaron a llegar hasta Inglaterra. Aquí, como recordamos, los paganos sajones y anglos habían hecho irrupción desalojando a los britanos cristianos hasta Gales. Mientras los misioneros de Escocia trabajaban desde el norte, otros misioneros enviados por el Papa, desembarcaban en el sur y comenzaban su obra.

El papa Gregorio I fue quien envió misioneros al sur de Inglaterra. La leyenda cuenta que comenzó a interesarse por la suerte de los ingleses porque cierto día, en el mercado de Roma, vio a unos niños ingleses allí expuestos para ser vendidos como esclavos.

“¿Quiénes son?” —preguntó.

“Anglos” —le replicaron.

A lo que Gregorio respondió, no sabiendo cómo eran, en realidad, los niños ingleses: “No son anglos sino ángeles.”

En todo caso, el papa envió a San Agustín como misionero a Inglaterra. Se le llama Agustín de Canterbury para distinguirlo de Agustín de Hipona.

El Rey Etelberto de Kent, cuya esposa, Berata, era ya cristiana, recibió a los misioneros, pero al aire libre, por temor que dentro de una habitación pudieran realizar un acto de magia. Confesemos que el rey podía tener razón para temer porque se decía, como cosa muy cierta, que



San Agustín poseía la facultad de hacer crecer colas a los individuos que le causaban alguna contrariedad. La verdad era que poseía una magia, pero de una especie distinta, la magia de una nueva esperanza. Cuando un rey pagano de Inglaterra preguntó a sus consejeros qué pensaban de la fe cristiana, uno de ellos replicó: “¡Oh, Rey! La vida del hombre se asemeja al vuelo de una golondrina: sale de la oscuridad y el frío por un momento, atraviesa en un raudo vuelo, en medio de la luz y el abrigo la sala de un gran banquete, y retorna al frío y la oscuridad otra vez. Una religión que puede decirnos algo más de esa oscuridad que está más allá, ciertamente merece ser seguida.”

Mientras los misioneros de Roma trabajaban desde el sur internándose cada vez más, los misioneros del norte trabajaban desde Escocia hacia el corazón de Inglaterra. Llegó el día en que se encontraron y descubrieron que en el ínterin habían aparecido ciertas diferencias entre las costumbres de los iro-escoceses y las de los romanos. Una de esas diferencias era el distinto corte del cabello en los monjes. Desde tiempo tan antiguos como la época de San Jerónimo los monjes habían adoptado la costumbre de rasurarse el cabello porque era así más fácil mantener limpia la cabeza

habitando en regiones donde el agua era escasa. La rapadura de la cabeza se llama "tonsura". No se rapaba toda la cabeza, y había el que se dejaba siempre con pelo. Los irlandeses se rapaban desde las orejas para arriba y dejaban arriba un mechón a manera de nimbo. Los monjes de Roma se rasuraban arriba y dejaban un círculo de cabellos junto a las orejas como una corona de espinas.

Otro punto que se discutía era la fecha de la Pascua de resurrección. Todos aceptaban la prédica establecida en el Concilio de Nicea, de celebrarla el primer domingo después de la primera luna llena, después del equinoccio vernal. Pero calcular la fecha de la Pascua de resurrección para los diez años próximos, basándose en estos fenómenos de la naturaleza, no es cosa fácil. Los irlandeses se adherían a lo que indicaba un calendario viejo y anticuado. Los romanos tenían cálculos mucho más correctos sobre estas fechas. Cuando se reunieron llegaron a descubrir que no celebraban la Pascua de resurrección el mismo día.



Estas cosas, que eran motivo de controversia, se las presentaron al Rey Osvi, que no supo qué replicar hasta que se le explicó que los misioneros romanos venían de la iglesia de San Pedro, a quien Cristo había dado las llaves del reino de los cielos. El rey temió desairar al que era portero del cielo, y dio la razón a los representantes de Roma.

Los gobernantes y los miembros del clero prosiguieron la obra de los primeros misioneros en Inglaterra. Una de las cosas más urgentes era verter la Biblia y otros libros al idioma sajón que es la base del idioma inglés. Según dice la leyenda este trabajo fue iniciado por el primer poeta inglés, Caedmon, un guardador de ganado, que, estando abastido porque no podía como otros cantar al son del arpa, se fue a dormir y soñó entonces que se le decía que debía cantar la historia de la creación. En su sueño comenzó a

componer versos, al despertar se los repitió a su amo y éste lo llevó a un monasterio. Cuando le relataron lo que decía la Biblia, lo puso con toda facilidad en verso en la lengua sajona. La mayor parte de esta obra en verso ha llegado hasta nosotros en un manuscrito con ilustraciones tan curiosas como esta de Abraham en conversación con un ángel. Los dos personajes están vestidos a la usanza sajona. Es cosa difícil decir hasta qué punto este trabajo fue obra nada más que de Caedmon.



El Rey Alfredo el Sajón, quien gobernaba sobre una parte de Inglaterra en el siglo noveno, pensó que así como los griegos habían traducido la Biblia hebrea a su lengua, y los latinos vertieron ambas, hebrea y griega a su propia lengua, así también las tres debían ser trasladadas al inglés. El mismo, con la ayuda de obispos eruditos, tradujo la regla para el clero del Papa Gregorio el Grande a la lengua sajona. El más famoso eclesiástico del período sajón fue Dunstan, el Arzobispo (palabra esta que significa obispo principal), de Canterbury. Se empeñó en elevar la vida del clero y fundó muchos monasterios. La leyenda dice que él cogió la nariz del demonio con una especie de tenaza. El demonio de esta ilustración — como muchos otros de la Edad Media —, tiene otra cara más sobre el estómago. La leyenda no relata si el santo



también le apretó la otra nariz.

Pero debemos seguir nuestro estudio sobre los otros países que debían ser atraídos hacia la nueva fe. Francia estaba convertida antes que los bárbaros la invadieran. La mayor parte del país era cristiano ya antes de la época de

Constantino. Uno de los misioneros que ayudó a dar término a la primera conversión de Francia fue San Martín. Siendo soldado, y no cristiano todavía, encontró a un hombre casi del todo desprovisto de ropa. Martín mismo sólo tenía una pieza de vestir (esta ilustración le presenta con al-



gún exceso de ropas), pero cortó esa pieza en dos y dio la mitad de ella al mendigo. Esa noche, en medio de un sueño, Martín vio que la mitad que había dado la usaba Cristo mismo. Martín se hizo entonces cristiano y dejó el ejército para hacerse monje. Más tarde llegó a ser obispo. Ganó muchos paganos para el cristianismo. Después de su muerte fue canonizado, y el pueblo común llegó a creer que hasta sus huesos eran milagrosos. Cuando se trasladaban sus cenizas de una provincia a otra, algunos mendigos, cubiertos de llagas, procuraron pasar la frontera, no fuera que su proximidad los curase y tuvieran que dejar de mendigar. Pero no alcanzaron a escapar a tiempo y sus llagas sanaron.

La obra que realizara San Martín no se vio del todo anulada al hacer irrupción los bárbaros porque, como hemos visto, éstos no eliminaron a todos los habitantes del imperio, sino que se establecieron en medio de ellos y, con el correr de los años, se resolvieron a aceptar esta religión.

Los francos eran paganos. Aceptaron la fe cristiana bajo su rey, Clodoveo. Estaba éste casado con Clotilde, una princesa cristiana, quien quería ganarlo para su Señor. Clodoveo no quería atender a estos ruegos hasta que un día se vio en peligro de ser derrotado en medio de una batalla. Entonces suplicó: "Jesucristo, a quien Clotilde llama el Hijo del Dios Viviente, ayúdame y prometo que, si gano, seré bautizado en Tu nombre. Mis dioses no me ayudan a se ve claramente que no tienen poder. Ahora te imploro a Ti. Sólo te suplico que me libres de mis enemigos." Clodoveo ganó la batalla y fue bautizado con todo su ejército. Aquel bautismo no resultó muy bien.

La conversión de Alemania se debió, en gran parte, a un misionero venido de Inglaterra. Su nombre inglés es Wini-fredo, pero se le conoce más por su nombre latino, Bonifacio. Inició su obra en medio de una tribu llamada la de los frisios, pero estos lo expulsaron y tuvo que remontar el río Rhin, prosiguiendo su tarea. Los germanos tenían una gran encina consagrada al dios Wotan. Bonifacio dijo que la podía derribar y probar que Wotan no era un dios. El pueblo se aproximó para presenciar la escena creyendo que en alguna forma Bonifacio sería derribado, pero, cuando el hacha dio un golpe al árbol, relata la leyenda que una poderosa racha de viento inesperado abrió el tronco en cuatro partes, las que Bonifacio aserró en tablas para una iglesia. Con el fin de dar instrucción a la gente que aceptaba el cristianismo, Bonifacio edificó un monasterio en Fulda. Antes de su muerte trabajaban allí cuatrocientos monjes.

Bonifacio tenía setenta y cinco años. Nunca se había perdonado su primer fracaso entre los frisios. Volvió ahora y su éxito fue tal que los paganos se enojaron y le atacaron a él y sus acompañantes con espadas. Sus compañeros quisieron defenderlo, pero Bonifacio les dijo: "No entréis en pelea, porque se nos ordena pagar bien por mal. Sed valientes y no tengáis miedo de los que sólo pueden dar muerte al cuerpo." Los paganos los asesinaron a todos y en seguida buscaron el tesoro, pero sólo encontraron manuscritos y reliquias.

Los germanos del norte, llamados sajones, algunos de

ellos habían llegado hasta Inglaterra, fueron obligados a aceptar la fe por un rey de los francos llamado Carlomagno, personaje que estudiaremos en el capítulo que sigue. Peleó contra los sajones por veintiséis años hasta que por fin cedieron y aceptaron su gobierno y su fe. Poco aprenderían de lo que era el verdadero cristianismo cuando se les daba en la punta de una espada. Por suerte algunos cristianos se oponían a un método semejante. Un erudito sajón de la corte de Carlomagno, llamado Alcuino, dijo: "Si se tomara el mismo trabajo en enseñar el fácil yugo de Cristo a los obstinados sajones que se emplea en extraerles dinero, quizá no se opusieran con tanta determinación al bautizo. Los misioneros debieran ser predicadores y no saqueadores."

Por suerte no se empleaban con tanta frecuencia métodos tan crueles y duros y la mayor parte de los pueblos de Europa fueron traídos a la fe de una manera más suave y propia del cristianismo. Ansgaro, el misionero de los daneses, confiaba en medios más eficaces. No recurría ni a la fuerza ni a la magia, y cuando se le celebraba por sus milagros respondía: "El milagro mayor será que Dios me haga realmente un hombre bueno." Ese milagro aconteció, y muchos quedaron cautivos del sermón de su propia vida.



CAPITULO X



Los Reyes Ayudan y También Ponen Obstáculos



FUÉ OBRA de la Iglesia, en gran parte, la plasmación del nuevo mundo occidental. Fue como si se hubiera realizado un matrimonio entre los rudos y fuertes representantes del norte y la gente civilizada y culta del sur, y la Iglesia fue la que consumó esa unión. Los papas enviaron misioneros y monjes a todas las regiones del norte, llevándoles una fe y una lengua, la lengua latina, que llegó a ser hablada y comprendida por toda la gente instruida en toda Europa.

La Iglesia, sin embargo, no fue la única entidad que contribuyó a la unidad de Europa. El Estado también prestó su ayuda. Los papas, misioneros y monjes fueron ayudados por reyes y emperadores. Las condiciones políticas no eran las mismas que habían existido en el viejo imperio romano, donde había únicamente un estado. Los bárbaros tenían muchos reinos, mucho más pequeños que las naciones actuales, y a menudo estaban en guerra. Pero los hombres añoraban todavía la unidad que un tiempo tuviera el Imperio Romano, y confiaban en que el nuevo mundo que se estaba plasmando en occidente también pudiera ser uno, un nuevo imperio romano. Así como los griegos creían que Roma había pasado a Constantinopla, también los francos pensa-

ban que el imperio romano iba a nacer otra vez con ellos, y uno de sus reyes fundó el Santo Imperio Romano, que por siglos mantuvo en cierto modo juntos los muchos pequeños reinos de Europa. Sin embargo, nunca incluyó a toda Europa. Inglaterra nunca lo sostuvo, y Francia sólo por cierto tiempo. Cuando hablamos pues, de un Estado en la Edad Media, no queremos indicar con ello que existiera un solo gobierno, sino que había muchas pequeñas unidades y una sola grande, que servía —por lo menos en el concepto de los hombres—, para unir al mundo.

Por un tiempo la Iglesia y el Estado se prestaron mutua ayuda. El Estado daba su beneplácito a la Iglesia que enseñaba a los pueblos la misma fe y la misma lengua, pues estos eran medios para entenderse mejor entre unos y otros y trabajar unidos. Los reyes también querían estar en buena armonía con la Iglesia para obtener de ella sus coronas, ya que muchos reyes eran hombres esforzados y fuertes que sólo gobernaban porque tenían la fuerza para imponerse. No obstante, esto de gobernar era cosa dura y complicada si se sustentaba sólo el poder en la fuerza. Los pueblos no querían ya obedecer a un rey a menos que fuese colocado para reinar sobre ellos por Dios y, ¿cómo podían estar más seguros de que la voluntad de Dios era que un hombre dado reinara, que si la Iglesia misma le daba la corona? Esta era la manera cómo los reyes habían sido escogidos y ungidos según el Antiguo Testamento. El Profeta Samuel había ungido a Saúl y después escogió y ungió a David. De la misma manera los papas debían ungir y coronar a los reyes. Pipino, el rey de los francos, recibió su corona de la Iglesia. Su hijo, Carlomagno, fue hecho Sacro Emperador Romano por la Iglesia. Su verdadero nombre era, sencillamente, Carlos. Se le llamó Carlos el Grande, en latín, *Carolus Magnus*. Estas son las palabras que aparecen alrededor de su cabeza en la medalla que está al comienzo de este capítulo. Fue a Roma, y el día de Navidad del año 800 oró en la iglesia de San Pedro (la fachada de la iglesia se ve en esta moneda de Carlomagno). Mientras permanecía de rodillas delante de la tumba del santo, el Papa se aproximó quedamente por detrás y colocó una corona sobre su

cabeza proclamándolo Emperador del Sacro Imperio Romano. “¡Carlos Augusto, coronado por Dios!”

En recompensa los reyes y emperadores ayudaban a la Iglesia. Cuando el papa tenía dificultades con los bárbaros en Italia, Pipino descendió, les arrebató cinco ciudades y dio las llaves de ellas al papa, para que fuera en adelante su gobernante. Esta fue la iniciación del papado como un reino. Desde el 754 hasta 1870 los papas gobernaron sobre una buena parte de Italia.



Al principio la Iglesia y el Estado se ayudaban mutuamente, pero, a medida que

cada uno de ellos se hacía más poderoso, surgieron disputas entre ellos. Es difícil evitar que surjan esas querellas, aunque ambos, la Iglesia y el Estado, pretendan ser santos y cristianos. El origen de la dificultad es que tanto la Iglesia como el Estado invaden territorios ajenos. Algunos explican en forma asaz simple la diferencia entre ambos. Dicen que el estado se ocupa de la vida externa del hombre sobre la tierra, el orden, la justicia y la paz, y debiera dejársele que maneje el cuerpo y las cosas terrenales. La Iglesia, dicen, se ocupa de la vida interior del hombre y de su preparación para el cielo, de la conciencia, la reverencia y el corazón, y debiera dejársele que cuide del alma y del camino hacia el cielo. Pero la división no es tan sencilla. El alma no está separada del cuerpo, y el camino hacia el cielo está sobre la tierra. La cuestión se hace doblemente difícil cuando la Iglesia misma es un gobierno, y propietaria de muchas tierras. Cuando tanto la Iglesia como el Estado pretenden gobernar la vida del hombre, es casi inevitable que se produzcan choques.

En la Edad Media los conflictos se presentaron entre la Iglesia y el Estado cuando ésta intervino contra aquél impidiendo que los reyes procediesen según su albedrío y ca-

pricho en sus alianzas matrimoniales. Con frecuencia los reyes contraían matrimonio o casaban a sus hijos para afianzar la amistad de un país con un estado vecino, pues un príncipe de uno se casaba con la princesa de otro. Podía llegar a ocurrir que los contrayentes no se hubieran visto antes del matrimonio. Algunas veces nacía el cariño entre ellos después del matrimonio, pero otras veces no era así, y entonces querían divorciarse. También se presentaba el caso de que los intereses políticos de un estado cambiasen y resultaba entonces más ventajoso un matrimonio con otro príncipe o princesa. Ante semejantes casos la Iglesia católica no permitía el divorcio, considerando el matrimonio tan sacramento como el bautismo y la Santa Cena. Cuando un hombre y una mujer se casan prometen ser fieles el uno al otro "hasta que la muerte los separe".

Si estallaba una pendencia entre marido y mujer la Iglesia procuraba reconciliarlos, como lo hace este monje. Si



fracasaban tales esfuerzos y el rey rechazaba a su mujer, la Iglesia tenía dos maneras de castigarlo. La primera de ellas era la excomunión. Esto significaba que no se le permitía participar de la comunión, es decir, la Santa Cena, y tampoco podían recibir ninguno de los otros consuelos que otorga la Iglesia. Otro medio era el interdicto. Esto equivalía a una excomunión que se aplicaba a toda la extensión donde aquel rey gobernaba. Si era rey de Francia, todos los servicios de la Iglesia quedaban suspendidos en toda Fran-

cia. Entonces los súbditos del rey se sentían tan airados que procuraban obligar al rey a que obedeciera al papa. La "interdicción cambiante" era un castigo algo más benigno, ya que se aplicaba al territorio que estaba en tantas millas de la persona del rey. Si realizaba un viaje, llevaba consigo el interdicto, de modo que todos estaban ansiosos porque pasara de largo.

Ocurrió un caso así en Francia cuando el rey Felipe se casó con Ingeborg, una princesa sueca, sin haberlo visto antes. Cuando la contempló por primera vez, confesó más tarde, un escalofrío le corrió por toda la espina dorsal. Celebrado el matrimonio, la repudió. El papa, en consecuencia, aplicó el interdicto a Francia. El pueblo estaba horrorizado, y cuando el rey por fin se sometió y trajo a su lado a su mujer, se levantó el interdicto y el júbilo popular fue entonces tan grande que trescientas personas perecieron en el apiñamiento durante las grandes celebraciones.

Otras disputas surgieron por la intromisión del Estado en los asuntos de la Iglesia. La razón era que la Iglesia poseía casi la mitad del territorio de Francia y Alemania, respectivamente. En un principio pareció conveniente a los intereses del Estado que la Iglesia poseyese tierras. Cuando los monjes cristianos encaminaron sus pasos hacia los bárbaros del norte, la forma más sencilla en que los monjes podían procurarse la existencia era tomar una porción de terreno que no se cultivaba y labrarla ellos mismos. Con el transcurso del tiempo, no obstante, se le dieron a la Iglesia inmensos trozos de tierra, y de aquí surgió un problema frente al Estado: todos los impuestos provenían de la posesión de tierras y los hombres que servían como soldados eran dados por los que poseían tierras. Por supuesto que entonces el Rey deseaba que la tierra estuviese en las manos de los que podían pagar los impuestos y dar los hombres. El rey, por consiguiente, comenzó a crear él mismo a los obispos y los abades. El papa objetaba una práctica semejante, y cuando quiera que el Rey pedía demasiado de los obispos o abades, éstos solicitaban el apoyo del papa y éste se lo concedía. Entonces había que resolver si los obispos y abades eran servidores del papa o del rey.

También se presentaban controversias sobre la elección de papa porque el rey o el emperador insistía en elegir él al papa para estar así seguro de que éste, a su vez, no objetaría la elección de obispos hecha por el propio rey. Para evitar semejante cosa los papas establecieron la regla de que el papa debía ser elegido por los cardenales. Los cardenales son eclesiásticos que viven en su mayor parte en Roma y ayudan al papa. Usan sombreros rojos y de copa baja. El Papa lleva una corona hecha de tres partes superpuestas, llamada tiara.

Intimamente ligada a las controversias sobre tierras y a quien se debía fidelidad, aparecía la de si los sacerdotes debían contraer matrimonio. Estos eran casados, especialmente en Alemania, y tenían hijos a quienes legaban las



tierras de la Iglesia. El Papa era de opinión que los obispos le rendirían mayor acatamiento si los nombraba él mismo solamente. Para este fin se exigió a los clérigos que permanecieran célibes, es decir, sin casarse. Otro punto era que los sacerdotes debían ser puros como los monjes.

Este esfuerzo que hizo la Iglesia para obligar a los obispos a estricta fidelidad al papa y a dejar a sus esposas, ocasionó una gran pugna con el Sacro Emperador Romano y con los obispos alemanes que hicieron causa común con el emperador, contra el papa, porque no querían abandonar

a sus esposas. El Papa que libró esta batalla fue Gregorio VII. El Emperador fue Enrique IV.

Este Papa impartió dos órdenes. Todos los obispos de Alemania debían recibir el báculo que les investía como tales, de manos del papa y no del Emperador, y todos los obispos de Alemania debían abandonar a sus esposas. Los obispos respondieron que preferían perder la vida, y el emperador desafió la orden del papa, designando él mismo un obispo en Milán, la vieja ciudad cuna de San Ambrosio. Inmediatamente el papa, en nombre de San Pedro, declaró al emperador fuera de la Iglesia y relevó a los cristianos de toda promesa de obediencia.

Enrique descubrió que en esas condiciones no podía ser emperador. El pueblo no le obedecía. El único medio de solucionar esto era hacer las paces con la Iglesia. Partió entonces para Roma. El año estaba muy avanzado ya y el correntoso Rhin cubierto de hielo. Enrique y un pequeño grupo de acompañantes cruzaron los Alpes en el mes de diciembre. Amarraban las patas de los caballos, unas con otras, y los lanzaban por las pendientes nevadas. Poquísimos llegaron con vida a la planicie. En el intervalo el papa había iniciado un viaje hacia el norte para la entrevista y había llegado hasta la fortaleza de Canosa situada en la región norte de Italia. Enrique llegó hasta allí y se detuvo frente a la puerta del castillo. Era ya el mes de enero de 1077. La nieve cubría el suelo todavía. Enrique, vestido de blanco, símbolo de la penitencia, y descalzo, estuvo parado durante todo el día ante la entrada. La puerta no se abrió. Al segundo día se mantuvo descalzo sobre el suelo cubierto de nieve. La puerta no se abrió. Al tercer día también estuvo ahí en vano. Pero el sucesor de Pedro no podía negarse a perdonar a quien llamaba a su puerta. La puerta se abrió. El poderoso Emperador se presentaba humilde y suplicante delante de aquel papa insignificante y estevado. Pidió el penitente perdón e hizo muchas promesas. El Papa perdonó.

Más tarde se cambiaron los papeles. El emperador, una vez más dueño de su país, olvidó sus promesas y entonces el papa le excomulgó otra vez. Pero el emperador pudo en-

tonces persuadir a su pueblo que en esta ocasión el papa se había extralimitado. El emperador marchó hacia Roma, lanzó al papa de allí y colocó a otro en su lugar. Finalmente, otro papa y otro emperador acordaron que los obispos debían ser personas gratas y a la vez leales tanto al papa como al emperador, y los obispos tuvieron que dejar a sus

esposas. Desde entonces los sacerdotes de la Iglesia católica romana son célibes.

Otro asunto sobre el cual debatían la Iglesia y el Estado era sobre los tribunales de justicia. La Iglesia tenía tribunales propios. El apóstol Pablo había declarado

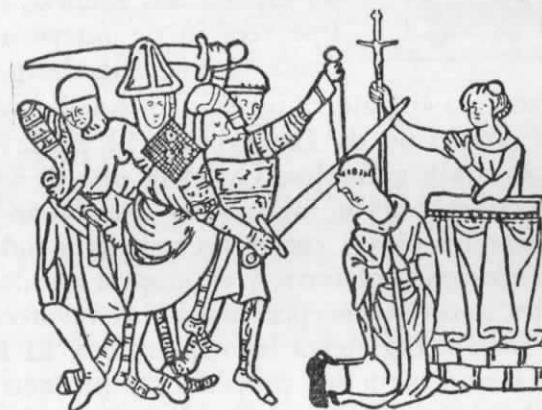
que los cristianos nunca debían acudir a los tribunales de justicia. Por este motivo se hizo costumbre someter al obispo las querellas entre los cristianos, y se formuló un conjunto de leyes llamadas leyes canónicas para que sirviesen de guía y consulta a los obispos. Pero a su vez el Estado continuaba manteniendo sus tribunales y cuando la Iglesia y el Estado funcionaban a la par no podía evitarse que surgiera el dilema sobre qué tribunales debían atender a tales o cuales cosas. Por acuerdo mutuo la Iglesia atendía los casos de viudas, y huérfanos menores de edad y todos los casos matrimoniales. La disputa comenzó porque la Iglesia pretendía que todos los representantes del clero, incluso los simples cantores del coro, debían ser juzgados por los tribunales de la Iglesia, cualquiera fuera su delito. El rey sostenía que, si cometían delitos, debían ser juzgados, como cualquier otro, ante los tribunales del Estado.

El altercado llegó a su punto culminante en Inglaterra donde el rey Enrique II había impuesto a la Iglesia la elección de su antiguo camarada, Tomás de Becket como arzo-



bispo de Canterbury. El rey suponía que Tomás haría lo que él quisiera, pero errado estuvo, porque el alegre cortesano, una vez que fue obispo, se convirtió en un enérgico defensor de la Iglesia. El rey, encolerizado, dijo, delante de sus servidores: "Un sujeto que ha comido de mi pan se ha levantado contra mí. Vino aquí desconocido, yo le levante y ahora procede como si él fuese el rey. ¿No hay alguien, entre los cobardes que comen a mi mesa, que me libre de este fastidioso cura?" Cuatro caballeros que alcanzaron a escuchar estas palabras fueron y asesinaron al arzobispo en su catedral. Tal fue el sentimiento de horror que atravesó Inglaterra que el rey tuvo que permitir que le azotaran al lado de la tumba de Santo Tomás.

Se hizo una práctica muy corriente, la peregrinación a la tumba del mártir. Mientras los peregrinos hacían el recorrido se entretenían entre ellos narrando historias, que el



poeta Godofredo Chaucer compiló en verso en sus *Historias de Canterbury*. Hasta hoy se ven las losas gastadas del piso en la Catedral de Canterbury frente al lugar donde antes la gente se ponía de rodillas porque allí se guardaban las reliquias del mártir.

En sus tratos con el Imperio y los distintos estados de Europa la Iglesia alcanzó su éxito más destacado en el siglo trece bajo el gran Papa Inocencio III. Este era amo de la Europa, más que cualquier rey o emperador. Sin ejército, pero sólo con el poder y prestigio de su palabra como

sucesor de San Pedro, y con las armas punitivas de la excomuni6n y la interdicci6n, dio reinos y los quit6. Aqu6 hay una ilustraci6n en la que un papa est6 dando el reino de Sicilia a un pr6ncipe de Francia. Notad el s6mbolo de la Francia sobre sus ropas, la *flor de lis*. El papa Inocencio tuvo contacto a6n con las naciones que entonces bordeaban

la Europa: Suecia, Noruega, Dinamarca, Polonia, Rusia, Hungr6a, Bulgaria, Serbia, Armenia, Siria y los jud6os. En las tierras m6s pr6ximas sus palabras asum6an casi el car6cter de una ley. Portugal le miraba como su directo se6or. A su voz de mando, Castilla y Arag6n se unieron para arrojar a los mahometanos que hab6an invadido Espa6a. En Francia, el Rey Felipe recib6 de nuevo a su repudiada esposa, Ingerborg.



El rey Juan en Inglaterra tom6 a un hombre de su elecci6n como Arzobispo de Canterbury. El papa insisti6 en que se colocara all6 a Esteban Langton, uno de los m6s nobles entre los caballeros ingleses. El Rey Juan jur6 que har6a arrancar los ojos y cortar las narices a todos los italianos radicados en Inglaterra, y expulsar6a a todos los obispos y monjes, antes que aceptar al hombre favorecido por el papa. Este puso a Inglaterra bajo interdicto. El Rey se vi6 obligado a renunciar a sus prop6sitos y prometer que Inglaterra se someter6a al Papa y le pagar6a una buena suma de dinero cada a6o.

La Iglesia fracas6 en muchas cosas y ten6a muchas faltas, pero, a pesar de todo, fue el mayor apoyo de la justicia y el orden en el mundo de la Edad Media.

CAPITULO XI



Grandes Hechos



IMPORTANTES hechos puede presentar la Iglesia de la Edad Media, para su brillo y cr6dito. Ella constitu6a el elemento m6s importante en la vida de los hombres. Les infund6a 6nimo y esperanza y procuraba guiar sus pasos por todos los caminos de la vida. No era perfectamente buena ni perfectamente sab6a, pero ninguna otra organizaci6n se esforz6 tanto por alcanzar estas cosas ni trabaj6 con tanto empe6o.

La Iglesia procuraba mantener la paz. Los nobles guerreaban continuamente entre ellos, devastaban las tierras de los bandos contrarios, destru6an los castillos de los que se les opon6an y se llevaban los siervos de los que derrotaban. Era dif6cil poner t6rmino a estas cosas. La Iglesia procur6, por lo menos, ponerles un l6mite. La Paz de Dios exig6a que la guerra, en todo tiempo se mantuviera dentro de ciertos l6mites. No deb6an atacarse las iglesias, el clero, los peregrinos, comerciantes, mujeres y labradores, y no deb6an destruirse el ganado ni las herramientas para la labranza. Este plan no dio resultado. La Iglesia hizo entonces otro esfuerzo, procurando que toda guerra se interrumpiera durante ciertos per6odos de tiempo. A este plan se le llam6 la Tregua de Dios. Toda lucha deb6a cesar desde la

tarde del miércoles hasta la mañana del lunes, y por completo durante ciertas épocas del año, tales como el Adviento (el mes antes de la Navidad), y la Cuaresma (los cuarenta días antes de la Pascua de resurrección). Este otro plan tampoco dio resultado.

El Papa quiso entonces buscar otro camino. Si los cristianos se empecinaban en pelear, entonces que no pelearan entre ellos sino contra los enemigos de la fe. Que atacaran a los turcos, gente ruda y poco civilizada que habían adoptado recientemente la religión de Mahoma y habían invadido la Tierra Santa, donde Jesús vivió y murió. Los peregrinos que visitaban los lugares santos recibían malos tratos de los turcos. El Papa Urbano, que era francés, fue a la ciudad de Claremont en Francia y allí congregó a los nobles ante él. Con palabras vibrantes les describió el terror turco. "Una raza maldita —dijo— ha invadido las tierras de Oriente. A los cristianos se les convierte en esclavos, se les tortura, se les mata. Los espadachines practican en ellos para ver si un cuello puede ser dividido en dos con un solo golpe. Las iglesias son transformadas en establos, destruidas o convertidas en mezquitas mahometanas. En manos de ellos está la iglesia de la Bienaventurada Virgen María. ¿Quién puede tomar venganza, sino vosotros que habéis alcanzado gloria por medio de las armas? Pero lo que sucede es que estáis hinchados de orgullo y os matáis unos a otros. Salid ahora en defensa de Cristo mismo. Olvidaos de vuestras querellas domésticas y pelead en contra de los infieles. Delante de vosotros está el abanderado que os guiará a esta guerra: el abanderado invisible; Cristo mismo."

Toda la multitud gritó entonces: "¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!"

La cruzada había comenzado. La palabra "cruzada" viene de cruz, y se debe a que los cruzados se cosían en la manga una cruz hecha en tela de color. Durante ese invierno se hicieron los preparativos. Bajo el golpe del martillo del herrero resonaba el hierro caliente, tomando la forma de escudos, espadas, espuelas y armaduras. Desde distintos puntos acudieron las huestes y por distintos caminos y mares hicieron el viaje hacia el Oriente. Jerusalén fue tomada en



el año 1099. Los infieles fueron masacrados y los cruzados se regocijaban en la Iglesia del Santo Sepulcro, donde se dice que está el sitio en que Cristo fue sepultado.

Pero era cosa más sencilla tomar la Tierra Santa que retenerla en poder de los cristianos. Los turcos hicieron nuevos ataques. Nuevos cruzados llegaron en contra de ellos. Uno de los más conocidos entre los cruzados es Ricardo Corazón de León. Pero ninguna cruzada alcanzó éxito por un período de tiempo bastante largo. Después de haber fracasado tres de ellas un niño, natural de Francia, llamado Esteban, creyó ver que Cristo se le aparecía y le prometía que lo que los adultos no habían logrado obtener lo alcanzarían los niños. No debían éstos confiar en sus espadas y su vigor físico sino que el Señor de los Ejércitos haría para ellos milagros y aun haría que el mar se retirase para que pasaran por tierra, así como Moisés y los israelitas lo habían hecho al cruzar el Mar Rojo por tierra seca en su camino a la tierra prometida. Esteban se colocó en el punto donde se congregaban los peregrinos y convocó a los niños de Francia a tomar parte en esta nueva cruzada. Y acudieron millares. Los padres y madres no los podían retener. La noticia llegó hasta Alemania y otro niño, llamado Nicolás, hizo el mismo llamado y hacia él vinieron los niños.

Acudieron por miles, una hueste enorme; la mayoría, niños que andaban por los doce años, y algunas niñas.

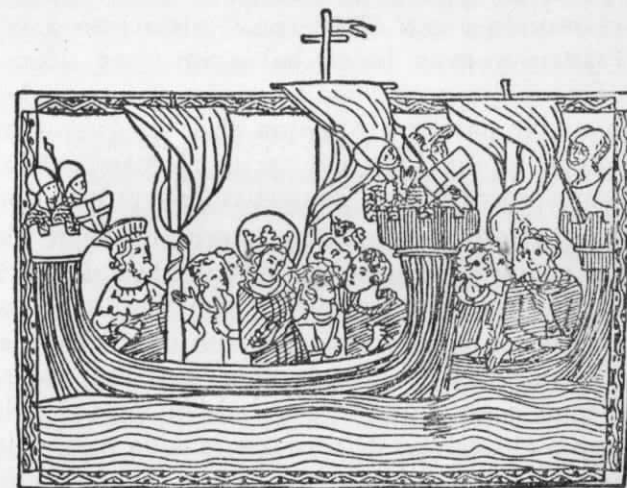
Los niños alemanes partieron primero, remontando la orilla del Rhin, y cantando mientras pasaban por esas hermosas tierras, cantos como este:

Hermosos son los prados,
más hermosos los bosques,
revestidos del florido ropaje
de la primavera
Jesús es más hermoso,
Jesús es más puro,
y hace que el corazón pecador
entone de gozo una canción.

Al comienzo no fue tan dificultoso el camino. El valle del Rhin tenía ciudades y aldeas donde se podía obtener alimento. Pero cuando los niños dejaron el río para marchar a través de los bosques de Suiza, el terreno no era tan propicio. Se hizo difícil conseguir alimento. Salteadores y animales salvajes se escondían en los bosques y caían sobre cualquiera de los niños que se apartaba algo de la columna para buscar un poco de alimento. Por fin aparecieron en la distancia las altas cumbres de los Alpes. A la vista de las escarpadas laderas algunos resolvieron regresar. Otros prosiguieron, sólo para dejar sus huesos sobre las nieves alpinas. Algunos miles, no obstante, escalaron las alturas sanos y salvos y descendieron a las planicies de la región norte de Italia, desde donde siguieron su marcha para llegar junto al mar. Pero el mar no se apartó para dejarles pasar. Tristes y desalentados ante los obstáculos, un número de ellos se estableció allí mismo y con el tiempo, se convirtieron en verdaderos italianos. Los restantes llegaron a duras penas a Roma para recibir la bendición del Padre Santo. El les dio su bendición pero les dijo que regresaran a su patria hasta que fueran de edad para cumplir sus votos de cruzados.

Los niños que iban dirigidos por Esteban marcharon por Francia hasta la ciudad de Marsella, en la costa, y tampoco para ellos se apartó el océano. Pero se les presentó algo que parecía mejor. Algunos bondadosos comerciantes ofrecieron

sus navíos para trasladar a los niños. Aquí hay una ilustración de pequeños navíos de cruzados. Los comerciantes tenían siete navíos, cada uno de los cuales podía llevar setecientos hombres. Por eso se calcula que habría como cinco mil niños. Subieron a los navíos y no se oyó más de ellos hasta pasados dieciocho años, cuando un sobreviviente,



puesto en libertad por el Sultán de El Cairo, pudo volver a su país y contar lo que había sucedido. Dos de los navíos habían sido arrastrados por una tempestad contra las rocas, y todos sus ocupantes habían muerto. Los bondadosos comerciantes resultaron ser traficantes de esclavos que vendieron todos los niños de los otros cinco navíos a los mahometanos. "Pero —agregó el sobreviviente que daba esta explicación—, en el transcurso de todos estos años no he visto que ninguno quisiera aliviar su suerte de esclavo aceptando la fe de Mahoma y negando a Cristo." Nunca vieron la Tierra Santa pero se mantuvieron fieles a Cristo.

La Iglesia también procuraba mantener la fe. No era cosa fácil lograrlo cuando todos veían cómo habían fracasado las cruzadas. Muchos de los cruzados que regresaron a sus casas después de la derrota y venían fatigados y sin esperanza alguna, dudaban y se preguntaban si el Dios que ha hecho este mundo es realmente bueno. En medio de estas

dudas que asaltaban sus pensamientos, en su vuelta al hogar, al pasar por Bulgaria encontraban allí a individuos que sustentaban las ideas de los antiguos gnósticos, quienes, como se recordará, creían que el mundo es malo y el cuerpo también es malo. Los descorazonados cruzados absorbieron estas ideas y se dieron el nombre de cátaros, que significa "los puros", y procuraban tener lo menos posible que ver con el mundo y con el cuerpo. Retornaron a la parte sur de Francia y muy luego había un gran número de adeptos. Tan malos recuerdos les traían las cruzadas, que no quería tomar parte en ninguna clase de guerra, ni matar siquiera un pollo. Eran contrarios al matrimonio, aunque sólo unos pocos fueron consecuentes con esta doctrina. Puesto que el cuerpo era malo no admitían que se hicieran imágenes y en esto participaban de las ideas de los iconoclastas, aunque movidos por una razón distinta. Los cátaros extremaron tanto estas ideas que aun desearon la cruz, sin el cuerpo de Cristo. Pero la peor doctrina que sustentaban los cátaros era que los que habían llegado a la perfección tenían el derecho de quitarse la vida para evitar así que, viviendo más, pudieran hacer algo malo y echaran a perder toda una vida de perfección. Sólo unos pocos llegaron a darse muerte. La conducta de los cátaros a menudo era mejor que la de muchos cristianos, porque no engañaban a nadie, no golpeaban a nadie y trabajaban con sus propias manos. No obstante muchas de sus ideas no eran de índole cristiana. Eran perseguidos porque llamaban a la Iglesia católica una cueva de ladrones y decían que los papas eran más bien seguidores de Constantino que de Pedro.

El papa era entonces el gran Inocencio III. Este procuró atraer a los cátaros nuevamente a la verdadera fe enviando predicadores entre ellos. Santo Domingo fundó una nueva orden de predicadores que recibieron el nombre de dominicos, e iban vestidos sencillamente. El Papa deseaba que estos vivieran en medio del pueblo y le enseñaran doctrinas más sanas. Por desgracia las cosas empeoraron. Uno de los predicadores fue asesinado. Los franceses del norte estaban ansiosos por devorarse a la Francia del sur que, por entonces, era un país aparte. El ideal de las cruzadas se des-

vió, y en lugar de perseguir a los turcos se fueron tras los herejes, esto es, "aquellos que tienen creencias equivocadas". Los franceses del norte se dejaron caer asesinando y saqueando, convencidos de que así salvaban sus almas y a la vez agrandaban su territorio al dar muerte sin cuartel a los que no creían como ellos. Tal carnicería no era muy del gusto del papa Inocencio, pero todo su poder no podía doblegar las pasiones desatadas. Los cátaros fueron desarraigados y el país fue tomado por los franceses del Norte.

Pero la herejía no había sido extirpada del todo. Los herejes se esparcieron y los clérigos muy a menudo no querían proceder contra ellos, especialmente en los lugares donde católicos y cátaros se habían unido en matrimonio. Por esta razón los papas sucesores de Inocencio designaron ayudantes especiales llamados "inquisidores", que debían investigar los casos de herejía. Los culpables eran entonces entregados a los tribunales del estado para recibir el castigo, que a veces consistía en ser quemados amarrados a una estaca. El motivo por que se les trataba de una manera tan atroz era la creencia de que la herejía era un crimen terrible contra Dios, quien podía enojarse de tal manera que podría castigar al mundo y quemar a los herejes, para siempre en el infierno. El quemar a los herejes en la tierra tenía por objeto atemorizar a otros a fin de que cambiaran de parecer y salvaran sus almas.

La parte más triste de todo esto es que en un caso la Iglesia convirtió en herejes a personas que podrían haber sido sus eficaces auxiliares. Un rico comerciante de la región sur de Francia

llamado Pedro Valdo dio todo sus bienes a los pobres y comenzó a predicar al pueblo. Hubiera sido la persona más calificada para conseguir que los cátaros volvieran al



seno de la Iglesia, pero los representantes de ésta le obligaron a que dejara de predicar arguyendo que no era clérigo. El entonces fue a Roma, y apeló al Papa, quien demostró no ser más sabio que los otros eclesiásticos. Se le ordenó a Valdo que dejara de predicar. El rehusó obedecer. Se le expulsó de la Iglesia. Muy pronto tuvo adherentes que le buscaron y él inició un movimiento conocido con el nombre de valdense. Sus partidarios buscaron refugio en los más altos valles fértiles de los Alpes donde se encuentran hasta el día de hoy los descendientes de aquellos hombres. Algunos grupos de esta denominación han emigrado a Uruguay, Argentina y Estados Unidos.

Por suerte la Iglesia empleó otros medios mejores y más eficaces para mantener la fe. Uno de ellos era la enseñanza de la verdad. La Iglesia fue la madre de escuelas y universidades. Hemos dicho antes que los monjes eran también maestros. Continuaron dando enseñanza a los niños y a los jóvenes. La enseñanza que se daba no sólo era para darles a conocer la lectura y otras cosas, sino también para solucionar los problemas de la vida. He aquí parte de un ejercicio de latín para niños ingleses:



NIÑOS: Maestro, nosotros los niños os rogamos que nos enseñéis a hablar correctamente.

MAESTRO: ¿Estáis de acuerdo en recibir una azotaina para que aprendáis?

NIÑOS: Preferimos ser azotados antes que permanecer ignorantes, pero sabemos que vos sois bondadoso y no nos azotaréis sino cuando os veáis en necesidad de hacerlo.

MAESTRO: ¿Qué pensáis hacer más tarde?

NIÑO PRIMERO: Yo voy a ser monje. Canto siete veces al día con los hermanos. En medio de estas actividades quiero aprender latín.

MAESTRO: ¿Qué labor hacen los compañeros?

NIÑO PRIMERO: Unos son aradores, otros pastores, y vaqueros; otros cazadores, pescadores, vendedores ambulantes, comerciantes, zapateros y panaderos.

MAESTRO: Niño gañán, ¿qué haces tú?

NIÑO-GAÑÁN: Trabajo muy duro. Al despuntar el alba llevo los bueyes al campo y los unzo al arado. Debo arar, cada día, un acre o más. (Entonces a cada niño se le pregunta qué hace, y comienzan a discutir entre ellos qué trabajo es el mejor.)

MAESTRO: Terminad ahora esta discusión. Que cada uno ayude a su compañero. Que cada uno dé término a su carrera en la mejor forma que pueda, ya sea sacerdote, monje, seglar o soldado. Preocupaos de vuestra labor y sed lo que sois. Guardad los mandamientos de Dios y comportaos bien. Caminad quedamente cuando oís las campanas de la iglesia. Dentro de la iglesia haced una reverencia ante los santos altares. Permaneced de pie quedamente, cantad al unísono y pedid perdón por vuestros pecados.

La Iglesia no sólo enseñaba a los párvulos sino también a escolares de más edad. Bajo el patrocinio de la Iglesia surgieron las universidades para el estudio de la teología, que son los conocimientos acerca de Dios: la filosofía, que procura comprender el universo; leyes, y medicina. A los profesores de las universidades se les llamaba maestros y doctores. Forjaban sus opiniones en la discusión constante.

La Iglesia procuraba mantener vivo el espíritu de los evangelios, el espíritu de paz, alegría y reverencia. Los monasterios prestaban su ayuda. Desde los días de San Benito los monasterios habían llegado a ser muy numerosos. Los que despreciaban la agitación y el tumulto de un mundo siempre en rencillas podían encontrar allí quietud y una manera de vivir modesta y simple. Esta oración expresa el ideal de una orden de monjas: "Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu, que eres poder, sabiduría y amor, inspírame a mí también en estas tres cosas: poder para servirte,

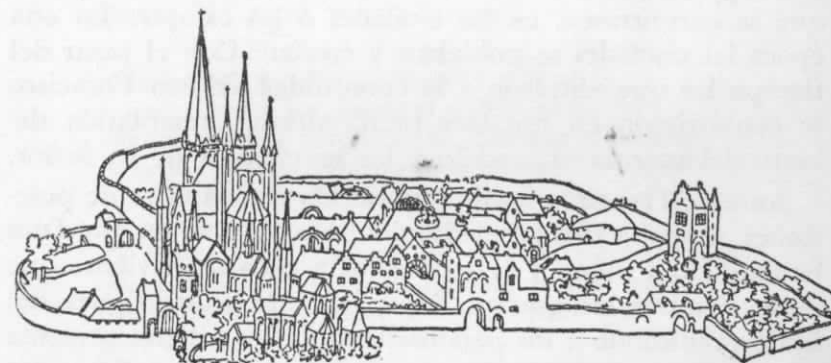
sabiduría para agradarte, y amor para hacerlo; poder para hacer, sabiduría para saber qué debo hacer, y amor para ser inducida a hacer todo lo que es grato para Ti.”

Los monasterios gozaban de mucho favor y llegaron a ser muy grandes. Había muchas personas que no deseaban unirse enteramente a los monjes, pero querían vivir cerca de ellos y esto daba como resultado que una aldea entera



crecía alrededor de un monasterio. En la página de enfrente hay una ilustración de un monasterio en Francia. La aldea al lado de él se ha dejado fuera porque esta página es demasiado pequeña para mostrar el grabado completo. Comenzando por el lado izquierdo de la ilustración, el espacio abierto encerrado por la muralla es el cementerio. El edificio cuyo techo se eleva fuera de la muralla en el primer plano y cerca del cementerio, es la escuela. Luego viene la primera puerta cerca de la iglesia. Al frente de esta entrada hay un santuario al que podían ir los que eran perseguidos por sus enemigos y, una vez allí, estaban a salvo. Hacia la derecha del cuadro y hacia el fondo están la cocina y el comedor para los monjes; hay, además otro para las visitas. En el centro y hacia la parte de atrás aparece un patio abierto con una fuente y un árbol. El edificio que está precisamente detrás del árbol es la cervecería. Desde el patio hay un pasaje que conduce debajo del edificio y pasa

más allá de la prisión para los monjes que merecen castigo hasta llegar a la puerta de entrada del frente, que aparece en medio. Sobre esta puerta está construida la casa del limosnero que cuidaba de los menesterosos. En el sector de la derecha hay un bosque donde se criaban conejos. La construcción sobre la puerta de la derecha del frente es el almacén para los cereales y granos que se traían de los campos distantes. Mirando la ilustración parece que la muralla terminara detrás de la iglesia, pero lo que ocurre es que allí



hay un río y en ese punto es donde realmente termina el edificio.

En la época del gran papa Inocencio surgió una nueva clase de monasticismo, practicado por monjes que no se llamaban monjes, porque no se apartaban del mundo. Se llamaban “frailes” o “hermanos”, y aunque celebraban reuniones en que todos estaban juntos, pasaban la mayor parte del tiempo entre la demás gente. El jefe de este nuevo movimiento fue San Francisco, oriundo de la pequeña ciudad italiana de Asís. Su padre era un rico comerciante. Francisco no quería ser rico. El pensaba que el mal del mundo era que los hombres siempre estaban luchando por las riquezas. Y el mal que también había alcanzado a la Iglesia era que los monasterios habían llegado a ser demasiado ricos y cómodos, y estaban olvidando a los pobres.

San Francisco declaraba que “había contraído matrimonio con la Señora Pobreza”. No quería nada más que lo que era indispensable para las necesidades del día. No acep-

taba obsequios de dinero; lo único que recibía era ropa para usar y el alimento del día. Trabajaba pero no recibía más dinero por su trabajo que lo que le era necesario para alimentarse o cubrirse. Mendigaba, pero no lo mejor, sino lo peor, lo que los otros ya no querían usar ni comer. Tampoco pedía limosna para el mañana, sino que para el día. Pensaba que ni su cuerpo ni la facultad de mantenerlo en salud le pertenecían y por esto iba donde los leprosos a cuidarles y darles consuelo, aunque así corría el riesgo de contraer el mal. Iba hacia ellos dondequiera que se encontrasen, en las ciudades o los campos. En esta época las ciudades se poblaban y crecían. Con el pasar del tiempo los que entraron a la comunidad de San Francisco se convirtieron en notables predicadores, presentando delante del mundo el modelo y las enseñanzas de su Señor.

Aunque Francisco había renunciado a toda clase de posesiones, se sentía rico en medio del hermoso mundo que Dios había dado a todos, y él aconsejaba a cada ser viviente que diese siempre las gracias. Aquí hay dos ilustraciones del santo predicando a los pájaros. Uno de los artistas presenta a los pájaros en vuelo. El otro quiso ofrecerle a Francisco



una tarea más difícil y presentó en su grabado un águila y un halcón. Las marcas que se ven en las manos y pies de San Francisco son llamadas "estigmas". Eran manchas rojas que le aparecían porque meditaba tanto sobre las heridas

de Cristo. Decía San Francisco en su sermón a las aves: "Hermanitas, debéis dar alabanzas a Dios porque os salvó en el arca y os dio el aire para que volaseis ahí. Vosotras no sembráis ni cosecháis, pero Dios os da de comer y beber. El os ha dado árboles altos para colocar allí vuestros nidos, y como no sabéis hilar ni coser, El protege vuestros cuerpos con plumas. Por lo tanto, hermanitas, no seáis desagradecidas, sino que procurad dar alabanzas a Dios."

Francisco alababa a Dios por todo lo que era obra de Sus manos. Francisco compuso un canto. Es el primero de habla italiana. He aquí su traducción:

¡Oh, Señor!, el más poderoso y más alto,
a quien todos los hombres deben glorificar
aunque ningún varón, ni de dilatada existencia,
es suficientemente bueno para cantar Tu alabanza;
no obstante, sé alabado por todo lo que Tu mano
ha hecho en el mar, el cielo y la tierra.
Te bendecimos nosotros por nuestro Hermano Sol,
que brilla ardientemente, feliz de realizar su carrera.
por la Hermana Luna, y cada estrella
que, únicas y castas y hermosas son,
por el aire y la nube y la suave lluvia
por medio de los que Tú la tierra sustentas,
por el gracioso murmurar de la Hermana Agua,
útil, sin precio, casta y humilde,
por el Hermano Fuego, que da resplandor en la noche,
en medio de alegría bulliciosa y luz que salta;
por la Madre Tierra, y las flores y frutas,
por el árbol y el arbusto y la hierba y raíz,
por aquellos que, porque Tú los amas,
les has postrado en invalidez,
pues si soportan calladamente su pena
Tú una corona les darás.

Los hombres se sentían de tal manera atraídos por las enseñanzas y la vida de Francisco, que deseaban vivir a su lado y compartir su existencia. El Papa Inocencio dio su permiso para que formaran una orden nueva. Se llamó Franciscana. La hermana Clara fundó una orden para mujeres, conocida como las Pobres Clarisas.

Se cuentan muchas historias singulares sobre los primeros seguidores de Francisco. Ninguna puede aventajar a las

que se refieren al hermano Junípero. Para él no había un término medio. Daba todo lo que poseía, aun sus ropas, y en seguida regresaba jubiloso para que sus hermanos le diesen otro vestuario. En cierta oportunidad una mujer pobre vino al convento (así se llama la casa donde viven los frailes), y pidió que le diesen algo para ayudar a su marido que se encontraba en la cárcel por haber contraído deudas. Encontró solo a Junípero. El miró a ver si descubría algo que darle y sólo vio las campanillas de plata sobre el paño que cubría el altar. "Creo —se dijo él— que no necesitamos esto", y las sacó, cortando la cuerda que las unía, y se las dio a la mujer. Cuando los otros frailes regresaron y vieron el daño hecho presentaron su queja al padre prior. "Pues, ¿qué otra cosa podríais esperar de él? —preguntó éste—. Me extraña que dejara el paño del altar. Yo le daré una reconvención por esto. Decidle que venga." Junípero se presentó y el prior le reprendió hasta quedarse ronco. Entonces se fue a la cama.

Junípero se deslizó silenciosamente a la cocina a preparar algo para curar al prior de su ronquera, pero cuando estuvo listo el menjurge, el prior ya dormía, y tuvo que despertarle.

—¿Qué es esto? ¿Por qué me despiertas?

—Estabais tan ronco a fuerza de reprenderme que os lo he preparado para vos, padre. Comedlo. Os hará bien.

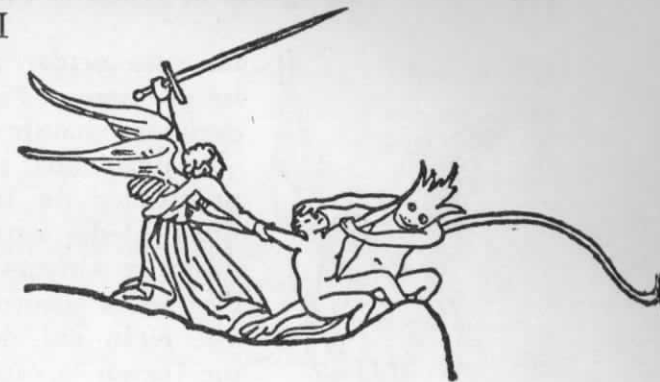
—Vete, y déjame en paz.

—Bueno, padre, ya que no queréis comerlo, ¿podríais tenerme la vela mientras yo me lo como?

Aquello era demasiado. El prior se levantó y entonces los dos comieron.

La plegaria de San Francisco era la siguiente: "Oh, Padre, aparta de mi mente todo lo que está bajo el cielo por el poder ardiente y dulce de tu amor, para que así esté yo dispuesto a morir por el amor de tu amor así como tú te dignaste morir por el amor de mi amor."

CAPITULO XII



Enseñanza y Fe



PROFUNDA tuvo que ser la fe que hizo posible todo lo que la Iglesia realizó en la Edad Media. Los hombres creían. Creían lo que la primitiva Iglesia había creído: el Credo de los Apóstoles y el Credo de Nicea. Con el correr del tiempo esas creencias se presentaban con mayores detalles, y dando la preferencia al número siete: siete pecados capitales, siete virtudes cardinales o máximas, siete obras de misericordia y siete sacramentos.

Los siete pecados mortales se llaman así porque separan al hombre de su verdadera naturaleza. Estos siete pecados son: orgullo, codicia, lujo, envidia, glotonería, ira, y desesperación. Otros pecados, tales como la mentira y la cobardía, no son tan graves. Se encontrarán ilustraciones que representan cinco pecados mortales en el capítulo que sigue, en la página 131. Los dos que no aparecen son la envidia y la desesperanza, cosas ambas difíciles de representar.

En la Edad Media prevalecía la idea que algún día el hombre tendría que dar cuenta de todos sus pecados. Antes del día del juicio los ángeles harían sonar sus trompetas y los muertos se levantarían de sus sepulcros para comparecer delante del Juez. Los oprimidos estarían allí presen-

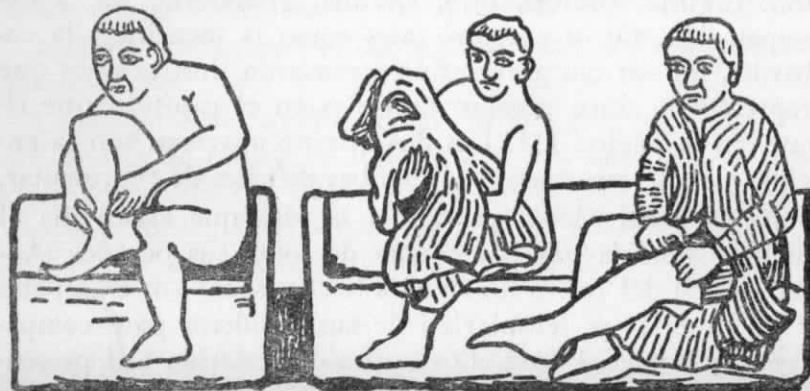


tes para acusar a los opresores. "Padecíamos hambre —se imaginaba el predicador de la Edad Media que dirían a Cristo—, y aquellos señores que están ahí de pie fueron la causa de ello. Teníamos sed y estábamos desnudos. Durante la mitad del año no comía-



mos otra cosa que pan, afrecho y agua, y, lo que es peor, padecíamos hambre mientras que ellos se servían tres o cuatro platos gracias a lo que a nosotros nos usurpaban. No nos daban lo que era nuestro cuando nos veíamos en la necesidad. Tampoco nos vestían. Vestían a sus caballos, perros de montería y monos. ¡Oh, Dios Justo, Juez Poderoso, esto no era equitativo. La saciedad de ellos era nuestra hambre. Su alegría nuestro penar. Toma venganza, Señor, de la sangre nuestra que ha sido derramada."

Entonces Cristo, el Juez justo, resolvería cuál sería la suerte de aquellos que se presentaban ante su tribunal. Aquí están los muertos vistiéndose para aparecer delante



de El. Existían tres probabilidades: enviar a los hombres al infierno, al purgatorio o al cielo. El infierno era un lugar de tormento sin fin y sin esperanza. El purgatorio era el sitio adonde deberían ir aquellos que no eran suficientemente buenos para el cielo ni bastante malos para el infierno, para tener así otra oportunidad. El cielo era la recompensa de los buenos. Una obra notable de la Edad Media describe estos lugares. Se llama "La Divina Comedia". Generalmente creemos que toda comedia es cómica. Esta comedia no lo es. Se llama comedia porque llega a buen término.

El autor de esta obra fue Dante Alighieri, un italiano nacido en Florencia. La composición comienza el año 1300 en día de Viernes Santo. Encontrándose perdido en una selva, Dante siente sobre sí la amargura de la muerte hasta que puede escalar un lugar más abierto junto a una montaña. Aquí se encuentra con tres animales, una pantera, un león y una loba: estas bestias representaban la inmundicia, el orgullo y la codicia. Apareció un fantasma para conducirlo, el poeta pagano Virgilio que vivió en la tierra más o menos en la época de Cristo. Virgilio ahuyentó a las bestias y junto con Dante se aproximó a las puertas del infierno en las que estaba escrito: "Renuncia toda esperanza, tú que entras." En el infierno encontraron a los coléricos que se destrozaban unos a otros por siempre y siempre, y los huraños hundidos en un pantano inmundo. Sólo se sabía que se encontraban ahí, por los burbujas de aire que salían. En la mañana de la Pascua de resurrección el poeta y su guía llegaron a las puertas del purgatorio. Aquí también vieron que prevalecía el dolor, pero uno de distinta naturaleza porque limpia el pecado y no es eterno. Virgi-



lio tuvo que apartarse del poeta Dante a las puertas del cielo porque como era pagano no podía entrar a la mansión de los escogidos. Apareció entonces otra guía, Beatriz, la cristiana, que le hizo ver cosas tan estupendas que el poeta se detenía embelesado. Estas cosas eran: los círculos de las estrellas, las glorias de la Reina del Cielo, la luz suprema y pura del Eterno Rey cuya voluntad es que todos tengan paz dentro del Paraíso.

¿Cómo podía alcanzar este lugar el hombre pecador? Se decía que los demonios estaban en acecho para conducirlo a pecar y arrastrarlo por sobre acantilados hacia un tormento eterno a no ser que los ángeles viniesen en su socorro, como se ve en la ilustración donde comienza este capítulo. No obstante, el hombre podía hacer algo por su salvación. Si es verdad que existen siete pecados mortales, también hay siete virtudes cardinales. No se contraponen enteramente a los siete pecados, porque las virtudes se agruparon tomando cuatro de los paganos: sabiduría, valor, dominio sobre sí mismo, y justicia, y a estas se les agregaron las tres virtudes cristianas: fe, esperanza y caridad. La caridad, a su vez, realiza las siete obras de la misericordia, que son: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar a los enfermos, dar hospitalidad al que no tiene casa, rescatar a los cautivos y sepultar a los muertos.

Si el hombre ha de dar cumplimiento a todo esto, necesita la ayuda de la Iglesia y esta le da los siete sacramentos por medio de los cuales el hombre alcanza el perdón de los pecados cometidos ya y adquiere la fuerza de voluntad para ser mejor. En la página opuesta aparecen grabados que representan los siete sacramentos. El primero de ellos es el bautismo, que se le da a los niños hace poco nacidos. Ved cómo el ama introduce la mano en el agua para estar segura que no está demasiado fría. El bautismo se da sólo una vez. En seguida viene la confirmación que es como unirse a la Iglesia. Fijaos en que el obispo hace el signo de la cruz con el pulgar sobre la frente del muchachito. La confirmación se hace sólo una vez. Es parte de la penitencia el confesar las culpas a un sacerdote y el procurar enmendar lo hecho. A veces esto se puede hacer en una for-



BAUTISMO



CONFESION



CONFIRMACION



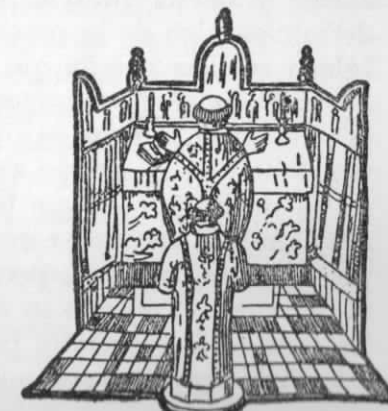
ORDENACION



CASAMIENTO



EXTREMAUNCION



MISA

ma directa. Si se ha robado dinero y no se ha gastado, se lo puede devolver, pero muchos pecados tales como el orgullo, la avaricia y la envidia no tienen reparación en una forma similar. En ese caso se puede llevar a cabo otra cosa como cumplir con las siete obras de misericordia o realizar una peregrinación a un lugar santo. Demás está decir que la penitencia se puede repetir con frecuencia. La ordenación es un sacramento del clero, y el matrimonio para algunos de los laicos. La ordenación se realiza una sola vez. El matrimonio puede repetirse después que fallece una de las partes contrayentes. La extremaunción se administra a los moribundos.

El sacramento que con mayor frecuencia se repite en la Iglesia Católica es la misa. La mayoría de los sacerdotes la dicen todos los días y los católicos procuran asistir a su celebración una vez por semana. La misa es la Cena del Señor o Santa Cena. La palabra misa viene de la locución latina *Ite, missa est*, que significa: "*Idos, estáis despachados.*" En la iglesia primitiva estas palabras no se decían al final, sino ante de la parte más sagrada de la misa, a la cual no podían quedarse los principiantes. La misa ha ido mucho más allá de la Cena del Señor. El sacerdote usa una túnica especial que se llama capa pluvial y durante una misa mayor le asisten varios ayudantes. La misa mayor se llama también "cantada", porque las palabras son cantadas por un coro. El pueblo toma el pan solo nunca el vino. Durante la Edad Media la Iglesia quitó al pueblo el vino para evitar que se derramara algo de la preciosa sangre de Cristo, porque la Iglesia romana enseña que cuando el sacerdote pronuncia las palabras *Hoc est corpus meum* (lo que significa "Esto es mi cuerpo") el pan se transforma, no en apariencia, sino realmente, en el cuerpo de Cristo. De modo que la misa es un medio por el que la persona se alimenta de él. La misa también constituye una repetición de lo que él sufriera por nosotros. Nuestros pecados están siempre crucificándolo de nuevo y con esto su dolor se renueva constantemente. La misa se dice en latín para mantenerla invariable, pero, a los habitantes de cada pueblo se les enseña su significado.

Pero ni aun los sacramentos de la Iglesia logran conver-



tir al hombre en un ser perfecto. Necesita siempre el perdón de Dios. La Iglesia de la Edad Media con frecuencia lo representaba como un Dios airado que no estaba dispuesto a perdonar a menos que se le persuadiera a ello. Interponía sus súplicas entonces al Hijo, que había padecido en la cruz. No obstante, en ocasiones también representaban al Hijo como un juez airado que no quería perdonar. Entonces era su madre la que suplicaba. La Virgen María era la amiga de todas las almas y todos, sin distinción alguna, el caballero noble y la castellana, el siervo y la criada buscaban refugio bajo los pliegues del manto protector de María.

En la Edad Media la Iglesia se valía de distintos medios para inculcar sus creencias: el teatro, la predicación, la música y la construcción de templos.

Las representaciones teatrales se escribían en el idioma vulgar y narraban en forma dramática algunas de las historias de la Biblia, y a menudo con divertidos agregados del propio escritor. En una representación del diluvio los hijos de Noé, su mujer y las mujeres de los hijos declaran lo siguiente sobre los animales que se han introducido en el arca:

SEM: Señor, hay aquí leones libaneses,
caballos, yeguas, bueyes y cerdos,
cabras, terneros, ovejas y vacas,
para que tú las veas.

CAM: Encuéntranse aquí camellos, asnos,
gamos, gamas, ciervos y ciervas,
bestias de toda suerte y especie
creo que hay aquí.

JAFET: También hay gatos y perros;
nutría, zorro y garduña tú hueles;
reconoces a la liebre por sus saltos,
y hay vacas para comer.

MUJER DE NOÉ: Y hay aquí parejas de osos y lobos,
monos, mochuelos y marmotas,
comadreja, ardillas y hurones
comen aquí su alimento.

MUJER DE SEM: Pero hay más animales en esta casa.
Están aquí un gato chancero,
un ratón y una laucha,
y se tienen alta estimación.

Y aquí hay aves, cada una en su clase:
garza, grulla y alcaraván bullicioso,
cisne y pavo real en la popa
para hacer frente al temporal.

MUJER DE JAFET: Hay aquí gallos, milanos,
cornejas y cuervos en hileras,
cuclillos, chorlitos,
cada uno según su especie.
Y aquí hay palomas, y patos y patas
y marbellas que corren por tus lagos.
Toda ave que duerme y despierta
puede hallarse en esta arca.

Resultaba más fácil introducir en el arca a las bestias que a la propia mujer de Noé, pues no quería entrar sin sus amigas. Sus hijos la levantaban en vilo justamente a tiempo y la empujaban por la planchada.

Otro medio que tenía la Iglesia para ponerse en contacto con el pueblo era la predicación. Las congregaciones se reunían en las iglesias, y a veces eran tan numerosas que sólo era posible reunir las afuera, a la intemperie. Los predicadores reconvenían a los feligreses por sus pecados, les señalaban las siete virtudes y las siete obras de misericordia, explicaban la fe y los siete sacramentos e instaban a la gente a caminar por el recto sendero de la vida.

Uno de los grandes predicadores de la Edad Media fue Savonarola, un dominico de la ciudad de Florencia. Fustigaba los pecados del pueblo y aun de los representantes de la Iglesia que gastaban su tiempo y sus riquezas en halcones y sabuesos, en ricos tapices y elegantes mansiones, descuidando su grey. Cuando en esa época el ejército francés in-

vadía Italia y estaba aproximándose a las murallas de Florencia, el pueblo, aterrorizado, invadió la catedral desde las primeras horas del alba. El predicador escogió como su texto las palabras de la historia del diluvio: "He aquí que yo traigo las aguas sobre la haz de la tierra." La gente quedó



espantada al oír la terrible suerte que predecía para la ciudad, y salieron de allí mudos de terror. El notable artista Miguel Angel que se encontraba entre la concurrencia, nunca olvidó el espanto que le produjo ese sermón y algo de las emociones sentidas en ese entonces apareció años después en su cuadro *El Juicio Final*.

La música traía a la Iglesia mayor consuelo. Las campanas llamaban a la gente a la oración. Eran campanas melodiosas. Durante la misa o cuando se cantaban villancicos el órgano hacía oír sus melodías a lo largo de las naves y en medio del coro. A veces, en cánticos de Navidad, el organista hacía sonar el órgano alegremente y, a veces, en notas suaves y tristes el coro cantaba el dolor de la Virgen Madre. Uno de los más notables himnos de la



Edad Media es el llamado *Stabat Mater*, y fue compuesto por un discípulo de San Francisco, Jacopone da Tode:

Al pie de la cruz, llorando
está la madre, mirando
clavado al Hijo y Señor,
pues su alma dolorida,
contristada y afligida
una espada atravesó.

¡Oh, cuán triste y angustiada
fue la bienaventurada
Madre del gran Redentor!
¡Qué tierna se condolía
mientras con dolor veía
de su Hijo la pasión!

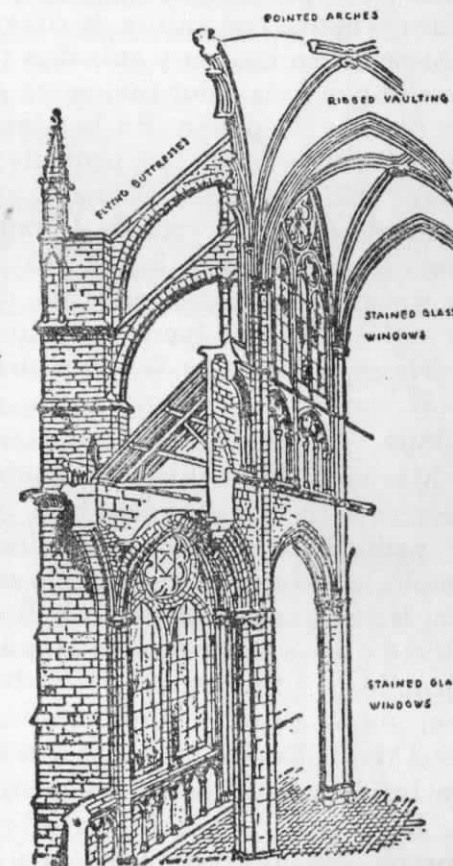
Lágrimas, ¿quién no vertiera
si a María visto hubiera
en angustia tan cruel?
¿Quién no se contristaría
contemplando cual sentía
de su Hijo el padecer?

Vio a Jesús, por el pecado
de su pueblo, despreciado
y azotado con furor.
Vióle pálido, sufriendo,
y cual réprobo muriendo,
hasta que su alma entregó.

¡Oh, Jesús, fuente de amores!
Haz que sienta tus dolores
para yo también llorar.
Que mi corazón se inflame
y que eternamente te ame,
y te sirva sin cesar.

El centro, el corazón mismo de la vida religiosa del pueblo era el templo. Durante la Edad Media se creó y desarrolló el plan de la primitiva basílica cristiana. Las pequeñas alas de los costados cerca del ábside se extendieron para que la planta tuviera la forma de una cruz. Las primeras basílicas tenían techo de madera. El problema que se presentaba ahora era hacer un techo de piedra. Los romanos habían empleado en su arquitectura lo que se llaman bóvedas artesonadas. La bóveda resulta de un gran peso, se re-

quieren muros muy gruesos para sostenerla y debe construirse toda de una vez, con ayuda de un gran andamiaje. La arquitectura románica de los primeros tiempos de la Edad Media descubrió un mejor sistema de construcción por medio de las bóvedas de arcos. Desde la cima de cuatro columnas partían cuatro listones curvados y de la longitud necesaria para unirse todos en un punto al medio, para formar así como un nudo en el punto céntrico del cuadrado formado por las columnas. Otros cuatro listones curvos de a pares se elevaban desde la misma columna y cada extremo para encontrarse en cierto punto. Sobre esas arcadas se colocaba el techo. La ventaja de este procedimiento consistía en que cada una de esas secciones se podía construir separadamente, y dado que todo el peso recaía en las columnas, solamente estas necesitaban una buena base y sostén. El estilo románico daba doble grosor a las columnas. La arquitectura gótica surgió de la románica, dando forma ojival a las bóvedas, colocando soportes para las columnas a una pequeña distancia, con brazos llamados arbotantes, que se unen arriba al través. Con tal sistema puede elevarse el techo a mucha altura. Las piedras parecían perder peso. Los listones arqueados se elevaban como las agujas más altas de los árboles siempre verdes de los bosques del norte, y el techo en la parte de



afuera aparecía recubierto con capiteles y agujas que se elevaban hacia las estrellas.

Las ventanas de las catedrales góticas podían ser grandes y en gran número porque los contrafuertes del exterior no hacían necesarios los muros gruesos y pesados. Los vidrios se colocaron entre agujas de esbelta piedra que en su cima se dividían en ramas, lo que hacía un trazado liviano y como de hojas. En los espacios más amplios abajo se colocaban ventanas con vidrios de colores, formando diseños que representaban escenas y episodios de la fe. Al principio era preciso que cada color tuviese un trozo de vidrio. Se unían los pedazos de plomo. En la página 131 bajo el título de "Lujo" se representa una pequeña ventana de la catedral de Notre Dame en París. Véase la unión de plomo entre la mano derecha y la cara de la mujer, y entre su brazo izquierdo y el brazo de la silla. Cuando la ventana era grande y compuesta de muchos trozos de vidrio, el plomo no era lo suficientemente fuerte para impedir que la ventana de vidrio se moviera por la acción del viento, y era preciso colocar barras de hierro sin tomar en cuenta el trazado del dibujo.

Más tarde los artífices descubrieron una pintura que al derretirla en el vidrio llegaba a constituir parte de él. Así se podía hacer de una sola pieza una cabeza entera. Se empleaban colores vívidos como carmesí, azul y púrpura, y con frecuencia no ostentaban el color peculiar al sujeto u objeto que se representaba. Hay una ventana en Sens, por ejemplo, que representa al Hijo Pródigo cuidando los puercos; uno de estos es verde, otro azul y otro rojo. El efecto total resultaba deslumbrador a la hora del crepúsculo cuando los últimos rayos del sol poniente penetrando a través de la ventana de rosetón, arrojaban una luz suave, cálida y encantadora sobre la piedra gris.

En los ventanales se representaban las historias de la creación del mundo, el diluvio, el sacrificio de Isaac, el paso del Mar Rojo, de Jefté, Sansón, Jonás y luego de Cristo: en el pesebre, caminando sobre el agua, padeciendo en la cruz, y ascendiendo a diestra del Padre. Aquí estaba la Virgen Madre llorando sobre su hijo, o elevada a los cielos

para ser coronada por Dios. Allá aparecían las vidas de los santos: Cristóbal llevando en sus brazos al niño Jesús, Antonio luchando con el demonio, Agustín en su estudio, y Jerónimo con el león. En historiados vidrios aparecía todo lo que el hombre debía conocer sobre su viaje de la tierra al cielo.

En los portales de los templos y en mén-sulas en las columnas se colocaban estatuas talladas, no según el tamaño y forma normales de la figura humana, sino mucho más altas y algunas veces hasta desfiguradas para dar la impresión de movimiento, como de figuras que saltaban hacia el cielo. La presente estatua de Pedro tiene alargadas todas aquellas partes del cuerpo capaces de más movimiento, pues los brazos, las piernas y el cuello son más largos en comparación con el tronco y la cabeza, y el objeto de esto es dar la impresión de que está caminando y ya va a dejar la piedra donde se hallan sus pies. Con frecuencia las estatuas se pintaban, y en esta ilustración se ve que el artista coloca la pintura sacada de un cuenco; la estatua es de la Virgen María. Por lo general las imágenes representaban cosas de carácter serio como los personajes de la Biblia o los santos, pero en otras ocasiones se empleaban figuras grotescas de demonios y animales. Estas se llaman gárgolas, y servían sobre todo para desagües. Así es como se las veía mirando de soslayo y escupiendo chorros de agua hacia las calles.

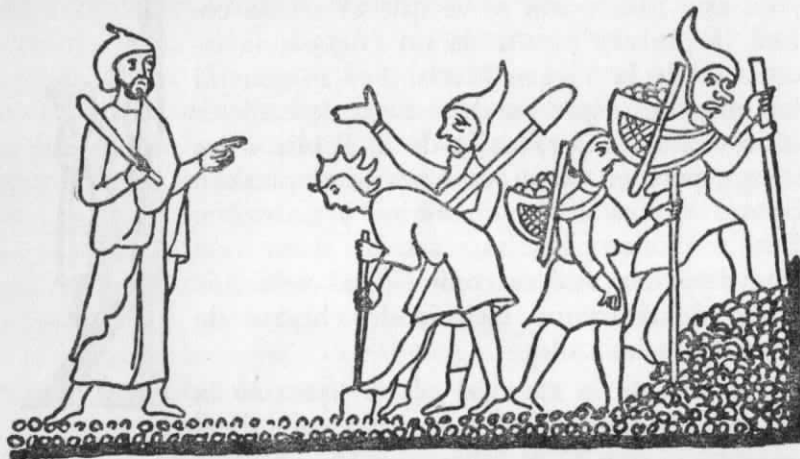
Después de la catedral gótica apareció la del renacimiento. En el capítulo que sigue veremos lo que es el renacimiento. La catedral del renacimiento se asemeja a la bizantina en la cúpula, pero la cúpula misma se elevaba como la cúpula gótica. No obstante se diferenciaba de la gótica en que la cúpula no tenía espacios abiertos entre los listones y en consecuencia las ven-



tananas tenían que construirse debajo de la orilla de la cúpula. De esta suerte la luz provenía más bien de abajo que de la parte alta del edificio. La parte interior de la cúpula, que presentaba una superficie lisa, podía ser pintada. Algunos de los más célebres cuadros religiosos de la época del renacimiento fueron pintados en los techos.

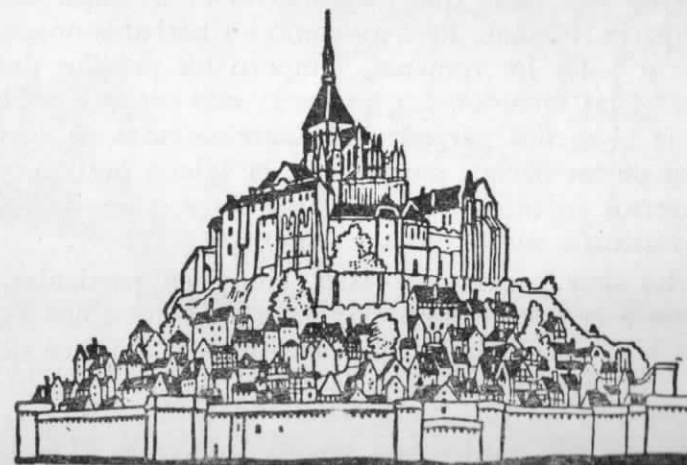
La comunidad construía la catedral. Reyes y reinas y hombres y mujeres de alta alcurnia arrastraban las carretas que llevaban el material. Cuando las piedras eran muy grandes y pesadas era preciso que mil hombres arrastrasen la misma carga. Arrastraban su carga en silencio y unidad, porque si alguno se negaba a perdonar a otro, a ese de duro corazón se le hacía abandonar la tarea. Los niños tenían sus carretas propias que arrastrar y elegían también su rey para que les condujera y, aunque de escasa edad, aventajaban a sus mayores en agilidad y destreza.

De esta manera la catedral era un hogar espiritual, y con sobrados motivos, ya que cada uno contribuía a construirla. La gente arrastraba el material. Los comerciantes contribuían con su dinero. Las compañías o corporaciones como las de los panaderos, cerveceros, herreros y carpinteros ofre-



cían, como su contribución, una ventana o alguna otra cosa. Los arquitectos, artistas y artesanos rivalizaban entre ellos en su deseo de agradar a la Virgen al adornar su casa. Si a la catedral se la miraba desde una distancia parecía un

gran navío con sus torres, agujas y arbotantes; era un navío en el que el hombre podía navegar hacia el cielo. En el portal mismo uno se encontraba con Cristo clavado en la cruz, el único Piloto seguro. Alrededor suyo aparecían escalonadas las estatuas de los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles y evangelistas del Nuevo junto con los mártires, santos, monjes y misioneros de la Iglesia. Una vez en el interior de la catedral las líneas que se elevaban llevaban la vista hacia arriba y más arriba desde aquí en la tierra hasta la mansión de Dios. La luz descendía desde aquella región pura y hermosa, y no era una luz fría y despiadada sino tibia y carmesí la que tocaba las losas de piedra bajo las cuales dormían los muertos. La Iglesia unía en un solo haz a todas las almas creyentes. Y todos los vivientes venían aquí para la celebración de festividades sagradas: ancianos y niños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, para escuchar la Palabra, para contemplar los solemnes misterios de la fe y para cantar en solemnes letanías la elevación del alma hacia Dios.





Pecados Mortales Invaden a la Iglesia



TRAS LOS GRANDES y gloriosos días de Inocencio II y San Francisco, la Iglesia de la Edad Media se vino a menos. Una vez construida una catedral conserva su belleza imperecedera porque la piedra puede soportar el embate del tiempo y la inclemencia del tiempo, pero los hombres pueden perder algunas de sus buenas características, y la Iglesia de la tierra está constituida por hombres. Los siete pecados mortales invadieron a la Iglesia e hicieron más daño que los bárbaros al irrumpir dentro del Imperio Romano. Pero así como los bárbaros no dieron muerte a todos los romanos, tampoco los pecados destruyen todas las virtudes. En las horas más oscuras la llama de la fe al menos parpadeaba. Examinaremos en seguida algunos de los hechos por los que la Iglesia declinó, y de los diversos intentos que en varios lugares se realizaron para restituírle sus virtudes y poder.

De los siete pecados mortales, cinco, en particular, invadieron a la Iglesia. Ilustraciones sobre estos cinco aparecen en la página 131. La avaricia huye con un saco de dinero, producto del saqueo. La bestia de la glotonería se atraganta con un bocado delicioso. El lujo aparece representado por una mujer que arregla su tocado. (Los hom-



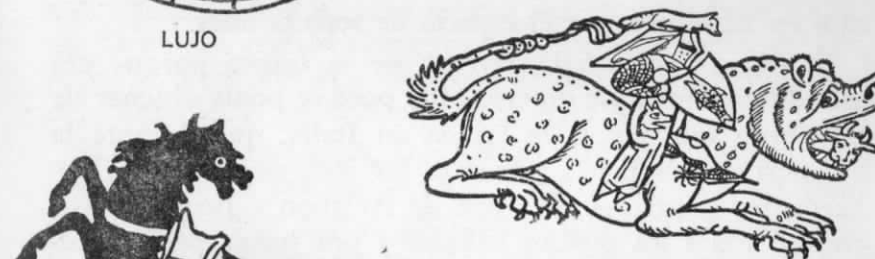
CODICIA



LUJO



IRA



GULA

ORGULLO

bres también cobraron afición al lujo). La cólera va a asentar un golpe en la cabeza a una humilde doncella. El orgullo ha sido derribado por su caballo.

La codicia de la Iglesia la llevó a serios desacuerdos con el Estado, que a su vez también era codicioso, y, en la lucha, la Iglesia se puso más codiciosa. Los obispos y abades eran ricos y los reyes codiciaban sus riquezas. En esta época los reyes de Inglaterra y Francia, en especial, veían que sus países se hacían ricos y poderosos, y estos monarcas necesitaban mucho más dinero y estaban dispuestos a obtenerlo de quienquiera que lo poseyese. El rey de Inglaterra tomó todos los bienes que quiso de la Iglesia, y el rey de Francia se negó a permitir que enviara dinero de su país a Roma. El Papa Bonifacio VIII dijo que excomulgaría a cualquier soberano que tomase los bienes de la Iglesia y también esta pena recaería sobre los prelados que dispusiesen de esos bienes, pero el rey de Francia procedió entonces inmediatamente: tomó preso al Papa y cambió la sede del papado a una ciudad que quedaba bajo la soberanía de Francia. El nombre de esta ciudad era Avignon. Los papas permanecieron aquí por algo más de setenta años (1305-1377). Este período se denomina la cautividad babilónica del papado en recuerdo de la cautividad de los judíos en Babilonia por el espacio de setenta años.

El exilio aumentó la avaricia de la Iglesia porque era más difícil conseguir dinero. Muy poco se podía obtener de las tierras que poseía la Iglesia en Italia, que durante la ausencia de los papas sufrieron las incursiones de los gobernantes limítrofes. El Papa de Avignon —Juan XXII—, empleó todos los medios habidos y por haber para recaudar fondos. Se cobraban estipendios no sólo por bautizos, bodas y funerales, sino también por la otorgación de licencias tan particulares como esta: la facultad de dividir un cadáver y sepultarlo en dos tumbas. Todo obispo de cualquier punto de Europa, al hacerse cargo de su sede, debía dar al papa todo su salario correspondiente al primer año. Si un obispado quedaba vacante, pues, el papa trasladaba a otro obispo para que ocupase el lugar, y creada otra vacante

llenaba con otro traslado, y así sucesivamente, recibiendo el salario del primer año de cada uno.

Otro sistema para obtener dinero era la venta de indulgencias, que eran permisos que el papa concedía para disminuir el tiempo que cierta persona fallecida debía pasar en el purgatorio. La razón para proceder así la explicaban más o menos de esta manera: el papa poseía una especie de tesoro constituido por los méritos de los santos que habían sido mejores de lo que les era preciso para salir del purgatorio, y cuyos méritos extraordinarios el papa podía aplicar a otros, mediante el pago de sus parientes vivos.

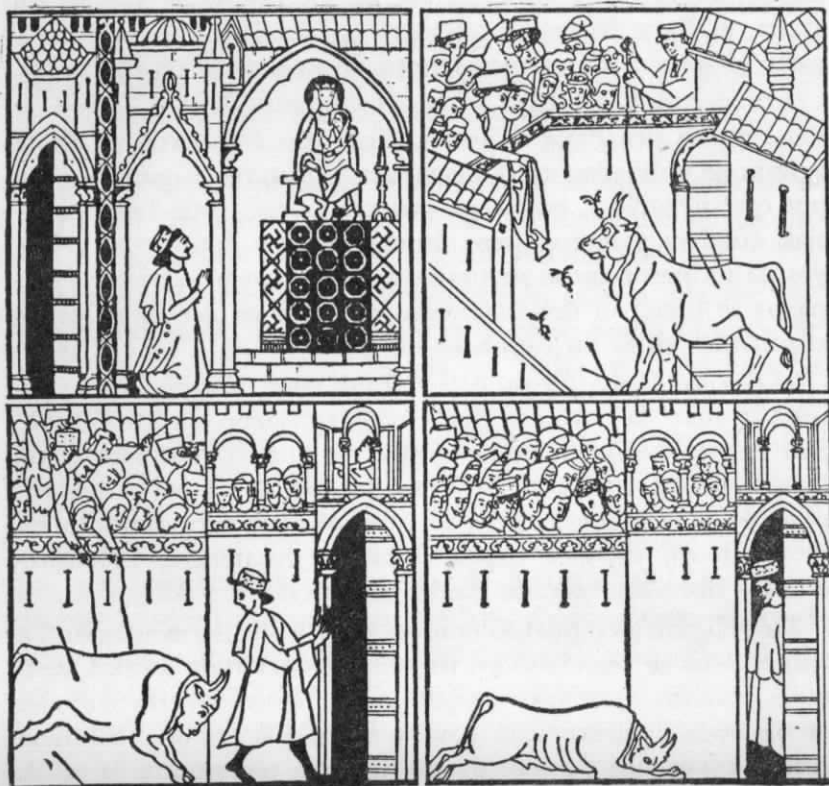
El terrible pecado de la ira entró cuando los franciscanos, unidos en matrimonio con la Señora Pobreza, clamaron en contra del papa Juan XXII y le llamaron herético. Este se inflamó en cólera y entregó a algunos de aquellos a la Inquisición para que fuesen quemados. Y cuando, a su vez, los príncipes italianos tomaron las tierras de la Iglesia en Italia, el Papa formó un ejército para pelear contra ellos y gastó el setenta y siete por ciento de su dinero en la guerra.

Los pecados del lujo y orgullo se introdujeron después del regreso del Papa a Roma. Entonces los hombres de la Iglesia se volvieron muy elegantes y gastaron algo —no hay por qué negarlo—, en la construcción de algunas bellas iglesias, cuadros y libros, pero mucho más en banquetes y juegos de naipes, costoso vestuario y suntuosas procesiones. Los papas se hicieron tan poderosos que debían ser llevados en riquísimas sillas en hombros de guerreros.

Hasta los monasterios, que habían surgido como una protesta contra la molición del clero, relajaron su disciplina. San Benito había dejado establecido que el responsable de lo que se guardaba en la despensa no debía ser muy aficionado a la comida, pero el que aparece representado en el comienzo de este capítulo no se encuentra, evidentemente, libre del pecado de la glotonería.

La religión del pueblo común pasó a ser mera magia. La Santa Cena se convirtió en un simple encantamiento. Cuenta la leyenda que una mujer conservó un trocito de pan en la boca, lo llevó a su casa y lo colocó en una colmena con la esperanza de que de esa manera aumentara la miel.

Sucedió entonces que las abejas construyeron alrededor del pan toda una catedral de miel. La Virgen María llegó a



ser considerada como un ser capaz de realizar milagros para sacar a las personas de sus dificultades. Según una leyenda, un hombre vendió su alma al diablo. Cuando llegó el momento de cumplir el pacto, apeló a la Virgen María, quien obligó al diablo a entregarle a ella el contrato. Otra historia del socorro que ofrece María aparece en forma gráfica en las cuatro escenas de la página 134 como sigue: (1) El hombre eleva sus súplicas a la Virgen; (2) la multitud hostiga al toro; (3) el toro ataca al hombre; (4) la Virgen detiene al toro.

Los pecados mortales y la magia en la religión despojaron a la Iglesia de su vitalidad. Su poder decreció. En toda Europa hubo muchas tentativas de reforma. En Inglaterra, Juan Wycliff hizo lo que pudo para mejorar las cosas. Su idea era que los sacerdotes enseñaran al pueblo inspirándose directamente en la Biblia. Para poder hacer esto la Biblia debía estar en inglés. Wycliff persuadió a varios eruditos que hicieran una traducción. Pero una vez hecho el trabajo, tropezaron con la dificultad de la falta de imprenta para multiplicar los ejemplares.



Tan severas fueron las críticas de Wycliff a su Iglesia, que el movimiento de opinión que provocó en el país fue silenciado, pero tuvo arraigo en Bohemia porque el rey de Inglaterra de ese tiempo había contraído nupcias con una princesa de Bohemia. En este país Juan Hus predicaba, como lo había hecho Savonarola, contra los prelados que montaban caballos adornados de profusos arreos e impedían que los humildes se les acercasen, apartándolos con un bastón de plata. Por poner al descubierto estas cosas Hus fue acusado de herejía y fue obligado a comparecer ante un consejo de la Iglesia en la ciudad de Constanza. En su defensa dijo que nunca había enseñado lo que se le imputaba. Se le dijo que, en todo caso, debía retractarse. Pero, ¿cómo podía retractarse de lo que jamás había enseñado? Rehusó someterse a esto y fue condenado a la hoguera. En la ilustración que sigue aparece cuando se le conduce al suplicio.

A consecuencia de estos sucesos los ánimos de Bohemia se exaltaron a tal punto que estalló la guerra. Más abajo se ve a algunos bohemios peleando detrás de un gran escudo



que tiene en relieve, adelante, un ganso y un vaso. La copa es el cáliz o copa de la Santa Cena porque los bohemios insistían en servir el vino a los laicos en vez de darles únicamente el pan. El ganso vale por Hus, pues *hus* quiere decir ganso.



cosas que tenían relación con el alma, sino en asuntos de Estado. Entonces se le obligó a aceptar cargo tras cargo,

hasta que llegó a ser canciller del Estado y cardenal de la Iglesia. Con todo, seguían andando descalzo y cubierto con la humilde capucha franciscana. Cuando en altas funciones oficiales el Papa le ordenaba usar las magníficas vestimentas y el sombrero de cardenal con sus borlas de oro, Jiménez obedecía, pero, llevaba sobre el cuerpo una tosca camisa de crin.

El cardenal descalzo comenzó a reformar a los frailes de España. Debían vivir según la regla o abandonar el país. La Reina Isabel, el general de los franciscanos en Roma, y el papa, lo consideraban demasiado estricto, pero él los derrotó con su convicción de que su manera de ver las cosas respondía a la voluntad del cielo.



A semejanza de Wycliff también él quería difundir la Biblia, y tenía mayor facilidad para alcanzar su propósito, porque por entonces se había descubierto la imprenta. Jiménez fue el primero en imprimir la Biblia completa en las lenguas de orígenes, es decir el Antiguo Testamento en hebreo y el Nuevo Testamento en griego. El trabajo completo apareció en el año 1522 y se llama la Poliglota Complutense. Se le dice complutense porque fue impresa en la pequeña ciudad de Compluto, y poliglota porque aparece en más de un idioma. Quedan algunos ejemplares de esta obra en museos.

La imprenta fue empleada para imprimir muchos otros libros de carácter religioso, además de la Biblia. Un grupo



de hombre llamados "humanistas" emprendieron la tarea de imprimir las obras de los primitivos dirigentes de la Iglesia, obras que hasta entonces habían sido copiadas a mano. En la ilustración de la pág. 137 aparece un humanista en su gabinete de trabajo. Nótese las flores en la repisa. Por primera vez se imprimieron los trabajos de San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio y muchos más. Prevalecía y se extendía la idea de que la Iglesia que declinaba y el mundo que se marchitaba debía renacer retornando a los grandes y gloriosos días de la antigua Grecia y Roma y de la primitiva Iglesia. Este movimiento se llama Renacimiento.

Uno de los más grandes humanistas del Renacimiento, fue Erasmo, de la ciudad de Rotterdam en Holanda. El no daba importancia al lugar de su nacimiento, pues deseaba ser ciudadano del mundo entero. Erasmo se empeñó más que ningún otro en imprimir los trabajos de los Padres de la Iglesia y a él le cabe el honor de haber impreso el primero y por su propio esfuerzo el Nuevo Testamento en griego. Esto fue en el año 1516, seis años antes que Jiménez sacara a luz la Biblia completa en las lenguas de origen.

Erasmo también redactó historias de la Biblia en un lenguaje muy sencillo. Aquí presentamos un ejemplo de una parte de la parábola del Hijo Pródigo tomada de una primitiva traducción al inglés de su trabajo:

"El joven se levanta. Regresa, es decir, vuelve a su casa, por el camino que había venido, sollozando y suspirando todo el trayecto. Antes se había separado de su padre, respondón, orgulloso, impetuoso y testarudo por demás. Tienes aquí un modelo cabal y ejemplo completo de un hombre que retorna de una extrema iniquidad; contempla ahora también un modelo de la benigna misericordia de Dios. El mozo todavía no había alcanzado a llegar a



casa de su padre, cuando éste le descubrió desde lejos. Aquel que más tiernamente amaba de los dos, fue el primero en descubrir al otro. Vio que su hijo llegaba. Lamentable cosa era contemplarle, y su fealdad portentosa. Le vio harapiento, muerto de hambre, sucio, lamentándose, suspirando y llorando. Espectáculo tan lamentable hizo que el corazón del padre comenzara a enternecerse de inmediato. Corrió al encuentro del mozo, a la vez que éste se adelantaba hacia él, y echándole los brazos al cuello, abrazó a su hijo y le besó."

Como predicador Erasmo se mofaba de la religión mágica del pueblo y censuraba acerbamente los pecados mortales en que incurrían los eclesiásticos. La necesidad de confiar en los santos queda demostrada en la historia que él cuenta de un naufragio. Las olas levantaban el navío casi hasta tocar la luna, y en seguida lo dejaban caer como si se estuviera hundiendo hasta tocar las profundidades del infierno. Muchos de los pasajeros rogaron a los santos y a la Virgen María pidiendo socorro. Un francés obeso clamó en alta voz a la estatua de San Cristóbal, que está en París; este es el santo patrono de los viajeros. El gordo prometió, si era salvado, darle una vela al santo tan grande y gruesa como él. Uno que estaba a su lado tocó con el codo al francés y le insinuó que no hiciese una promesa ofreciendo tanto. "¡Oh —replicó el otro en voz baja para que San Cristóbal no le oyera—, ¿crees tú, pobre necio, que mi promesa es realmente seria? Si llego a tierra otra vez, no le daré siquiera una vela de sebo." Al narrador de la historia se le preguntó si no iba a rogar a los santos. "No —replicó—, porque San Pedro, que no hay duda que será el primero en oírme porque está a la puerta del cielo, iría a consultar a Dios y en el intervalo yo me podría ir al fondo. Voy a hablarle directamente a Dios." Cuando el navío se partió en dos, un hombre se tomó de una imagen de la Virgen hecha de madera, toda carcomida y pasada de agua, así que fue a dar al fondo. A una mujer que iba con su hijo pequeñito se la amarró a un tablón grueso. Llegó a tierra. También alcanzó tierra el que cuenta la historia porque él prefirió una bolsa de corcho a un candelero de oro.

Erasmo se enardecía contra la avaricia y la furia guerrera de los prelados. La guerra, especialmente cuando era di-

rigida por los papas, en defensa de los bienes de la Iglesia, le parecía completamente contraria al espíritu de Cristo. El monje vestido con una armadura era para él la más terrible negación de los anhelos de Cristo. “¿Cómo puede ser —preguntaba— que cuando dice ‘Mi paz os dejo’, los que siguen las huellas de Cristo salen al campo de batalla con una cruz en los estandartes, y aun los cañones son fundidos con los nombres de los apóstoles Pedro y Pablo?”

Las luces eran débiles, pero en más de un rincón ardía una bujía. A lo largo del valle del Rhin, río que se encuentra en Alemania, existía un grupo de gente sencilla y tranquila que se daba el nombre de “Amigos de Dios”. No crearon una iglesia propia ni un monasterio, pero entre ellos mantenían íntimo contacto y procuraban conservar siempre vivo el amor de su Señor. En Holanda existía un grupo similar, que se denominaba “Hermanos de la Vida Común”. Por lo general vivían juntos, compartían sus bienes, y dedicaban la mayor parte de su tiempo a la enseñanza. Algunos de ellos hicieron que estos ideales se propagaran por medio de la enseñanza en distintos medios: las escuelas y las universidades. Alguien de este grupo escribió un libro que ha sido tan difundido, leído e impreso casi como la Biblia. Se titula “La Imitación de Cristo”. No sabemos con toda certeza cuál de los hermanos fue el que lo escribió, pero por lo general se dice que su autor fue Tomás de Kempis.

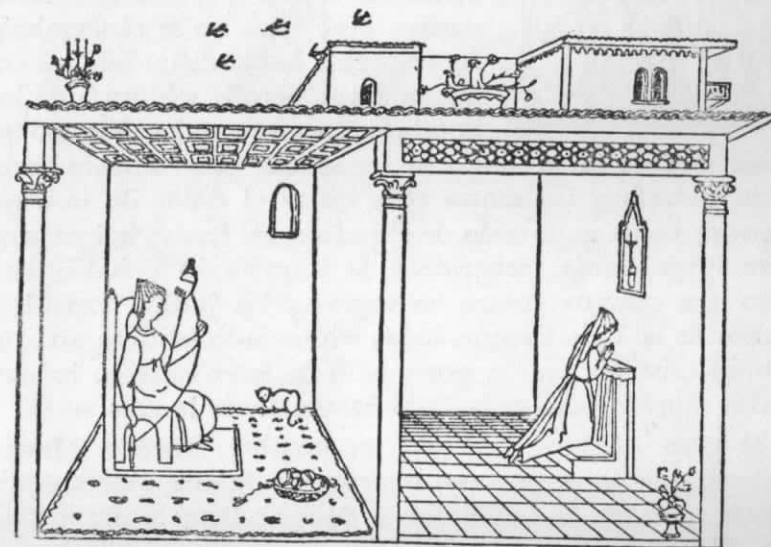
El tema del libro es el amor.

“Nada hay más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más elevado, nada más amplio, nada más profundo, nada que satisfaga



más, nada mejor en el cielo o la tierra, porque el amor nace de Dios. El amor da todas las cosas por todas las cosas y posee todas las cosas en todas las cosas. El amor nunca siente una carga y no toma en cuenta el trabajo que tiene que hacer. Nunca se queja de lo imposible pero se considera tan poderoso que es capaz de realizar todas las cosas. El amor despierta y mientras duerme, no está dormido. El amor es fatigado pero nunca se cansa y cuando se le espanta no sufre inquietud. El amor es dulce, puro, santo, alegre, fuerte, paciente, verdadero, prudente, siempre estable y nunca piensa en sí. Si es que un hombre piensa en sí, cae y se aparta del amor. El amor es discreto, humilde, y justo; no es muelle, ni liviano ni propenso a las cosas vanas; es sobrio, casto, asentado y respetuoso. ¡Ese que no está preparado para sufrir todas las cosas y proceder de acuerdo con el que ama no es digno de ser llamado un amador!”

Algunas de las más brillantes bujías fueron mantenidas encendidas por personas sencillas como esta muchacha que cumplía con su trabajo de todos los días como hilar, y en su pieza elevaba a Dios sus oraciones para que él reviviese el amor y las virtudes de Su Iglesia.





Lutero se Rebela



ODOS los intentos de reforma de la Iglesia habían dado tan pocos resultados, que las personas sinceras estaban seriamente preocupadas. Los concilios habían mejorado las ordenanzas, pero estas no se observaban. La imprenta había difundido los conocimientos, pero la sabiduría de los hombres no aumentaba. Erasmo se había mofado de la magia de los santos, pero muchos recurrían todavía a los santos para curar el dolor de muelas. Jiménez había expulsado de España a los frailes holgazanes, pero luego había recurrido a la Inquisición y había lanzado una cruzada contra los moros y los judíos. Los Hermanos de la Vida Común habían intentado edificar una juventud cristiana mejor, por medio de la enseñanza; habían hecho mucho, pero todavía la Iglesia tenía la cara sucia.

El gran cambio vino por un hombre llamado Martín Lutero, que no se propuso reformar la Iglesia, sino simplemente alcanzar la certidumbre de que Dios le era propicio. El hombre es pequeño. Dios es grande. El hombre es malo. Dios es bueno. Siendo Dios bueno, debe estar enojado con el mal que hay en el hombre. Y siendo El grande, su enojo es temible. Lutero sintió la ira de Dios como el

terror del trueno. Aun Cristo le parecía sólo un juez despiadado sentado en las nubes, dispuesto a enviar los salvados a los cielos y los condenados al infierno.

Lutero se dispuso a satisfacer las exigencias de Dios y Cristo. Ayunó hasta quedar en los huesos y se confesaba cada seis horas. Pero pronto se convenció de que el hombre jamás puede pretender méritos delante de Dios, porque la bondad humana, aun en su mejor expresión, no es suficiente para satisfacer al Santo por excelencia, y mucho menos para enmendar los males ya realizados. Acudió entonces a la Virgen María y a todos los santos en procura de auxilio, por ver si con sus méritos excedentes podían cubrir su falta. Pero pronto vio que ningún ser humano tiene excedente de bondad, y no hay ninguno que pueda siquiera presentarse delante de Dios, a no ser que primero Dios lo llame, le perdone y lo cure por medio del sufrimiento, el amor y el poder de Cristo. Lo que debe hacer el hombre



es creer y confiar en lo que Dios ha hecho. Este es el sentido de la expresión de Pablo, cuando dice que somos salvos por fe y no por obras. La doctrina de la "justificación por la fe", del Nuevo Testamento, habría de constituirse en el lema de la Reforma.

Lutero era un monje y procuraba honradamente serlo bueno y correcto.

Era también profesor en una universidad y a la vez predicador en la pequeña ciudad de Wittenberg, en una parte de Alemania llamada Sajonia. Un día descubrió que sus feligreses estaban comprando indulgencias. La cosa fue así: Alberto de Brandeburgo, que no tenía la edad requerida para alcanzar la dignidad de obispo, tenía ya dos obispados y de ambos obtenía dinero. Ahora quería un tercero. El Papa daba su consenti-

miento siempre que Alberto pagara la cantidad de doce mil ducados, mil por cada uno de los apóstoles. Alberto dijo que pagaría sólo por los siete pecados mortales y, por consiguiente, pagaría siete mil. El Papa rebajó a diez mil, pero Alberto no poseía tal cantidad y tuvo que pedirla prestada a los banqueros. Para facilitarle el pago el Papa permitió una venta de indulgencias en su territorio, la mitad de cuyo producto sería para Alberto, y la otra mitad para el papado, que construía la iglesia de San Pedro en Roma.



Es probable que Lutero no tuviera un conocimiento cabal de los pormenores, pero sabía lo bastante, y le repugnaba la misma idea de las indulgencias. Recordaréis que con las indulgencias se suponía que a ciertos muertos se les libertaba de pasar tantos años más en el purgatorio trasladando a ellos los méritos excedentes de los santos. Lutero declaró que nadie poseía méritos excedentes, ni siquiera los santos. Con el fin de iniciar un debate, Lutero, de acuerdo con la costumbre, escribió todos sus argumentos en latín, en un pergamino y lo clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg. Esto lo hizo en el año 1517, y por medio de este acto inició la Reforma protestante. La declaración que él clavó allí recibió el nombre de las "Noventa y Cinco Tesis" porque constaba de ese número de párrafos. En el documento declaraba Lutero que no había tal cosa como un tesoro de méritos acumulados; que si lo hubiera, el papa debería utilizarlo para vaciar el purgatorio. Más tarde, llegó a negar la existencia de un lugar tal como el purgatorio, pero en esta ocasión declaró que los que realmente estaban apenados por haber hecho lo malo debían estar dis-

puestos a sufrir la purificación del purgatorio. En todo caso, no debiera cobrarse por el perdón de los pecados o por la reducción de las penas. Si el Papa tuviese conocimiento de cuán pobres eran los alemanes, preferiría que la iglesia de San Pedro quedase convertida en cenizas antes que levantar un edificio con la sangre de sus ovejas.

Lutero no esperaba que ocurriera después nada extraordinario. Confiaba en que los profesores de la universidad y los dirigentes de la iglesia discutirían el problema de las indulgencias. Pero muy pronto Alemania entera estaba discutiendo la cuestión. Las Noventa y Cinco Tesis fueron traducidas al idioma alemán y publicadas por medio de la prensa. Sólo algunos alemanes comprendían todo lo que Lutero decía, pero lo que todos entendían claramente era que el dinero que se pagaba por las indulgencias salía de Alemania para Roma. Podían darse cuenta del sentido de



un cartel en el cual aparecían en contraste Cristo echando a los mercaderes del templo, y el papa recibiendo dinero.

El Papa pronto vio que el asunto era muy grave. No obstante, demoró en tomar medidas porque no quería irritar al pueblo alemán ni a sus príncipes. Quizá la paz y serenidad hubieran sido restauradas si en un debate Lutero no se hubiera visto en el trance de discutir el poder del papa

mismo. En medio del debate se le preguntó a Lutero si sus opiniones no eran idénticas a las de Juan Hus. “¡Cielos, no!” —exclamó—; pero, pensándolo mejor, llegó a la conclusión que lo eran. “Está bien entonces —le replicaron—, estás de acuerdo con un hereje condenado por un papa. ¿Se equivocó el papa al condenar a Hus?” Lutero respondió que el papa se había equivocado, que los papas pueden equivocarse y sólo la Biblia es infalible. El grabado muestra la figura de Lutero mostrando la Biblia al papa, quien sostiene entre sus manos una llave quebrada y se sienta en una silla tambaleante.



Pero, si se debe seguir a la Biblia y no al papa como sucesor de San Pedro, entonces la Iglesia debiera ajustarse a la Biblia y abandonar, en cambio, todo lo que la Biblia no enseña. Este empeño en seguir en todo las enseñanzas de la Biblia indujo a Lutero a abandonar muchas prácticas de la Iglesia católica romana.

Primeramente atacó la misa. La Biblia habla de la Cena del Señor, pero no de la misa. Cristo dijo: “Esto es mi cuerpo.” Esto significa que el pan es ya su cuerpo, no que sea convertido en su cuerpo cuando el sacerdote pronuncia ciertas palabras. Cristo dijo: “Bebed todos vosotros esto”, lo que significa que cada uno debe beber el vino y no sólo el sacerdote. En este punto Lutero seguía la doctrina de Hus. Cristo no declaró que sus sufrimientos por la humanidad se repetían cada vez en la Santa Cena. Tam-



poco dijo que el servicio pudiera ser dicho sólo en latín. También podía ser repetido en alemán.

Según Lutero Cristo no estableció siete sacramentos, sino sólo dos: el bautismo y la Santa Cena. Los otros cinco no son sacramentos.. Pero esto no quiere decir que todos deban ser desechados. Algunos, como la extremaunción para los moribundos pueden ser abandonados. Pero el matrimonio no debe abandonarse, aunque pierda su condición de sacramento. La razón por la que no es sacramento es que concierne a todas las personas, mientras que los sacramentos pertenecen sólo a los cristianos.

El matrimonio debía mantenerse; los monasterios debían desaparecer, decía Lutero. Los monjes, monjas y frailes debían tener libertad para casarse. En la antigüedad, cuando el mundo estaba en un caos a causa de las invasiones de los bárbaros, había motivos que justificaban que se abandonara al mundo, pero, ahora que Europa se había convertido en una comunidad cristiana —declaraba él—, que los cristianos se queden en el mundo y realicen el trabajo, no importa cuál, que Dios les ha impuesto, sea este trabajo el de zapateros, padres de familia, maestros, gobernantes y aun soldados.

¿Cómo podía llevarse a cabo el plan de Lutero para una reforma tal de la Iglesia? No se podía esperar que el Papa lo realizara. Algunos obispos tal vez colaborarían. Muchos no hacían nada. Lutero buscó la ayuda del Estado. Y así como en sus comienzos el papado había sido ayudado por el Estado, ahora la Reforma protestante recibía esta ayuda. No obstante, el estado que ahora prestaba su apoyo a la reforma no era el Santo Imperio Romano. El Estado mismo se encontraba dividido. El Santo Imperio Romano se encontraba de parte de la Santa Iglesia Católica. En este caso el Estado que ayudó a Lutero fue el pequeño estado de Sajonia y, por consiguiente, los príncipes de Sajonia corrían el riesgo de ser castigados por el Emperador. El príncipe que gobernaba en Sajonia en la época de Lutero era Federico el Sabio. El Emperador era Carlos V. Llevaba el mismo nombre que Carlos el Grande (Carlomagno), y tenía un imperio más grande que este. Carlos era un

convencido católico, que prefería perder sus reinos antes que conservarlos manchados por la herejía. Federico el Sabio sólo comprendía en parte a Lutero, pero se daba cuenta cabal de que era un hombre de una arraigada fe religiosa. Como buen alemán, no estaba de acuerdo en que el dinero de Alemania fuera a parar a Roma, y, como príncipe alemán, quería que a un súbdito suyo se le escuchara con toda imparcialidad.

Hacia 1520 el Papa se dio cuenta que debía tomar algunas medidas. Lutero había atacado no sólo las indulgencias, sino también los sacramentos y la facultad que decía poseer el Papa para resolver en nombre de la Iglesia. Fue excomulgado. Su respuesta fue arrojar al fuego la bula de excomunión. Puesto que la excomunión simplemente privaba de los sacramentos de la Iglesia y cualquier otra pena, debía ser aplicada por el Estado, el papa trató de conseguir que el Santo Imperio Romano castigara a Lutero. En la ciudad alemana de Worms iba a reunirse un congreso, llamado dieta. A esa reunión fue citado Lutero para someterle a juicio. Su príncipe, Federico el Sabio, estaba resuelto a que se le escuchara con un espíritu de equidad y justicia y obtuvo la promesa de que sería devuelto en salvo a su hogar, aunque la promesa era válida sólo por cuarenta días.

Así fue como en abril del año 1521 Lutero se vio al frente a los príncipes alemanes y de Carlos, emperador del Santo Imperio Romano, sucesor de Carlomagno y un convencido creyente en la fe católica. Se le señalaron a Lutero varios de sus libros que estaban sobre una mesa y se le ordenó que se retractara de todo lo que decía en ellos. Comparó él la lista que se le presentaba y dijo que los libros eran escritos por él pero que, en cuanto a retractarse de lo que en ellos decía, tendría antes que meditarlo bien. Como una gracia muy especial se le concedió que presentara su respuesta al día siguiente. Al otro día dirigió la palabra a la dieta así: "Serenísimo Emperador y muy nobles señores, si incurro en un error en cuanto a vuestras categorías y dignidades, por favor perdonadme. He vivido en un monasterio y no en una corte. En cuanto a mis li-

bros, son de tres clases. Primero, los que hablan de la vida y la fe cristianas. Aun la bula dirigida contra mí reconoce que muchas de mis enseñanzas son inofensivas. Si me retractara, me retractaría de lo que todo el mundo acepta. En segundo lugar está lo que he dicho sobre todo ese dinero que sale de Alemania. Si me retractara de esto y vosotros, príncipes alemanes, prestarais vuestra aprobación, entonces la pobre Alemania experimentaría mayores calamidades. En tercer lugar, ahí está lo que yo he dicho de la gente. Reconozco que he sido demasiado apasionado, pero no se me juzga por mi vida sino por mis enseñanzas. Y ahora sólo os quiero recordar lo que acontece cuando los príncipes actúan como el Faraón y el Rey de Babilonia. Que el reinado del Príncipe Carlos se inicie en el temor de Dios."

"Hermano Martín —replicó el que le interrogaba—, no habéis establecido una buena división de vuestros libros. Deberíais dividirlos en: los que son malos y los que son pésimos. Por supuesto que hay algo de bueno en lo que decís, pero esto constituye una circunstancia agravante porque así la gente será engañada con mayor facilidad. Y, decidme: ¿quién sois vos para pensar que lo sabéis todo y que todos los maestros de la Iglesia, durante siglos han estado equivocados? La fe nos fue dada por Cristo, enseñada por los apóstoles, sellada por la sangre de los mártires, elaborada por los doctores y concilios y otorgada a nosotros por el papa y el Emperador para que creyésemos en ella. Ahora bien, ¿retiráis o no retiráis vuestras enseñanzas? Dadnos una respuesta sin cuernos."

Lutero respondió: "En vista de que vuestra Majestad y vuestras Señorías me pedís una sencilla respuesta, la daré sin cuernos y ni siquiera dientes. A menos que se me demuestre por medio de la Biblia o de la razón —no confío en papas ni concilios porque a menudo han incurrido en errores—, no puedo ni debo retractarme de nada. Mi conciencia está cautiva de la Biblia y no puedo proceder contra mi conciencia. Que Dios me ayude. Amén."

Carlos habló al día siguiente diciendo: "Los emperadores que me antecedieron fueron hijos verdaderos de la Iglesia

Católica y preferiría perder todas mis tierras y aun mi vida antes que atacar la fe cristiana. Un simple monje aquí presente se declara en contra de lo que la Iglesia ha creído por el espacio de mil años y más. Después de escuchar su terca respuesta del día de ayer, siento que he juguetado con él demasiado. Se le permitirá que retorne a los suyos de acuerdo con la promesa, pero, después de esto, cualquiera que lo encuentre deberá entregarlo a las autoridades competentes."

Lutero no había esperado hasta escuchar esto. Había partido la noche anterior. Al llegar a la vecindad de la Selva Negra con algunos pocos más, algunos individuos montados a caballo irrumpieron y se lo llevaron. Los que le acompañaban huyeron. Se esparció la noticia de que había sido asesinado. Pero, transcurrido algún tiempo, los amigos de Lutero comenzaron a recibir cartas que tenían como dirección las palabras: "Entre los pájaros." Lo que había ocurrido

era que Federico el Sabio había llamado a su presencia a uno de sus servidores para decirle: "Quiero que escondas a Lutero, pero no me digas dónde está. No quiero estar en situación de poder dar una respuesta." Se hicieron los preparativos necesarios para que Lutero se escondiera en el castillo de Wartburgo. Dejó su capuchón de monje, se dejó crecer la barba y se vistió como caballero. Bebía cerveza con sus vecinos y nunca les dijo quién era, aunque a veces ellos tenían



sus dudas cuando lo veían con una Biblia hebrea.

En su obligado retiro, Lutero aprovechó bien su tiempo. Quizá su trabajo más notable fue su traducción de la Bi-

blia al idioma alemán, tarea que inició mientras estaba en Wartburgo. De esta manera hizo que Moisés hablara como un alemán. En lugar de traducir el salmo: "¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas!", Lutero le dio una forma que tuviese sentido para los habitantes de Wittenberg: "Haced anchas las entradas y altas las puertas." Lo más notable de la traducción de Lutero, no obstante, no está en la elección de locuciones de fácil comprensión para los hombres de ese tiempo y lugar, sino en que él había vivido otra vez aquello de lo cual hablaban los autores de la Biblia. De otra suerte, ¿cómo se explica que pudiera presentar así el salmo setenta y tres?:

"¿Qué me importa el cielo si no estás Tú ahí? Si sólo te tengo a ti nada me importa en la tierra. No me quedaría en el cielo si tú no estuvieses allí, y contigo estaría feliz en el infierno. Si sólo te tengo a ti no me importan ni el cielo ni la tierra, esto es, ni el bien ni el mal. Mi corazón desfallece y se consume. Mi cuerpo y alma languidecen. Cuando todo anda mal yo me apegó a ti. Tú eres mi consuelo."

Mientras Lutero permanecía escondido algunos de sus amigos de la ciudad de Wittenberg comenzaron a poner en práctica sus enseñanzas con mucha mayor presteza y rigor de lo que él hubiera considerado prudente y adecuado. Los estudiantes producían algaradas y tiraban piedras a los sacerdotes. Lutero decidió regresar para tranquilizar los ánimos. En ninguna otra circunstancia de su vida demostró más valor que ahora. No tenía permiso para volver a su hogar. Si cualquier individuo lo prendía podía entregarlo a las autoridades para que en seguida le quemaran. Lutero escribió entonces a Federico el Sabio: "Vuelvo a mi casa. No os pido que me amparéis. Si creyera que me ayudaríais con vuestra espada, no saldría de aquí. Si el Emperador me sigue, no se lo impediríais, aunque no necesitáis entregarme a él de vuestra propia voluntad." Pero durante veinticinco años el emperador estuvo demasiado ocupado para aparecer por ahí. Estaba peleando con los turcos, los franceses y el Papa. Este, el muy católico gobernante, que había declarado que prefería perder sus dominios y su vida antes de hacer algo contra la fe cristiana, estaba, en verdad, pelean-

do contra el jefe de la Iglesia católica romana. Las tropas de Carlos se enardecieron tanto que saquearon a Roma y tomaron prisionero al papa. Aunque luego fue puesto en libertad, estos hechos explican por qué el emperador durante tanto tiempo no pudo inmiscuirse en Alemania. Por supuesto que con más lentitud que las asonadas de los estudiantes, pero con ánimo inmovible y con la ayuda de los príncipes sajones, Lutero puso término a las misas y concluyó con las órdenes monásticas. Se simplificaron los servicios de la Iglesia y todo fue dicho en el idioma alemán. Los clérigos, los monjes y monjas comenzaron a contraer matrimonio. Este nuevo movimiento de opinión fue denominado "protestante" en el año 1529 cuando los reformadores *protestaron* contra una orden de la dieta del Imperio en el sentido de que debía cesar la propagación de su obra. El movimiento continuó extendiéndose y la unidad de la Iglesia de la Edad Media fue quebrantada.

Así como en una época anterior los griegos se habían separado de los latinos, así ahora los pueblos del norte de



Europa se separaron de los del Sur, porque muy pronto el movimiento protestante iba a encontrar su más profundo arraigo y expansión en Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia e Inglaterra, mientras que la Iglesia católica mantuvo su predominio, principalmente, en Italia, España y Francia, en otras palabras, en las tierras del antiguo Imperio romano, al Sur. La excepción fue Irlanda que permaneció como hija de la Iglesia católica, principalmente por desacuerdos con Inglaterra.

Así como en la época del Renacimiento la imprenta había sido empleada para propugnar la reforma, así en la época de la Reforma comenzó a usarse el "affiche". En este capítulo hemos dado ya varios ejemplos. El grabado que aparece en la página anterior contrasta los servicios de culto catolicorromanos y protestantes. De un lado un monje habla sin Biblia sobre el púlpito, y la gente repasa indiferentemente sus rosarios. Del otro lado, un ministro explica la Palabra de Dios a una concurrencia que le escucha atentamente, mientras algunos siguen el pasaje en sus propias Biblias.

Lo mismo que otros monjes, Lutero se casó. Su esposa había sido antes monja. Tuvieron seis hijos. Lutero disfrutó de las alegrías de un hogar y quería tiernamente a sus hijos. Aunque en una ocasión Lutero cortó los pantalones de Juanito para remendar con ellos los propios, bien puede ser perdonado el padre que podía escribir a su hijito una carta como la que sigue:

Abril 22, 1530.

A mi querido hijo, Juan Lutero:

La gracia y paz de Cristo sean para ti, mi querido hijito. Me alegro mucho de saber que estás estudiando con empeño y que no olvidas de repetir tus oraciones. Continúa así, mi hijito, y cuando yo regrese a casa te traeré un lindo regalo.

Conozco un lindo y encantador jardín donde hay muchos niños. Llevan casacas de oro y pueden recoger hermosas manzanas, peras, cerezas y ciruelas debajo de los árboles. Cantan y brincan por ahí y están muy contentos. También tienen caballitos muy lindos con bridas de oro y sillas de montar de plata. Le pregunté al hombre que es dueño de este jardín quiénes eran esos niños, y me respondió: "Estos son los niños que cumplen todo con alegría: hacen oración, estudian y son buenos." Entonces le dije yo: "Buen hombre, yo tengo un hijo que se llama Juan Lutero. ¿No le gustaría a él venir a este jardín para comer manzanas tan hermosas y peras; cabalgar caballos tan briosos y jugar con los otros niños?" Replicó entonces el hombre: "Si de buena voluntad dice sus oraciones, estudia y es bueno, él también vendrá a este jardín y junto con él Lippo y Justo. Cuando estén todos reunidos tendrán pitos, tambores y laudes, y toda suerte de instrumentos de música, y bailarán y dispararán flechas con pequeños arcos." Me mostró entonces una hermosa pradera dentro del jardín que estaba reservada para el baile. Había allí colgados pitos de oro, tambores y arcos y flechas de plata. Pero era todavía temprano, los niños no

se habían servido comida y no podía esperar hasta que comenzara el baile, de modo que dije al hombre: "Muy estimado señor, me voy de aquí con la rapidez que puedo, y le escribiré a mi querido hijo Juan que debe estudiar y decir sus oraciones y conducirse bien para así venir a este jardín. Pero tiene una tía que se llama Lena, y ella tendrá que venir con él." Dijo el hombre entonces: "Está bien. Id y escribidle."

Por lo tanto, querido hijito Juan, estudia y ora con constancia y diles a Lippo y Justo que hagan lo mismo, y todos juntos vendrán a este jardín. Que el buen Dios cuide de ti. Saluda a tu tía Lena y dale un beso en mi nombre.

Tu padre que te quiere,

Martín Lutero.



Una hijita de Lutero, llamada Isabel, falleció siendo pequeña. Lutero escribió a un amigo: "Mi Isabelita, mi niña chiquita, ha fallecido. Es increíble cuánto pesar me ha producido esto. Mi alma es ahora como la de una mujer, tan conmovido estoy por este pesar. Nunca hubiera podido creer que los corazones de los padres fueran capaces de sentir tan tierno cariño por sus hijos. Ruega al Señor por mí."

Lutero poseía el alma de un poderoso guerrero. A menudo era áspero y duro en la contienda. Su palabra era como el bramar del león. En la página anterior se le ve bramando desde el púlpito. Era también un buen cantor, y, como San Ambrosio en su basílica, sabía que una congregación que canta puede hacer frente a cualquier enemigo. La pequeña Iglesia luterana todavía tenía muchos y peligrosos enemigos. Hacia el término de la existencia de Lutero el Emperador se vio libre de sus otros compromisos y marchó a la cabeza de su ejército a Alemania para aplastar definitivamente al protestantismo. Muchos de sus ministros fueron expulsados. Lutero escapó de esta suerte porque la muerte vino antes. El príncipe amigo de Lutero fue tomado preso. No obstante, pocos años después el Emperador tuvo que marchar en retirada y revivió el movimiento luterano. Para tiempos como esos escribió Lutero su grandioso himno:

Castillo fuerte es nuestro Dios,
defensa y buen escudo;
con su poder nos librará
en todo trance agudo.

Con furia y con afán
acósanos Satán;
por armas deja ver
astucia y gran poder;
cual él no hay en la tierra.

Nuestro valor es nada aquí;
con él todo es perdido;
mas por nosotros luchará
de Dios el Escogido.

¿Sabéis quién es? Jesús,
el que venció en la cruz,
Señor de Sabaoth;
y pues El sólo es Dios,
El triunfa en la batalla.

El hombre que escribiera este himno de batalla de protestantismo también escribió este villancico de Navidad:

Te alabamos, Señor pequenuelo
Que tomar te has dignado nuestra forma,
Nacido de doncella, para ser hombre,
Y todos los ángeles cantan a Ti.



CAPITULO XV



Los Reformadores Reformados



ODA Europa vibraba con el espíritu de la Reforma en la época en que vivió Lutero, y el clarín de este llamó a las filas a muchos que sólo esperaban una señal para reformar sus propias iglesias y si era preciso separarlas de la iglesia católica romana. Sin embargo, estas personas no se afiliaron a la iglesia luterana sino que establecieron iglesias propias. Con frecuencia fueron mucho más lejos que Lutero en el abandono de las prácticas de la iglesia romana. Estos grupos protestantes de más nueva formación son conocidos por lo común con el nombre de iglesias "reformadas". Surgieron estas en Suiza, un pequeño país donde pueblos de habla francesa y alemana vivían juntos y en paz. Las simpatías religiosas les separaron y, en este caso, no todos los de habla alemana se convirtieron al protestantismo ni tampoco todos los de habla francesa permanecieron dentro de la fe católica. En la misma Francia el protestantismo tendría durante mucho tiempo un fuerte baluarte, y, sólo en términos muy generales podemos decir que el protestantismo fue aceptado por los representantes de la raza germánica y el catolicismo por la latina.

Tres iglesias surgieron en Suiza. La primera comenzó en

la Suiza alemana y en la ciudad de Zürich. Se la llama, simplemente, la Iglesia Reformada. La segunda tuvo su origen en el mismo lugar y se denominó a sí misma Iglesia Bautista. Se esparciría después a otros lugares de Europa, especialmente Holanda, y, más tarde, a Inglaterra y los Estados Unidos de Norte América. La tercera iglesia comenzó en la Suiza francesa, en la ciudad de Ginebra, bajo la dirección de Juan Calvino, y se la llama Presbiteriana. Posteriormente se iba a hacer muy poderosa en Francia, Holanda, Escocia, Inglaterra y los Estados Unidos de Norte América. En Holanda se la denominó Iglesia Reformada Holandesa.

En el presente capítulo dedicaremos nuestra atención a las dos iglesias que se iniciaron en la ciudad de Zürich. El jefe de la iglesia reformada de ese lugar fue Zuinglio. Lo mismo que Lutero, objetaba dos cosas: el celibato del clero y la venta de indulgencias. Zuinglio, así como Lutero, también contrajo matrimonio. Y, como Lutero, era de opinión que la iglesia católica se había apartado de la Biblia y que el Papa hacía un mal uso de las llaves de San Pedro. Una caricatura suiza representaba a San Pedro luchando con el Papa para obtener de nuevo las llaves.



Zuinglio se adhirió con más estrictéz que Lutero al modelo que establecía la Biblia para las iglesias. El uso católico que había sido seguido por los luteranos más tarde era leer ciertas porciones de la Biblia cada domingo en la iglesia. En cambio Zuinglio inició su predicación en Zürich en el año 1519 comenzando por el Evangelio de Mateo versículo por versículo, hasta llegar al fin. Tampoco empleó la traducción de otro sino que tenía en su púlpito el original griego impreso por Erasmo y explicaba con sus propias palabras el significado de todo esto a la gente. No produjo igual sensación en Zürich el descubrimiento de

América por Colón. Por más de mil años la gente no conocía partes de la Biblia. Ahora esto de re-descubrir partes desconocidas de la palabra de Dios resultaba más sorprendente y grato que descubrir partes desconocidas de la superficie de la tierra.

La Biblia había sido aceptada por Lutero como la regla para los protestantes, y la iglesia debía ceñirse a esta regla, pero, al poner en práctica esta idea Zuinglio fue más severo que Lutero, porque este era de pensar que eso que la Biblia no prohíbe, lo podemos hacer. Zuinglio, en cambio, decía que no debíamos hacer lo que la Biblia no ordenaba. Por este motivo



desechó todas las imágenes y cruces en las iglesias. A este respecto sostenía lo mismo que los iconoclastas. También se sacaron los órganos de las iglesias. A los luteranos les agradaba cantar junto al órgano. Los zuinglianos, si es que cantaban, lo hacían sin el acompañamiento del órgano.

Pero la mayor diferencia se relacionaba con la Santa Cena. Aunque Lutero deseó la misa de la iglesia católica, creía, no obstante, que el cuerpo de Cristo está con, en y bajo el pan y el vino. Puesto que Cristo dijo del pan: "Esto es mi cuerpo", y del vino: "Esto es mi sangre", su cuerpo y sangre deben estar ahí, aunque no podamos decir cómo. Pero Zuinglio argüía que Cristo no quiso decir exactamente que el pan y el vino eran su cuerpo, así como tampoco quería decir que era un árbol cuando declaró: "Yo soy la vid verdadera." El vino y el pan sencillamente simbolizan su cuerpo y la Santa Cena es un recuerdo de lo que él sufrió por nosotros.

Los cambios religiosos que se efectuaron en Zürich, como en Wittenberg fueron realizados por el Estado, sólo que, el Estado era distinto. Suiza no se hallaba gobernada por el Santo Imperio Romano y Zürich no se encontraba bajo la dirección de príncipes como Federico el Sabio, sino de un

concejo de representantes del pueblo. El gobierno era democrático. Se realizó un debate entre dirigentes católicos y protestantes delante del concejo de Zürich. Zuinglio era el personero protestante. El representante católico se negó a tomar parte en el debate. "Este Concejo —dijo— no tiene ningún derecho de cambiar el cristianismo. ¿Puede Zürich resolver esto en nombre de Francia, España e Italia? En ese caso se debería oír también la palabra de las universidades, como la de París, por ejemplo."

"Y Wittenberg" —agregó Zuinglio—, quien sostenía que no se trataba de cambiar el cristianismo. Los protestantes sólo volvían al verdadero modelo presentado por la Biblia.

No necesitaban preguntar lo que nadie pensaba sobre esto, porque tenían la verdadera y clara palabra de Dios en las lenguas hebrea, griega y latina.

El concejo favoreció a Zuinglio. Se suspendió la misa. Fueron sacados los órganos y las imágenes. Una antigua práctica católica de no comer carne cuarenta días antes de la Pascua de resurrección, fue abandonada. Este período de tiempo se llama cuaresma. Cristóbal Frochower, en vista de esto, se sirvió carne diciendo que debía tener la fuerza suficiente para

terminar de imprimir el Nuevo Testamento para la Pascua de resurrección. Este es el dibujo que él colocaba en la primera página de todos los libros que él imprimía. La rana aquí representa la primera parte de su nombre, Frosch, que en alemán quiere decir rana. Ved el horizonte de Zürich en la lejanía y a través del lago.

Se plegaron a la Reforma otras ciudades de la Suiza alemana. Los habitantes de la ciudad de Berna fueron persuadidos de aceptar el nuevo movimiento por medio de procesiones cívicas. En una de estas aparecían los aldeanos para-



dos a un lado mientras pasaba la procesión; en ella aparecía un hombre pobremente vestido, cabalgando un borrico, y seguido por un multitud triste de pobres, ciegos y lisiados. Este es el diálogo:

ALDEANO PRIMERO: ¿Quién es ese pobre infeliz que monta el borrico? Usa una simple túnica gris y su cabeza ostenta una corona de espinas. Le siguen los pobres, cojos y ciegos. A nadie echa de su lado. Para todos tiene una palabra de consuelo y monta humildemente su burro. Dime quién es, en nombre de Jesús.

ALDEANO SEGUNDO: Ese es El, precisamente. El es suave, humilde, bueno, consolador y lleno de gozo. Es el Salvador del mundo, nuestro Señor Jesucristo.

Prosigue el desfile y aparece un cortejo de hombres a caballo y lacayos que hacen sonar los clarines y batir los tambores.

ALDEANO PRIMERO: ¿Quién es aquel poderoso Emperador seguido de tantos soldados? Si no fuera que en el desfile se ven sacerdotes, diría yo que eran unos turcos con sus vistosos y elegantes trajes de color carmesí, negro, café y azul. Algunos llevan sombreros rojos, y otros, negros. El que va a la cabeza tiene una corona triple en su cabeza, y es de oro. Cabalga un caballo. Tiene el aspecto de un guerrero de turbulento carácter. ¿Puedes decirme quién es?



ALDEANO SEGUNDO: Por supuesto que puedo decirte. Es el representante aquí en la tierra del hombre que va en el borrico.

En Basilea, otra ciudad de Suiza, la gente del pueblo quiso proceder por su cuenta y se levantó contra las imágenes de las iglesias. En un día todas las imágenes de los jardines y lugares públicos fueron destrozadas. Todas, excepto una. Se olvidaron de una estatua de la Virgen y su Pequeñuelo que estaba situada en la puerta de la ciudad. Cuando repararon en este olvido, la gente ya había perdido su cólera, y dejaron que la estatua permaneciera allí. Y allí, hasta el día de hoy, la Virgen sonríe no sólo a su Niño, sino a los que pasan por debajo y a través de la puerta, sean estos protestantes, católicos o judíos.

A pesar de todo, ciertas regiones de Suiza permanecieron católicas. Algunos de los puntos que estos ocupaban llegaban a ser vecinos con la ciudad de Zürich. En esta zona los católicos y protestantes empezaron a darse muerte y a quemarse en la hoguera mutuamente. El término de todo esto fue la guerra. Al primer encuentro fue el buen sentido el que triunfó. La paz se hizo en el campo de batalla. Un bando trajo pan y el otro leche para preparar un cuenco inmenso de ambos elementos. Pero a la segunda vez los católicos vinieron en número muy crecido y tomaron de sorpresa a los protestantes. Muchos de los dirigentes y ministros de la nueva iglesia quedaron muertos en el campo de batalla, y entre ellos, el propio Zuinglio.

Algunos de los protestantes de Zürich opinaron que este desastre era un castigo por haber tomado las armas en defensa de la religión que presentan los evangelios. ¿No dijo Jesús: "Si alguien te pega en la mejilla, presenta también la otra"? Estas personas eran los bautistas. Habían seguido las enseñanzas de Zuinglio y se habían reunido con él para llegar a saber qué deberían hacer para seguir exactamente lo dicho por la Biblia. Escudriñando no habían encontrado ninguna parte de la Biblia que ordenara que a los niños de pecho se les bautizara. Dice la Biblia: "Id al mundo y bautizad a todas las gentes." Pero no ordena: "Bautizad a los pequeñuelos."

Y ahondando más el problema, ¿por qué se bautizaba a

los niños de pecho? ¿Cuál es el significado del bautismo? ¿Cuál su fin? En la época de los apóstoles el bautismo constituía la iniciación en la Iglesia. En tal caso —decía esta gente—, se le debía dar únicamente a los que han resuelto ser iniciados en la Iglesia, y no a cada niño que nace en Zürich. El bautismo de los infantes no es bautismo, decían ellos, y entonces comenzaron entre ellos a bautizarse de nuevo. Pero, como habían sido bautizados siendo niños de pecho, se les aplicó el nombre de ana-baptistas, que quiere decir "*Vuelto a bautizar.*" El nombre que ellos mismos se daban era, sencillamente, *bautistas*.

Muy pronto se les arrojó de las iglesias y tuvieron que celebrar sus reuniones en los campos y bosques. Más tarde, en Holanda, se reunían para sus prácticas religiosas en



botes, como lo demuestra esta antigua ilustración. En la costa aparecen las iglesias de las que han sido arrojados. En la popa algunas personas leen la Biblia. En la proa otros hablan y señalan con el dedo; seguramente hacen esto para ocultar lo que hacen los otros.

Uno se siente inclinado a preguntar si los anabaptistas hubieran sido tan odiados, temidos y maltratados, sólo por negarse a bautizar a los niños de pecho. No se detuvieron aquí sino que separaron a la Iglesia del Estado. "¿Qué tenía que ver el cristianismo de los tiempos bíblicos con el Estado?", preguntaban. "Nada, por supuesto", replicaba el otro bando, "pero las cosas son diferentes ahora porque el Estado mismo es cristiano." "¿Es, en verdad, cristiano? —

preguntaban los anabaptistas—; ¿son todos los funcionarios realmente cristianos? ¿Son todos cristianos los habitantes de Zürich? ¿Son todos los miembros de la iglesia realmente cristianos? No lo son. Los verdaderos discípulos de Cristo son escasos. Ellos únicamente debieran constituir la iglesia. El Estado, en cambio, debe incluir e incluye a todos. En tal caso, la Iglesia y el Estado no pueden ser uno.”

“¿Por qué decís que el Estado no es cristiano?” —preguntaban los otros.

“Una de las razones es que el Estado hace guerras —respondían—, mientras que Jesús nos dijo que amásemos a nuestros enemigos. También porque el Estado nos obliga a jurar, siendo que Jesús dijo: “No juréis.” Esta clase de juramento tiene el carácter de promesa en la que se le da la oportunidad a Dios de hacer algo terrible si la promesa no se guarda. Es como decir: “Que me caiga muerto si no es cierto.” Jesús dijo que un sencillo “sí” o “no” debía ser suficiente.

A causa de todas estas doctrinas sobre el bautismo, la separación de la Iglesia y el Estado, la guerra y el juramento, los anabaptistas eran castigados de acuerdo con la antigua ley de Justiniano que condenaba a muerte a los donatistas porque repetían el bautismo. Ambas ramas, la protestante y la católica, se hicieron enemigas de los anabaptistas. En los países protestantes se les ahogaba; en los católicos a veces se les ahogaba y otras se les quemaba. Estos castigos no destruyeron el movimiento, sino que lo hicieron extenderse. Una rama de ellos, los huterianos, después de largo vagar por toda la Europa, encontraron un lugar donde establecerse y esto fue en los Estados Unidos de Norte América y el Canadá. Otro grupo surgió en los Países Bajos. Se les llegó a conocer con el nombre de menonitas. Durante un período de tiempo se les dio un severo trato en Holanda. España era la que gobernaba el país por esa época y España era de un catolicismo salvaje.

He aquí algunos pormenores del juicio que se le siguió en Holanda a una mujer menonita llamada Isabel. Esto es una parte de lo que ha quedado registrado:

Con fecha 15 de enero del año 1549 fue tomada Isabel. El examinador le dijo que declare bajo juramento si tenía marido. Respondió ella: “No puedo dar juramento. Lo único que puedo decir es sí o no.”

—¿A qué persona habéis impartido enseñanza?

—No puedo dar respuesta a eso. Os declararé cuál es mi fe.

—Sufriréis la tortura.

—Espero que, con la ayuda de Dios, guarde mi lengua y no sea traidora.

—¿Qué pensáis sobre el Más Sagrado Sacramento?

—Nunca en mi vida he leído algo en la Biblia sobre el Más Sagrado Sacramento. Sólo he leído sobre la Última Cena.

—¿Por qué habéis sido bautizada otra vez?

—No he sido bautizada otra vez. Simplemente he sido bautizada.

—¿Créis que el bautismo os salva?

—No. Todas las aguas del mar no podrían salvarme. Cristo es el que me salva.

Entonces la torturaron aplicándole tornillos con orejetas hasta que la sangre corría por sus uñas y se desmayó. Al volver en sí no quiso ceder. Entonces fue sentenciada en el año 1549 a 27 de marzo, a ser muerta ahogándola.

Los sufrimientos que experimentaron los anabaptistas no fueron infructuosos. Los holandeses llegaron a darse cuenta de que eran gente de bien, y cuando Holanda pudo independizarse de España, se les permitió a los menonitas que practicasen su propio culto. En la actualidad tienen muchas iglesias en Holanda y constituyen un grupo numeroso y fuerte en los estados de Pennsylvania e Indiana, en los Estados Unidos de Norte América. De la Europa central han emigrado millares a Sud América, especialmente al Paraguay, en los últimos veinte años.



CAPITULO XVI



Un Pueblo Escogido



ANCIANO equivale a "presbítero", y es la denominación de los dirigentes de las iglesias en el Nuevo Testamento. Los anabaptistas tuvieron un rival en su celo por restablecer la pureza de la Iglesia, en los "presbiterianos", así llamados porque formaron iglesias dirigidas por presbíteros o "ancianos", y no por obispos. La Iglesia Luterana, lo mismo que la Católica romana, tenía obispos, que gobernaban sectores de la iglesia a semejanza de los príncipes alemanes que gobernaban regiones del país. En cambio las iglesias presbiterianas colocaban su gobierno en manos de concejos semejantes a los que gobernaban las ciudades suizas, formadas por hombres de edad. Cada iglesia tenía una junta de ancianos, y un grupo de iglesias tenía un concejo de ancianos seleccionados, llamado presbiterio.

A la iglesia presbiteriana con frecuencia se la llama calvinista porque su fundador fue Juan Calvino. Era este un francés que había huido de Francia, porque entonces los protestantes eran perseguidos allí, buscando un lugar tranquilo donde pudiese proseguir sus estudios. Tenía poco más de veinte años cuando escribió un libro que llegó a ser como silabario del protestantismo. Su título es: "*La Ins-*

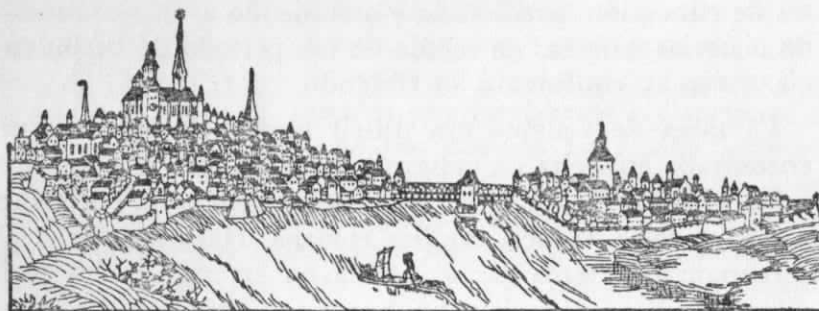
titución de la Religión Cristiana." El libro apareció escrito en dos idiomas: latín y francés, y el estilo y forma en que fue escrito este último idioma contribuyó grandemente al desarrollo de esta lengua. Le hubiera agradado a Juan Calvino seguir una existencia sin azares y escribir otros libros, y con cuánta mayor razón ya que su salud era precaria. Su salud era frágil y sufría de distintos males, entre otros, dolores de cabeza espantosos. Pero así como Jiménez fuera casi arrancado de un monasterio franciscano para convertirlo en el director de la Iglesia y el Estado en España, así Juan Calvino se vio colocado en la posición de jefe de la comunidad protestante de Ginebra. Se había introducido en la ciudad la Reforma, pero hasta ahora prevalecían para ella tiempos tempestuosos. Cuando se le hizo el llamado para que fuese el piloto en este nuevo navío, Calvino de muy buena gana hubiera replicado que no, pero se le hizo ver que esta era su obligación porque la recibía como un mandato de Dios, y entonces él tomó sobre sí la pesada carga. Muy luego se encontró enseñando en establecimientos de educación, predicando y atendiendo a un sinnúmero de materias enojosas en medio de ese período de turbulencia. Además, continuaba escribiendo.

La tarea de Calvino era difícil porque la Reforma se encontraba envuelta en peligros que provenían del interior y del exterior. Desde el exterior se presentaba la constante amenaza de la Francia católica romana. Hasta esa fecha el protestantismo tenía escasa cabida en ese país, a los protestantes allí se les llamaba hugonotes, designación cuyo origen se ignora. A los hugonotes se les daba muerte en la hoguera, o se les desterraba. Existía el peligro de que la ciudad de Ginebra fuese capturada por los ejércitos de Francia, lo cual hubiera sido cosa bien fácil, pues se encontraba en el extremo de una especie de cuña de territorio protestante introducido en la Francia católica. Durante toda la vida de Calvino, la ciudad vivió bajo el constante temor de un ataque, y aun después de la muerte de Calvino, se realizó un asalto, que fracasó. El dibujo de la página siguiente es un boceto de Ginebra tomado de un

grabado antiguo. La torre alta pertenece a la catedral donde predicaba Calvino.

Los protestantes ginebrinos hallaban constante consuelo en las historias del Antiguo Testamento sobre los israelitas que se encontraban también acosados por muchos enemigos: los amorreos, los heteos, los jebuseos y los filisteos. Los calvinistas preferían dar a sus niños los nombres de los personajes del Antiguo Testamento antes que de los santos de la iglesia católica. Si ciertos padres deseaban dar a un hijo el nombre de Claudio, se veían constreñidos a llamarle Abraham. Al pasar a la América del Norte, los calvinistas dieron a sus ciudades los nombres de lugares del Antiguo Testamento, como Monte Carmelo, Nueva Canaán, Hebrón. Así como los israelitas habían sido salvos bajo Gedeón, o David mediante el poder del Señor de los ejércitos, así también la ciudad de Ginebra permanecía segura bajo Calvino y mediante la protección del Eterno.

Para que esto se cumpliera era preciso un requisito: que



los habitantes fuesen fieles a El así como lo habían sido antes los israelitas. Por el mandato de Dios, Abraham dejó su país y sus parientes y la casa de su padre para ir a una tierra que Dios le señalaría. Este Abraham, también se había hallado dispuesto a sacrificar a su hijo único por el mandato de Dios. Se escribió una representación en francés, sobre Abraham e Isaac y se representaba en Ginebra. En ella, la historia de la Biblia se ampliaba para destacar más el tremendo problema que se le presentó al anciano cuando, según él creía, Dios le ordenó que quitase la vida

a su hijo, este hijo de su amor. Abraham levantaba aquí su puñal para dar el golpe fatal, pero lo dejaba caer exclamando:

“¿Hubo alguna vez algo más triste que esto?
Muero yo, mi hijo, muero delante de ti.

.....
¡Hijo mío!, ruégote que me perdones
tu muerte. Me mata el que no puedas vivir.”

Al levantar otra vez Abraham su cuchillo, el ángel le llamaba desde un matorral.

Abraham era un personaje favorito entre los calvinistas, no sólo porque fue tan fiel sino porque Dios intervino y salvó a su hijo Isaac y le hizo el padre de un pueblo escogido para recibir la Palabra de Dios y servirle. Para esa misión fueron escogidos, primero los judíos, y después los cristianos de cualquier raza. Los calvinistas consideraban que los que habían recibido de nuevo la Palabra de Dios estaban escogidos para servir a su gloria.

Por lo tanto debían proceder como tales, y no permitir que ninguno entre ellos fallara en sus creencias o sus hechos. Los que no creían en la fe reformada debían abandonar la ciudad. Los hechos debían responder a las normas de la Iglesia reformada.

En el antiguo Israel los que incurrieran en falta eran expulsados del campamento. Ahora se haría lo mismo en esta nueva Israel. A uno de los miembros de la iglesia se le negó el permiso de participar en la Santa Cena a menos que se enmendara. Pero, el concejo de la ciudad le dio permiso para asistir. Aquí tenemos un caso de intromisión del Estado en la iglesia. Calvino respondió que ese no era un problema que debía resolver el concejo de la ciudad. Antes que ceder en este punto prefería dejar la ciudad. Llegó el día domingo. Calvino subió al púlpito y dijo: “Si alguien que ha sido rechazado por la iglesia se acerca a esta mesa de la comunión, yo cumpliré con mi deber aunque esto me cueste la vida.” Pálido, delgado, consumido, Calvino miraba a la congregación para ver si el ofensor se acercaba. No lo hizo. Calvino había triunfado.

Los vacíos dejados por aquellos que eran expulsados de Ginebra eran llenados con creces por los que llegaban del exterior, los que huían de la persecución en Francia, Italia, España, Escocia e Inglaterra. Seis mil llegaron a una ciudad cuya población normalmente era de trece mil. El afán de Calvino por atenderlos casi le costó la vida.

Han llegado hasta nosotros las historias cómo algunos de esos refugiados escaparon de sus respectivos países de origen. Sabemos, por ejemplo, la de Curio, de Turín, en Italia, que estuvo preso en ese lugar por sus simpatías hacia el luteranismo. La puerta de la prisión estaba abierta, pero los pies de Curio estaban sujetos con cadenas. Después de un día o más, uno de los pies de Curio, comenzó a hincharse y él sugirió a su carcelero la posibilidad de que lo dejara con un pie libre, ya que con un solo pie encadenado estaría bastante seguro. ¿No podía quedar el pie enfermo libre, y después alternativamente uno y otro pie, para así dar alivio a sus dolores? El carcelero dio su consentimiento y por unos días la cadena cambiaba de lugar, de un pie al otro. Ocurría que Curio vestía según la usanza de entonces con unas medias largas como calzas. Sacó la media de la pierna libre, la relleno con desechos y escondió su propia pierna sentándose sobre ella. Cuando el carcelero entró para cambiar la cadena, Curio colocó en ella la pierna rellena. No había guardia en la puerta. Pudo Curio escapar con facilidad a Suiza. Más tarde regresó para llevar consigo a su mujer e hijos.

Caracciolo era un noble napolitano, de treinta y cinco años de edad, feliz jefe de una familia de seis hijos. Llegó a creer y adoptar las teorías de Calvino, pero su padre, su mujer y sus hijos no las aceptaban. Sabía bien que si daba a conocer sus ideas perdería la vida y su familia perdería sus propiedades. Caracciolo estaba al servicio del Emperador Carlos V y este le envió por asuntos de su gobierno hacia el norte. Una vez aquí, resolvió no regresar sino trasladarse a Ginebra y desde allí avisar a su familia para que se le uniera. Esta, no obstante, sentía tanta aversión por establecerse y vivir en un país protestante como la que sentía él por permanecer en uno católico y el resultado fue

que la familia se negó a ir. Ginebra no permitiría en su seno católicos, así como tampoco Nápoles permitiría protestantes. El padre, que tenía cierto parentesco con el papa, procuró realizar algunas gestiones por las que la familia pudiese unirse en Venecia, donde cada uno podría continuar con la religión de su elección, pero la esposa no quería unirse con el marido si este no retornaba a su antigua iglesia. Caracciolo comprendió entonces que debía conversar con su mujer. Se trazaron todos los planes para que se reunieran en un lugar seguro, pero la mujer no acudió a la cita. El decidió arriesgar su vida y volver a su pueblo. En un principio su padre, mujer e hijos le recibieron con alegría, creyendo que iba a quedarse con ellos para siempre. Cuando supieron que había ido con el único fin de persuadirles que se fueran con él, el padre maldijo, la mujer lloró, los niños le rogaban que no se fuese y aun su hija de doce años de edad le sujetó de los pies para impedirle que saliera de casa. Pero él sabía perfectamente que la única condición bajo la cual se podía quedar sería cambiando su religión, cosa que no estaba dispuesto a hacer. Regresó a su barco en presencia de su familia que permanecía en la costa haciéndole señas para que regresara. Llegó después a ser uno de los ancianos de la iglesia italiana de Ginebra.



Teodoro Beza era un refugiado francés. Aquí presentamos su retrato hecho por un colegial. El padre de Beza sufrió un grandísimo disgusto cuando tuvo conocimiento de que su hijo había abandonado la Iglesia católica romana y había huido de Francia. El anciano rogó una oportunidad para hablar con el hijo, abrigando la esperanza de lograr que regresara. Se arregló un encuentro en un lugar seguro. Beza informó de esto a Calvino. "Tendré que hacer frente a una dura lucha cuando me encuentre con mi padre, dentro de cinco días, en un punto en la frontera. Que Dios me conceda la fuerza necesaria para soportar todos los ataques que se realicen para conmo-

ver mi corazón, y para ganar, si es posible, a mi padre para el Maestro. Más que cualquiera amenaza temo sus miradas, sus tiernas súplicas, y las lágrimas en los ojos de mi anciano padre. Espero que en esta oportunidad, lo mismo que en ocasiones pasadas, Dios me ayudará y que todo ha de resolverse para su mayor gloria."



Juan Knox era un refugiado escocés. Escocia en esa época todavía no se había unido a Inglaterra y, en cambio, simpatizaba con Francia, país al que se sentía ligado. La reina era una princesa francesa. Cuando el protestantismo comenzó a difundirse ahí, los católicos franceses intervinieron y Knox, que era un predicador protestante, fue trasladado a Francia y allí se vio convertido en galeote, es decir, condenado a remar en un navío a vela. A estos es-

clavos se les sujetaba por medio de cadenas a sus asientos y se les azotaba para hacerlos remar más. En una ocasión Knox tuvo que remar en un navío que pasaba próximo a la costa donde él era predicador. Vio desde allí la torre de la iglesia donde él acostumbraba predicar y pensó si podría alguna vez predicar nuevamente allí.

Un intercambio de prisioneros le trajo la libertad, pero por aquella fecha no pudo regresar a Escocia. En cambio se dirigió a Ginebra. Aquí se quedó y estudió junto a Calvino hasta que se presentó la oportunidad de conquistar a Escocia para la Reforma. Knox retornó precisamente cuando María ascendía al trono de Escocia. La madre de María era francesa y esta, educada en Francia, era una fervorosa católica. Ya hemos dicho que, por entonces, Escocia estaba separada de Inglaterra. Knox quería unir a las dos. Pero en esa época no podían llegar a unirse si un país era católico y el otro protestante. Inglaterra se había convertido al protestantismo. Luego, o Inglaterra retornaba al seno de la Iglesia católica romana, o Escocia se convertía al protestantismo. Knox estaba resuelto a que se realizara la última de estas alternativas, porque estaba persuadido de que el pro-

testantismo representaba a la Iglesia en su forma más fiel y verdadera.

Estalló un conflicto con la reina. Knox no estaba dispuesto a obedecer a su soberana mientras esta fuera católica romana. Ella le hizo comparecer delante de su presencia y una vez allí le preguntó si consideraba justo que un súbdito desobedeciera a sus soberanos. "Por supuesto que sí —respondió él—; ¿no se negaron a obedecer también Daniel y los apóstoles?" Y agregó que si un gobernante deseaba alcanzar la obediencia de sus súbditos, él o ella debía, a su vez, obedecer a la verdadera iglesia. "Yo obedeceré a la Iglesia de Roma", dijo ella.

La lucha se hacía cada vez más enconada y terminó en una guerra. María perdió el trono. El país se hizo presbiteriano. Su hijo, Jacobo, llegó a ser más tarde rey de los países unidos, Escocia e Inglaterra. Nadie hizo más que Knox para hacer posible esta unión uniendo primero a los dos reinos en la fe protestante.

El calvinismo se extendió también en Francia y por un tiempo parecía que triunfaría y llegaría a predominar, hasta que estallaron las guerras religiosas —terribles guerras en las que ningún bando daba muestras de piedad. Los protestantes lucían sartas de orejas de frailes y, un comandante católico romano preguntó a sus hombres: "¿Por qué llenáis las celdas de las prisiones con cautivos protestantes? ¿Es que el río no da cabida?" Los calvinistas destruyeron iglesias católicas e hicieron pedazos imágenes y crucifijos. Los católicos fueron responsables de la masacre de San Bartolomé, durante la cual muchos calvinistas perdieron sus vidas. Se cuenta de un hombre que escapó de esta suerte escondiéndose en un desván debajo del heno. Los soldados metieron sus espadas entre el heno pero no le alcanzaron a tocar. Permaneció escondido allí por varios días, alimentado por una gallina que ponía un huevo todos los días y no cacareaba.

Las guerras destruyeron y desangraron de tal suerte a Francia que la gente llegó a cansarse y comenzó a ver que sería mejor tener dos religiones y una sola patria que no una sola religión y ninguna patria. El jefe de los que par-

ticiparon de esta idea fue Enrique de Navarra. Su madre le había educado en la religión protestante, cuando asistió al colegio, le azotaron diariamente durante un mes, hasta que cedió y convino en ir a misa. Cuando terminó en el colegio abrazó la religión protestante nuevamente. Durante la masacre de San Bartolomé salvó su vida porque fue a misa, pero, una vez que hubo terminado el peligro, volvió a los hugonotes. Enrique se convirtió más tarde en el rey Enrique IV, pero los católicos no le querían prestar obediencia si él no se unía a esa iglesia. Después de muchas tentativas para capturar a París por la fuerza, resolvió que la ciudad bien valía una misa. Pero, habiéndose hecho católico romano, dio libertad a los hugonotes por el Edicto de Nantes, el año 1598.

CAPITULO XVII

*La Biblia Abierta*

INGLATERRA era protestante cuando Knox comenzó su obra en Escocia, que culminaría en la unión de los dos países. Inglaterra fue la primera en hacerse protestante debido a otro conflicto entre la Iglesia y el Estado, como los que habían sido frecuentes durante la Edad Media. Las luchas anteriores nunca habían traído consecuencias serias para la unidad de la Iglesia. Lo corriente era que el gobernante era excomulgado y el país quedaba en entredicho hasta que por fin o el gobernante se humillaba o el Papa era menos severo en cuanto a sus exigencias, y el Estado y la Iglesia quedaban en armonía, y juntos progresaban. Quizá esta vez hubiera ocurrido lo mismo en Inglaterra si no hubiese ya estallado la Reforma protestante en Alemania y Suiza.

El rey de Inglaterra, Enrique VIII, se encontraba unido en matrimonio con una princesa española, Catalina de Aragón, tía del Santo Emperador Romano Carlos V. Todos los hijos de Enrique y Catalina murieron siendo párvulos, con excepción de una niña, la Princesa María. Enrique temía que si no tenía un hijo que le sucediese en el trono al término de sus días, podría estallar una guerra por la corona. La "guerra de las dos rosas", en Inglaterra, poco an-

tes de su tiempo, habían tenido esa causa, precisamente. Temía que si no era padre de un varón podían estallar las guerras otra vez. Por este motivo pidió la licencia del Papa para repudiar a Catalina y tomar otra esposa. El Papa, por supuesto, no podía dar su consentimiento a un divorcio, pero la verdad era que existía una tacha en este matrimonio de Enrique que lo hacía vulnerable para que se declarara que nunca había sido propiamente un matrimonio. Tal vez el papa se hubiese sentido inclinado a favorecer los propósitos de Enrique si en esas circunstancias no hubiera intervenido el Emperador Carlos V para impedir a Enrique y al papa que tomaran cualquier medida en contra de su tía Catalina.

Enrique entonces procedió por cuenta propia y separó a la iglesia de Inglaterra de la iglesia de Roma. El rey mismo se constituyó en jefe de la Iglesia inglesa para todo lo que concernía a sus asuntos externos. El arzobispo de Canterbury fue el jefe en asuntos religiosos. La nueva iglesia recibió el nombre de Iglesia de Inglaterra o Anglicana. En otros países se le llama Iglesia Episcopal. La palabra "episcopal" viene del griego, que significa obispo, y una iglesia episcopal es la que está gobernada por obispos. Hay, por lo tanto, muchas iglesias de sistema episcopal pero sólo existe una que se denomina Iglesia Episcopal.

Así como las iglesias de Oriente y Occidente se separaron porque los griegos y los latinos a su vez se habían separado; así como la reforma protestante se extendió más bien al norte que al sur, en parte porque los pueblos germanos y latinos eran distintos, así también se formó en Inglaterra una iglesia aparte porque en esa tierra se había formado una nación fuerte separada de la Europa. El mundo de la Edad Media se estaba derrumbando y la Iglesia se dividió a su vez.

Enrique aprovechó la ocasión crítica de esta separación para apoderarse del dinero de la iglesia. Se habían presentado largas y agudas querellas sobre cuestiones de dinero entre la Iglesia y el Estado. Ahora Enrique vio que esta era una excelente oportunidad para clausurar los monasterios y confiscar todas sus rentas, edificios y tierras. Hemos

de declarar que los monasterios no eran tan útiles ahora como lo habían sido en tiempos pasados. En una época más primitiva habían sido refugios contra los bárbaros, verdaderas avanzadas para cristianizar y civilizar a países nuevos, centros de cultura y de hospitalidad. Pero la Muerte Negra que azotó a Inglaterra en 1348 segó tantas vidas en ese país que no quedaban muchos capaces de llenar los claros en las filas de los monjes. La iglesia católica misma estaba clausurando algunos de los monasterios. Enrique procedió despóticamente y los clausuró todos, dando como pretexto que los monjes llevaban una vida relajada.

No obstante, la Iglesia de Inglaterra no era muy distinta de la Iglesia de Roma. La mayor parte del pueblo inglés amaba todavía a la Iglesia católica, sus sacramentos y sus servicios. Al hacer cambios Enrique procedió con lentitud. El hombre que escogió como Arzobispo de Canterbury fue Tomás Cranmer. Este compartía algunas de las ideas de Lutero y pensaba sinceramente que había existido una falla en el matrimonio de Enrique. Celebró que Enrique rompiera con el papa y creara una iglesia aparte. Precisamente así como los príncipes habían ayudado a reformar a la iglesia en Alemania y los concejos federales hicieron lo propio en Suiza, pensaba Cranmer que el rey tenía derecho de reformar la iglesia de Inglaterra, ser su jefe y dirigir sus asuntos. Cranmer estaba dispuesto, por consiguiente, a proceder mesuradamente mientras el Rey deseara ser mesurado.

En un principio el único cambio importante fue que se colocó en las iglesias la Biblia en inglés, en lugar de tenerla en latín. La traducción escogida tenía una curiosa historia. Era obra, en su mayor parte, de Guillermo Tyndale, quien la tradujo no del latín de San Jerónimo como lo habían hecho los ayudantes de Wycliff, sino del Testamento griego impreso por Erasmo. Tyndale no pudo hacer imprimir su libro en Inglaterra porque por entonces Enrique abrigaba esperanzas de obtener lo que deseaba del papa y hacía todo lo posible por agradarle, llegando hasta escribir un libro contra Martín Lutero, por lo cual el papa le dio el título de Defensor de la Fe. Las palabras que esto sig-

nifican en latín, *Fideo Defensor*, todavía aparecen en las monedas inglesas (por lo común sólo están las letras F.D.), aunque la fe ha cambiado. En esa época Enrique temía tanto ofender al papa que no permitía que fuese impresa en Inglaterra una traducción hecha por un protestante. El trabajo se llevó a cabo en Alemania y los libros fueron introducidos de contrabando. Los funcionarios del gobierno compraron todos los ejemplares que pudieron para quemarlos; Tyndale recibió el dinero de la venta y lo dedicó a hacer una mejor impresión. Después del rompimiento de Enrique con el Papa, aquel libro que había sido comprado para quemarlo, fue colocado por el Arzobispo Cranmer en todas las iglesias.

La mayoría del pueblo inglés aceptó el proceder de Enrique. Unos pocos de los monjes, clérigos, y funcionarios del Estado opinaban que él, como rey, carecía de todo derecho a ser el jefe de la Iglesia de Cristo, ni tampoco tenía derecho el Parlamento de crear leyes para la Iglesia de Cristo. Enrique hizo dar muerte a los que no quisieron someterse.

Entre estos figuraba el noble y valiente Sir Tomás More, a quien la iglesia católica canonizó últimamente. Cuando un amigo le aconsejó a More que reconociera al rey como el jefe de la Iglesia, porque el Parlamento así lo había declarado, More respondió: "Supongamos que el Parlamento promulga una ley declarando que Dios no es Dios." Cuando un guarda lo conducía para ser encerrado en la Torre de Londres, su hija rompió las filas de los soldados, rodeó con sus brazos el cuello de su padre y sólo pudo decir: "¡Padre mío, padre mío!" En la última carta que le escribió a la niña, le decía: "Nunca me agradó más tu actitud hacia mí que, cuando me besaste por última vez, porque me encanta ver que el amor filial y la santa caridad no tienen tiempo para ocuparse de cortesías mundanas." El valor y el agudo ingenio no le abandonaron ni siquiera en el último instante. Al verdugo en el patíbulo le dijo: "Pon todo tu cuidado en que suba sin tropiezos, que yo me encargaré de bajar." "Muero —dijo— leal a Dios y al rey, pero a Dios antes que nada."

Enrique tomó otra esposa después de repudiar a Catalina, pero la segunda mujer tampoco le dio un varón, sino una niña, la Princesa Isabel. Una tercera esposa tuvo un hijo, quien, a los nueve años de edad sucedió a su padre con el nombre de Eduardo VI. El verdadero gobernante del país fue un tío del niño, mucho más protestante que lo que había sido Enrique. Sintiéndose estimulados por esta circunstancia los protestantes más fanáticos comenzaron a escribir poesías contra los obispos de la iglesia católica, y contra el Papa y a instar a que Inglaterra se separase lo más pronto posible de la Iglesia de Roma. He aquí una de esas poesías. Dice así de los obispos:

¡Ay, ay, ay de Cristo, poderoso,
este es tiempo proceloso!
Nuestras linternas no dan luz
y los obispos no tienen testuz.
Tan llenos están de ira
que a la gente la hacen tira;
al amigo y enemigo dan batida
con prisión, muerte y huida.
diariamente van a su labor
para destruir lo bueno y el honor.
En este duro trance es de temer
que estamos la vista por perder,
no sabemos cuál es blanco, cuál es negro,
y en medio de esta locura
no distinguimos la noche
del día, con su frescura.

Presentaban estas quejas contra el papa:

Roba a todas las naciones	Aprobaciones,
Con sus fulminaciones	Asignaciones,
E infames suposiciones;	Alteraciones,
Abjuraciones,	Revocaciones,
Excomuniones,	Dispensaciones,
Agravaciones,	Intimaciones,
Presentaciones,	Legitimaciones,
Secuestros,	Insinuaciones,
Privaciones,	Pronunciaciones,
Advocaciones,	Demostraciones,
Prenuncias,	Vacaciones,
Dilapidaciones,	Convocaciones,
Sustentaciones,	Diputaciones,
Administraciones,	Donaciones,

Condonaciones,
Justificaciones,
Declamaciones,
Visitaciones,
Publicaciones,
Renunciaciones,
Narraciones,

Declaraciones,
Ubicaciones,
Colocaciones,
Falsas fundaciones
Y disimulaciones,
Y otras abominaciones
De toda suerte.

Mientras el pueblo se enardecía con propaganda como esta, el tío del rey prosiguió dentro de las normas que se había impuesto y prohibió la misa católica. En su reemplazo ordenó que tuviera lugar un servicio de acuerdo con las ideas de Lutero y en idioma inglés. Se encomendó al Arzobispo Cranmer la tarea de preparar un libro de oraciones para la Iglesia de Inglaterra. Cumplió tan bien el encargo, que el *Libro de Oración Común*, ha contribuido más que cualquier otra cosa a que la Iglesia Anglicana sea amada por su pueblo. Las palabras que se debían decir al ofrecer la Santa Cena eran estas: "El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que fue dado por ti, preserven tu cuerpo y tu alma para la vida eterna. La sangre de nuestro Señor Jesucristo, que fue derramada por ti, preserven tu cuerpo y tu alma para la vida eterna." Un luterano estaría muy de

acuerdo con estas palabras, y posiblemente un católico también. Insinúan que el cuerpo de Cristo está realmente en el pan y el vino. Los protestantes más intransigentes estaban en desacuerdo con esto y para complacerlos Cranmer publicó un segundo libro de oraciones en el que se hizo esta alteración: "Toma y come esto en memoria de que Cristo murió por ti, y aliméntate por la fe en tu corazón, con acción de gracias..." Bebe esto

en memoria de la sangre de Cristo que fue derramada por ti en acción de gracias. La palabra "memoria" sugiere que la Santa Cena es nada más que un acto recordatorio de los sufrimientos de Cristo, como había enseñado Zuinglio. "Ali-



mentarse de El, en el propio corazón", era lo que Calvino creía.

Eduardo era un muchacho endeble y murió cuando tenía quince años. Le sucedió su media hermana, la princesa María. Era ella la hija de Catalina de Aragón y nunca había abandonado la Iglesia católica. Ahora hizo retornar toda Inglaterra a la Iglesia romana. Entonces los protestantes padecieron como los católicos habían sufrido bajo el reinado del padre. Los obispos más eminentes fueron quemados. Cuando a los obispos Ridley y Latimer se les amarró a las estacas en Oxford, Latimer dijo a su amigo: "Confortaos Maese Ridley y sed todo un hombre porque en este día encenderemos tal luminaria en toda Inglaterra que (como confío) por la gracia de Dios, nunca será apagada."

Cranmer quedó colocado en una situación muy crítica. Creía a la vez en las enseñanzas de Lutero y en que el rey

podía escoger la forma de religión. Cuando Enrique y Eduardo habían escogido el protestantismo no había habido problemas, pero cuando María resolvió que Inglaterra volviera a Roma, Cranmer dio su consentimiento, después lo hizo pedazos. Estuvo en estas alternativas y vacilaciones varias veces hasta que por fin maldijo a Lutero, a Zuinglio y a sí mismo por seguir sus



huellas. A pesar de todo, Cranmer fue condenado a ser quemado y, antes que padeciera el tormento se le ordenó que de pie en la iglesia de Oxford repitiera las palabras de

sumisión y obediencia a la reina y al papa. Cranmer no pudo soportar más en medio de esta escena. "Ahora debo declarar —dijo—, qué es lo que atormenta más mi conciencia de entre todas las cosas que hice o dije en mi vida, y es que, por miedo a la muerte, firmé con mi mano lo que con el corazón no creo. Cuando me aproxime al fuego esta mano será la primera en ser quemada." Salió de allí sonriendo. Cuando saltaron las llamas, sostuvo la mano derecha en medio de ellas hasta que se quemó por completo.

María gobernó sólo cinco años, y fue sucedida por su media hermana, la Princesa Isabel. Para entonces la gente ya estaba cansada de decapitaciones y quemazones. Isabel quería terminar con todo esto y dejar contentos al mayor número posible. Naturalmente que tenía que resolver si sería protestante o católica romana, y se inclinó al protestantismo, pero procuró exigir de su pueblo sólo las creencias menos ofensivas para los católicos romanos y aceptables a todos los protestantes. En el Libro de Oración colocó juntas las dos fórmulas del libro primero y el segundo de Cranmer.

Isabel nunca dijo a nadie qué era lo que ella realmente creía. Se dice que ella escribió esto sobre la Santa Cena:

La palabra de Cristo lo declaró,
El tomó el pan y lo partió,
y lo que el acto según El significó
eso es lo que creo y acepto yo.

Aquí está una familia de la época del reinado de Isabel reunida en oración.

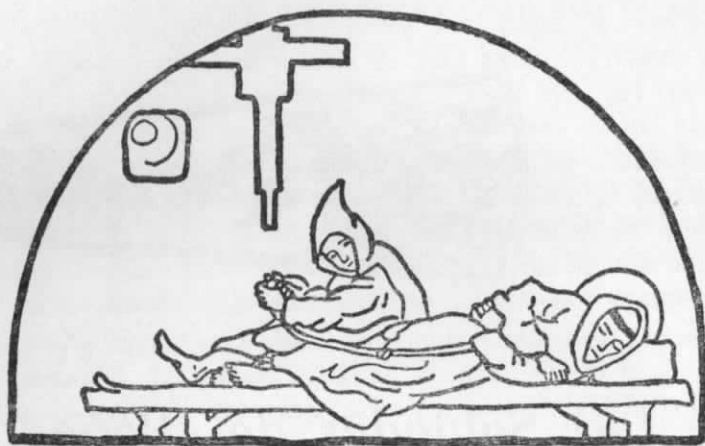


Los Soldados del Papa



REOCUPADA a su vez por las fallas que había ocasionado la Reforma protestante, la Iglesia católica emprendió su propia reforma. Los esfuerzos de los reformadores medievales fueron continuados por nuevas órdenes que la Iglesia católica fundó para reavivar el celo y conservar la *Vray Foy*. Estas palabras que están escritas en el estandarte que aparece arriba son del francés antiguo y significan la "Verdadera Fe". Este era el estandarte de un caudillo escocés en la época en que Escocia todavía era católica y aliada de Francia. Dedicaremos nuestra atención ahora a tres de las nuevas órdenes católicas: los capuchinos, los jesuitas y las hermanas de caridad.

Los capuchinos eran una rama nueva de los franciscanos y aparecieron en el año 1528. Su símbolo exterior era un bonete terminado en punta, que ellos suponían era de la misma forma que había usado San Francisco. En cuanto a las características interiores, existía la obligación de imitar su ejemplo, guardar el voto de pobreza y cuidar de los pobres y enfermos. De este modo, cuando la comida era escasa, uno de los hermanos decía al otro: "Tómala tú. La



necesitas más que yo." El otro debía responder: "Yo soy joven y me es más fácil privarme de ella." Y entonces la comida quedaba ahí, sin que nadie la tocara ya que ninguno de los dos quería privar al otro de alimento. Cuando se declaraba una epidemia, los Capuchinos eran los primeros en ofrecerse para prestar sus servicios. También se hicieron misioneros.

Una de las órdenes más notables en su empeño por reformar la Iglesia, difundir la fe, y recuperar tierras que habían pasado a manos de los protestantes, fueron los jesuitas, que significa la Orden de Jesús. Su fundador fue un noble español, Ignacio de Loyola. Había sido caballero, y peleó por la Reina Isabel de España en contra de Francia. Durante un sitio una bala de cañón le alcanzó una pierna, dejándolo sobre la muralla, en un charco de sangre. Los franceses, al tomar posesión de la ciudad, le dieron buen trato y le condujeron al Castillo de Loyola para su curación. Pero el hueso soldó mal y la pierna no quedó derecha. Ignacio hizo que se la quebraran otra vez, y luego una segunda vez. Cuando salió una astilla de hueso, la hizo aserrar; entonces, la pierna quedó demasiado corta. Hizo que se la estiraran, pero, sin resultado. Nada podía restituirla a la normalidad. Tenía que dejar el ejército.

Mientras permanecía en su lecho de enfermo tomó la resolución de que en vez de ser un caballero de la Reina de

España, se convertiría en caballero de la Reina del Cielo, la Virgen María. Aunque era ya un hombre hecho y derecho, asistió a la escuela junto con los niños, y después a la universidad para prepararse como maestro. Pero no esperó a terminar sus estudios para empezar a enseñar a las gentes a mejorar sus vidas. Los que eran autoridad en el seno de la Iglesia pensaron que podía estar enseñando cosas equivocadas y por esto lo echaron a la prisión, pero después de interrogarlo y examinarlo descubrieron que no estaba equivocado. De España pasó a Francia y en París logró reunir un grupo de estudiantes. Estaba poseído de tal espíritu de servicio y hacía tanto por ellos, que nadie podía dejar de acceder a sus deseos. Un estudiante a quien Ignacio le prestó dinero, huyó, pero un año más tarde, cuando el estudiante se encontraba enfermo en otra ciudad, Ignacio caminó todo el trayecto para cuidarlo.

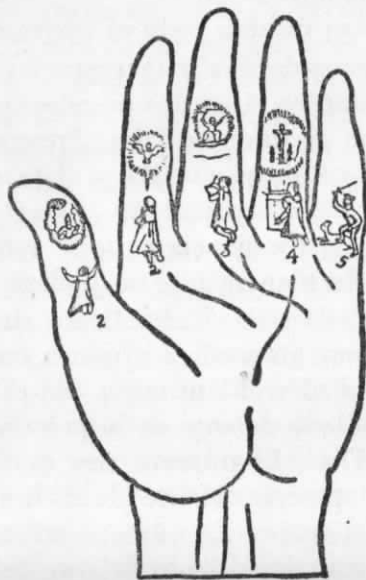


Ignacio le recomendaba a este pequeño grupo de estudiantes que pensarán en sí, en los pecados que cometían, en la ira de Dios y en el amor de Dios. Presentaba todas estas reflexiones en forma muy sencilla y clara de manera que nadie podía dejar de comprenderle. Arregló un plan para hacer un examen de conciencia propio; este plan constaba de cinco puntos, de manera que se podían ir enumerando con la ayuda de cada uno de los dedos de una mano. El número uno es "Dar gracias", y muestra una figura dando gracias a Dios, el Padre. El número dos es "Pedir luz", y hay alguien arrodillado delante de la paloma, que representa el espíritu de Dios. El número tres es "Examinarse", y aquí un hombre aparece delante de Cristo y con correas disciplinarias en la mano. El número cuatro es "Arrepentirse"; el hombre está arrodillado delante del altar y miran-

do a Cristo, clavado en la cruz. El número cinco es, "Haced algo" y muestra un caballero empuñando una espada y en actitud de dar muerte a un dragón. Este plan aparece ilustrado abajo.

Ignacio de Loyola abrigaba el propósito de realizar algo y ofreció sus servicios y los de sus seguidores al Papa, para fundar con este reducido grupo una nueva orden. Se les permitió formar la Sociedad de Jesús, y se les llamó jesuitas. Debían ser los maestros de los católicos, los que convertían a los protestantes y misioneros a los que no eran cristianos.

Los jesuitas a nada temían. Cuando uno de ellos preparaba viaje a Alemania para convencer a los luteranos que retornasen a la antigua fe, los protestantes le advirtieron que, si se presentaba, sería ahogado en el río Rhin. Su respuesta fue: "El camino al cielo es tan corto por agua como por tierra." El misionero jesuita que fue a la India fue Francisco Javier. Era este un estudiante despreocupado y aturdido al cual Ignacio desafió a jugar un partida de billar con la condición de que, si perdía, debería hacerse un examen de conciencia. Perdió, y ese fue el comienzo del cambio que terminó en su ida como misionero a la capital portuguesa de la India. Allí descubrió que los navegantes



ya habían construido iglesias, y catedrales doradas. Los naturales asistían a ellas, pero en seguida volvían a sus casas para adorar a monos y elefantes, lo mismo que antes. Los portugueses no hacían ningún esfuerzo para enseñarles y sólo se preocupaban de construir palacios al lado de tristes chozas. Javier hizo amistad con los naturales. En cierta ocasión tuvo conocimiento que los pescadores de perlas habían prometido a los portugueses, ocho años atrás, convertirse al cristianismo si ellos arrojaban de ahí a los mahometanos. Se llevó a cabo la empresa y también la promesa fue cumplida. Los portugueses hicieron saber a su monarca que veinte mil almas habían sido salvadas, pero desde entonces ningún sacerdote se había acercado a ellos. Javier caminaba descalzo, tocando una campanilla y llamando: "Venid, venid. Tengo buenas nuevas."

Después se fue al Japón y desde allí esperaba llegar a la China, pero a ningún extranjero se le permitía entrar al país. Siempre abrigaba la esperanza de introducirse en alguna forma, y escribió a un amigo: "Si llegas a China me encontrarás ahí... o en la prisión o en Pekín." En compañía de un amigo Javier se hizo conducir a una isla desierta que estaba a la altura de la costa de Cantón y convino con un contrabandista que lo llevara a la ciudad a cambio de veinte quintales de pimienta, pero el contrabandista tomó la pimienta y nunca volvió. Javier permanecía a veces sentado contemplando en silencio a ese inmenso país pagano que esperaba ser ganado para Cristo hasta que la muerte le arrebató antes que se cumplieran sus deseos.

Las hermanas de caridad deben su existencia a San Vicente de Paul. Su interés y compasión por los pobres, esclavos, enfermos y presos despertó cuando él mismo, que era rico y sano, se vio pobre, enfermo, preso y esclavo. Era un joven acaudalado. Un día se hizo a la vela desde Marsella, un puerto de Francia, su país natal. El mismo refiere



lo que ocurrió después. "El viento era bueno y ese mismo día hubiésemos podido llegar a Narbona, de no haberse arrojado sobre nosotros tres naves turcas. En el combate, recibí un flechazo en una pierna, cuya cicatriz conservo hasta hoy. Los piratas tomaron posesión de nuestros navíos, dieron muerte al capitán, y todos los demás fuimos puestos en los hierros. Se nos condujo a Túnez y, encadenados, se nos puso a la venta como esclavos. Los mercaderes venían a examinarnos con la misma brutalidad que si fuésemos caballos o bueyes. Nos hacían abrir la boca para examinar nuestros dientes, nos palpaban los flancos, nos hacían caminar, trotar, correr, llevar cargas y pelear."

El que primero compró a Vicente fue un pescador que no lo encontró bueno para las faenas marítimas, y lo puso en venta otra vez. Por último llegó a ser propiedad de un francés que había sido un fraile de la orden franciscana, pero, al ser capturado, había obtenido su libertad renunciando a su fe. Era ahora un acaudalado hacendado mahometano. Vicente, como su esclavo, tenía que labrar la tierra bajo los rayos de un sol quemante y abrasador. La mujer del amo manifestó interés en saber algo de la religión de su Dios. El cantó el salmo 137, que contiene las palabras de los hijos de Israel cuando eran esclavos en Babilonia. "Los que allí nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los himnos de Sión. ¿Cómo cantaremos canción de Jehová en tierra de extraños?" La mujer se conmovió tanto que le dijo a su marido que había hecho mal al renunciar a su fe. El también se sintió redarguido y, junto con Vicente, hizo los preparativos para escapar. Diez meses después se presentó la ansiada oportunidad y en un pequeño velero hicieron rumbo al mar y hacia las costas de Francia.

A partir de esta fecha Vicente resolvió dedicar toda su vida a ayudar a los que en Francia sufrían lo que él había padecido en Túnez. Los buques franceses eran impulsados a remo por galeotes esclavos. Juan Knox había sido uno de estos. Vicente buscó al general de las galeras y lo

persuadió de que le permitiera hacer algo por el bien de esos infelices. También se ocupó de los presos.

Pero su mayor actividad estuvo consagrada a los enfermos. Horrible cosa eran los hospitales de ese tiempo. Los que apenas estaban enfermos eran colocados al lado de los moribundos. El aire viciado y la mugre eran suficientes para dar muerte al más sano. San Vicente —y desde ahora merece el título que la iglesia le ha otorgado—, consiguió la ayuda de mujeres jóvenes para que hicieran las veces de enfermeras. No eran monjas. No hacían voto de dedicar toda la vida a ese trabajo. En un principio no llevaban un traje especial, aunque ahora lo hacen y cubren su cabeza con una toca almidonada. Debían vivir en medio de la mayor sencillez, vestirse modestamente y dedicar toda su atención a los enfermos y los pobres, mientras se sintieran inclinadas a hacerlo. "Los monasterios vuestros —les decía el santo— son las casas de los enfermos. Vuestra celda es el cuarto por el que pagáis un arriendo; vuestra capilla es la iglesia parroquial; vuestro claustro las calles de la ciudad; vuestra morada amurallada es, simplemente, la obediencia, las puertas que os protegen son el temor de Dios, y vuestro velo es el de la modestia."

Las hermanas se dedicaban de corazón a este trabajo y no lo querían dejar para gozar de una existencia más fácil. Cierta vez una duquesa, que había oído de estas mujeres, quiso que una de ellas fuese a vivir con ella para hacerle compañía. Cuando le pidieron a una de las hermanas de caridad que fuera, ella respondió: "Dejé a mi padre y a mi madre por servir a los pobres, y no puedo ahora servir a esta dama." Otra hermana fue, con la condición de que podía volver si al término de cinco días así lo deseaba. La duquesa le preguntó: "Hija mía, ¿no estás contenta de permanecer a mi lado?"

"Señora —respondió ella—, dejé la casa de mi padre para servir a los pobres. Si vos fuerais pobre, me quedaría gustosa."

Al término de cinco días estaba otra vez en el hospital.

El papado de nuestros tiempos ha cambiado algo desde la Edad Media. Muchos de los conflictos habidos entre la Iglesia y el Estado de esos tiempos ocurrían porque el pa-

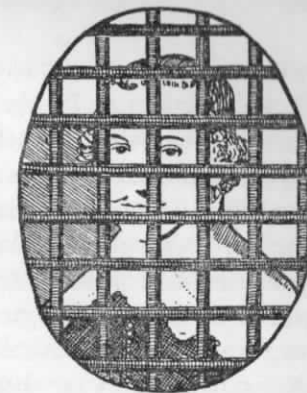
pado también constituía un Estado con tierras propias y hasta con ejércitos propios. Este estado de cosas era deplorable para todos, y especialmente para Italia porque mientras la Iglesia constituyera un gobierno para una parte del país sería imposible lograr la unidad política, con un gobierno central. En 1840, Italia logró su unidad nacional y todo poder temporal le fue quitado a la Iglesia.

Los papas protestaban contra este estado de cosas, sosteniendo que el Jefe de la Iglesia no debe vivir en el territorio de ningún gobernante de este mundo, porque la Iglesia habla en nombre del Gobernador Celestial de todos los hombres. Esta dificultad fue ajustada en 1929 cuando al Papa se le permitió ser el gobernante de una pequeña faja de tierra en Roma que se llama la Ciudad del Vaticano. No es lo suficiente grande y poderosa para poner en peligro la unidad de Italia, pero cuenta con el espacio adecuado para apartar al Papa de la supremacía de cualquier soberano de la tierra. El Papa tiene su propia estación de ferrocarril, su propia estación de radio por la cual puede hablar al mundo entero y sellos de correo propios. Uno de estos aparece más abajo y muestra la catedral de San Pedro.

Algunos papas en los últimos años han intercedido mucho por la paz del mundo. El Papa Pío XI, al término de la Primera Guerra Mundial declaró que el odio entre las naciones hace daño aún a los que ganan una guerra, y siembra la semilla de futuros males. "No debemos olvidar — dijo — que el mejor medio para mantener la paz no es mediante un bosque de bayonetas sino creando la confianza mutua y la amistad."



CAPITULO XIX



Vuelta a la Biblia



PESAR de los esfuerzos de la Iglesia católica romana para enmendar las fallas y errores anteriores, la división entre católicos y protestantes se hizo cada vez mayor en la época de la reina Isabel. Este fue el período de los guerras de religión y de la masacre de San Bartolomé, en Francia, años tormentosos, cuando calvinistas y jesuitas discurrían medios y ponían en práctica planes para eliminar a los gobernantes de los bandos opuestos. Un caricaturista que, sin duda, estaba hastiado de las luchas entre Lutero, Calvino y el Papa, los colocó en su dibujo en actitud de tirarse las barbas y las orejas, como puede verse en la página siguiente. En Inglaterra la reina Isabel fue excomulgada por el papa y se les notificó a sus súbditos católicos que no tenían obligación de obedecer a la soberana. Se realizaron varias tentativas para quitarle la vida y colocar en su lugar a María, reina de Escocia, quien, habiendo huido de Escocia, estaba prisionera en Inglaterra. A causa de estas intrigas María fue decapitada y a los católicos se les tomó miedo y odio. Se elevó el grito: "¡Afuera el papado!"

Este sentir se hizo aún más intenso cuando Jacobo, el hijo de María de Escocia, sucedió a Isabel. Bajo su reinado

se unieron Escocia e Inglaterra. Llevó el nombre de Jacobo VI en Escocia y Jacobo I en Inglaterra. Algunos llegaron a creer que sus simpatías se inclinarían hacia los católicos porque su madre había sido católica. Otros pensaron, en cambio, que se demostraría un verdadero presbiteriano porque en esta religión había sido criado en Escocia. La verdad fue otra: ambos bandos quedaron desilusionados porque él amparó a la Iglesia de Inglaterra de la que él, como rey, era la cabeza. Entonces los católicos tramaron un complot contra él y se hizo lo posible por hacer volar el palacio del Parlamento. El acto necio de unos exaltados indignó a toda Inglaterra en contra de los católicos.

Pero la verdad fue que no se hizo mucho contra los católicos en Inglaterra porque eran un escaso número en el país. Se puede decir, más bien, que la indignación de los ingleses se desencadenó contra cualquier cosa que dentro de la Iglesia anglicana se asemejara a la Iglesia de Roma. "La Iglesia anglicana debe ser purificada", era el clamor general. Los individuos que reclamaban esto recibieron el nombre de "puritanos".

Pero no estaban enteramente de acuerdo sobre lo que debía ser purificado. Algunos pensaron que debía adoptar el modelo de Iglesia Presbiteriana de Escocia. Otros preferían la Iglesia Reformada de Zuinglio. Y otros aun pensaban que, hasta entonces, ninguna iglesia había logrado realizar el modelo perfecto de la Biblia. Era general la objeción que se hacía a ciertas prácticas heredadas de la Iglesia de Roma, tales como el uso de un anillo en los matrimonios, el arrodillarse delante del altar en el acto de la Santa Cena, el hacer con los dedos el signo de la cruz sobre los que recibían el bautismo, el emplear los eclesiásticos una vestimenta o un traje especial, el colocar órganos en las iglesias y cruces en las cúpulas. Algunos objetaban el *Libro*



de Oración Común porque, decían, las oraciones debían salir directamente del corazón en lugar de estar escritas.

Los puritanos quisieron persuadir al Parlamento que cambiara la forma de los servicios de la Iglesia de Inglaterra. Como el Parlamento resolvió no hacer nada, algunos de los puritanos consintieron en quedarse dentro de la Iglesia anglicana para continuar desde allí la agitación. Otros la abandonaron y comenzaron a fundar iglesias propias en otros lugares. Se les conocía con distintos nombres, como separatistas, no-conformistas, disidentes e independientes. Los principales eran: presbiterianos, congregacionalistas, bautistas, cuáqueros y unitarios. Ya hemos encontrado los presbiterianos en Escocia. En este capítulo nos ocuparemos de los congregacionalistas, bautistas y cuáqueros. Los unitarios vendrían después.

La lucha entre los puritanos y la Iglesia de Inglaterra estaba en pleno desarrollo al final del reinado de Isabel. Ella los apodaba los "censuradores", pero logró que las cosas se mantuvieran más o menos tranquilas. Había grandes esperanzas de que el rey Jacobo trajera el presbiterianismo desde Escocia, pero él había descubierto que el presbiterianismo "está tan de acuerdo con la monarquía como Dios con el diablo". Lo único que les concedió a los puritanos para tranquilizar sus escrúpulos fue consentir en que se llevara a cabo una mejor traducción de la Biblia. A esta se la llama la versión del rey Jacobo. No existe nada más perfecto y hermoso en la lengua inglesa en cuanto a la majestad y dignidad de estilo.

Jacobo no prestó oído a todos los otros deseos de los puritanos y tuvo la mala suerte de irritarlos en una forma imprevista. Hizo publicar un "Libro de los Deportes", para los días domingos a la tarde. "No permitir tales deportes—decía el Rey—, impediría a los católicos convertirse al protestantismo al descubrir que nuestra religión no permite ni tolera la sana alegría y recreación, circunstancia que no puede dejar de producir descontento y animosidad en los corazones de nuestro pueblo, y especialmente en los de aquellos que quizá estén casi resueltos a convertirse; la otra desventaja consiste en que esta prohibición impide a la gen-

te modesta y al pueblo hacer ejercicios que les harían más aptos para la guerra cuando nos o nuestros sucesores tengan necesidad de llamarlos. En cambio, medra la embriaguez sucia y degradante, que engendra una cantidad de ociosos discursos de descontento en las tabernas. Porque ¿cuándo podrá la gente del pueblo hacer ejercicio, sino los domingos y otros días feriados, visto que todos los días laborables deben aplicarse a sus faenas para ganarse la vida?”

Pero los puritanos no querían saber nada de eso. El concepto que ellos tenían de la manera cómo se debía guardar el domingo aparece representada en dos ilustraciones que hacen contraste; ellos leían atentamente la Biblia del rey Jacobo en la que aparecen estas palabras: “Acordarte has del día de reposo para santificarlo.” Otra de las razones era que los puritanos no celebraban servicios religiosos todos los días de la semana, como lo hacía Calvino en Ginebra.



Servicios tan continuos interferían demasiado con el trabajo diario, pero si el domingo era el único día religioso, debía dedicarse a la religión y a nada más. “Naturalmente —comentaba uno de estos puritanos—, la Biblia dice que si un buey o un asno cae a un pozo en el día domingo, lo puedes sacar, pero no lo echas al pozo el sábado para tener ocasión de sacarlo el domingo.” El catecismo de Westminster de los presbiterianos (un catecismo es un libro de preguntas y respuestas que los niños deben aprender, y que trata de los asuntos de la religión), dice en la pregunta 60: “¿Cómo se

debe santificar el día domingo?” Respuesta: “El domingo debe ser santificado descansando píamente todo ese día, hasta de aquellas ocupaciones y recreaciones mundanas que están permitidas en los otros días, dedicando todo el tiempo a la práctica privada y pública de la adoración de Dios, salvo lo que haya que ocupar en obras de misericordia y necesidad.” Los puritanos no querían saber nada del “Libro de los Deportes” de Jacobo.

Carlos I, el hijo de Jacobo, irrió a los puritanos con su programa, y aun más porque quiso imponerlo con la espada. Le dijeron que debía dejar la espada si quería conservar el cetro. Pero fue bastante imprudente como para sacar una nueva edición del “Libro de los Deportes”. Aun hizo que el encono de los puritanos aumentara contrayendo matrimonio con una princesa francesa que era católica. Los puritanos se hicieron todavía más rigurosos. Entre los disidentes la celebración de Navidad desapareció como por el espacio de doscientos años. En seguida el Libro de Oración y la vestimenta de los eclesiásticos fueron siendo, día a día, blanco de ataques más enconados. Las críticas más acerbas caían sobre el arzobispo Laud. Este estaba dispuesto a dejar que la gente creyera lo que gustase, con tal que en la iglesia vistieran y adoraran del mismo modo. Ya que la Iglesia era la Iglesia de Inglaterra, toda Inglaterra debía orar y adorar en la misma forma y toda Inglaterra, por supuesto, comprendía también a Escocia, pues los dos países habían sido unidos bajo Jacobo. Pero los escoceses eran presbiterianos. Cuando Laud persuadió a Carlos que ordenara que el Libro de Oración fuera empleado en las iglesias escocesas y cuando un ministro hizo uso de él en Edimburgo, una mujer que estaba allí presente le lanzó un escabel a la cabeza. Pero algo peor que eso les sucedió a otras cabezas en Inglaterra. Tres puritanos perdieron sus orejas por sus acres



palabras en contra de Laud. Muchas cabezas fueron colocadas detrás de barrotes, como la que se ve al iniciarse este capítulo. Laud también perdió su cabeza. Aquí hay una ilustración puritana en la que él aparece de pie en la Torre de Londres mirando hacia la horca que le aguarda.



Estalló la guerra. Los escoceses se unieron al Parlamento inglés en contra del rey Carlos. Oliverio Cromwell se puso a la cabeza del movimiento. El rey fue decapitado. Cromwell se convirtió en el Lord Protector. Los puritanos, en el poder, suspendieron el empleo del Libro de Oración. La Asamblea de Westminster se reunió y redactó la Confesión de Westminster y el Catecismo de Westminster empleado por las iglesias presbiterianas. Se quemó el "Libro de los Deportes" y los vidrios de colores de las catedrales que tenían cuadros de los santos católicos y romanos fueron hechos pedazos. Un puritano narra cómo tomó una escalera de cincuenta pies, en la Catedral de Canterbury y, después de ascender, con un martillo hizo que la efigie de vidrio de Santo Tomás de Becket cayera en pedazos al suelo. Lo que es peor, los católicos fueron perseguidos en Irlanda.

Los ingleses se cansaron del extremismo de los puritanos y, después de Cromwell, recibieron con alegría a Carlos II y el restablecimiento de la Iglesia Inglesa. Entonces se tomaron medidas severas en contra de los No-conformistas. A Carlos II le sucedió su hermano, Jacobo II, católico ro-

mano. Los ingleses lo expulsaron y llamaron a ocupar el trono, desde Holanda, a Guillermo y María. Esto fue el año 1689. Un edicto de tolerancia concedía la libertad de religión a todos los diversos grupos, excepto los católicos. Las leyes en contra de ellos tuvieron vigencia hasta 1829, y enojosas dificultades creadas por los disidentes perduraron hasta el comienzo del presente siglo.

Durante este período de agitación surgieron los disidentes, tales como los congregacionalistas, bautistas y cuáqueros. Los congregacionalistas debieron su fundación a los esfuerzos de un hombre llamado Roberto Browne. Por ese motivo se les llamaba brownistas, pero a estos no les agradó el nombre porque Browne, después de ser encarcelado treinta y dos veces, cansado de tantas penalidades, volvió a la Iglesia de Inglaterra. Durante su propaganda congregacionalista se quejaba en contra de la mayor parte de los puritanos porque permanecían dentro de la Iglesia esperando que el Parlamento hiciera la reforma. Browne escribió un opúsculo titulado *Un tratado sobre la Reforma, sin aguardar ninguna*. Los congregacionalistas comenzaron a celebrar cultos a su manera en los campos abiertos. Los espías les observaban y en seguida daban



cuenta de esto al gobierno. Fueron aun más lejos que otros puritanos en su idea de apartarse más y más de todo lo que fuese católico romano. Algunos argumentaban que las catedrales donde antes se habían celebrado misas eran templos del Anticristo, y que simples pajares servían lo mismo que iglesias. Un número decía que los pulpitos no eran otra cosa que tinas. Sus contrarios les representaban entonces predicando dentro de una tina. Las cruces, órganos y campanas de las iglesias debían desaparecer. Un in-

dividuo atacó el empleo de himnarios diciendo que el canto debía salir del corazón y no de un libro. Después de algún tiempo estas ideas extremas fueron olvidadas. Campanas, órganos y púlpitos volvieron a ocupar los sitios que antes tenían, pero no así las cruces en los campanarios. Por supuesto, no todas estas cosas tienen mucha importancia. El concepto céntrico más importante de las ideas congregacionalistas era que la iglesia no debía ser gobernada ni por obispos ni por presbiterios, sino por las congregaciones. Aquí se ve un cartel en contra de los congregacionalistas que les muestra ocupando una habitación de una posada y con una tina a manera de púlpito.



Algunos de los congregacionalistas huyeron desde Inglaterra a Holanda. Encontraron grandes obstáculos para salir porque se exigía que todo el equipaje fuese revisado por los empleados de aduana antes que alguna persona saliera del país. Los fugitivos temían declarar a estos empleados que partían del país, por miedo que entonces los pusieran presos. Procuraron, en cambio, salir sin ser observados, para embarcarse en un navío holandés. Los hombres caminaron por tierra hasta el lugar de la reunión. Botes a remo llevaban los enseres, las mujeres y los niños a lo largo de la costa. Al encontrarse con el navío holandés, las mujeres y los niños estaban ya mareados, no así los hombres, que habían hecho el trayecto a pie. El capitán resolvió en-

tonces permitir que las mujeres y los niños descansaran en tierra por algún tiempo, y en el intervalo embarcó a todos los hombres. Acababan de hacerlo cuando aparecieron los aduaneros sobre las colinas, al ver lo cual el capitán se hizo a la vela llevando a los hombres y dejando a las mujeres y niños. Estos fueron llevados por los aduaneros de un tribunal a otro y sólo con grandes dificultades y divididos en grupos pequeños pudieron, al fin, reunirse con sus esposos y padres, en Holanda.

Allí los ingleses llegaron a conocer a los menonitas, quienes enseñaban que los niños no debían ser bautizados. Algunos de los ingleses llegaron a compartir plenamente la idea. De este modo fue cómo llegó a fundarse la Iglesia Bautista Inglesa. Helwys, su jefe, retornó después a Inglaterra y propagó las enseñanzas bautistas. En cuanto a otros puntos, los bautistas estaban de acuerdo con los congregacionalistas. Los bautistas fueron los primeros en establecer en su credo que nadie debe ser obligado a adorar a Dios en forma contraria a su conciencia. "Cada cual debe escoger su religión en vista que cada uno deberá presentarse ante el tribunal de Dios para ser juzgado, y deberá responder por sí mismo."

Uno de los más notables bautistas de la época de Carlos II fue Juan Bunyan. Cuando era un mozo había dedicado su tiempo a los deportes el día domingo en la tarde. Esto le causaba desazón porque sabía cuáles eran las enseñanzas puritanas al respecto. Cierta vez, en medio de sus juegos, se hizo esta reflexión: "¿Quieres ahora dejar esto y salvarte, o continuar y perder tu alma?" Entonces pensó que, como en todo caso estaba perdido, no importaba que terminara la partida. En sus *Rimas campestres para los niños* escribió:

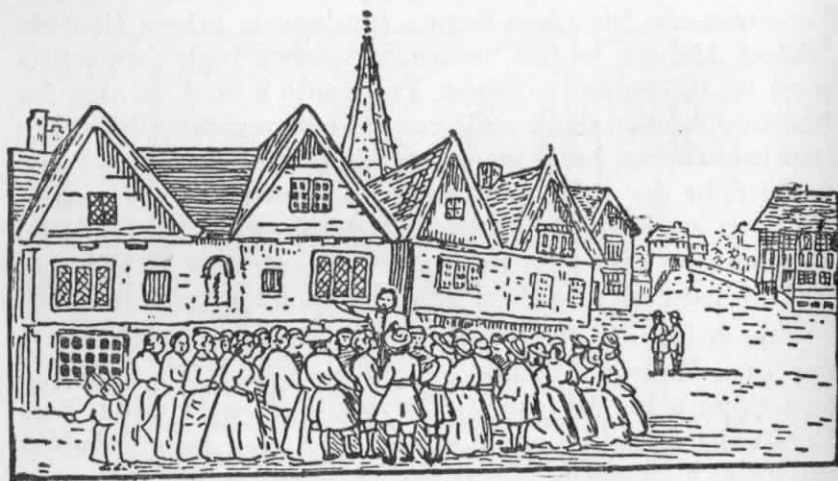
Pone la gallina un huevo, pero polluelo no es,
ni un hombre es cristiano si no nace otra vez.

La verdad fue que Bunyan nació otra vez. Ocurrió algo que inflamó su alma por Dios. De esto tenía que hablar a todo el mundo. En la página siguiente se le representa predicando en una plaza de aldea. Las leyes de Carlos II no permitían que se realizaran reuniones de este carácter fue-

ra del recinto de una iglesia. Bunyan fue arrojado a una prisión, se le amenazó deportarlo del país y aun sería colgado si regresaba. El funcionario, que se llamaba Cobb, era un hombre de buenos sentimientos y fue a verle en la cárcel y trató empeñosamente de hacerle cambiar de ideas.

“¿Por qué no desiste usted de celebrar esas reuniones públicas?” —le preguntó—. “La ley no le prohíbe hablar a la gente, uno por uno.”

“Pero, si puedo hablar a uno, ¿por qué no a dos? —replicó Bunyan—. Y, si a dos, ¿por qué no a tres? Y, si a tres, ¿por qué no a cuatro? Y pronto tendríamos una reunión.”



“Si lo mandan a Constantinopla, no podrá predicar a nadie” —le hizo ver Cobb, y pasó a hacerle ver que debía acatamiento a las leyes, tal como dice Pablo.

“Es verdad —contestó Bunyan—, pero Pablo fue a la cárcel. Hay más de una manera de obedecer. Podemos prestar obediencia rehusando y padeciendo la pena que se nos da.”

“Después de esto —escribe Bunyan—, Cobb permaneció quieto en su asiento y no dijo una palabra más. Yo le agradecí sus modales corteses y sus palabras impregnadas de persuasión y bondad, y desde entonces no nos vimos más. ¡Oh, qué daría porque nos encontrásemos después en el cielo!”

Bunyan permaneció en la prisión. Mientras se encontraba allí tuvo una vez un sueño. El sueño no fue otro que “El Peregrino”, el libro más difundido y leído por los niños en los primeros tiempos de la América del Norte. Hay en este libro un canto que, haciéndole algunas alteraciones, ha sido convertido en un himno. Las palabras, tal como las escribiera Bunyan, son estas:

Si el verdadero valor te interesa
ven aquí a saber de esta empresa,
si estalla el trueno y gime el viento
nada le hará variar su fiel intento,
no cejará ante adverso destino
el que ha prometido ser Peregrino.

El que pretenda detenerlo con triste saga
vale más que no lo haga;
ni un fiero león, ni una alimaña,
ni gigante fuerte oscurecerá su hazaña
y el derecho que tiene a su destino
el que ha prometido ser peregrino.¹

Los cuáqueros, o Sociedad de los Amigos, se iniciaron con Jorge Fox. Este, lo mismo que los puritanos, quería eliminar todo lo que no estuviera en la Biblia. Los nombres que damos a los meses y los días vienen en su mayoría de los nombres de dioses paganos: marzo y martes, de Marte, el dios de la guerra entre los romanos; sábado, de saturno, el dios romano. Lunes no era tan peligroso, pues no procede de un dios, sino de la luna. Sin embargo, la Biblia no dice que las mujeres fueron al sepulcro de Jesús el domingo, sino el primer día de la semana. En consecuencia los cuáqueros dicen simplemente primer día, segundo día, primer mes, segundo mes, y así sucesivamente.

Como los anabaptistas, los cuáqueros se oponen a los juramentos y a la guerra. Llevado ante un tribunal, al ordenársele jurar sobre la Biblia, Fox contestaba: “¿He de jurar por el libro que dice “no jurarás”? Puesto que la Biblia dice que todos los hombres son iguales ante los ojos de Dios, los cuáqueros se negaban a inclinarse ante los pode-

¹ Traducción libre.

rosos. Fox no se quitaba el sombrero delante de reyes y magistrados, y cuando se le preguntaba qué justificación bíblica podía encontrar para ello, contestaba que "Sadrach, Mesach y Abenego entraron en el horno de fuego con sus túnicas y capas y sombreros puestos".

En algunos sentidos los cuáqueros iban más allá que la Biblia, en parte debido a que las gentes de sus días mostraban un espíritu tan anticristiano en sus pendencias sobre las formas externas de la Iglesia, tales como el bautismo y la Santa Cena, pulpitos, libros de oraciones, vestimentas, ministros y cosas por el estilo. Fox dijo que puesto que el cristianismo es una religión del espíritu, se puede ser cristiano sin ninguna de esas cosas. En los servicios cuáqueros la congregación se sienta en silencio mientras el Espíritu de Dios anima al grupo silencioso hasta que uno o más pueden sentirse movidos a hablar.



sobre un tonel. Los cuáqueros les otorgaron a las mujeres un nuevo nivel.

Nadie hizo tanto como los cuáqueros por mejorar las condiciones de las prisiones. Sabían perfectamente lo que eran. Fox había pasado muchos años de su vida en las prisiones a través de toda Inglaterra. Otros cuáqueros habían pasado por una experiencia semejante. Eran terribles las condicio-



nes en que allí se les encerraba. Los hombres y mujeres, sanos o enfermos, quedaban juntos, como un apretado rebaño, en medio de una suciedad y pestilencia inenarrables. Cuando los cuáqueros salían de ahí hacían todo lo posible por mejorar las cosas.

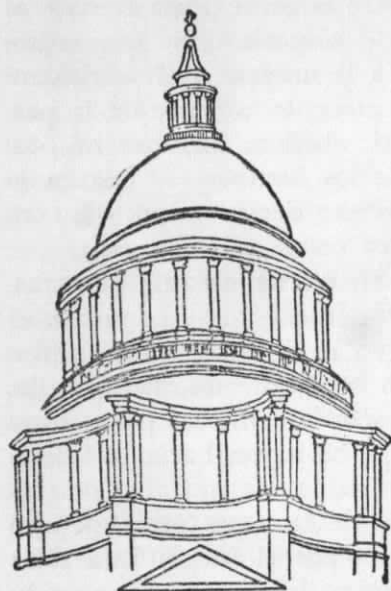
Una vez, estando preso Jorge Fox, el gobernador le dijo que, si se sabía de disturbios entre la gente, sería llevado al otro lado de la muralla y se le colgaría. Fox respondió: "Estoy listo. Nunca he temido a la muerte o al sufrimiento en mi vida. Soy un hombre inocente, amante de la paz, apartado de toda conspiración o rebelión. Siempre he buscado el bien para cada uno de los hombres. Preparen la horca." Las autoridades competentes decían de él: "Es tan recio como un árbol, y tan puro como una campana."

Los cuáqueros proclamaban con frecuencia que Dios castigaría a la impía Inglaterra. Puede que algunos vieran el cumplimiento de esas palabras en el incendio de Londres. El fuego rugió y se extendió en un frente de media milla. La gente sin recursos tomó apresuradamente las pocas cosas que podían llevar consigo y se precipitaron hacia la Iglesia de San Pablo, la que estaba construida con murallas de piedra y se encontraba algo aparte de las casas vecinas, pero su torre de madera fue alcanzada por el fuego. Esta es la torre que aparece entre llamas en la ilustración. Muy pronto las piedras de las murallas comenzaron a caer y el plomo de los desagües se fundió y corrió por las calles. El fuego prosiguió por cuatro días y cuatro noches y devastó

un espacio de dos millas de largo por una de ancho. Quedaron destruidas trece mil casas, y casi un centenar de iglesias, incluso la de San Pablo.

Una nueva ciudad de Londres debía levantarse de entre las cenizas, y el hombre que más hizo para trazar los planos de la nueva ciudad fue Sir Cristóbal Wren. Para las iglesias más pequeñas empleó un estilo arquitectónico que, en cierta forma, copiaba un templo griego y una catedral gótica. El cuerpo del edificio era como un templo, con columnas al frente. Del techo se elevaba una alta espiro gótica. No obstante, para la nueva catedral de San Pablo, empleó el estilo de San Pedro, en Roma, con una cúpula. Se puede ver una cúpula en la estampilla del Vaticano (página 190). La construcción de la Catedral de Londres demoró treinta y cinco años. Wren contaba setenta y ocho años cuando su hijo colocaba la última piedra en la cima misma del edificio.

He aquí unos versos sobre el notable arquitecto:



"El talento avaro señalado
le tuvo y por él fue guiado,
pero esto ocurre de cuando en vez.
Lápiz mejor no hubo, como tú ves,
que el de Cristóbal,
Cristóbal Wren. [pureza

Hizo planos sencillos de gran
que de Grecia hablan por su
y plenitud. [belleza

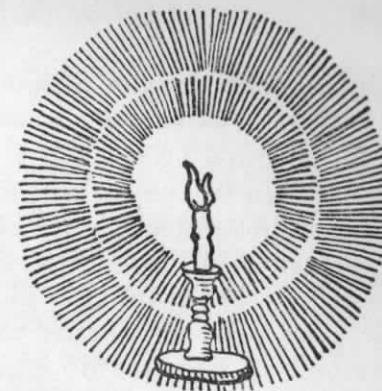
Se ve redondo
un amplio dombo
y es su elegancia
excelsitud.

Y hora tras hora, desde la aurora,
Londres le requería,
diciendo así:

'La fea calva de Salisbury
veo de aquí.
En su vacío
pon la belleza
de alguna iglesia.'

Londres, llamando,
cuando le dice, 'Escucha y ven...'
al afamado Cristóbal Wren."¹

¹ Condensado de *Kings and Other Things*, por Hugh Chesterman. Traducción libre.



La Edad de la Razón



AMBIÉN en materia religiosa el siglo dieciocho trajo libertad. Los hombres tuvieron entonces la oportunidad de meditar y hablar con más calma sobre las distintas religiones, cuál era, entre ellas, la mejor, lo que es más importante, hasta qué punto contenía, alguna de ellas, la verdad. Los hombres de ese período llegaron a la conclusión de que ninguna de ellas tenía lo mejor, pero que lo mejor era lo que todas las religiones poseían en común, algo sencillo y razonable que cualquiera podía comprender y sobre lo cual todos tenían que estar de acuerdo. Todos los conflictos y luchas del pasado, decían, surgieron porque se quería que la gente creyese demasiado. En su comienzo el cristianismo fue muy sencillo, y en seguida apareció complicado con doctrinas como la de la Trinidad. Todo lo que realmente importa, decían ellos, es creer que Dios hizo y creó el mundo y envió a su Hijo para enseñar y ayudar al mundo. Los hombres deben ser buenos los unos para con los otros, eso es todo. Todo lo demás es superstición que la mente clara y esclarecida —el período se llamó del "iluminismo"— no podía ni necesitaba creer. En todas las

iglesias hubo quienes adoptaron algunas de estas ideas en el siglo dieciocho, especialmente los "unitarios".

En cuanto a las enseñanzas sobre el infierno, demonios y brujas y en las que habían creído hasta entonces las personas que profesaban alguna religión, no eran otra cosa que feos cuentos de hadas, declaraba el iluminismo. No existe tal lugar como el infierno ni hay demonios y brujas. El tratar a las personas insanas como si estuviesen poseídas del demonio es algo que no está de acuerdo con la realidad y también revela un mal corazón. La gente creía en la Edad Media que las personas dementes tenían, en verdad, demonios dentro de sus cuerpos. El tratamiento de esa época consistía en obtener que un sacerdote pronunciara palabras sagradas para expulsar al demonio, tal como lo revela esta ilustración. Tanto católicos como protestantes, creían, durante los siglos dieciséis y diecisiete, que las personas que



perdían la razón y aun las que manifestaban ciertas rarezas, eran brujos, hacían amistad con los demonios, y en grandes calderas hacían cocimientos de sapos, serpientes, hierbas venenosas y una porción de otras co-

sas repugnantes. Las brujas cabalgaban por los aires en paños de escoba y adoraban a un dios con cabeza de cabra. Se creía de ellas que traían maldiciones y plagas al mundo. Algunas veces mujeres indefensas, incapaces por la avanzada edad y sin ánimo de hacer daño a nadie, y hombres que ocupaban posiciones eminentes, eran acusados por sus enemigos de practicar hechicerías, y eran quemados. El iluminismo terminó con esto.

Los que iniciaron este movimiento esperaban fortalecer

al cristianismo al despojarlo de todas aquellas enseñanzas que habían sido causa de guerras y persecuciones, así como de aquellas creencias que los hombres de ciencia no podían admitir. Esta fue la edad de la ciencia cuando llegaban al público en general descubrimientos pasados, como el de Copérnico, que colocó al sol y no a la tierra en el centro de los cuerpos celestes, y con leyes nuevas también, como la de Newton sobre la gravitación universal. Parecía, pues, que todo el universo marchaba de acuerdo con reglas divinas. El Dios de la religión cristiana es el que estableció esas reglas y el hombre es capaz de comprenderlas porque está dotado de razón. El poeta Addison escribió una composición en verso sobre el gobierno de Dios tal como lo ve la razón humana en el dominio de los cuerpos celestes:

En lo alto el firmamento, quieto, extenso,
con el cielo puro, azul, inmenso,
y cúpula estrellada, brillante oriflama
que un Génesis con clara voz proclama.

El sol que cumple su destino día a día
sin fatiga, al Creador da nombradía
y publica en la tierra y el océano
cuál es la obra de su incansable Mano.

El cendal nocturno al flotar en la extensión
de la luna escucha asombrosa narración,
y la tierra madre, palpitante de placer,
sabe de este inmutable y bello renacer.

Las estrellas blancas que la iluminan alrededor
y los planetas vastos, de sin par esplendor,
dan testimonio, al proseguir su carrera,
de una verdad que no tiene barrera.

Hay un silencio solemne, de eterna espera
que gira incansablemente con la terrestre esfera;
no se escucha un suspiro, una voz, un quejido
en medio de órbitas brillantes, que no hacen ruido.

Todo el cosmos se regocija del claro aviso
de la razón, y dice al hombre —que así lo quiso
(y vivo, más vivo, bello, más bello es su fulgor):
Mano Divina así nos hizo, Mano Divina de Eterno Amor.¹

¹ Traducción libre.

Esta obra de verdadera poda se inició con la esperanza de hacer de él un árbol más fuerte y sano.

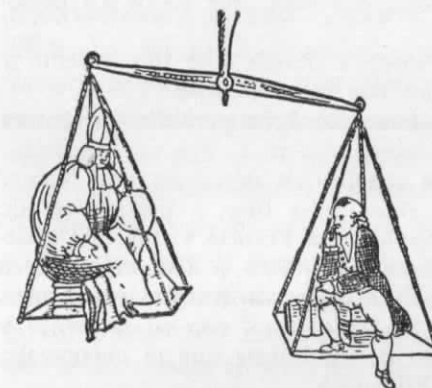
Los hombres del iluminismo creían que podían probar la verdad del cristianismo mostrando que se pueden creer los relatos de milagros de la Biblia; y si los milagros son tales, el cristianismo está demostrado. La primera tarea era probar "la credibilidad de los testigos", a fin de que podamos creer a los que escribieron los relatos.

Pero el espíritu de la época era un espíritu de duda, y pronto hubo quienes discutieron que se pudieran probar los milagros. Por milagro entendían un quebrantamiento de las leyes divinas. Newton había enseñado que Dios es un Dios de leyes. ¿Suspendió él la ley de la gravitación una vez para que Jesús no se hundiera en las aguas? La respuesta común era que Dios había suspendido por una vez las leyes a fin de probar que Jesús era su Hijo, y luego había vuelto a aplicarlas.

El historiador Gibbon, no obstante, hizo ver que, según los católicos romanos, Dios todavía suspende las leyes, pues ellos creen que no han dejado de ocurrir milagros. Los protestantes generalmente niegan esos milagros católicos y muchos dicen que, en nuestros días, no ocurren milagros. Pero, ¿cuándo, precisamente —interroga Gibbon—, tuvieron término? Las historias sobre milagros no han dejado de aparecer. Si los milagros no ocurren pero prosiguen las historias, estas historias deben ser falsas y, si son falsas ahora, ¿qué motivo tenemos entonces para pensar que no fueron falsas antes? Puede que fueran ciertas y Dios quebrantara sus leyes sólo una vez y que en seguida las observara para siempre, pero, ¿cómo sabemos que fue así? Sólo contamos con libros viejos para probar esto y tal vez no son dignos de fe. Vemos en seguida un dibujo satírico en el que, colocados uno y otro en una balanza, Gibbon pesa más que un obispo.

Gibbon no hizo más que insinuar sus dudas. Otros fueron más audaces. Tomás Paine, quien ayudó a que estallara la revolución americana por medio de su libro *El sentido común*, escribió otro tratado también titulado *La edad de la razón* en el que dice que si Jesús fue llevado verdaderamente por el demonio a la cumbre de una montaña alta

para contemplar desde allí *todos* los reinos de la tierra, debió haber descubierto la América. Otros señalaron faltas de concordancia en relatos bíblicos. Por supuesto que,



surgida una duda, aparecía otra, hasta que alguien se llegó a preguntar si sería verdad que Jesús había existido alguna vez, y si toda la historia de su vida no sería una ficción.

El Obispo Whately, representante de la Iglesia Episcopal, escribió una respuesta muy ingeniosa en la que con los argumentos más en boga para demostrar que Jesús nunca había existido, demostraba que con los mismos razonamientos se podía probar que Napoleón Bonaparte no existía en esos mismos momentos, aunque por esa fecha todos sabían que era emperador de Francia y el terror de Inglaterra. ¿Cómo es que todo el mundo lo sabe? —preguntaba Whately. Todos parten de la base que Napoleón existe. Pero nadie debe dar algo por cierto sin otra base. Su historia es tan extraordinaria que parece un cuento de hadas. Se dice de él que se ha elevado desde el grado de un simple cabo hasta la dignidad de emperador. Condujo un ejército a Egipto y este ejército fue aniquilado. A pesar de este contratiempo, pudo regresar a Europa y levantar otro ejército, con el que asoló la Europa hasta encontrar su derrota en Rusia. Volvió y levantó otro ejército. Preso en Elba, escapó, y formó otro ejército. Todo lo que de él se cuenta es tan colosal que induce a creer que se trata de una historia inventada.

Whately imaginó todo lo que se podría decir a favor de la creencia en que Napoleón era, en verdad, una persona.

EL IMPUGNADOR diría: Soldados británicos han quedado heridos al pelear en contra de él.

RESPUESTA: Los soldados británicos han sido heridos al pelear contra alguien, pero, ¿cómo saben ellos que es Napoleón?

IMPUGNADOR: Los periódicos hablan de él.

RESPUESTA: ¿Cómo lo saben los periódicos?

IMPUGNADOR: ¿Hemos de pensar, entonces, que todos los periódicos mienten?

RESPUESTA: No, de ninguna manera. Puede que uno mienta y los otros han sido engañados con este embuste.

IMPUGNADOR: ¿Qué objeto tendría que algún periódico inventara la historia?

RESPUESTA: Eso es por demás sencillo de descifrar: para elevar las contribuciones. Si el pueblo inglés llega a persuadirse de que existe un verdadero Napoleón en Francia y que éste quiere destruir a Inglaterra, estará dispuesto a dar más dinero para el ejército y la armada, y el gobierno recibirá ese dinero.

IMPUGNADOR: Pero Napoleón ha sido visto, con su tricornio y su uniforme, de pie a bordo de un buque que se encontraba a la altura de la costa de Plymouth.

RESPUESTA: Nadie discute que alguien fue visto con un sombrero de tricornio y uniforme, parado a bordo de un buque que estaba a la altura de la costa de Plymouth, pero, ¿quién se encontraba lo suficientemente cerca para saber quién era ese del tricornio y el uniforme?

Precisamente después de la publicación de este folleto de Whately los diarios dieron la noticia de la muerte de Napoleón. "Pues ved —dijo él—; yo le di muerte. Temían que yo destrozara por completo esta famosa historia. Se ponen a salvo diciendo que ha muerto en vez de reconocer que nunca estuvo vivo."

Whately demostró de esta manera que, aunque debiéramos establecer si es verdad lo que declara la Biblia, no debemos ser más incrédulos en cuanto a ella de lo que somos acerca de lo que ocurre en nuestros días. Por supuesto, no debemos dar crédito a todo lo que cuentan los periódicos, pero si rehusamos creer nada de lo que dicen, entonces nunca estaremos en situación de llegar a saber la verdad. Para saber la verdad debemos estar dispuestos a investigar, analizar, confiar y procurar comprender. La objeción de Tomás Paine en el caso de la montaña desde la cual podría haber sido descubierto América, realmente no necesita ser tomada en serio. Jesús contó a sus discípulos el episodio de la tentación en forma de historia, y ellos nunca pensaron que él había estado en una verdadera montaña. En cuanto a los otros casos de caminar sobre el agua o resucitar muer-

tos, estos acontecimientos, por inusitados que sean, no son quebrantamientos de las leyes de Dios, porque la ley no es una cadena a la cual alguien, desde afuera, ha sujetado a Dios. La ley es la voluntad y el propósito de Dios. Sin embargo, la prueba de que Dios, en el pasado, hizo algo fuera de lo común no puede ser tan evidente como una operación aritmética. Los hombres del iluminismo, antes de la terminación del siglo XVIII habían llegado a comprender que no creemos en el evangelio porque creamos en los milagros, sino que si creemos en los milagros es porque primero creemos en el evangelio. Y creemos en el evangelio, en parte porque el Espíritu de Dios nos enseña por el poder de la fe. Jesús mismo es un milagro, y el mayor milagro que puede acontecernos es que lleguemos a ser como él.

El iluminismo comprendió que las gentes no pueden ser esclarecidas si son ignorantes, y la religión es una de las cosas que es preciso enseñar y explicar. Podemos saber algo de religión por medio de la dirección del Espíritu de Dios en nuestros corazones, pero las enseñanzas de la Biblia no pueden llegar a ser conocidas si no se nos enseñan y también estudiamos lo que ese libro contiene. Con el fin de enseñar a los niños las verdades de la religión y de la Biblia, comenzaron a funcionar las Escuelas Dominicales al finalizar el siglo dieciocho. Se hizo una edición de la Biblia especialmente preparada para los niños, y algunas de sus enseñanzas aparecían escritas con ilustraciones, como aparece en parte el siguiente versículo:

"Y ahora también el



es colocada junto a las raíces de los árboles;

por lo tanto, cada



que no produzca buen



", y así, hasta terminar.

Se escribieron cantos para los niños. Isaac Watts y otros se dedicaron a esto. Aquí hay algunos ejemplos:

Dejad que el can se entretenga en ladrar y morder
porque Dios mismo le otorga este poder;
dejad que osos y leones peleen con gran fiereza:
el gruñir y destrozar es propio de su naturaleza.

Pero, niños, no les imitéis llevados
por la ira violenta; pues, si lo hacéis, cegados
estáis: no es la tarea de pequeña mano
destrozar y herir la carne de un hermano.

Otro ejemplo:

De su belleza ignorantes
los ángeles visten alas;
los niños lucen galas
orgullosos e importantes.

¡Cuidado con tu atavío
tan lleno de galanura,
pues esa es senda segura
que conduce al extravío!

Aquí hay una versión rimada de los Diez Mandamientos:

1. Sólo a un Dios reverenciarás,
2. No te humilles a un ídolo jamás,
3. Guarda de Su Nombre la pureza al no jurar,
5. A tu padre y madre honra a la vez,
4. Y no olvides Su día, porque le tienes que guardar.
6. Nunca a un hombre muerte des;
7. Desecha palabra y hecho impuro;
8. No robes aunque —falta de pan—, te sea duro.
9. Nunca mientas ni ames el engaño.
10. Y no envidies, ni a tu vecino hagas daño.



Hombres Nacidos de Nuevo



EL HOMBRE es como un prestidigitador poco diestro que no puede mantener en el aire, a la vez, media docena de pelotas. Cae una al suelo y después otra. El iluminismo mantuvo en el aire las pelotas de la verdad y la sabiduría, y dejó caer las del poder y el celo. En medio de toda esa averiguación en cuanto a la verdad de la religión cristiana los hombres olvidaron lo que la religión cristiana puede hacer. Pero, para que las cosas fueran aún peores, hubo muchos clérigos de la Iglesia de Inglaterra que no se preocuparon por saber si el cristianismo es verdadero o lo que es capaz de realizar. Sólo se preocupaban de vivir cómodamente a expensas de la Iglesia y en aumentar su peculio personal tomando las entradas de varias iglesias simultáneamente. En la página que sigue hay una ilustración de un vicario colocando pies y manos sobre cuatro iglesias. La atención y cuidado de estas iglesias corría por cuenta de clérigos pobres mientras que los vicarios adinerados pasaban su tiempo en placeres: cacerías de zorros, viajes a Italia, o charlaban con los terratenientes vecinos sobre cerdos y caballos.

Y si las iglesias estaban abandonadas y muy poco se hacía por los que llegaban hasta ellas, nada, absolutamente nada

se hacía por los que se mantenían alejados. La gran masa de los ingleses pobres eran demasiado sucios y bebedores para ser bien recibidos por personas pulcras, de gustos refinados, que llegaban a la iglesia en carruajes. Muy pocos se preocupaban de llevar la religión a los pobres de Inglaterra, o de averiguar si el pueblo común se interesaba por la religión.



Varios avivamientos surgieron en la segunda mitad del siglo dieciocho y la primera mitad del diecinueve (más o menos de 1750 a 1850). Nos detendremos en tres de ellos: el metodismo, encabezado por Juan Wesley y Jorge Whitefield, el anglo-catolicismo, por Juan Enrique Newman y el Ejército de Salvación, creación del General Guillermo Booth.

El movimiento metodista comenzó con un grupo de estudiantes de la Universidad de Oxford; entre estos se encontraban Juan Wesley y Jorge Whitefield. Fueron apodados metodistas en son de burla por los otros estudiantes, porque los del nuevo grupo hacían un programa para el empleo de cada minuto del día con todo *método*: tanto tiempo para el estudio, tanto para la oración; tantas horas para visitar a los que estaban encarcelados, y así sucesivamente. Pero, aun este "método" que parecía demasiado a los burladores, no parecía lo suficiente a Juan Wesley. No había duda de que *hacía* bastante, pero él no se *sentía* lo suficientemente seguro ni poseído de suficiente ardor.

Este sentimiento de perfecta certeza se posesionó de él a las nueve menos cuarto de la noche del 24 de mayo de 1738. Ahora no podía abrigar dudas. Sentía como si hubiera nacido otra vez. ¿Qué ocurre —decía él—, cuando nacemos? Teníamos vida antes de nacer pero todavía no habíamos respirado. Así también, aunque sepamos que estamos vivos en nuestra religión, no hemos nacido hasta que no comenzamos a respirar el Espíritu de Dios. Este nuevo nacimiento "es el cambio realizado en el alma por el espíritu de Dios cuando el amor al mundo queda transformado en amor de Dios, el orgullo en humildad, la violencia en benignidad, el odio, envidia, y maldad en un tierno, sincero y desinteresado amor por toda la humanidad. En una palabra, es aquella transformación por la cual lo mundanal es reemplazado por el sentir que hubo en Cristo Jesús. Esta es la característica verdadera del nuevo nacimiento. Esto le ocurre a todo aquel que nace por el Espíritu".

Juan Wesley anhelaba que otros pasaran por una experiencia así e hicieran suyo este nuevo sentir. Whitefield lo había alcanzado. Los dos habían llegado a ser ministros de la Iglesia de Inglaterra y comenzaron a hablar en las iglesias sobre este nuevo nacimiento, pero la vida religiosa de la Iglesia estaba ya tan fría que los miembros de ella sintieron que se les abrasaban las carnes por medio de una prédica tan ardiente y entonces les negaron el púlpito a los metodistas. ¿Qué hacer entonces? "Si las puertas de las iglesias se cierran, predicaremos al aire libre" —declararon Whitefield y Wesley. Fueron, pues, donde los hombres, a encontrarse con ellos donde se hallaran: junto a los pozos de las minas de carbón cuando los mineros bajaban o subían después de su trabajo, y a las aldeas de Inglaterra, Escocia, Irlanda y la América del Norte.

La gente del pueblo les escuchaba con alegría y a veces se reunían veinte o treinta mil personas. Pero los truhanes trataban de interrumpir las reuniones y aun hacer que terminaran haciendo sonar pitos, tocando campanas o contratando a un pregonero que chillara enfrente del predicador. Algunas veces arreaban ganado en medio de la congregación. En cierta ocasión una turba irrumpió en la casa donde

Wesley se hospedaba. El se dirigió hacia el grupo y pidió una silla. "Mi corazón estaba lleno de amor —escribía después—, mi ojos de lágrimas y mi boca de buenos argumentos... Ellos quedaron atónitos, avergonzados. Se ablandaron. Bebían con avidez cada palabra. ¡Qué cambio más admirable fue este!" Wesley daba gracias a Dios por poder reunir junto a su persona a ebrios, maldicientes y hombre sin Dios ni ley.

A veces los camorristas caían en sus propias redes. Cierta vez uno levantó la mano para tirar una piedra, cuando otra, arrojada desde atrás, le dio en todos los dedos. Sucedió en otra oportunidad que un sujeto se presentó con los bolsillos llenos de huevos podridos. Dejemos que Wesley termine la historia. Escribe: "Un joven, que nada sabía de esto, le palmó amistosamente los costados y reventó todos los huevos." También se presentaba el caso de que los matones eran vencidos por el hombre a quien querían aplastar. Cierta vez en que la turba estuvo a punto de dar muerte

a Wesley, después que apenas escapara del golpe de un grueso bastón, comenzó a orar serenamente. De pronto el que dirigía a la canalla se dio vuelta y dijo: "Señor, daré mi vida por usted. Sígame y nadie de los que están aquí tocarán un cabello de su cabeza." Salieron sin ningún contratiempo y ese mismo hombre se convirtió en uno de los dirigentes del metodismo.



Wesley recorrió a caballo toda Inglaterra, Escocia, Gales, Irlanda, y predicó en los campos y visitó las cárceles. Siempre hacía sus jornadas a caballo. En el curso de siete meses recorrió cerca de 4.000 kilómetros, y durante su vida entera llegó a los 360.000 kilómetros. Algunas veces cubría ciento cuarenta y cinco ki-

lómetros en un día. Cabalgaba llevando las riendas sueltas (era el mejor sistema, decía él, para evitar que el caballo tropezara); mientras montaba iba leyendo distintas cosas, historia, poesía, filosofía, en inglés, en latín, y en griego.

Poco a poco la opinión pública se fue modificando y entonces le admiraban sinceramente. Los alcaldes le ofrecían, para honrarle, nombrarle hijo de aquellas ciudades donde antes había sido objeto de ataques de parte del populacho. Al visitar cierta ciudad a la edad de ochenta y cinco años, escribía: "La última vez que estuve aquí, como cuarenta años atrás, fui tomado preso por una multitud inmensa que abría la boca y rugía como león, pero ¡cómo cambian las cosas! Los desheredados y los bien nacidos se alínean ahora en las calles de un extremo a otro de la ciudad, contemplando inducidos por la bondad y el amor, como si pasara el rey."

Pero una escena como esta no llenaba tanto de alegría a Wesley como el cambio mismo que se operaba en las personas. De un pueblo escribía que se había distinguido por "quebrantar el domingo, beber, jurar, maldecir y despreciar la religión enteramente. Pero ahora no es así." Y en otro caso: "Así es cómo una de las ciudades peores se ha convertido en una de las mejores y más tranquilas de Inglaterra. ...Yo os señalaré a aquel que hasta entonces era un león y que ahora es un cordero. Al que era un bebedor y ahora no prueba el vino. Estos son, pues, mis testimonios vivos de lo que yo manifiesto: Dios hace ahora lo mismo que antes, perdona los pecados y envía el Espíritu Santo a nosotros y a nuestros hijos."

Wesley sabía perfectamente que para que estos hombres continuaran por la buena vía necesitaban otra ayuda además de los sermones. Para el que antes bebía a toda hora no era cosa fácil no beber una gota de licor. Sus antiguos camaradas le atormentarían induciéndole a beber una copa después de otra hasta poder reírse de él porque un metodista estaba ebrio. Para que una cosa así no sucediera los metodistas se comprometieron a formar grupos de doce personas, las que, una vez por semana, debían reunirse y alentarse mutuamente refiriendo las dificultades, luchas y victorias alcanzadas. Cada miembro de uno de estos grupos te-

avía una papeleta con su nombre, y esto le servía a manera de pase. Al principio de este capítulo aparece la papeleta de una tal: "María Harte".

El movimiento se extendió. Se obtuvo en la ciudad de Londres una casa para celebrar reuniones. Había sido antes una fábrica de cañones y el techo había sido volado. Wesley hizo colocar otro techo y convirtió este edificio en una iglesia. Hombres que no habían sido ordenados como ministros de la Iglesia de Inglaterra (como lo eran Wesley y Whitefield), comenzaron a predicar en esa iglesia. Al principio Wesley tuvo la intención de no permitirles proseguir, pero, al darse cuenta más tarde del fuego y pasión con que predicaban, les permitió que hablaran. Así fue cómo los metodistas tuvieron predicadores "laicos". Con el transcurso del tiempo se necesitaron más ministros ordenados, pero ningún obispo de la Iglesia de Inglaterra quería hacer esto. En vista de esto, Wesley mismo indicó al que debía ordenar a otros. En esta forma la Iglesia Metodista llegó a tener sus propios obispos. Todos estos pasos sucesivos: las reuniones de "clases", la construcción de una iglesia, los predicadores laicos y los obispos hicieron de la iglesia metodista otra, aparte de la iglesia de Inglaterra. Wesley lo lamentaba. Su propósito había sido producir un avivamiento en la iglesia inglesa y no su división.

Y produjo en ella un avivamiento que no alcanzó a ver. Cien años después de que Wesley y Whitefield eran estudiantes de Oxford, otro grupo de estudiantes se reunía en las salas de la misma universidad para ver cómo lo que Wesley había hecho para la clase baja de Inglaterra, podría hacerse para la gran masa de la iglesia anglicana. Pensaban, lo mismo que Wesley, que el iluminismo había hecho que desaparecieran algunas de las cosas más destacadas e interesantes del cristianismo. Wesley había recobrado aquella pureza y ardor. Ellos querían ahora recobrar la fe y la belleza. El iluminismo, decían ellos, ha podado demasiado la fe cristiana y ha olvidado que Dios no es un ser tan elemental. Es grande, santo y terrible. Unicamente los antiguos credos de la iglesia destacaban a Dios en todo su esplendor y riqueza. Los puritanos, según ellos, habían des-

truido la belleza de la religión sacando todos los elementos que la iglesia de Roma empleaba en sus servicios.

Pero si la iglesia de Inglaterra iba a retornar a tantas de las creencias y prácticas de la Iglesia de Roma, ¿por qué no volver entonces al seno de la misma Iglesia de Roma y que deje de existir la Iglesia de Inglaterra? A esta conclusión llegó Juan Enrique Newman. Y se unió a la Iglesia católica romana. No obstante, la mayor parte del grupo de Oxford no estuvo de acuerdo con él. Para ser católicos, decían ellos, y para recobrar la fe y la belleza de la Iglesia católica no es preciso retornar al catolicismo romano. Puede ser uno, simplemente, inglés católico. Se dieron entonces la denominación de "anglo-católicos", que significa católicos ingleses.



Así como la iglesia inglesa tuvo necesidad de un avivamiento durante la vida de Wesley, también un siglo más tarde el metodismo mismo necesitaba un avivamiento. Los biznietos de los sencillos y pobres metodistas primeros, se habían enriquecido, gozaban de opulencia y no les importaba gran cosa la situación de los pobres contemporáneos suyos. Pero, a pesar de todo, la iglesia metodista todavía tenía bastante del espíritu de Wesley, para producir más hombres como él. Uno fue Guillermo Booth, el fundador del Ejército de Salvación. Se dice de él que pronunció las siguientes palabras: "Hay un solo Dios y Juan Wesley es Su profeta." Y, así como Wesley fue a buscar a los infelices y los pobres de Inglaterra en las bocas de las minas de carbón, Booth, los encontró en los barrios bajos de Londres. Y así como Wesley usaba como púlpitos las piedras de los caminos, los púlpitos de Booth fueron los cordones de las aceras. Los dirigentes metodistas llamaron a Booth para celebrar una conferencia con él y le manifestaron que debía tener a su cargo una iglesia,

y dedicar sólo la mitad de su tiempo a los pobres. Pero estaba presente su esposa, Catalina, y ella intervino en la conversación diciendo: "¡Nunca, Guillermo, nunca!"

Este matrimonio inició un movimiento siguiendo en todo las huellas de Wesley, y los dictados de su corazón. Hicieron algo más que predicar a los pobres. Establecieron comedores populares, refugios para los hombres que dormían debajo de los puentes, casas para jóvenes descarriados. Booth sacudió y despertó a toda Inglaterra con un libro que tituló: *En lo más oscuro de Inglaterra*. Recién había sido publicado un libro que se llamaba *En lo más oscuro del Africa*. Booth demostró que en Inglaterra la oscuridad era mayor.

Así como Wesley había empleado predicadores laicos, Booth tomó a los que había ganado para su causa y los hacía trabajar para conquistar a otros. El celo importaba más que la sabiduría.

Uno de sus miembros fue el que escogió el nombre para este nuevo movimiento. Sugirió el de "Ejército de Salvación". El nombre agradó a la generalidad y entonces los que a esto se dedicaban fueron llamados sargentos, cabos, capitanes y mayores. No era del agrado de Guillermo Booth



ser llamado "General", pero tuvo que aceptar el nombre y grado que le daban. Fue él el que ideó la bandera. El paño rojo representa la sangre de Cristo, la orilla azul la santidad y el centro amarillo el fuego del Espíritu. El Ejército de Salvación contaba con una banda de música, o por lo menos una corneta, tambor y címbalos.



Un Nuevo Mundo



UANDO se descubrió la América se abrió un vasto campo nuevo para la Iglesia. Aquí había *Terra Nova*, que quiere decir "tierra nueva". Los cartógrafos del Viejo Mundo la imaginaban llena de terrores y ponían en sus mapas caníbales y monstruos, como se puede ver en esta ilustración. Pero, a pesar de todos los terrores que pudiera contener, había aquí, verdaderamente, un nuevo mundo, poblado de hombres que debían ser conquistados para Cristo, y tierras nuevas donde los que eran perseguidos podían encontrar la ansiada libertad y erigir sus santas comunidades.

Primero llegaron los exploradores y más tarde los colonizadores. Durante los cien primeros años después del descubrimiento de América los esfuerzos de la iglesia iban dirigidos a convertir a los indios. Después del año 1600 colonos blancos comenzaron a poblar la nueva tierra y, junto con ellos, trajeron distintas religiones, que eran las que existían en el Viejo Mundo. Nos preocuparemos primero de los misioneros que se dedicaron a enseñar a los indios de la América del Norte, y después de los colonizadores y sus primeras iglesias.

Cuando Cristóbal Colón llegó a las playas del Nuevo Mundo levantó la cruz de Cristo y el estandarte de España

y escribió a su rey que "los naturales tienen conocimiento que hay un Dios que está en lo alto y están firmemente persuadidos de que nosotros venimos desde el cielo." Debía cristianizárseles —agrega él—, y el rey recibiría mucho oro del país. Por desgracia los conquistadores deseaban, sobre todo, obtener el oro. Bautizaban a los indios para salvar sus almas y después les robaban y los convertían en esclavos. Aquí aparece Cortés, el sanguinario conquistador de Mé-



xico, que sostiene en alto un crucifijo mientras algunos jefes indios son bautizados. El círculo que se ve en la mano del sacerdote es el cuenco de donde deja caer el agua. Los conquistadores aprovecharon la creencia de los naturales que venían del cielo, para engañarlos. Los hombres blancos ofrecieron a aquella gente sencilla llevarlos en un viaje al paraíso para visitar a sus antepasados muertos, y, una vez que los tuvieron a bordo, se los llevaron para convertirlos en esclavos.

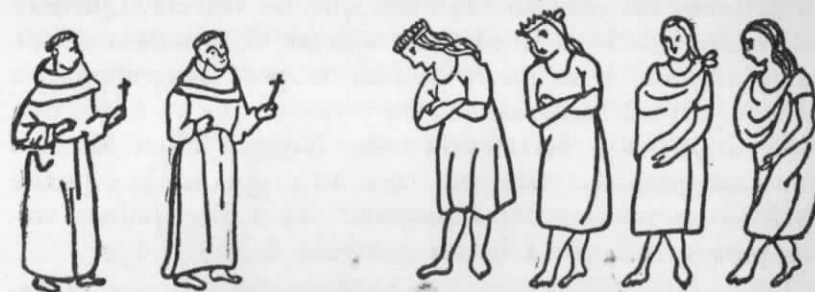
Los que eran verdaderamente cristianos quedaban espantados ante tanta crueldad. Un fraile dominico de apellido Las Casas escribió denunciando todas estas atrocidades y aun fue a su patria, España, para presentar el caso perso-

nalmente al rey. Preguntado Las Casas cuánto creía él que se podía hacer con los indios sin empleo de la espada y sólo con palabras, respondió que él marcharía a una región terrible llamada la Tierra de la Guerra y la conquistaría para Cristo sólo con la persuasión de la palabra, siempre que el rey mantuviera alejados de allí por cinco años a todos los otros españoles. Las Casas trabajó de acuerdo con su plan y cambió el nombre de esta región por el de Vera Paz, es decir, Tierra de la Verdadera Paz. En nuestros días es una parte de Guatemala.

Los franciscanos desplegaron mucha actividad en México y la región sur de California. En la ilustración de la página siguiente aparecen dos de estos misioneros que son recibidos por un jefe indio y tres de sus mujeres.

En la región norte, en la vecindad de San Lorenzo y los Grandes Lagos, los jesuitas fueron los misioneros que más sobresalieron. Entre ellos, ninguno fue más valoroso y bueno que Isaac Jogues. Era un muchacho francés. Su madre, que vivía en la ciudad de Orleáns, en Francia, le oyó decir su primera misa y en seguida le dijo adiós al partir él para el Nuevo Mundo. "No sé qué será entrar en el paraíso — escribía a su madre—, pero no puedo creer que experimentara una alegría mayor que cuando celebré la misa en Quebec." Entonces comenzó su obra entre los indios hurones. Un padre que antes les había tratado le dio al joven estos consejos: "Deberás sentir verdadero amor por estos salvajes. No les hagas esperar cuando ellos suben a sus botes. Enciéndeles sus pipas y sus fogatas. Come de la comida que ellos te sirven, aunque no te agrade, y tómalas a la hora que tienen por costumbre servirla. No lleves arena o agua a sus canoas. No los molestes y no hagas muchas preguntas. No critiques nada. Manifiéstate alegre siempre. Preséntales, a manera de obsequio cortaplumas, anzuelos y cuentas de vidrio. Llévalas su equipaje, aunque sólo sea una olla. Ellos no saben apreciar las cualidades que te hacían ser querido en Francia. Si pudieras andar desnudo y llevar tanta carga como un caballo, te considerarían un gran hombre. Piensa sólo en la cruz de Cristo y hallarás rosas en las espinas y dulzura en la amargura."

El Padre Jogues y sus compañeros "Ropas negras", como les llamaban los naturales, estuvieron en grave peligro por haberse curado de un ataque de influenza, mientras que muchos indios murieron. Los hurones pensaron entonces que los blancos usaban cierta magia que la reservaban sólo



para ellos. Cuando por fin lograron conquistar la confianza de los hurones, se presentó una seria dificultad. Los mohicanos estaban en guerra contra los hurones y los franceses. Se necesitaba alguien que fuera a la misión establecida en Quebec para traer víveres. Se le pidió a Jogues que fuera, aunque no con el carácter de una orden. Salió él con algunos acompañantes franceses e indios, pero fueron sorprendidos en una emboscada. Los soldados pelearon valerosamente. Jogues, siendo fraile, no podía pelear y permaneció escondido en medio del pasto. Pudo haber huido, pero dijo: "¿Podía yo dejar a mis amigos franceses e indios cristianos cuando me necesitaban para que les diera la ayuda de la iglesia en medio de sus torturas?" El se entregó voluntariamente.

Algunos de sus compañeros fueron torturados y aun recibieron una muerte horrible. A él le perdonaron la vida porque los mohicanos le necesitaban para negociar con los franceses; pero, aunque no le dieron muerte, le arrancaron las uñas, y le cortaron el pulgar de la mano izquierda y los falanges de otros dedos. Durante la noche le ataban al suelo con cadenas mientras los niños indios colocaban sobre su cuerpo carbones encendidos.

Al fin fue libertado por algunos holandeses y recibió toda suerte de atenciones de parte del ministro presbiteriano. El Padre Jogues regresó entonces a Francia y el día de Navidad vio a su madre otra vez. Pero él deseaba ardientemente volver a los mohicanos, que eran los que le habían dado tan mal trato. "Si me dedican a esta misión —escribía—, mi corazón me avisa que no volveré. Quedaré satisfecho si a Dios le place completar el sacrificio donde ya lo empezó, y si quiere aceptar la poca sangre que yo derramé en ese lugar, como una promesa que yo hago, que estoy dispuesto a derramarla toda. Nuestro buen Maestro que ganó para sí a esta gente con su propia sangre, puede abrirles las puertas del Evangelio." El Padre Jogues volvió para caer bajo el hacha guerrera de los indios.

Los holandeses que en una oportunidad anterior le habían salvado la vida eran colonos, un grupo de entre los muchos que durante el siglo decisieste ocuparon distintos puntos en la costa del Atlántico. Los colonos venían al Nuevo Mundo sólo en parte por razones religiosas. Algunos deseaban encontrar un sitio donde pudieran adorar a Dios como les parecía más aceptable y mejor. Otros buscaban una oportunidad para llevar una vida más holgada y con menos afanes. Pero, cualquiera que fuera el motivo que los trajera a regiones nuevas, la mayoría compartían la idea de que en un lugar determinado no podía establecerse más que una religión. En la mayor parte de las colonias la Iglesia y el Estado estaban unidos, y sólo se permitía aquella forma del cristianismo unida al Estado. En Pennsylvania y Maryland la Iglesia y el Estado no se unieron, pero no se permitió tampoco que se estableciera allí cualquiera religión. Rhode Island fue la primera colonia que tuvo completa separación entre la Iglesia y el Estado.

Si recorremos la costa atlántica de la América del Norte, desde el sur, veremos que las colonias del sur, en particular Virginia, pertenecen a la iglesia episcopal. Los católicos fundaron Maryland, los cuáqueros Pennsylvania, los presbiterianos Nueva Jersey y Nueva York, los congregacionalistas Connecticut y Massachussetts, y los bautistas Rhode Island. Nos vamos a detener a saber algo de cada una.

Los episcopales se establecieron en Virginia. Su jefe, el capitán Juan Smith, describe así la primera iglesia:

"Cuando fuimos por la primera vez a Virginia recuerdo muy bien que levantamos un toldo (que era una vela vieja de buque), y lo sujetamos a tres o cuatro árboles para tener así un poco de sombra y escapar a los rayos del sol; las murallas, cercas de madera; nuestros asientos, troncos de árboles sin cepillar, hasta que aserramos tablones; nuestro púlpito, un tirante de madera clavado a dos árboles vecinos.

Cuando el tiempo era malo buscábamos el amparo de una vieja tienda.



Esta fue nuestra iglesia hasta que construimos algo muy sencillo y rústico parecido a un pajar, colocado sobre estacas, cubierto el techo de troncos de árboles, juncias y tierra; de igual manera se levantaron las paredes. La mejor de nuestras casas igualmente curiosas, pero, por lo general, con menos obra de mano, que no podían defendernos bien del viento o la lluvia. A pesar de todo, diaria-

mente repetíamos el Padrenuestro, al levantarnos y al acostarnos; cada domingo escuchábamos dos sermones y cada tres meses celebrábamos la Santa Comunión."

Cuando Lord De La Warr llegó en el año 1610, se construyó una iglesia mejor. Tenemos de ella la siguiente relación:

"El Capitán General ha dado la orden para que se efectúen reparaciones en la iglesia y en este momento muchas manos se ocupan de esa obra. La longitud es de treinta pies y la anchura veinticuatro. Tendrá un Presbiteriado de madera de cedro y una mesa para la Comunión de madera de nogal negro; los bancos serán de cedro, habrá hermosas y amplias ventanas, de abrir y cerrar (según sea la voluntad del tiempo), también de la misma madera: un púlpito de la madera dicha, con una pila de bautismo excavada, como una canoa, y con dos campanas en la parte oeste. Está arreglada de tal manera que tiene mucha luz en su interior y

el Señor Gobernador y el Capitán General se preocupan de que se la mantenga limpia, fragante, adornada con diversas flores y con un Sacristán que se preocupe de ella; y cada día domingo tenemos en ella sermón dos veces al día, y cada jueves un sermón, porque tenemos dos predicadores que se alternan cada semana; y cada mañana, cuando tocan las campanas, como a las diez, cada hombre se dirige a hacer sus oraciones y a las cuatro de la tarde, antes de la cena. Cada domingo, cuando el Señor Gobernador y el Capitán General van a la Iglesia, él está acompañado de todos los Concejales, Capitanes, otros oficiales y todos los caballeros, con una guardia de alabarderos que lleva el uniforme de librea de los servidores de su Señoría: hermosas casacas rojas hasta llegar al número de cincuenta hombres en ambos lados, y detrás de él; y, una vez en la iglesia, su Señoría tiene su asiento en el coro, donde hay una silla de terciopelo verde, con un paño también, con un cojín de terciopelo verde colocado sobre un escabel delante de él, donde él se arrodilla, y, cada lado del Concejo. Capitanes y oficiales, cada uno en su lugar; y cuando él vuelve a su casa otra vez, se le acompaña y se le rinden honores hasta su casa de la misma manera."

Por largo tiempo la Iglesia Episcopal fue la única iglesia en Virginia. Jorge Washington pertenecía a esta iglesia.

Colonos luteranos suecos se establecieron en Delaware. Tuvieron grandes dificultades para conseguir ministros desde la lejana patria y aun para hacer llegar una solicitud hasta allá, pero al fin pudieron dirigirse a uno de los representantes del rey enviándole una carta que decía: "Deseamos ardientemente que se nos envíen dos ministros suecos que sean bien versados en las Santas Escrituras para que podamos conservar nuestra fe luterana en toda su verdad. Además, es nuestro humilde deseo que tengáis a bien enviarnos tres libros de sermones, doce Biblias, cuarenta y dos libros de salmos, un centenar de tratados, doscientos catecismos e igual número de silabarios; cosas por las que, una vez recibidas, prometemos un pago puntual en el lugar que consideréis apropiado ordenar.

"En cuanto a nuestras actividades y situación en este

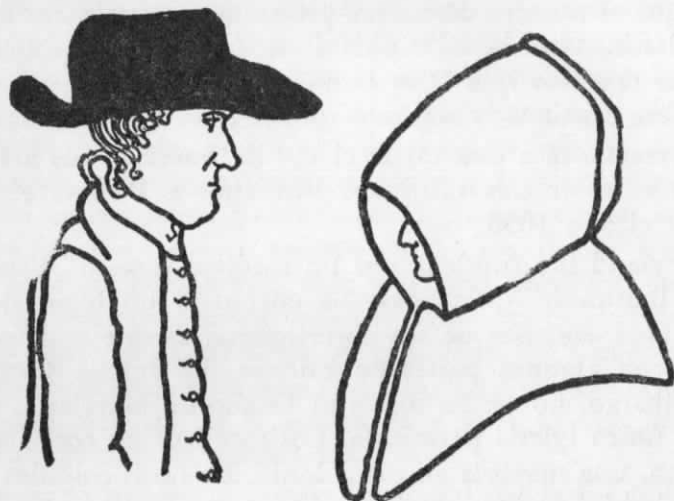
país, somos, la mayoría, granjeros. Aramos, sembramos y cultivamos la tierra, y, en cuanto a nuestra comida y bebida, vivimos de acuerdo con las antiguas costumbres suecas. Vivimos, también en paz y amistad los unos con los otros, y los indios no nos han molestado por un buen número de años. Siempre hemos tenido, para que ejerzan autoridad sobre nosotros, magistrados equitativos y benignos, y vivimos, uno con el otro, en paz y tranquilidad. De manera que es nuestro deseo, tan pronto como esta carta llegue a su destino, que se dé rápida atención a nuestra solicitud; porque creemos que Dios tiene, ciertamente, su mano en esta obra cristiana, y rogamos que la lleve a feliz término."

En respuesta a esta carta, el rey de Suecia y sus arzobispos mandaron tres ministros luteranos a Delaware. Esto era en el año 1696.

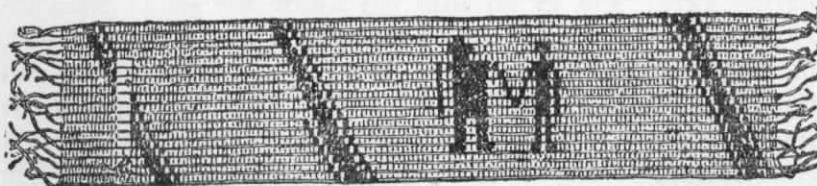
Maryland fue fundada por un católico romano. Este fue Lord Baltimore, quien deseaba encontrar un lugar de refugio para aquellos de sus correligionarios que eran perseguidos en algunos países de Europa. La Iglesia Católica, sin embargo, no estaba unida al Estado de Maryland, y no era la única iglesia permitida. Los católicos no constituían, siquiera, una mayoría en esa colonia. En otras colonias apenas si había algunos católicos. El mayor incremento de la Iglesia católica en los Estados Unidos sólo se produjo más adelante, como veremos después.

Los cuáqueros encontraron una segunda patria en Pennsylvania. El Estado tomó ese nombre en memoria de Guillermo Penn. Era él un hijo del almirante de la flota de Inglaterra, quien se sintió ofendido cuando su hijo dejó a un lado la espada, conservó su sombrero y vistió el sencillo traje de los Amigos. El grabado de la página siguiente muestra el traje típico de los Amigos, de los Estados Unidos de América del Norte. El viejo almirante al principio repudió a su hijo, pero no podía dejar de admirarlo al ver que abandonaba la vida fácil y alegre de una corte que rodeaba a su rey, por una prisión pestilente y vil. El anciano padre tuvo todavía motivo de más justificado orgullo cuando su hijo impresionó de tal manera a un jurado inglés que éste, después de verse sus miembros obligados a permanecer sin

alimento, abrigo ni comodidades por dos días enteros con sus correspondientes noches, para obligarles a declarar que Penn era merecedor de culpa, a la mañana siguiente, cansados, hambrientos y sucios, volvieron a dar la misma respuesta: "No es culpable." El almirante Penn restituyó en su testamento los derechos de su hijo Guillermo, y así es cómo llegó a tener la gran fortuna y el prestigio social necesari-



rios para establecer una colonia de cuáqueros en el Nuevo Mundo. Fue justo en todas sus negociaciones y trató con los indios. Hizo con ellos un tratado, el que nunca fue sellado por un juramento y, no obstante, nunca fue quebrantado.¹



Muchas otras colectividades perseguidas en Holanda y Alemania como los menonitas, schuvenckfeldianos y dunkardistas encontraron un hogar junto a los cuáqueros.

¹ La única prenda del pacto era la banda de cuentas en que se ve un cuáquero y un indio tomados de la mano.

Ha sido conservada hasta ahora una carta escrita por una niña cuáquera, desde Pennsylvania, a su abuela, establecida en Inglaterra. Parte de la carta dice así:

La Hacienda, Condado de Bucks, Pa.
El 28 del 11º mes, 1685.

Querida abuela:

Mamá te ha estado escribiendo desde el último Quinto-día, y ella me dijo que yo podía colocar una hoja más en la carta para ti. Queremos que salga esta en el paquebote que zarpa desde Fildelfia alrededor del 10 del mes Décimosegundo.

Nuestra casa nueva está toda terminada. Desearía que tú vieras nuestra gran cocina. Tiene una chimenea francesa que ocupa todo un extremo de la pieza. Papá trae los troncos que quedan más lejos a caballo, y cuando los niños le echan bastante leña a la chimenea se enciende una gran fogata. Tenemos mucha leña. Papá dice que seríamos ricos si, estando en Inglaterra, tuviésemos tanta madera. Yo recojo las astillas. Pasamos horas muy agradables durante el otoño tostando castañas en las cenizas. Yo tengo secas cuatro cuartos de galón.

Nuestra casa nueva está construida de troncos y todo muy bien enlucido por dentro. Nos sentiremos confortables y abrigados este invierno. Ahora tenemos un horno holandés.

Me hubiera gustado que tú vieras nuestro jardín este verano. Además de las hileras de salvia, manzanilla, tomillo, consuelda, y ruda, con milenrama y algunas cebollas, tenemos unas grandes y lindas manzanas de amor [tomates]. Son casi tan grandes como una manzana. Crecen de una mata frondosa que brota de una semilla en la época de la primavera. El tío Enrique las encontró el verano pasado entre los indios y trajo algunas semillas a la casa. Mamá dice que son veneno si las comemos. Son bonitas para mirarlas, nada más.

Tenemos muchos caballos y vacas que no son nuestros. Papá es ahora guardamayor de los bosques y cuida de todos los que están perdidos. Tú no sabías nada de esto, ¿verdad? Sucede que todos aquí dejan que sus vacas y caballos corran libres por los bosques. Algunas veces no regresan y pasa un largo tiempo antes que se les encuentre. Nos contaron que una niña durante este otoño se extravió cuidando las vacas. Llegó el atardecer, oscureció y ella oía a los lobos que ululaban. Era muy tarde cuando encontró a todas las vacas muy juntas unas a las otras. Al día siguiente su padre la encontró profundamente dormida al lado de la vaca que llevaba la campanita. Estaba sana y salva. Me alegro que yo no fui esa niña.

Mamá abre el colegio para mí todos los días. Ella es la maestra y yo soy todos los alumnos. Soy la primera de la clase. Papá dice

que si sigo progresando en forma tan satisfactoria me mandará a Inglaterra, para que vaya al colegio, cuando sea más grande. Entonces podré verte, querida abuela, y la antigua casa que quiero tanto. No tengo más espacio en la hoja de papel, así que debo terminar.

Con muchísimos besos y dos palmaditas cariñosas para el querido viejo Rover, soy tu cariñosa nieta,

Sally Brindley.

La Iglesia Presbiteriana alcanzó la preeminencia en Nueva Jersey y Nueva York. Los primeros colonos fueron los holandeses, cuya Iglesia, llamada Iglesia Reformada Holandesa, es una rama del sistema presbiteriano. Cuando los ingleses se hicieron cargo de esta colonia Lord Cornbury hizo lo posible por obligar a la gente a asistir a la Iglesia Episcopal. Francisco Makemie, el ministro presbiteriano, rehusó, y celebró su propio culto en una casa de familia. Fue citado ante los tribunales y se le preguntó:

—¿Es verdad que usted predicó y bautizó una criatura en la casa de Fulano de Tal?

—Sí.

—¿Cuántos eran los que le escuchaban?

—Tengo muchas otras cosas que hacer, que contarlas.

—¿Más de cinco?

—Sí, y cinco más.

—¿Tenía usted licencia de Lord Cornbury para hacer esto?

—Otros pidieron permiso a nombre mío.

Makemie hizo ver que los apóstoles Pedro y Pablo no pidieron licencia a nadie para predicar. Makemie ganó porque por entonces las leyes inglesas permitían más de una iglesia en Inglaterra misma y la colonia de Nueva York no podía tener reglamentos más severos que la madre patria.

Los Congregacionalistas se establecieron en Connecticut y Massachusetts. Algunos de ellos se habían trasladado de Inglaterra a Holanda. Los hijos crecían como holandeses y los padres querían establecerse en un punto donde pudieran adorar a Dios según les pareciera mejor y criar a sus hijos como si fueran ingleses. Salieron en el *Mayflower* y desembarcaron en Plymouth Rock, cerca de Boston. Vinie-

ron cuarenta y ocho hombres. Durante el primer invierno murieron veintiocho. No obstante, cuando el navío fue de regreso en la primavera a Inglaterra, ninguno de los colonos quiso volver. Esto ocurrió en el año 1621. Pronto llegaron otros colonos y se establecieron en Boston. Poco a poco fueron ocupando New Haven y Hartford en Connecticut. Por un largo espacio de tiempo en Massachusetts y Connecticut sólo se permitió el establecimiento de iglesias congregacionales.

A los Bautistas no se les permitió que se establecieran en Massachusetts, y su dirigente, Rogerio Williams fue expulsado en parte por ser bautista y en parte también porque declaró que el gobierno no debía ejercer dominio sobre la religión. El gobernador Winslow, de Plymouth, le dijo a Williams que se fuera entonces a campo raso y que ahí podría ser tan libre como los congregacionalistas y tan buen vecino como ellos también. Podía haberse escogido una época del año más propicia para darle ese consejo, porque se le hizo salir del lugar en medio de un invierno de Nueva Inglaterra. Dio el nombre de Providencia a la ciudad que fundó. Otros que compartían sus opiniones fundaron ciudades en esa vecindad. Todas estas se unieron para formar la colonia Rhode Island, la primera que separó por completo la iglesia del Estado. Rogerio Williams obtuvo del rey Carlos II de Inglaterra la siguiente declaración para proteger sus personas y sus ideas religiosas:



“Nuestro placer y voluntad real es que ninguna persona dentro de la dicha colonia ahora y en una época posterior sea en alguna forma molestada, castigada, intranquilizada

o llamada para ser interrogada por cualesquiera diferencias de opiniones en cuestiones de religión ya que de hecho no perturban la tranquilidad civil y la paz de esa nuestra colonia; antes todos y cada persona y personas puedan, de tiempo en tiempo y en todo tiempo a partir desde ahora, libre y plenamente tener y gozar de su y de sus conciencias y juicios propios en materias que conciernen a la religión, dentro de los límites del territorio que en seguida se menciona, y siempre que se conduzcan pacífica y sosegadamente."

CAPITULO XXIII

*La Santa Luz de la Libertad*

L SEPARAR la Iglesia del Estado Rhode Island dio un ejemplo que fue seguido por otras colonias, y en el año de la guerra de la independencia la Carta de Derechos del estado de Virginia decía que "la religión o la obligación que tenemos hacia nuestro Creador y la forma de cumplir con ella puede ser dirigida sólo por la razón y la convicción y no por la fuerza o la violencia; por lo tanto todos los hombres gozan de igual facultad para el libre ejercicio de la religión de acuerdo con los dictados de la conciencia; también que es la mutua obligación de todos poner en práctica la clemencia cristiana, el amor y la caridad hacia cada uno". Cuando las colonias formaron los Estados Unidos de Norte América, la Constitución declaraba: "El Congreso no promulgará ninguna ley respecto al establecimiento de una religión, o prohibiendo el libre ejercicio de ella." La Constitución, no obstante, no decía que cada uno de los estados podía adoptar la misma actitud y algunos de ellos continuaron con las prácticas antiguas por algún tiempo más. A pesar de todo, en los primeros años del siglo diecinueve la Iglesia y el Estado quedaron separados en cada estado en los Estados Unidos de Norte América. No existe

una Iglesia que goce de mayores privilegios o beneficios que otra. Cada Iglesia, así como cada hombre y mujer tiene libertad para adorar a Dios en la forma que le parezca mejor.

La separación de la Iglesia y el Estado no equivale a demostrar, empero, que los Estados Unidos de Norte América no sienten ningún interés por la religión. Hay capellanes en el Congreso nacional y en todas las otras legislaturas de los demás estados. Figuran como días de feriado legal la Navidad, el Día de Acción de Gracias y los domingos. No pagan contribuciones las tierras y edificios empleados o de propiedad de la Iglesia. Las monedas, como ser el dólar, el cuarto de dólar y los diez centavos llevan inscripto el lema: "En Dios confiamos." Cuando Teodoro Roosevelt era presidente de la República pensaba que las monedas no eran los lugares más apropiados para inscribir en ellas lemas religiosos y trató de que fuera eliminado el que ya hemos citado, pero el Congreso rechazó su proposición.

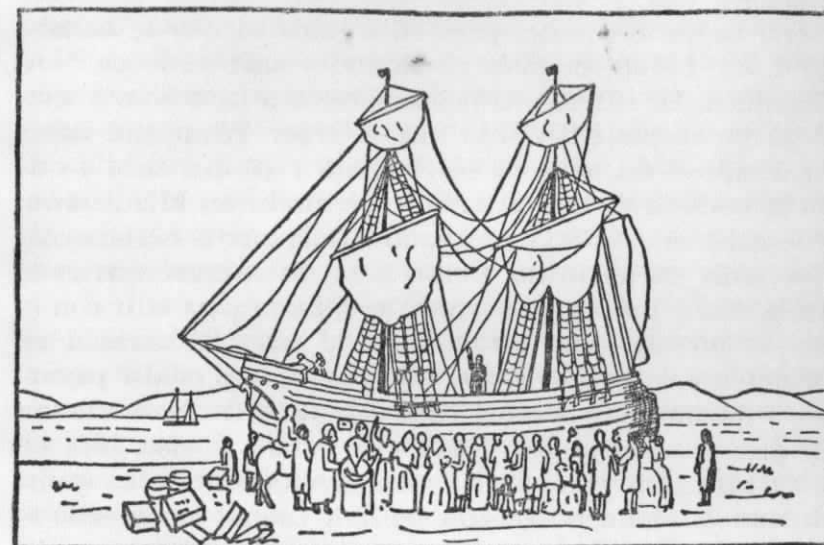
Los Estados Unidos de Norte América han acogido a miembros de todas las religiones, y, como existe la separación entre la Iglesia y el Estado, han podido establecerse libremente en cualquier punto del país. Algunos de esos grupos se han desarrollado con más vigor a causa del crecido número que ha venido desde el exterior. Otras iglesias han nacido dentro del territorio mismo. Todas las iglesias han significado mucho para la vida de la América del Norte.

Durante el período de la colonización los luteranos no vinieron en número apreciable. Los suecos en Delaware constituían un grupo pequeño y la colonia luego se incorporó a los ingleses. En años posteriores los luteranos alemanes llegaron en grupos más grandes y formaron colonias de consideración en algunas partes, especialmente en Pennsylvania y más tarde en Missouri. Los luteranos suecos constituyeron lo que podríamos llamar la espina dorsal de Minnesota.

Los católicos aumentaron al principio, principalmente debido a las condiciones en Irlanda, que se mostraba cada día más adicta a la Iglesia católica romana porque odiaba el gobierno de la Inglaterra protestante. Otros desastres tales

como guerras y hambres obligaron a los irlandeses a buscar un hogar fuera de su tierra. Durante el siglo diecinueve arribaron a los Estados Unidos grandes cantidades de polacos e italianos y ellos, también eran, en su mayoría, católicos.

Los metodistas llegaron a los Estados Unidos de Norte América antes de la guerra de independencia. El navío que los traía llegó aquí en 1760. En la ilustración siguiente vemos a Felipe Embury, el fundador de la primera iglesia metodista en los Estados Unidos de Norte América, predicando desde cubierta. Los metodistas no llegaron a tiempo para fundar una colonia y, tal vez fuera esta circunstancia



una ventaja, porque al presentarse en una fecha posterior, se esparcieron por todas partes. Los ministros congregacionales, presbiterianos y bautistas vivían en casas pastorales, pero puede decirse que los metodistas vivían sobre la silla de montar y las alforjas de sus caballos. A lomo de su cabalgadura, como antes lo hiciera Juan Wesley, recorrieron íntegramente la costa desde Georgia hasta Maine y una vez que la región del oeste se encontró expedita, avanzaron por esas inmensas planicies. Basta mirar rápidamente las hojas que dejó escritas un granjero de Middletown sobre los via-

jes y predicaciones de Jorge Whitefield en este país para darse cuenta de su influencia y actividades. Escribe:

“Por la gracia de Dios el señor Whitefield vino a esta tierra; yo oí que predicaba en Filadelfia como uno de los antiguos apóstoles y que muchos miles se reunían para oír el Evangelio; también que un gran número se convertía a Cristo, y por esta razón sentía que el espíritu de Dios era el que también me guiaba. Ansiaba verlo y escucharlo y deseaba mucho que llegara por estos contornos, y por eso, tan pronto como supe que había llegado a Nueva York y las Jersies y que una gran multitud se reunía junto a él, grandemente preocupadas por sus almas y muchos convertidos, aumentó más y más mi preocupación, con la esperanza cierta de verlo pronto, pero en seguida oí que se hallaba en Long Island, después en Boston y más tarde en Northampton. De súbito una mañana, como a las ocho o nueve, llegó un mensajero y dijo que el señor Whitefield había predicado el día anterior en Hartford y Wethersfield y que en la mañana de hoy, a las diez, predicaba en Middletown. Yo estaba en el campo, trabajando. Dejé caer la herramienta que tenía en mi mano y corrí a mi casa, entré corriendo en la casa e hice que mi esposa se alistara para salir con la mayor presteza para oír predicar al señor Whitefield en Middletown; corrí a buscar mi caballo, que estaba pastando, y mientras temía muchísimo que ya sería demasiado tarde para alcanzar a oírle. Traje el caballo a la casa, hice subir a mi esposa y monté yo y marchamos con toda la rapidez de que yo creí a mi caballo capaz, y cuando mi caballo se cansaba y le faltaba el aliento, me bajaba yo, ponía a mi mujer nuevamente en la montura y le decía que cabalgara con toda la rapidez posible y que no se detuviera o disminuyera la marcha a causa mía, a menos que yo se lo indicara; y yo corría hasta que me faltaba el aliento, entonces montaba mi cabalgadura otra vez, y así lo hicimos varias veces para darle algún descanso al caballo. Aprovechamos cada momento para seguir adelante, como si estuviésemos huyendo aceleradamente para salvar nuestras vidas. Durante todo este tiempo íbamos temerosos que llegaríamos demasiado tarde para oír el sermón porque éramos dos los que teníamos que

recorrer doce millas en poco más de una hora. Hicimos un rodeo aproximándonos a la parroquia de arriba, y, al llegar a media milla del camino que baja desde Hartford, Wethersfield, y Stepney hacia Middletown, que está en una eminencia, vi que se elevaba delante de mí una nube de niebla. Me acordé entonces del Río Grande y a esto atribuí lo que veía, pero al aproximarme más al camino, oí algo como el lejano retumbar del trueno, y entonces me di cuenta que era el ruido de patas de caballos que se aproximaban por el camino, y esta nube era una nube de polvo que se elevaba a causa de las pisadas de los caballos. Se elevaba este polvo una varas de alto sobre la cumbre de las colinas y lo más alto de los árboles, y cuando yo llegué como a veinte varas del camino ya podía ver que hombres y cabalgaduras se deslizaban en medio de esta nube nada más que como sombras, y cuando estuve más próximo, puede decirse que aquello no era otra cosa sino un torrente de caballos y jinetes, porque apenas había cabida para un caballo detrás del otro; todos los animales estaban cubiertos de sudor y espuma, el aliento les salía por las narices y cada paso se convertía en una nube de polvo. Parece que cada caballo hacía lo más que podía para llevar a su jinete a oír las noticias del cielo, que tenían por fin la salvación de las almas. Yo llegué a temblar al ver el espectáculo, y al darme cuenta en qué angustia estaba el mundo. Encontré un vacío para introducir ahí a mi caballo. Mi esposa dijo: “Law, nuestra ropa se echará a perder, fíjate cómo está.” Se encontraban tan cubiertas de polvo que casi se veían de un solo color: abrigos, sombreros, camisa y caballos. Entramos en la corriente. No oí que un solo hombre hablara una palabra en este trayecto, que era de tres millas; todos marchaban decididamente hacia adelante con la mayor rapidez posible, y cuando llegamos al lugar de nuestras reuniones en la casa que nos era conocida, había ya una multitud grande. Se decía que estaban ahí como 3 ó 4.000 personas. Nos bajamos de los caballos, nos sacudimos el polvo y vimos que los ministros ya llegaban a la casa. Me di vuelta y miré hacia el Río Grande y vi que los botes de pasaje surcaban las aguas con rapidez de un lado al otro trayendo gran número de

personas cada vez. Los remos se movían con destreza y rapidez. Parecía que todo eso, hombres, caballos y botes estuvieran luchando con desesperación por salvar sus vidas; las riberas del río y toda la extensión de la tierra se veían negras con la multitud de gente y caballos. Durante todo ese trayecto de las doce millas no vi que ningún hombre estuviera trabajando en el campo; parecían haber desaparecido todos. Cuando por fin vi al señor Whitefield en el momento que subía al entablado parecía un ser casi angelical. Era un hombre joven y esbelto y con un aire resuelto y decidido. Se paró ante miles de personas. Y al escuchar cómo Dios estaba con él por dondequiera que iba acudieron muchas ideas solemnes y graves a mi mente, y me invadía un temblor y un temor, porque parecía él estar inves-



tido de cierta autoridad que le envolvía, una autoridad venida de Dios, y un aire dulce y solemne a la vez invadía su frente, y al oírle yo predicar recibí una herida en el mismo corazón, que era como Dios me daba su bendición."

De esta manera vemos que luteranos, católicos y metodistas se esparcieron por todo el país, en parte por los que venían del exterior y en parte por los que eran ganados en el país.

Y surgieron nuevos grupos religiosos. Los Discípulos de Cristo se separaron de los presbiterianos, declarando que

si todas las iglesias volvieran a actuar ciñéndose exactamente al modelo dejado por el Nuevo Testamento, todas las iglesias se fusionarían y constituirían una sola. Los Discípulos trataron de señalar el camino.

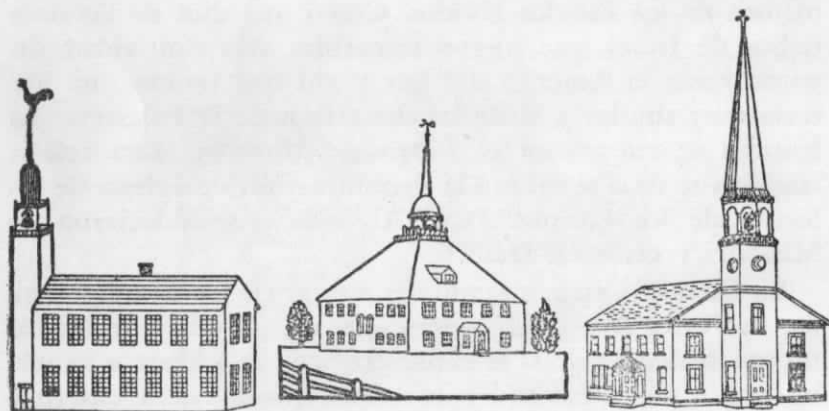
Los unitarios se separaron de los congregacionalistas. Por supuesto que ya existían unitarios en Inglaterra, pero en los Estados Unidos las iglesias unitarias tuvieron su origen en la congregacional. Como su nombre lo sugiere claramente, los unitarios creen que Dios es una Unidad y no una Trinidad. No quieren darle a Jesús verdaderamente el nombre de Dios. Dicen que él es semejante a Dios y debemos procurar asemejarnos a él imitando su amor, espíritu de servicio y paz. Los unitarios son los que más adelante van y los que más se han destacado en la fundación de sociedades pacifistas.

Los mormones, son una denominación enteramente autóctona de los Estados Unidos. Creen que diez de las doce tribus de Israel que fueron sometidas a la cautividad llegaron hasta la América del Sur y ahí han tenido una historia muy similar a la de las dos tribus de la Palestina. La historia se cuenta en el *Libro de Mormón*. Esta iglesia también se da a sí misma la denominación de Iglesia de los Santos de los Últimos Días. Algunos se establecieron en Missouri y otros en Utah.

La Ciencia Cristiana también surgió en los Estados Unidos de Norte América. Sostiene que el mal y la enfermedad no son reales y que si la gente cree con fe sincera e inquebrantable en la bondad y la salud, nunca estará enferma. Los adeptos de la Ciencia Cristiana publican uno de los mejores periódicos del país: *The Christian Science Monitor*.

La iglesia constituía, en la vida de los primeros tiempos de los Estados Unidos de Norte América, el centro de la comunidad. En el corazón mismo de la aldea se veía una extensión verde que era un prado amplio, y en medio de esa alfombra verde estaba la iglesia. La iglesia reunía a la comunidad entera, si excluimos al concejo edilicio. Ahora dedicaremos por un momento nuestra atención a averiguar cómo se construía una iglesia de entonces y cómo se guardaba el día domingo.

Las iglesias en el tiempo de la colonia eran casas de reunión muy sencillas, cuadradas, con un techo piramidal coronado por un campanario. El edificio más antiguo de este estilo, que permanece en pie y todavía se emplea para los servicios es uno que está en Hingham, en Massachusetts, construido en 1681. Más tarde se construyeron en este continente iglesias por el estilo de las de Cristóbal Wren, pero algo modificadas para que estuviesen de acuerdo con las ideas de los puritanos. En la cúpula no se permitía una cruz, sino una veleta. El púlpito, y no el altar, constituía lo más importante en el interior y a veces, con el fin de hacerlo lo más distinta posible de las iglesias católicas y episcopales, el púlpito iba colocado en la mitad de una de las paredes laterales, y con la puerta principal en la parte opuesta al púlpito, como es posible verlo hasta ahora en la



iglesia que existe en Northampton, en Massachusetts. Con el transcurso del tiempo estas ideas tan exageradas de los puritanos experimentaron una modificación y el púlpito fue colocado como era el uso antes, al final de la nave del edificio.

En cuanto al interior de las iglesias, los bancos a veces estaban en hileras, una tras otra, pero otras veces eran cajones cuadrados sin tapa, lo que hacía posible oír a los niños pero no verlos. La ilustración de la página siguiente nos muestra a un niño y una niña que están enteramente solos

dentro de unos de estos cajones. El niño se ha estado conduciendo mal y la hermana le está riñendo por este motivo.

El día domingo era el de reposo. Comenzaba al aparecer la primera estrella en el crepúsculo del sábado y terminaba



al ponerse el sol el domingo. Se guardaba este día con suma estrictez. Algunos niños se impacientaban en forma manifiesta y tenían que ser reconvénidos por los jueces de paz "por observar un comportamiento falto de buenas maneras y atención necesarias en la casa de re-

uniones, pues es práctica condenable en sonreír y reír, e inducir a otros a pecado". Un muchacho fue reconvénido "por hacer rodar por el hielo en día domingo y en el trayecto entre la casa de reuniones y su propio hogar, a la hemana Pentecostés Parkins".

Pero, tomado todo en cuenta, el domingo no era algo tan terrible, y los que nacieron y crecieron acostumbrándose a observarlo, lo amaban por su grave y simple encanto. Enrique Ward Beecher, un ministro de la iglesia congregacional y a su vez hijo de un ministro de la misma denominación, nos refiere cómo se guardaba ese día cuando él era niño. Todo lo que era menester se preparaba el día antes. Cuando llegaba el domingo cada persona hablaba en voz baja y suave, y caminaba sin hacer ruido. "Empero todo mundo estaba contento. La cocinera negra era más negra que otros días. El café era mejor, la leche más sabrosa, el pollo asado a la parrilla más jugoso y más tierno, las galletas más blancas y el pan de maíz más quebradizo y de mejor sabor."

Cuando amanecía, la ciudad permanecía envuelta en el silencio. "La sierra cortaba y desgarraba ayer en el taller

del carpintero, y el martillo metía mucha bulla. Hoy día no hay manifestaciones de vida ahí. El yunque no canta hoy. El molino está silencioso. Sólo el arroyuelo continúa bullicioso. Y todos los pájaros cantan: calandrias, pechirrojos, mirlos, oropéndolas, gorriones, azulejillos; también tor-dos-mimos-demendones y reyezuelos. Todos cantan como lo hacen sólo el domingo, cuando no se oyen otros ruidos."



No había ruidos tampoco en el almacén de la aldea. A dondequiera que se volviera la mirada no había ni una carretela ni un ser humano. El humo se elevaba quieta y solemnemente como si dijera: "Hoy es domingo." Las hojas de los grandes olmos caían quietas, brillando con el rocío y como si ellas también esperaran que la campana diera sus sonos para llamar a la reunión, y cuando la primera campana tocaba, el tañido rodaba y rodaba por el aire dos veces más lejos que en los días de semana. Desde el campanario se veían no menos de siete espiras y el campanero decía que, cuando el viento era favorable, se podían oír cada una de las siete campanadas.

"Las calles desiertas súbitamente se llenaban al aproximarse la hora de la reunión, pero no había precipitación alguna. Todos aparecían revestidos de sus mejores galas, como capullos de rosa en la época propicia. ¿Conocéis a ese hombre de sombrero de seda y abrigo negro nuevo? Seguramente es algún forastero. Pues no: es el carpintero que ayer trabajaba afiebradamente, arremangado, cubierto de polvo y con una expresión de apremio y preocupación en su semblante. Ahí está el herrero. ¿No parece todo un magistrado ahora que está limpio, lavado, rasurado y con otra vestimenta? Sus ojos brillan tanto como ayer las chispas que saltaban de su fragua."

En la iglesia todos olvidaban los cuidados, afanes y trabajos de la semana al cantar los salmos; sus corazones se recomfortaban nuevamente con las promesas del Dios que había cuidado y guardado a Israel a través del desierto y había conducido a los de otra generación, a los padres de estos, a otro destierro, ahí, "a una costa ruda y rocosa", pero donde podían adorar a Dios libremente.

Grande ha sido la obra y la eficacia de las iglesias en los Estados Unidos de Norte América. De no haber existido ellas no hubiera habido ninguna clase de educación por un largo número de años. En un principio la educación pública y general estaba enteramente a cargo de las iglesias. En esas escuelas también se enseñaba la religión. El *Silabario de la Nueva Inglaterra* decía así:

Las alabanzas de mi lengua
ofrezco yo al Señor,
por haber aprendido tan temprano
a leer su Santa Palabra.

La separación de la Iglesia y el Estado obligaba a este último a dar el dinero necesario para la enseñanza en los colegios, pero esto no equivalía decir que se debía suprimir la enseñanza de la religión. Las iglesias fueron las que fundaron los grandes colegios y universidades antes que el Estado comenzara a realizar esta obra.

La mayor parte de los establecimientos de educación no

están ya bajo la dirección de las iglesias, pero la enseñanza que en ellos se imparte está saturada por la religión.

Las iglesias han luchado heroica y decididamente contra los males que han invadido esta tierra. Uno de estos era la práctica del duelo. Los hombres creían que estaba muy justificado resolver sus controversias y desacuerdos peleando el uno frente al otro armados de sables o pistolas. La muerte de Alejandro Hamilton a manos de Aarón Burr en la forma ya dicha causó honda sensación, y esto indujo a los ministros a pronunciarse rotundamente en favor de otros usos, como el de resolver los desacuerdos acudiendo a los tribunales de justicia en vez de emplear pistolas o sables en un campo abierto.

Otro de los grandes males era la esclavitud. En las plantaciones de algodón de la región sur se procuraba obtener una mano de obra barata. Los indios estaban diezmados pues eran muchos los que ya habían muerto. Los traficantes de esclavos —muchos de ellos oriundos de Nueva Inglaterra—, provocaban guerras entre las tribus de negros en el Africa y a los prisioneros los convertían en esclavos, embarcándolos apiñados como sardinas, y los vendían en los Estados Unidos. Los cuáqueros fueron los primeros en manifestar la idea de que mantener esclavos era una cosa mala. Juan Wesley habló con suma severidad en contra del tráfico de esclavos. Las Iglesias levantaron la conciencia del



país en contra de ese hecho inhumano que era la esclavitud. Cuando los esclavos escapaban los periódicos de los estados que mantenían la esclavitud publicaban los retratos de esos infelices pidiendo urgentemente que esos hombres y mujeres fueran apresados y devueltos a sus amos. Algunas personas sinceramente piadosas y creyentes les ayudaban a escapar, en cambio, por medio de lo que entonces se llamaba el "ferrocarril subterráneo". Esto era una serie de casas establecidas en distintos lugares y formando una verdadera cadena donde los esclavos encontraban alojamiento y podían esconderse hasta llegar a un estado en que no rigiera la esclavitud. Una de las causas principales de la Guerra de Secesión fue este problema de la esclavitud. Por desgracia algunas de las iglesias como los bautistas, metodistas y presbiterianos también se vieron divididas por la guerra en una rama del Norte y una del Sur. Los metodistas, posteriormente, han vuelto a reunirse.



Otros de los males era el alcoholismo, que dilapidaba el dinero, destruía la salud y arruinaba la familia de más de un hombre bueno. Al principio las gentes que tenían por

costumbre acudir a las iglesias no objetaban el que se bebiere y con frecuencia se puede decir que muchas reuniones de carácter social dentro de la iglesia terminaban en una forma desordenada a causa de excesos en la bebida. Un médico cuáquero que tuvo la ocasión de ver los desastrosos efectos del licor durante la guerra de independencia, publicó un opúsculo titulado: *Estudio sobre los efectos del aguardiente en la mente y el cuerpo humanos*. Demostró que el alcohol no es necesario para darle calor al cuerpo y para darle vigor en la época de estío. En el curso de un poco más de medio siglo se vendieron 200.000 ejemplares de este opúsculo y se formaron sociedades de temperancia para enseñar a las gentes a ser mesuradas en el uso de los licores. Se imprimieron folletos con grabados en madera como el que presentamos en la página anterior, mostrando una hacienda modelo donde no se permite que entre una botella de vino.

Una de las más altas y nobles tareas de la Iglesia ha sido la de dar a conocer la vida de Jesús y su amor en países que nunca han oído su nombre. Así como en la Edad Media hombres como Bonifacio y Ansgaro llevaron esta buena nueva a Inglaterra y Alemania, así también en nuestros días verdaderos ejércitos de misioneros se han repartido por todos los ámbitos de la tierra. Otro libro mucho más extenso que este sería necesario escribir aún para empezar a contar las historias de hombres como Livingstone en Africa, Carey y Judson en la India, en el siglo diecinueve, o Schweitzer en Africa, en el siglo veinte. Existen ya iglesias cristianas firmemente establecidas en India, Africa, Japón y la América Latina. Han realizado tales progresos que sus miembros son capaces de dirigir y administrar sus asuntos solos y los misioneros son amigos y maestros más bien que fundadores y dirigentes de sus Iglesias. El cristianismo está tomando formas nuevas en las mentes de los pueblos de raza parda, amarilla o negra, y el Cristo de sus cuadros e ilustraciones aparece como uno de ellos y no siempre como un hombre blanco.

El final de este libro no es el final de esta historia. Nadie puede decir lo que nos tiene reservado el futuro. Si el

espíritu de Cristo no alcanza la victoria, dentro de poco puede ser que no queden muchos hombres sobre la tierra. Pero si el género humano subsiste, esperamos que la Iglesia continúe desarrollando su labor de sanidad entre los hombres. A menudo, en el pasado, ha sido dolorosamente probada, y demasiado a menudo ha fallado lamentablemente, pero la voz de Jesús nunca ha cesado de llamarla a su servicio, y seguirá haciéndolo hasta el fin. Pero si la locura criminal de los hombres apresura el final, entonces la Iglesia conducirá a sus hijos por la fe a aquella vida que vence a la muerte.

Las palabras que la niñita Sara Bancroft bordó en su muestrario cuando los Estados Unidos de Norte América era un pueblo nuevo nos hacen retroceder, con el recuerdo, a la época en que el profeta de Israel las dijo siglos antes de Cristo, y esas mismas palabras también nos llevan hacia adelante, tan lejos como nuestra mente pueda alcanzar. No hay error en ellas y nunca pueden conducirnos al fracaso porque son la Palabra de Dios.



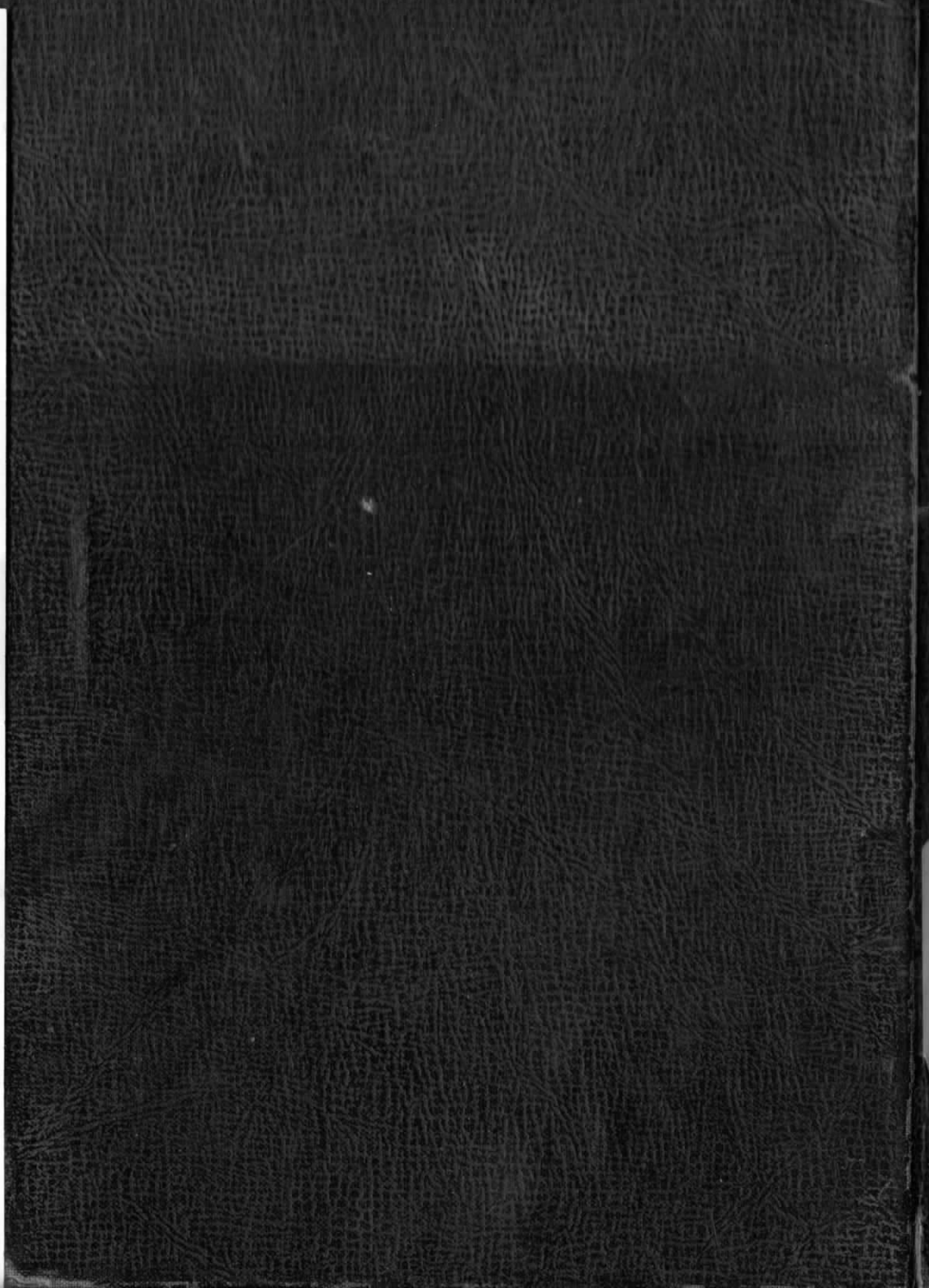
Traducción del texto reproducido en la ilustración: "Obra justicia, ama la misericordia, y humíllate para andar con tu Dios. Labor de Sara Bancroft, 1795."

LIBRO
CONFECCIONADO EN
CONFECCIONADO EN

LIBRO
CONFECCIONADO EN
CONFECCIONADO EN

LIBRO DE BIBLIA BIBLICO

1



LIBRO
CONFECCIONADO EN
CONFECCIONADO EN

CONFECCIONADO EN

LIBRO
CONFECCIONADO EN
CONFECCIONADO EN